Lola Toro

Magdalenas de chocolate con té de menta



Copyright © 2024 Lola Toro

Título original: Magdalenas de chocolate con té de menta
©Lola Toro, 2024

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.cedro.org
o por teléfono en el 91 702 19 39 / 93 272 04 45

Edición: Hic Sic · Servicios editoriales - www.hicsic.com | @edicioneshicsic

1ª edición: julio 2024

Contents

Copyright
DEDICATORIA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
EPÍLOGO I
EPÍLOGO II
AGRADECIMIENTOS



MAGDALENAS DE CHOCOLATE CON TÉ DE MENTA



DEDICATORIA

PARA TODO AQUEL QUE AMA
CON LIBERTAD.



CAPÍTULO 1

Y llegaste tú…

Yago

—¿Quién?

—Ho… Hola, soy James…

—Te abro.

Abrí el portero y me quedé esperando a que subiese el que iba a ser mi nuevo compañero de piso.

Había hablado varias veces con él por teléfono, sabía que se llamaba James…, que tenía veinte años… y eso era todo lo que le bastó para convencerme para alquilarle la habitación que se me había vuelto a quedar libre y que alquilaba para ganarme unas perras extra que me ayudaran a pagar la hipoteca. Y debía reconocer que también era porque no me gustaba vivir solo.

Me compré el piso en el que vivía de alquiler con el dinero que me dejó mi abuela materna tras su muerte. La había querido casi tanto como a mi madre, ya que había pasado con ella todas las vacaciones y muchos de los fines de semana desde que era un niño. Así que decidí invertir el dinero de su herencia en pagar la entrada de mi piso y tenerla así, siempre en mi recuerdo. Todavía la echaba de menos y me acordaba de ella en los momentos más inesperados para arrancarme una sonrisa. Menuda había sido Adelita, como la conocían en el barrio donde vivió toda su vida, allí en el pueblo. Ella fue la que me animó a salir del armario y gritarle al mundo que era gay, sabiendo que nadie que la conociera se atrevería nunca a menospreciarme por ello. No sabía si al mundo le importaba mi noticia, pero me había quedado muy a gusto después de reconocer abiertamente cuál era mi orientación sexual.

«Nuca permitas que te hagan sentir inferior» me decía a menudo.

Volví a la realidad cuando me llegó el sonido de la campana del ascensor. La puerta se abrió y salió un chico arrastrando una maleta con ruedas… y nada más.

¿Eso era todo lo que iba a traer? Miré tras él esperando a ver si venía alguien acompañándolo para la mudanza, pero no, venía solo. ¡Qué raro!

James se quedó parado en la puerta del ascensor hasta que me vio asomado en la puerta del piso y se dirigió hacia mí con paso vacilante. Se detuvo y bajó la cabeza, inseguro. Miró al suelo como si allí hubiese algo digno de ver.

—¿Tienes cajas que subir? —Miré su maleta llena de pegatinas, supuse que de las ciudades

donde había viajado. Yo me prometí hacer lo mismo cuando viajase, solo que apenas lo había hecho desde que compré la casa ya que nunca me quedaba dinero suficiente para gastarme en un viaje teniendo siempre mil cosas que priorizar. Mierda de ser estudiante.

—No, solo la maleta —murmuró en voz baja.

¿En serio?

Me lo quedé mirando, pensando en lo raro que era que una persona que se mudaba por primera vez a un piso no tuviera mil cosas que traer consigo. Aunque solo fuera la ropa de la cama o su almohada favorita.

Yo no era nadie sin mi almohada.

Me di cuenta de que estaba parado en medio de la puerta y que le obstaculizaba la entrada, me aparté a un lado mientras le animaba a entrar.

—Perdona, pasa. Soy Yago.

Le tendí la mano que él estrechó con timidez y soltó enseguida, como si no le gustara el contacto físico.

—Yo James.

Estudié a James con curiosidad. Era delgado y fibroso, con músculos definidos, aunque se notaba que no hacía demasiado deporte. Medía sobre uno ochenta de altura, pero estaba encorvado hacia delante, como si quisiese parecer más pequeño y ocupar menos espacio. Tenía el pelo moreno, casi negro, con el flequillo lo suficientemente largo como para taparle los ojos, así que no pude ver de qué color eran. Una pena. Se le rizaba un poco en la nuca y sobre las orejas y no levantó la mirada para mirarme en ningún momento. Supuse que era tímido, muy tímido. Yo, que hablaba hasta con las piedras, me resultó extraño encontrarme con un chico así y por primera vez en mi vida no supe qué decir.

«Di algo, melón».

—Entra y te enseño el piso.

Entró conmigo y se encogió un poco cuando cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.

Ese gesto me hizo mirarlo curioso, aunque seguía sin alzar la mirada; por lo visto el suelo del piso también era muy interesante.

—Ven, pasa, estás en tu casa.

Pensaba hacerle un *tour* rápido, porque la casa solo tenía dos habitaciones, el baño, el salón y la cocina, aunque lo mejor de todo era la terraza con vistas a El Retiro, el parque de Madrid. Él seguía sin mostrar interés alguno por lo que le estaba contando. Así que decidí darle espacio y que hiciese las cosas a su manera.

Era tímido el muchacho, qué le íbamos a hacer.

—Mira, esta es tu habitación. —Abrí la puerta y lo dejé entrar. Apenas levantó los ojos para mirarla y vi que eran de un verde oscuro, preciosos, grandes y expresivos de mirada intensa, y los volvió a bajar de nuevo con timidez. Como si temiera que me fuese a quejar por mirar su cuarto con detenimiento o algo así. Una pena—. Dejaré que te pongas cómodo. Te espero en el salón con una buena taza de té y hablaremos de las condiciones, ¿te parece?

Me miró unos segundos con cara de alarma. Quizás pensaba que no me había dado buena impresión y lo podía echar del piso, vete a saber.

—¿Condiciones?

¿Qué le pasaba a ese tío?

De todos modos, su manera de intentar mantener la compostura ante mí solo me dio ganas de tranquilizarlo para que se sintiese seguro. Decidí estrenar mis extensos conocimientos teóricos sobre psicología, que estaba a punto de terminar en unos meses, e intentar calmar con palabras

suaves al cachorrito que había entrado a mi casa.

—Tranquilo, solo son las normas de convivencia, ya sabes —Le guiñé un ojo y solo conseguí que me mirara con los suyos muy abiertos como un búho curioso—. Limpieza del piso, quién hace la comida o si puedes o no traer chicas a dormir.

—No voy a traer chicas a dormir —dijo en voz baja, como si la idea lo escandalizase.

Bueno era saberlo.

—Bueno, o chicos…

Me miró unos segundos donde pude ver el color de sus ojos de soslayo, pero no me contestó.

¡Uhm! ¡Qué misterioso!

—Te dejo que te instales. Estaré en el salón.

Me llamó antes de salir del cuarto.

—¿Yago…?

Me volví en la puerta para mirarlo.

—Dime.

—No me gusta mucho el té —dijo en voz baja, temiendo ofenderme si usaba un tono más alto —. ¿Puede ser un café, por favor? Si no es mucha molestia. —Se sonrojó y yo disimulé una sonrisa.

—Si me lo pides así…

Esbozó una mueca que podía tomarse como una sonrisa, me alegré de esa pequeña victoria. Iba a ser una gran batalla conseguir que este chico de ojos verdes y cuerpo desgarbado dijera dos palabras seguidas sin sonrojarse.

—Claro. ¿Qué tal un capuchino?

Me sonrió. Apenas una leve sonrisa que dejó al descubierto sus dientes blancos.

¡Vaya!

—Me encantaría.

—Genial. Te dejo para que te instales.

Salió un cuarto de hora después mientras yo ponía su café y mi té de menta sobre la mesa de la cocina y colocaba las magdalenas de chocolate en un plato.

Se quedó parado en la puerta del salón, mirándome con timidez. Me entraron ganas de cogerle de la mano para animarlo a que se acercara.

—¿Ya estás instalado? Ven, pasa. Ya está tu café. —Le señalé la mesa con la mano.

—No tengo muchas cosas —confesó avergonzado.

Me pregunté quién, con nuestra edad —porque teníamos los mismos años—, no tenía un montón de cachivaches entre videojuegos, juegos, diferentes zapatillas deportivas y mil cosas más.

—Si necesitas algo solo tienes que pedírmelo.

Se sentó frente a mí y cogió la taza de café con las dos manos. Me fijé en ellas; eran grandes, con dedos largos, uñas cortas y bien cuidadas. Parecían suaves.

—De hecho… —Me miró unos segundos antes de volver a bajar la mirada, avergonzado de nuevo.

Iba a ser un gran reto conseguir que dijese dos frases seguidas.

—Si quieres que te ayude vas a tener que decirme lo que necesitas —le recordé, intentando animarlo a que se soltase un poco.

Le mostré mi mejor sonrisa esperando calmarlo.

—¿Tendrías un edredón o una manta para dejarme hasta que vaya mañana a comprarlo? Creo que pasaré frío por las noches si me tapo solo con las sábanas.

Me mordí la lengua ante las ganas que me entraron de preguntarle de dónde venía si ni siquiera traía ropa de cama para su nueva casa. Lo más extraño es que no lo habían acompañado sus padres. Todos los compañeros de piso anteriores habían venido con sus padres o novias y un montón de cajas y bolsas llenas de ropa de cama, toallas y todo lo que a sus madres se les había ocurrido pensar que sus retoños podían necesitar.

—Claro. Tengo uno de repuesto, te lo prestaré hasta que compres el tuyo. ¿Algo más?

—¿Y una toalla?

Su tono esperanzado me hizo sonreír.

—También. Luego te lo acerco, ahora tómate el café antes de que se enfríe.

—¿Las has hecho tú? —Miró las magdalenas casi con veneración.

—No tengo el placer. Son de la cafetería de la esquina. También las hacen rellenas de frutos rojos, pero me gustan más las de chocolate.

—¿Puedo?

Volvió a mirarme esperanzado y algo se removió en mi interior. ¿De dónde había salido este chico?

—Por favor, todo lo que esté en esta casa ahora es de los dos, excepto mi ropa, claro. —Era una broma, pero me miró con solemnidad, como si fuese lo más importante que iba a escuchar nunca—. Y si la necesitas, solo tienes que pedírmela.

—Creo que no tenemos la misma talla. —Se miró el pecho delgado y luego el mío, mucho más musculoso que el suyo.

No, no teníamos la mima talla. Aunque éramos de la misma altura, él era mucho más delgado que yo.

—Además, mi ropa no iba a ser de tu agrado.

Se miró la camisa celeste de manga larga y sus chinos azul marino, mucho más clásicos y formales que mi sudadera negra con gorro y los vaqueros rotos por las rodillas. Yo parecía su amigo vagabundo al lado del príncipe del castillo, aunque no parecía seguro de su aspecto… ni de nada, para ser sinceros, era como un animalito recién nacido que no sabía qué hacer.

—Cuéntame algo de tu vida —le pedí, porque me moría de curiosidad—. ¿Estás trabajando?

—Estudio cuarto de derecho. ¿Y tú?

¿Por qué no me extrañaba? Aunque tenía pinta de abogado, al menos por su apariencia física, fría y formal, había algo en él que me rechinaba y no me terminaba de encajar. Pensaba que los abogados eran buitres capaces de despedazar a sus presas en cualquier momento, y él seguía pareciendo un pequeño animalito que ni siquiera sabía dónde podía esconderse.

—Yo estoy terminado psicología y trabajo los fines de semana en un pub para ayudarme a pagar la carrera.

—Ah, claro.

Siguió bebiéndose su café sin decirme nada más.

—¿Tú trabajas en algo para pagarte la carrera? ¿Tienes una beca o te lo pagan tus padres?

Todos los que habían vivido conmigo en este piso trabajaban para terminar de pagarse los estudios. Era lo más normal cuando ya tenías una edad y habías decidido independizarte.

—No, nunca he trabajado en nada antes.

Lo miré con curiosidad. Si no trabajaba en nada, ¿cómo iba a pagarse el piso? Si sus padres no habían venido a ayudarle con la mudanza, algo me decía que no iban a ayudarlo con los gastos tampoco. A lo mejor no tenía padres.

—Pero no te preocupes —añadió, como si supiese en lo que estaba pensando—. Tengo un fideicomiso que pagará todos los gastos, así que por el dinero de mi parte del piso no debes preocuparte, hay de sobra.

¿Fideicomiso?

¿Eso no eran las herencias de los pijos o algo así?

¿A quién coño había metido a vivir en mi piso?



CAPÍTULO 2

Confesiones ante una taza de té

James

Supe lo que estaba pensando por la mirada tan rara que me dirigió, como si me hubiese salido una segunda cabeza o algo así.

¡Mierda!

Ahora tendría que contestar sus preguntas y eso haría que me mirara como si fuese un bicho raro, y antes me había gustado como me miraba. Parecía un chico majo y era muy atractivo. Con el pelo rubio muy corto y esos ojos azules, chispeantes, de mirada clara y sincera. Su boca siempre estaba sonriendo y se le marcaba un ridículo hoyuelo en la mejilla derecha cuando lo hacía. Me daban ganas de pasarle el dedo para borrarlo. ¡Qué tontería, ¿no?!

—¿Fideicomiso?

Ahí estaba la pregunta que me temía que hiciera. ¿Cuándo aprendería a no decir todo lo que se me pasaba por la cabeza?

Asentí, deseando que lo dejara correr y no hiciera más preguntas. Por supuesto no estaba de suerte.

—¿Eso no es lo que tienen los reyes y la gente pija?

«¡Si tú supieras!»

—Algo así.

«¡Por favor, no hagas más preguntas!»

Entrecerró los ojos azules para mirarme con curiosidad, yo deseé poder hacerme más pequeño todavía.

—¿Quieres explicarme eso?

Me removí inquieto en el sillón donde me había sentado. El salón solo tenía una pared al fondo con una tele gigantesca. Un sillón de cinco plazas frente a la tele con una mesa de café delante. Una barra americana separaba el salón de la cocina y tenía cuatro bancos altos alrededor. Desde el salón había una puerta corredera que daba a lo que parecía una terraza con plantas y tumbonas para tomar el sol.

—Mi abuelo me dejó un dinero para que lo cobrara cuando cumpliera los veinte años. Eso es un fideicomiso, a grosso modo.

—¡Ah, vale!

Pero no parecía que sus preguntas se acabaran.

—¿Tienes familia aquí en Madrid? —volvió a preguntarme.

Estaba claro que se moría por saber más cosas sobre mí y lo raro que debía parecerle que hubiese aparecido aquí solo y sin casi nada de ropa. Ni siquiera un triste edredón de cama.

—Sí, mis padres y mi hermano viven aquí.

Me miró y vi su intención de seguir haciéndome preguntas, así que apreté los labios y me obligué a ser cortés y responder a todo lo que me preguntara antes que decidiera romper nuestro contrato y devolverme a la calle. Eso era lo último que necesitaba en este momento. Ya no podía echarme atrás, ni siquiera tenía dónde ir si Yago decidía que no me quería allí con él.

—Si vas a preguntarme por qué no han venido a ayudarme con la mudanza te diré que no… —Pensé bien cómo decirle eso.

—No es asunto mío —añadió él, pensando que era eso lo que le iba a responder—. Siento ser tan curioso —murmuró, algo avergonzado.

—No —añadí con rapidez, tuve que sonreír ante sus palabras. Supe que asumía el tipo de persona que era, charlatana y curiosa por naturaleza. Era mejor que supiera ya el tipo de persona antisocial y reservada que era yo, para que no se llevara a engaño—, iba a decir que no estamos en buena sintonía en estos momentos.

—¿Buena sintonía? —Tuvo la poca vergüenza de reírse de mis palabras—. ¿Es una manera sutil de decir que os lleváis como el culo?

Tuve que reírme yo también. Era un modo de verlo, después de todo.

—Sí, bueno, algo así.

—¿Te has escapado de casa? —Abrí los ojos por la sorpresa—. No me malinterpretes, pero pareces aterrado desde que entraste por la puerta, así que solo puedo suponer que has vivido siempre super protegido por unos padres demasiado protectores y acabas de decidir vivir por tu cuenta. ¿Me equivoco? Bueno, no me contestes si no quieres, no me debes ninguna explicación.

Era cierto. Yo no le debía nada, pero había algo en Yago que me decía que con él aquí, en su casa, podía ser yo mismo por una vez en la vida. Ya estaba cansado de ser lo que los demás querían que fuera.

—¿Todo eso lo has adivinado en una sola hora que hace que me has visto por primera vez? Estoy alucinando. —Y pese al sarcasmo, era verdad que estaba impresionado de que me hubiese sabido leer con tanta precisión en tan poco tiempo.

—¿Me he equivocado mucho? —me preguntó él con una sonrisa, como para hacerme ver que todo había sido una especie de broma. Quizás para no asustarme más de lo que ya estaba.

—No esperaba que me psicoanalizaran cuando llegué aquí —le solté serio, sin tener claro que me gustara.

—Lo siento, no era mi intención —aclaró con mirada de disculpa—, es una costumbre muy fea que tengo, lo reconozco, no tienes que contarme nada que no quieras. Estás a salvo conmigo. Aquí puedes ser quién tú quieras, ¿vale? Puedes dejar atrás todas las mierdas con las que hayas vivido siempre. No voy a juzgarte.

Lo miré unos segundos, estudiando aquellos ojos azules que parecían sinceros. No pude resistirme a esos ojos que parecían mirar dentro de mi alma.

—Vale. No soy demasiado hablador y me cuesta mucho hablar de mi vida y… de mis cosas.

Por decirlo de alguna manera.

—No te preocupes, ya hablo yo por los dos.

El resto de la tarde la pasamos él hablando y yo escuchando, y conociéndolo mejor. Me gustaba mucho mi nuevo compañero de piso.



CAPÍTULO 3

Dos días antes

James

—¿Puedes decirme qué mierda es esto, James?

Me quedé parado en la puerta del baño de mi habitación, con la toalla en la cintura y el cuerpo mojado al salir de la ducha. No esperaba ver a mi padre allí con mi ordenador en la mano y con una mirada aún más fría y desagradable de lo normal, en su cara.

¡El ordenador! ¡Oh, mierda, no, no, no!

—¿Has mirado en mi ordenador? —fue lo único que se me ocurrió preguntarle, aunque odié mi voz de pánico.

—Venía a hablar contigo y lo encontré abierto sobre tu cama. —Lo tiró sobre esta y por suerte no cayó al suelo. Por su cara de asco al mirarme, supe que vio lo que había y que me traerían consecuencias que no me iban a gustar—. No puedo creerme que estuvieses viendo hombres manteniendo sexo. ¿Hombres, James?

No supe qué decirle. Estaba claro que no podía negarlo. ¿Cómo se me había podido olvidar cerrar el ordenador?

¡Joder, joder! ¡Qué puto desastre!

Ni siquiera le contesté. De hecho, James Sullivan nunca dejaba que nadie le replicara, así que hice lo que había hecho toda mi vida, callarme y dejar que él dijera lo que tuviera que decir y me dejara en paz. Aunque algo me decía que esa vez iba a ser diferente.

—Pensé que había quedado claro lo que opinamos en esta casa sobre la homosexualidad. Irás mañana a hablar con el doctor O'Neill hasta…

—No —fue lo único que pude decirle.

Me miró con tanta frialdad que el ambiente de la habitación bajó varios grados. Tuve el presentimiento de que mi vida iba a cambiar esa noche, y no para bien.

Dio un paso hacia mí, amenazante y estuve a punto de dar uno hacia atrás, pero me contuve en el último momento.

«¡Aguanta James!»

—Mañana hablarás con el psicólogo y este fin de semana daremos una fiesta para que te prometas con Sandra, hablaré con su padre hoy mismo.

—¿Qué?

¿De qué estaba hablando?

—Vas a comprometerte con ella de una vez y te olvidarás de todas estas mierdas. No voy a consentir…

—No voy a comprometerme con nadie, solo tengo diecinueve años —le recordé, porque no parecía haberlo olvidado.

¿Cómo podía querer tapar mi homosexualidad comprometiéndome con una chica? Estábamos en el siglo XXI. ¿Cómo podía pensar en amañar un matrimonio para cubrir la orientación sexual de su propio hijo?

—Los años suficientes para casarte y formar una familia que tape tus vergüenzas y desviaciones.

«Vergüenzas y desviaciones» fue lo único que se me quedó en la cabeza.

¿De verdad ser homosexual era una vergüenza? Sentí un nudo en mi garganta y me obligué a tragarlo para no ponerme a llorar de la impotencia y la pena de que mi padre fuera capaz de hacer eso por tapar la mancha que, se suponía, iba a ser para su familia que su hijo fuera homosexual.

—No voy a hacer eso. No soy ningún desviado —murmuré en mi patético intento de plantarle cara por una vez en la vida. Me obligué a respirar hondo para evitar tener un ataque de ansiedad. Ya reconocía los síntomas por el dolor que me estaba entrando en el pecho al intentar respirar.

—Eres un maricón de mierda y no te quiero en mi familia —soltó, dando otro paso amenazante hacia mí—. O arreglas tu compromiso con Sandra o te quiero fuera de esta casa, ¿ha quedado claro?

Asentí sin ser capaz de contestarle. El pánico comenzó a aplastarme las costillas y jadeé intentando llevar aire a mis pulmones.

—Para mañana quiero que tengas claro lo que vas a hacer. O accedes a comprometerte con ella o te largarás de esta casa para no volver nunca más. Te olvidarás de este apellido y de todo lo que conlleva. Ni tarjetas de crédito ni coche ni nada. Tú sabrás lo que haces.

Recordé el fideicomiso que me dejó mi abuelo para cuando cumpliera los veinte años, que cumpliría justamente al cabo de dos días.

—Cumplo veinte años pasado mañana —le recordé—, me iré…

—Te largarás mañana —me cortó sin dejarme hablar—. Vas a tener suerte de que no pueda quitarte la herencia de tu abuelo o te ibas a enterar de lo que es la vida fuera de aquí.

—Cualquier lugar será mejor que aguantarte a ti —le solté, y abrí los ojos por la sorpresa.

¡Oh, joder! ¿Cómo había podido soltarle eso?

Lo miré esperando su reacción. Mi habitación estaba en penumbra, así que agradecí no poder ver su cara de ira.

—No quiero verte mañana cuando vuelva, y cuídate de no llevarte nada que no sea estrictamente necesario. Y no se te ocurra volver.

Se marchó sin mirar atrás.

Me senté en la cama y dejé que brotaran las lágrimas de la vergüenza y la impotencia por todo lo que había pasado.

¿Qué coño iba a hacer ahora?

Apenas conocía a nadie fuera del círculo de los amigos de mis padres. Siempre había sido un hombre tímido y reservado. Crecer bajo la sombra del tirano de mi padre no era fácil, yo había vivido aterrado toda mi vida e intentando ganarme su aprobación, hasta que me di cuenta de que me gustaban los hombres y desde entonces viví con el terror de que lo descubriera. No debí ser muy bueno en eso, ya que llevaba tiempo empeñado en que me comprometiera con la hija de uno de sus socios empresariales, y ese día había saltado todo por los aires.

Tenía que marcharme al día siguiente, así que cogí mi maleta y me puse a meter en ella la ropa

que quería llevarme. Me sorprendí de que casi nada me gustaba ni había comprado yo, sino que se habían encargado de comprarme para que tuviera la imagen seria y profesional que querían que diera. Ni siquiera tenía videojuegos ni redes sociales y me di cuenta de la vida tan triste que había llevado. ¿A dónde iría a vivir? No tenía amigos fuera de sus amistades ni nada parecido, así que me senté en la cama y me puse a mirar anuncios.

Tras unas horas buscando encontré uno de un tal Yago, que buscaba compañero de piso y decidí llamarlo.

No imaginaba lo que me iba a cambiar la vida después de hablar con él.



CAPÍTULO 4

Amigos inesperados

Yago

Invité a James a que viniese al pub esa noche de sábado, ni siquiera supe por qué. Quizás ese aire desvalido que tenía había despertado mi lado protector, pero me gustó que aceptara mi invitación para acompañarme al pub.

Algunos de mis amigos irían esa noche y decidí que a James le podía venir bien conocer a gente… normal. Bueno, ¿a quién quería engañar? Mis amigos podían ser de todo, menos normales.

Luis era informático y gay, y le daba casi el mismo pavor la gente que a mi nuevo compañero de piso, así que supuse que se podían llevar bien si alguno de los dos se decía más de dos palabras esa noche, aunque no tenía claro que hicieran el esfuerzo.

Andrés y Pili eran pareja desde hacía unos seis meses y siempre iban juntos a todas partes. Ella era dicharachera y divertida, y trabajaba de comercial para una internacional. Como hablaba por los codos, igual que yo, supuse que se llevaría bien con James. Ella supliría todas sus carencias comunicativas. Andrés era policía nacional y pocas veces se quitaba el uniforme, de manera metafórica, claro estaba. Era serio y excesivamente formal, y se complementaba perfectamente con su pareja, por eso se llevaban tan bien.

Wolf era el hípster del grupo, rubio, con el cabello por los hombros y barba poblada tirando a pelirroja. Y era un *flower power*, como nos gustaba llamarlo. Todo el mundo se llevaba bien con él porque evadía una discusión como un millonario los impuestos. No recordaba por qué lo llamábamos así.

Cuando llegué al pub con James ya estaban todos allí, sentados en el reservado con sillones bajos donde solían sentarse siempre. No les pregunté lo que querían beber, ya que eran de ideas fijas.

—Él es James, mi nuevo compañero de piso —les expliqué, empujándolo para que se sentara en el pico del sillón que quedaba libre junto a la pareja de tortolitos que hablaban entre susurros —. ¿Os pongo de beber lo de siempre? Tratadlo bien, ya sabéis lo que os digo —avisé, antes de alejarme a la barra para saludar a mi compañera de turno, que también acababa de llegar, como yo.

Oí cómo se iban presentando a James mientras yo me tranquilizaba pensando que estaría bien. Eran unos cabroncetes entre ellos, con bromas y comentarios salidos de tono, pero esperaba que se comportaran un poco con James, y más cuando se dieran cuenta de lo tímido que era.

Intenté no sentirme culpable por soltarlo a los lobos, pero pensé que le podía venir bien conocer un poco el mundo real del que tan bien lo habían estado protegiendo de manera equivocada. Todos, sin igual, teníamos que enfrentarnos a la vida en algún momento.

Preparé las bebidas para ellos y se las llevé a mis amigos, dándome cuenta de que no le había preguntado a James lo que quería beber. Así que le llevé una cerveza, igual que a casi todos los demás. Era pronto para empezar con los cubatas. Un par de horas más tarde sería otro cantar.

—No te he preguntado lo que bebías —le dije a James, poniendo una cerveza como al resto—, espero que te guste la cerveza.

Me miró unos segundos y observé que me miraba como si acabase de salvarlo del peor de los castigos. Sabiendo lo tímido que era, me imaginé lo mal que lo debería estar pasando.

—Está bien. —Se encogió de hombros con indiferencia y bajó la mirada al botellín, como si no estuviese seguro de si le apetecía o no—. ¿Cuánto te debo por las bebidas? A esta ronda invito yo.

Ese comentario se ganó un montón de gritos y codazos de aprobación.

«Pobre».

No debía saber lo que los adolescentes agradecíamos no tener que pagar las copas.

—Nos gusta tu amigo —me dijo Andrés, y brindó con el resto del grupo que chocaron sus botellines.

—Apuesto a que sí —les dije antes de irme—, son dieciocho euros por todas. —Si quería pagar no iba a ser yo el que me negara a cobrarle. Ya aprendería.

—Toma, tómate algo tú también y quédate con el cambio para el bote.

Me dio cincuenta euros y cuando vi el bote que quería dejarme me negué.

—Te agradezco el detalle, pero puedo beber gratis lo que quiera e incluso diez euros de bote es demasiado.

Todos los demás comenzaron a hablar a la vez y cuando vi que James se encogía en su asiento, acobardado por la reacción de los demás, me lamenté por haberle hablado así. Al parecer lo había avergonzado, aunque no era demasiado difícil conseguirlo, aun así, no me gustó cómo me hizo sentir.

Le devolví el cambio. No sabía por qué quería protegerlo. Si otra persona me diera ese bote estaba claro que no iba a negarme a cogerlo, pero era James, y sabía que haría lo que fuera por intentar caerle bien a los demás.

—Luego dejo que me invites a una pizza, ¿vale?

Cuando asintió con la cabeza y me sonrió no pude evitar fijarme en la leve sonrisa que asomó a sus labios, quizás unos segundos más de lo normal.

—Vale.

—También puedes invitarnos a cenar, si quieres —lo animó Wolf, sin una pizca de remordimiento al intentar engatusar a alguien tan tímido—, no tenemos ningún problema.

—Seguro que no —le dije—. No está aquí para pagároslo todo —le recordé a mi amigo.

—No me imp…

—No termines esa frase —corté a James antes de que dijera que los invitaría a ellos también. Porque supe que eso era lo que pensaba hacer.

Se volvió a encoger tras mis palabras y bajó la vista sin saber bien dónde meterse. Odié ser tan brusco.

—No hagas caso a esta panda de hienas —le dijo Pili para intentar animarlo—, que cada uno se pague su cena, que todos tienen dinero para eso o que no hubieran salido.

James le sonrió agradecido y se puso a hablar con ella.

«Gracias» le dije, marcando con los labios.

Ella sonrió y me guiñó un ojo mientras seguía hablando con James. Bueno, ella hablaba y lo interrogaba, y él contestaba porque era demasiado educado para negarse.

Me fui para seguir trabajando.



CAPÍTULO 5

Hamburguesas a deshoras

James

Fue una noche extraña y reveladora por igual.

Quedó claro que hacer amigos no era lo mío por ser extremadamente tímido y eso…, pero me resultó muy fácil caerles bien, o eso creí, después de invitarlos a unas cervezas.

¿Tan fácil era contentar a un grupo de chicos a los que acababa de conocer y a los que prácticamente les había sido impuesta mi presencia por mi compañero de piso?

Pues al parecer sí, o al menos aquella noche fingían ser mis amigos y me trataron como a uno más del grupo.

Luis era casi tan tímido como yo y apenas hablamos un par de palabras, bueno, para ser sinceros casi tampoco habló con el resto de sus amigos, aunque me ofreció una sonrisa tímida y amable. Sus ojos oscuros me miraban de vez en cuando y algo me dijo que podía ser gay, aunque, por supuesto, no estaba seguro. Digamos que acababa de estrenar mi radar sexual, así que no tenía claro que me funcionara bien.

Andrés y Pili fueron los más simpáticos y aprovecharon cualquier momento para tocarse y besarse. Ella me recordaba a Yago. Con su manera de hacer preguntas constantemente y de mirar de frente con sus ojos de color ámbar, casi del mismo color de su pelo. Con ella no me sentí tan incómodo. Wolf, por su parte, me miraba como si fuese un misterio que resolver. Apenas habló conmigo, bueno, yo no hablaba con nadie si no me preguntaban directamente, así que no era de extrañar que me miraran como si me estuviesen analizando.

Desde donde estaba sentado veía a Yago en la barra del bar mientras servía copas a la gente. Siempre tenía una sonrisa en la cara y más de una vez me encontré con sus ojos azules mirándome desde la distancia, como asegurándose de que me encontraba bien con sus amigos. Me hizo sentir…especial.

Qué tontería, ¿no?

Eran más de las dos de la mañana cuando paramos en la hamburguesería para pedir la cena y comérnosla en casa.

—¿De qué la quieres? —me preguntó mientras miraba el poste donde ponían el tipo de hamburguesas que había.

Me sentí como un idiota cuando miré los dibujos de las hamburguesas sin saber lo que podía pedir.

¿Cómo le decía que nunca había comido hamburguesas? En mi casa la comida basura estaba terminantemente prohibida y me había acostumbrado a la dieta estricta que se comía allí. Cualquier día comenzarían a salirme plumas de tanto comer pollo. Pero, por supuesto, eso no se lo podía decir a Yago. Mi vida ya había sido suficientemente patética como para que encima él lo supiera. No quería que me mirase con pena. Así que dije lo primero que me vino a la cabeza.

—Lo mismo que pidas tú.

Me miró unos segundos más de la cuenta y asintió sin decir nada más. Podía ver su perfil y mandíbula cuadrada con barba de varios días. Me pregunté cómo se sentiría al dejarse la barba. Sí, en mi casa el vello en la cara estaba terminantemente prohibido, como todo lo demás.

—¿Me dices al menos si quieres pollo o ternera? —dijo, sin dejar de mirar las fotos de las hamburguesas.

«Más pollo no, por Dios».

—Ternera, por favor.

—¿Con queso y beicon?

—Sí, con doble de todo. —Me moría por probar una hamburguesa como las que se veían en los anuncios de la tele. De esas que chorreaban por todos los lados y que había que lamerse los dedos cuando te los pringabas. A mi madre le daría un infarto si me viera comerme una hamburguesa y lo de chuparse los dedos… pondría el grito en el cielo, sin duda.

—¿Patatas fritas o ensalada?

—Patatas.

—¿Coca cola light, zero o normal? ¿o prefieres cerveza?

—Normal, por favor. —Y entonces se me escaparon las palabras que me delataron—: No sabía que había tantas opciones para pedir una simple hamburguesa.

Yago me miró largo y tendido hasta que la chica del micrófono le pidió que hiciese su pedido, y entonces pidió lo mismo para los dos.

—¿No has pedido nunca hamburguesas en un McDonald’s?

Pensé en mentirle, pero quería que fuese mi amigo y tenía claro que a los amigos no se les debía mentir, ¿verdad?

—No, en mi casa estaba prohibido comer hamburguesas.

Sentí que me ruborizaba. ¿Qué hombre de veinte años no había pedido nunca comida de un McDonald’s?

—¿Y pizzas?

«Buff…».

—Menos.

—¿No tienes amigos de tu edad?

—Sí, bueno, algo así.

¿Cómo le explicaba que mis amigos eran los hijos de los amigos de mis padres y que ninguno nos soportábamos cuando estábamos a solas? Solo fingíamos ser amigos delante de nuestros progenitores para que nos dejaran en paz.

—¿Y compañeros de la universidad?

Decidí ser sincero con él para que entendiera de una vez cómo había sido mi vida hasta el momento.

—No me resulta fácil abrirme a los demás y hacer amigos, Yago. Mi vida se ha limitado a ir a la universidad y estudiar en casa o asistir a las aburridas fiestas de mis padres. Punto.

—Ya veo. —Le agradecí de corazón que no dijese nada más. Bastante avergonzado me sentía ya sin que se apiadase de mí ni nada por el estilo—. ¿Entonces eres virgen?

Abrí los ojos, escandalizado. ¿Es que a ese chico no se le acababan nunca las preguntas?

—No exactamente —¿Me podía sonrojar más? ¿Podía alguien morirse por un exceso de sonrojo?

Pagamos las hamburguesas, recogimos el pedido que puso a mis pies en el coche y nos marchamos a casa. Suspiré aliviado pensando que iba a dejar pasar el tema, pero, por supuesto, no lo hizo.

—¿Cómo se puede no ser exactamente virgen, James? Lo eres o no lo eres.

Estaba encantado con la oscuridad del coche para que no viese que me había sonrojado por la vergüenza.

—No lo soy, ¿vale? Estoy seguro de que tú tampoco —le solté, enfadándome por sus preguntas.

Él se rio bajito.

—No, yo tampoco lo soy. Me alegra saber que eres capaz de enfadarte y ponerme en mi sitio. Ya te dije que soy demasiado extrovertido. Puedes pedirme que me calle cuando quieras. Tendrás que aprender a hacer valer tu opinión y plantar cara a lo que no te guste. Decir *no* a los demás es algo muy necesario.

—Ya, bueno. Pues entonces cállate, Yago, y deja de interrogarme.

—Creo que ya sé de ti lo que quería. No te enfades conmigo, que prometo no atosigarte más a preguntas.

Suspiré aliviado.

—Bien.

—Por lo menos hoy.

Bufé de nuevo y él volvió a reírse…

Me gustaba oírlo reír.

Ay, ese hoyuelo…



CAPÍTULO 6

Un domingo cualquiera

James

Nos pasamos el domingo invernando en el salón, viendo series de Netflix tumbados en el sillón, dejando las horas correr. Yago llevaba un pantalón deportivo y una sudadera vieja para estar cómodo en casa, y yo me puse mis vaqueros y un polo de marca que era lo más informal que tenía. Volvíamos a parecer el vagabundo y el príncipe y eso me hacía sentir muy incómodo.

—¿No tienes ropa cómoda para tumbarte en el sillón conmigo?

—No.

Fui tan brusco en la contestación que Yago enarcó una ceja y luego decidió dejarlo correr. Cosa que agradecí. El sillón no era lo suficientemente grande para que nos tumbáramos los dos, así que hicimos un trato.

—Yo me tumbo hasta media tarde y luego te tumbas tú- dijo él.

Y así pasamos la mañana. Yo con la cabeza de Yago en mi regazo mientras veíamos «La lista negra».

Nunca había tenido a un chico tan cerca y me moría por tocarle el pelo rubio que tenía al alcance de la mano. Durante esas horas empecé a reconocer el olor corporal de mi compañero de piso.

Todo era nuevo para mí y terriblemente confuso. Yago era como un rayo de sol, cálido y brillante, y yo llevaba tanto tiempo escondido en las sombras que me atraía como una polilla a la luz. Ni siquiera sabía cómo comportarme.

Me ofrecí a preparar la comida cuando eché un ojo a lo que había en la nevera. Estaba claro que Yago era principalmente carnívoro, así que preparé lomos al vino y una ensalada que me animé a que probara para que no fuera solo carne lo que comiera. Me gustaba comer sano, aunque ahora que había escapado del radar de mis padres, tenía decidido probar y comer todo lo que me había estado perdiendo todos esos años.

Yo era mal comilón por definición. Y eso significaba que apenas me gustaba nada, por lo menos de lo que se comía en mi casa, sobre todo, verduras y comida demasiado elaborada, así que había sobrevivido a base de ensaladas y poco más, por eso estaba tan delgado. A parte de las pocas cosas que me gustaban solía comer muy poca cantidad.

—¿Eso es todo lo que vas a comer? —Yago estaba dando buena cuenta de los lomos que repartí en su plato y de la ensalada que, para su sorpresa, parecía haberle gustado.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—No suelo tener apetito —me disculpé, porque era verdad. Me sentía nervioso y eso me solía cerrar el estómago de golpe.

—Apenas has desayunado tampoco.

Dejó de comer y me miró con curiosidad.

—No soy de comer mucho —me excusé.

Recogí mi plato y dejé el sobrante de lomo en los platos donde habían estado antes de servirlos.

—James… —Me volví para mirarlo. Me estudiaba muy serio, como queriendo averiguar qué era lo que en realidad me sucedía—, ¿Te ocurre algo? ¿No estás cómodo en mi casa?

—¿Qué? Claro que sí, no tiene nada que ver con eso. Son demasiados cambios y estoy intentando habituarme —reconocí, porque ese era el principal motivo que tenía para mi desgano.

—Si necesitas… algo, lo que sea, dímelo, ¿vale? Quiero que te sientas a gusto aquí.

Se me ocurrió algo de repente.

—¿Vendrías mañana conmigo para comprarme algo de ropa?

Parpadeó, sorprendido por mi petición, y luego asintió con una sonrisa.

—Claro.

—Me gustaría cambiar mi vestuario, además, necesito ropa de cama y toallas, ya sabes.

—De acuerdo, como los dos acabamos a las dos —ya habíamos hablado de nuestros horarios de universidad—, podemos comer algo rápido aquí e irnos a un centro comercial donde hay más variedad de tiendas.

—Perfecto.

—¿Me harías mañana un favor… personal? —Me volví para mirarlo. Se había levantado y estaba detrás de mí, tan cerca que me llegó su olor corporal—. ¿Puedo?

No sabía a qué se refería cuándo alzó la mano hasta mi rostro. Pensé que me quería tocar la cara y asentí, desconcertado. Me retiró el largo flequillo de los ojos y me lo puso detrás de las orejas, como no estaba tan largo para sujetarse ahí, volvió a caerme sobre los ojos de inmediato. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios y ese pequeño hoyuelo se asomó con timidez junto a su boca.

—¿Mañana te podrías cortar un poco el pelo?

—¿Por qué? —susurré, sin entender bien lo que quería.

—No quiero que te sigas escondiendo tras el flequillo. Ya no hace falta que te ocultes del mundo. Quiero verte, ¿vale? Y el resto del mundo, seguramente, también.

Asentí sin poder negarme. Él tenía razón. Había usado mi pelo para intentar ocultarme de todos, pero nunca esperaba encontrarme a un chico que quisiera verme. No tenía claro que el resto quisiese hacerlo también, pero me bastaba con que Yago quisiera hacerlo. Me di cuenta de que me iba a resultar muy difícil negarle nada.

El resto de la tarde me la pasé sobre su regazo y comenzó a tocarme el pelo con suavidad. No quise que parara nunca y, al parecer, él tampoco quiso parar. Me iba a dar mucha pena cortármelo, después de todo.



CAPÍTULO 7

Un lunes cualquiera

James

Lo primero que tenía que comprarme era un coche para ir a la universidad.

Siempre me había ido con Sandra. Sí, esa chica con la que nuestros padres querían comprometernos y que, para mi sorpresa, se convirtió en la única amiga que tenía y que realmente me comprendía, ya que sabía casi de primera mano cómo era mi vida en casa de mis padres.

Por suerte, sus padres no eran tan estrictos como los míos, excepto en el punto de querer comprometerla conmigo, cosa que, por supuesto, tampoco quería. Nuestra relación, pese a que nos conocíamos desde hacía muchos años, era de amistad, aunque reconociera que fue con ella con la que perdí mi virginidad en un arranque de soberbia y de rebelarnos contra nuestros padres. A los dos nos quedó claro que lo nuestro era solo amistad y yo terminé de aceptar que me gustaban los chicos.

Ese primer día de universidad me fui con Yago, ya que coincidían nuestros horarios de mañana, pero no podía abusar de él.

No se me quitaba de la cabeza la mirada que me había lanzado esa mañana cuando salí a la cocina ya vestido con mi camisa de rayas y mis pantalones chinos.

—¿Qué? —No soy muy hablador por la mañana y su sonrisita me hizo sentir incómodo.

—Nada —Levantó las manos en gesto de rendición ante mi tono de voz—, es solo que ya pareces todo un abogado, excepto por el pelo tan largo. Eso rompe con tu aire serio y formal.

—No soy serio y formal —solté enfurruñado.

—Lo sé. —Se acercó y me apartó el flequillo rebelde de los ojos, como hizo el día anterior—. Te he preparado un capuchino, como te gusta, con dos de cacao y poco azúcar.

Me quedé mirando sus ojos azules tan cerca de mi cara, y me sonrió con ese hoyuelo que me apetecía acariciar y sentí el calor de sus dedos en mi frente mucho después de apartarse de mí. Nadie me había tratado antes con ternura y eso me desconcertaba mucho, lo cual él debió notar porque se apartó con rapidez, como arrepintiéndose de ese acto tan inocente.

—Vale, gracias.

—Terminabas a las dos, ¿no?

Asentí mientras bebía de mi café caliente y me comía otra de las gigantescas magdalenas rellenas, sintiéndome feliz por tener libertad de comerme lo que me apetecía después de una

dieta tan estricta.

—Sí.

—¿Quieres que comamos en la universidad, aquí o nos vamos de compras y comemos en el centro comercial?

Lo estudié unos segundos mientras él bebía su té con cuidado de no quemarse. Yo había bebido tanto té por obligación que empecé a cogerle asco, pero el que preparaba Yago olía realmente bien.

—Prefiero ir directos al centro comercial, pero, Yago…—¿Cómo se lo decía? Me miró dejando la taza a unos centímetros de su boca—, si no te apetece venir de compras no pasa nada, de verdad, soy muy capaz de encontrar lo que quiero.

—Sé que lo eres, nunca lo he dudado ni un segundo, es solo que quiero verte con algo que no sean tus camisas almidonadas y, además —Me guiñó el ojo—, quiero asegurarme de que de verdad te vas a cortar el pelo. No tienes que esconderte más, James, por lo menos aquí, ni mucho menos de mí.

Sus palabras me hicieron sentir… importante por una vez en la vida. Él parecía ser la única persona que me veía como realmente era y no parecía querer cambiarme. Me daba tiempo cuando hablábamos para que buscara las palabras que quería utilizar y me miraba con una ternura que hacía aletear mi corazón.

Yago era un completo misterio para mí y cada vez me alegraba más de haber decidido buscar compañero de piso. Aunque me sobrara dinero para comprarme tres pisos como el suyo, o incluso más, compartir piso era la mejor decisión que había tomado nunca.

Todo era nuevo para mí.

Nueva casa, nuevos amigos, nueva ropa y poder comer, por fin, lo que me apetecía. Estaba deseando disfrutar de esta nueva oportunidad que se abría ante mí.

—¿Has acabado? Mira que te gustan las magdalenas de chocolate, ¿eh?

Asentí y me llevé las tazas para enjuagarlas y meterlas al lavavajillas mientras me llevaba a la boca la mitad de la magdalena y avisaba a Yago con un dedo en alto para que me esperara un minuto. Tenía que cepillarme los dientes antes de salir.

—Date prisa o no llegaremos a la primera clase.

—Un minuto —grité desde el baño mientras me cepillaba los dientes en tiempo récord.

Salí corriendo y seguí a Yago hasta su coche.

Sandra me estaba esperando en la puerta de la universidad y no me pasó desapercibida la mirada que Yago nos echó cuando la besé en la mejilla mientras ella me abrazaba. Por supuesto ya se había enterado de lo sucedido ese fin de semana.

Pensé que tendría que aclararle a Yago lo que había pasado y quién era ella para mí.

—¿Quién es el rubio? —me preguntó, siguiendo mi mirada cuando el coche se alejaba para ir hasta su edificio.

—Mi nuevo compañero de piso.

—¡Vaya!

La miré sorprendido por ese comentario.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. ¿Sabes si tiene pareja o algo?

No me gustó que me preguntara eso y me di cuenta de que no sabía casi nada de su vida privada.

—Ni idea.

—Por la manera de mirarte o, mejor dicho, de mirarme a mí, creo que es gay.

Me temblaron las piernas al pensarlo.

¿Era posible que fuese gay?

—¿Gay?

—No te ha comentado nada.

—No hemos hablado de nuestra orientación sexual, como comprenderás. —Deseé cambiar de conversación cuanto antes.

—Bueno —Supo que quería cambiar de tema—, ¿qué tal en tu nueva vida? —¡Cómo me conocía!

Me dispuse a contárselo todo.

—Así que esta tarde irás a comprarte ropa nueva.

—No tengo ni un puñetero vaquero que no sea chino, y de sudaderas o camisetas ni hablamos. Tengo un edredón porque Yago me lo ha dejado y me estoy secando con su toalla. ¿De verdad no crees que necesito ir de compras urgentemente? —pregunté ofuscado. Cada vez que recordaba que no tenía nada en mi vida que lo hubiese querido yo o me lo hubiese comprado yo, me ponía de mal humor.

—Creo que deberías disfrutar de tus días de libertad, porque sabes que tu padre no te dejará marchar, ¿verdad?

—Me da igual lo que quiera. No pienso volver. Tengo veinte años y dinero suficiente para no necesitar nada de él.

—Es cierto. Si lo tienes tan claro, yo me alegro por ti y por mí.

Andamos juntos por el pasillo de la facultad hasta nuestra clase.

Me retiré el pelo de la cara mientras entrábamos al aula. Sandra estudiaba derecho y estábamos en la misma clase. Era mi única amiga dentro y fuera de la universidad.

—Deberías cortarte ese flequillo.

—Lo haré esta tarde, iré con Yago al centro comercial. Me ha pedido que me corte…—Me callé antes de terminar la frase cuando me di cuenta de lo que significaba.

—¿Te ha pedido que te cortes el pelo? ¿Y vas a hacerle caso? —me lanzó una sonrisa torcida —. ¿Cuánto tiempo hace que te lo llevo diciendo? —fingió estar enfadada.

—Ya pensaba hacerlo antes, ¿vale? —expliqué, para que no me mirase con esa sonrisita de sabionda que tanto me molestaba.

—Claro.

—Él dice que me escondo tras el flequillo —le solté, porque me apetecía que ella supiese las cosas que mi compañero de piso me había dicho—, y que no necesito esconderme de él.

Sandra me miró unos segundos y luego sonrió.

—Al final me va a gustar ese compañero tuyo y todo.



CAPÍTULO 8

Cambio de imagen

James

Es una tontería entusiasmarse por ir a un centro comercial, pero cuando Yago aparcó el coche en el parquin estaba tan contento como un niño con zapatos nuevos.

Como no tenía amigos con los que salir, debía reconocer que no recordaba cuándo fue la última vez que había estado en uno, ni siquiera para ir al cine.

Me di cuenta de que Yago me miraba de vez en cuando y que estaba mucho más pensativo de lo normal.

—¿Solías venir mucho a los centros comerciales? —Ahí estaban sus preguntas de nuevo. ¡Mira que era curioso!

—No.

—¿Dónde comprabas la ropa?

Nos bajamos juntos y me arrebujé en mi abrigo negro de paño cuando el viento gélido me golpeó con fuerza. Yago llevaba un pluma negro que parecía calentito y cómodo.

—Mi madre tenía una boutique de referencia, así que ella se encargaba de comprarlo todo.

Me estudió unos segundos mientras las puertas automáticas de la entrada se abrían para darnos la bienvenida. Suspiré ante lo calentito que se estaba allí dentro.

—¿No es algo raro que tu madre te compre la ropa?

Viéndolo con perspectiva me di cuenta de lo *muy* raro que era. No solo eso, sino la prohibición que había tenido de absolutamente todo lo relacionado con el ocio e incluso con la comida.

Me avergonzaba reconocer que yo había sido partícipe de todo, ya que nunca me había quejado por no tener libertad de elección.

Recordé el día que le dije a mi madre que me apetecía pedir hamburguesas para cenar, porque salió un anuncio en la tele y se me antojaron. Tendría por aquel entonces…, ¿cuántos? ¿Quince años? Y me miró con tal cara de desagrado que nunca más volví a pedirle ningún tipo de comida basura.

No quería hablar de ello.

—Ya no volverá a hacerlo, tranquilo.

Vi que iba a replicarme, pero debió notar la advertencia en el tono de voz porque se calló y seguimos andando sin decir nada.

Un par de tiendas después, entramos en un mejicano. Yo había probado la comida mejicana

porque nuestra cocinera preparaba fajitas algunas veces. Pocas. Pero nada que ver con el despliegue de platos que había ante nosotros.

Miré a Yago sorprendido.

—¿Puedes comerte todo esto? —Miré su vientre plano. Bajo el pluma que se había quitado para comer, llevaba una camiseta negra que se ajustaba un poco a su torso. Lo suficiente como para poder entrever su estómago plano de debajo.

—La idea es que te comas la mitad de lo que hay aquí. Es lo justo, ¿no?

—No te prometo nada.

Empecé a comer con ganas, porque no había probado nada desde el desayuno.

—Muy guapa tu amiga de esta mañana —soltó a mitad de la comida.

Me miraba mientras se comía una fajita tan bien montada, que me dio envidia de que no se le derramara nada; la mía me estaba poniendo las manos perdidas de salsa. Por primera vez en mi vida me lamí los dedos en público sin importarme lo más mínimo lo que pensaran de mí. ¡Qué rica estaba!

—Ella piensa lo mismo de ti. —Era justo que lo supiera.

—Pensé que no tenías amigos.

—Y no los tengo, Sandra es amiga de la familia. Ella es la mujer con la que mi padre quería que me prometiera.

Me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Me perdí en ese azul brillante y hermoso, como una tarde de verano.

—¿Tus padres te iban a concertar un matrimonio? ¿Todavía se hace eso?

«Si tú supieras».

—En el mundo de mi padre, sí.

—¿Y qué pasó? Veo que te llevas bien con ella.

—Ella es mi única amiga. Que nuestros padres quisieran comprometernos nos unió más en la idea de negarnos.

—¿Fue por eso por lo que decidiste irte de casa?

Había llegado la hora de contar la verdad.

—Yo no decidí irme de casa, Yago. Mi padre me puso de patitas en la calle porque se enteró de que soy gay y que no iba a comprometerme con Sandra ni con ninguna otra mujer.

—Espera, ¿eres gay? —me preguntó sorprendido

No supe interpretar lo que había en sus ojos. ¿Sorpresa, quizás?

—Sí, reconocerlo es el motivo de que esté viviendo en tu casa. ¿Tienes algún problema con los homosexuales? Si es así me marcharé esta misma tarde. No te preocupes.

Cogió mi mano por encima de la mesa y me miró con esos ojos tan azules que era como mirar la inmensidad del cielo.

—No tengo ningún problema contigo, James. Yo también soy gay.

No supe qué decir por la sorpresa.

¿También era gay?

Pues vale.



CAPÍTULO 9

Descubrimientos

Yago

Nunca me había divertido tanto yendo de compras.

James era como un niño pequeño que aprendía cómo era el mundo. Todo le emocionaba y le hacía ilusión.

Me costaba mucho hacerme a la idea de cómo había sido su vida hasta hacía solo dos días.

Privado de libertad para hacer, decir, comer o incluso ponerse la ropa que quisiera. Me sorprendía mucho que no tuviese algún tipo de trauma por eso. Bueno, su timidez era sin lugar a duda un rasgo muy característico de haber hecho siempre lo que le decían, pero tenía claro lo que quería, aunque no tan claro lo que le gustaba, aunque eso era algo que aprendería rápido.

Lo que me había dejado sorprendido era que se hubiese atrevido a plantarle cara a su padre respecto a su orientación sexual.

Había gente que no se atrevía a salir nunca del armario y no habían vivido sometidos al control de unos padres dictadores como los suyos, así que tuviera los cojones necesarios para negarse a prometerse con la mujer que su padre había elegido para él, era de un hombre con carácter, aunque ni siquiera lo supiera.

Me gustaba mucho ser el responsable de enseñarle el mundo que se había estado perdiendo. Empezaba a ver cómo, lo que había sido una hoja en blanco, iba llenándose un poco con las decisiones que empezaba a tomar. Desde el color del edredón de su cama, hasta la ropa que se había comprado y la comida que estaba dispuesto a probar para saber si le gustaba o no.

Era… emocionante.

O por lo menos yo lo veía así.

Al haber estado tan sobreprotegido y privado de libertad para elegir lo que le gustaba, se convirtió en un hombre más inmaduro de los veinte años que se suponía que tenía, pero estaba seguro de que evolucionaría con rapidez cuando se acostumbrara a tomar decisiones.

Respecto a su vida sexual…

Que reconociera ser gay era algo muy sorprendente. Ya que muchos no se atrevían a reconocerlo abiertamente.

Tenía tanta necesidad de protegerlo e intentar hacerlo feliz que no sabía de dónde nacía, pero ya tendría tiempo de averiguarlo.

Mi corazón se saltó un latido cuando lo vi salir de la peluquería y buscarme entre la gente que

estaba sentada en las mesas de fuera, donde había quedado con él, mientras me tomaba un té para esperarlo.

Cuando James me localizó, simplemente sonrió y yo me lo quedé mirando, sorprendiéndome de poder verle las orejas, ya que llevaba el pelo rapado por los laterales y más largo el flequillo, que ya no le tapaba los ojos como antes. Aunque ya se los había visto antes, poder ver sus ojos, grandes y rasgados de un color verde bosque me dejó sin respiración.

Era guapo sin artilugios y sin necesidad de llevar nada puesto que llamara la atención sobre ese cuerpo, quizás demasiado delgado todavía, ya que los vaqueros que se había comprado ese mismo día se le resbalaban por las caderas puntiagudas, pero lo hacían parecer mucho más sexi y a mí me secaba la boca cada vez que veía ese pantalón que parecía hacer equilibrio sobre sus caderas. No era conocedor de las miradas que atraía sobre él, tanto de mujeres como de hombres, y supe que tendría comiendo de su mano a todos los que quisiera cuando se diera cuenta del poder de seducción que tenía.

Que hasta yo me sintiera terriblemente atraído por él me hizo darme cuenta de que tenía un problema. Lo último que él necesitaba ahora mismo era encontrarse con líos sentimentales en su vida. Y yo no necesitaba ningún lio con nadie en ese momento.

Pero algo me decía que James iba a ser el protagonista de mi historia, me gustara o no.

—¡Hola! ¿Qué tal me veo?

Se sonrojó un poco al mirarme curioso, a la espera de mi opinión.

¡Sí, estaba guapísimo!

—Solo tienes que ojear a tu alrededor y preguntarle a cualquiera de los que te están comiendo con la mirada —le solté, quizás más rudo de lo que debería, pero reconocí que no me gustaba cómo lo estaban mirando las chicas de la mesa de al lado. Ni el chico de la mesa de la esquina, que no le quitaba el ojo de encima.

—¿En serio? —Se sonrojó aún más y en vez de mirar a su alrededor para confirmarlo, que es lo que hubiese hecho el resto de los seres vivos, él se sentó en la silla frente a mí y se encorvó de esa manera tan suya que decía que quería hacerse pequeño y pasar desapercibido.

—No hagas eso —le regañé en voz baja. Le cogí la mano por encima de la mesa para que me mirara—. No tienes que esconderte, ¿recuerdas?

Su rostro estaba ruborizado por la vergüenza, pero, tras mirarme unos segundos, asintió y se incorporó en la silla, aunque siguió sin querer mirar a su alrededor para comprobar lo que yo le había dicho.

—¿Quieres un té? —Me reí ante su mueca de asco—. Vale, tienen capuchinos y muffins rellenos.

—No sé por qué hay que cambiarle el nombre a las magdalenas de toda la vida. Voy a pedirme un café y una magdalena. —Me lanzó una sonrisa de medio lado que me hacía sonreír a mi vez.

Sí, estaba claro que cuando cogiera confianza en sí mismo iba a ser todo un rompecorazones. Y yo intentaría mantener el mío a buen recaudo.

Estaba claro que ni él mismo sabía lo arrebatadoramente atractivo que era. Y ese aire inocente que tenía lo intensificaba aún más. Tendría que endurecerse si quería sobrevivir sin que se lo comieran entero en la jungla que era la vida. Me iba a encantar ver ese proceso, si se quedaba en mi piso el tiempo suficiente.



CAPÍTULO 10

Y en el gimnasio…

Yago

Esa semana marcamos la rutina que llevaríamos durante esos días. Desayunábamos juntos en casa antes de irnos a la universidad. Lo recogía y comíamos en casa, también juntos. Habíamos quedado que cada uno se encargaría de limpiar su habitación y las labores del resto de la casa nos las turnábamos cada semana.

James se empeñó en encargarse él de las tareas de esa semana, incluida la colada y la comida. Como ahora éramos dos, decidimos buscar a alguien que viniese un día para plancharnos la ropa, ya que a ninguno de los dos se nos daba bien.

En ese tiempo me di cuenta de que James estaba acostumbrado a comer bien y a vestirse de marca y eso era algo que no pensaba cambiar. Cada uno se encargaba de la compra semanal y siempre nos molestábamos de comprar alguna marca que a alguno de los dos nos gustara, en vez de comprar lo más barato.

Me quedó claro que James no tenía problemas de dinero, cosa que me alegró, porque, para ser sinceros, lo último que me faltaba era buscarme un inquilino que no pudiera hacerse cargo de la mitad de sus gastos.

Yo iba al gimnasio tres días a la semana desde hacía tiempo. No era demasiado estricto con la comida y por eso había decidido machacarme algunos días a la semana para gastar esos excesos de calorías por la comida de la que no me gustaba privarme.

—¿Puedo ir al gimnasio contigo? —me preguntó el miércoles, cuando ya se organizó un poco, tanto las horas de estudio como las que necesitaba para mantener la casa limpia y ordenada. Me di cuenta de que era un maniático del orden y eso, aunque yo era un desastre dejándolo todo por el medio, tampoco me venía mal. Si él fuese igual de desordenado que yo, terminaríamos dejando el piso lleno de ropa y de zapatos por todas partes.

—Claro. —Lo observé que ya llevaba ropa deportiva puesto para acompañarme—. Yo voy a un grupo donde tenemos un entrenador para hacer Funcional. Son series para entrenar todos los grupos musculares. Hacemos pesas, abdominales, sentadillas y esas cosas, no necesitas tener nivel ni nada parecido.

—Vale, yo tenía un entrenador personal que venía a casa, pero no me empeñaba demasiado en los ejercicios.

—No te empeñarías en nada —dije sonriendo mientras me llevaba una botella de agua que

tenía en la nevera y cogía una toalla deportiva—, no hay más que verte.

Se rio conmigo y cogió otra botella de agua de la nevera.

—¿Tienes otra toalla hasta que vaya a comprarla? Siento las molestias. —Bajó la cabeza como solía hacer cuando se avergonzaba por algo.

—Claro, espera, que te lo traigo. Y ya sabes que no me importa. —Le tiré la toalla que cogió al vuelo.

Se apuntó al mismo grupo que yo y no me pasaron inadvertidas las miradas que le echaron los integrantes del equipo, tanto mujeres como hombres. Como yo llevaba tiempo yendo, muchos sabían que era gay, pero estaba claro que James llamó la atención de todos nada más entrar. Si se dio cuenta, lo disimuló bien.

Me apiadé de él cuando Pedro, que era el entrenador, le dio la misma caña que a los demás. Y no me gustó nada las miradas que le echaba de vez en cuando.

No quería que lo agobiaran. Había algunas chicas que entraban a matar sin tener ningún tipo de pudor y estaba seguro de que James no estaba preparado para eso. Me dieron ganas de sacarlo de allí y volver al piso donde nadie viniera a molestarnos.

—¿Tienes tiempo para tomarte algo cuando acabemos? —le preguntó María. Una chica con cuerpo de infarto y que sabía que se había acostado con todos los chicos heteros de la clase.

La miró desconcertado.

¡Ya empezamos!

—Eh…, no lo sé. Vengo con Yago —dijo como única explicación.

María me miró entrecerrando los ojos. Ella sabía que yo era gay porque se lo expliqué los primeros días cuando también intentó tirarme la caña.

—Estoy seguro de que él entenderá que quieras quedarte unas horas conmigo.

James me miró, estudiando mi reacción. Confuso por ese interés en él de repente.

—Puedes quedarte con ella, si quieres. Ya sabes la dirección de casa. Puedes coger un taxi o a ella seguro que no le importa acercarte al piso.

—¿Vivís juntos? —preguntó ella, mirándonos al uno y al otro. Supe que estaba sumando dos más dos.

—Sí. Somos compañeros de piso desde el sábado.

Él no parecía haber entendido todavía cuáles eran las intenciones de María.

—¿También eres gay?

La miró sorprendido por la pregunta que estaba claro habían oído todos los de la clase. De hecho, Pedro no se perdía ni una palabra. Maldije a María por ser tan poco discreta y ponerlo en esa tesitura.

—Si quieres echar un polvo te equivocas de persona —le dijo alto y claro.

Me lo quedé mirando alucinado de su claridad. No oculté la sonrisita que se me escapó. ¡Aprendía rápido el polluelo!

Ella arrugó el morro y se alejó sin despedirse siquiera.

James cogió su botella de agua y me siguió hacia la puerta para ir al vestuario y ducharnos.

—¿James?

¡Mierda! ¿Es que no lo pensaban dejar en paz esa panda de buitres? Ahora Pedro.

—¿Sí?

—¿Tienes tiempo para tomarte algo conmigo y hablar un poco del plan de trabajo que seguimos aquí?

Estaba claro que Pedro era más listo. Con esa propuesta era más difícil que se pudiera negar y no me gustaba nada que quedara con él. Bueno, ni con él ni con nadie, para ser sinceros. Pero

había batallas que tenía que librar él solo. Sobre todo, porque no me había pedido ningún tipo de ayuda sobre estos temas y no era nadie para meterme, por más que me molestara.

—Solo tengo unos minutos —le dijo, después de mirarme a mí y luego a él—. Tengo que irme con Yago y quiero ducharme primero. —Me miró de nuevo, esperando mi ayuda—. ¿Me esperas en el vestuario? Tardaré un par de minutos, ¿no? ¿Será tiempo suficiente? —Volvió a mirar a Pedro, que asintió con la cabeza, resignado.

—Intentaré entretenerte lo menos posible —Lo sujetó por el antebrazo para cerrar la puerta y quedarse con él dentro.

Pensé en quedarme esperándolo allí tras la puerta y luego me dije que, si quería tener algo con Pedro, ni siquiera sabía exactamente lo que se proponía, no era nadie para entrometerme.

Me fui al vestuario y me metí en una de las duchas comunitarias. Había algunos chicos de otras clases duchándose también. Ya había perdido un poco la vergüenza de estar desnudo junto a otros hombres porque al fin y al cabo todos estábamos en la misma situación. Me llevé una gran sorpresa cuando vi a James meterse en la ducha libre a mi lado con toda la tranquilidad del mundo.

Aunque no quise quedarme mirándolo, la curiosidad me pudo. Era la primera vez que podía ver a James desnudo y no quise dejar de echarle un rápido vistazo.

Su piel estaba morena, por lo que debía haber tomado el sol el verano pasado. Estaba depilado, igual que yo, y tenía el pecho y los brazos muy poco musculados, como se podía apreciar a simple vista. Los huesos de sus caderas sobresalían puntiagudos indicando, junto con sus omóplatos, lo delgado que estaba. No pude evitar seguir mirando… y sorprenderme de la v bajo sus abdominales que indicaban el camino a su polla que, aun estando en reposo, no pude evitar de apreciar lo bien dotado que estaba.

¡Oh, mierda!

Estaba claro que era un caramelito que todos querrían probar independientemente del sexo de cada uno.

—¿Ya has acabado? —Por la manera en que me miró, supe que se había dado cuenta de que lo había estado mirando… más de la cuenta. Me sonrió mientras se enjabonaba el pelo sin apartar sus ojos de mí—. Me ha bastado con decirle que no estoy interesado en él para que se acabara la charla.

—¿En serio? —No me esperaba que pudiera ser tan directo, después de todo.

—Claro. Le he dicho que mi interés estaba en otro lugar. —Para mi sorpresa, también me miró con la curiosidad con la que yo lo había mirado a él… y luego me sonrió.

¿En serio?

¿Cómo se suponía que me tenía que tomar eso?



CAPÍTULO 11

Llamadas a destiempo

Yago

La primera semana pasó con tanta rapidez que de nuevo me vi trabajando en *El irlandés,* que así se llamaba el pub donde trabajaba los fines de semana. James no había querido venir el viernes y me encontraba extraño, ya que no nos habíamos separado en toda la semana excepto el tiempo que estábamos en clase. Todo lo demás lo habíamos hecho juntos. Pero esa tarde habíamos ido al gimnasio y parecía necesitar un buen descanso.

Ahora en el gimnasio, después de poner a todo el mundo en su sitio, para mi sorpresa, lo dejaban entrenar tranquilo. sin tantos agobios.

—¿Dónde has dejado al caramelito? —Ya me extrañaba que mis amigos no lo sacaran a relucir.

Miré a Wolf, que fue el que me lo había preguntado. Volvían a estar todos sentados en su rincón de costumbre. Les llevé las primeras cervezas de la noche y me senté con ellos unos segundos, ya que el local aún tenía poca gente y me podía permitir perder un poco de tiempo. Me bebí una cerveza casi en dos tragos.

—Estaba cansado y hoy no quería salir.

—¿Sabes si es gay? —preguntó Luis a gritos para hacerse oír.

No pensaba hablar de él ni contar sus intimidades, por muy amigos míos que fueran.

—Tendrás que preguntárselo a él. —Porque era lo más justo.

—¿Dónde ha estado metido todo este tiempo? —Pili parecía realmente interesada.

—No ha salido demasiado. ¿Nos pasaremos la noche hablando de él? —No me gustaba nada la idea de hablar de alguien que no estaba presente. Pero de James me gustaba aún menos.

—¿Qué tal es la convivencia con él? —se interesó Wolf de nuevo.

Mira, de eso sí podía hablar.

—Pues la verdad que muy buena. Es limpio y maniático del orden, así que me viene muy bien. No sabe cocinar demasiadas cosas —añadí, acordándome de que las ensaladas le salían de vicio, pero todo lo demás me lo había estado preguntando a mí o mirando páginas de recetas de cocina en internet. Habíamos estado en una especie de ensayo-error con la comida y tenía que reconocer que había sido divertido probar sus platos sin saber lo que nos íbamos a encontrar. Aún le costaba cogerle el punto a la sal y cosas así, pero reconocía lo bien que me lo había pasado esa primera semana con él.

—¿Sabes que te brillan los ojos cuando hablas de él? —Pili me dio un codazo cómplice.

—¿Qué? —Lo que me faltaba—. No digas tonterías. Con esta mierda de luz te lo habrás imaginado.

O eso esperaba. Iban a estar atormentándome hasta el siglo siguiente si se imaginaban que podía gustarme o me sentía atraído por él.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo cuando el pub se puso a tope de gente. Así que ignoré a quien podía estar llamándome en ese momento. Minutos después, volvieron a llamarme y lo saqué del bolsillo con las manos mojadas después de haber estado secando copas con un paño. El móvil se me cayó al suelo. Lo cogí para mirarlo, pero unas chicas me llamaron desde el otro lado de la barra y lo dejé junto al ordenador de caja, prometiéndome mirarlo en cuanto pudiera.

No lo hice hasta casi las dos de la mañana, cuando estábamos cerrando el pub. Los fines de semana solo teníamos horario de apertura hasta las tres, cosa que agradecía. Aunque yo no trabajaba los domingos, los viernes y sábados estaba deseando llegar a casa.

Ni siquiera paré para comprarme algo de comer. Decidí comer cuando llegara a casa. No sabía si James había hecho cena, si no, me comería cualquier cosa rápida. Desbloqueé el móvil para ver las llamadas perdidas cuando entré en el ascensor para subir al cuarto piso, donde vivía.

Tenía tres llamadas perdidas de James, todas a la misma hora: las once y media. Algo se agitó en mi interior y me indicó que algo había pasado para que James me hubiese estado llamando, sabiendo que estaba en el trabajo. No tenía ningún mensaje, solo sus llamadas.

Me apresuré a abrir la puerta y me sorprendí al encontrar todas las luces apagadas. Encendí las del salón y decidí asomarme a la habitación de James, por si estuviese aún despierto, aunque me dije que, si fuera así, estaría en el salón esperándome. Decidí asomarme a su habitación de todas maneras.

¡Vacía!

Mi corazón empezó a palpitar por la preocupación.

¿Qué había pasado para que James me llamara y saliera del piso, cuando me había dicho que no iría a ningún sitio? Me dije que posiblemente lo hubiesen llamado unos amigos. Alguno tendría, ¿no? Salí al salón y, cuando iba a llamarlo, vi que la puerta corredera que daba a la terraza estaba entornada. Y aún en la penumbra de la madrugada lo vi tendido en una de las hamacas que había para tomar el sol. No llevaba ropa de abrigo y debía estar helado, tumbado allí, inerte.

—¿James?

Me acerqué cuando no recibí respuesta y vi que había una botella de *wiski* a su lado, semivacía. ¿Se había bebido la botella entera? ¿Qué coño había pasado?

—¿James?

Me senté en la hamaca que había al lado y lo moví un poco para intentar espabilarlo. Si se había bebido todo lo que le faltaba a la botella… Joder, no quería ni pensarlo.

—¿James?

Gruñó cuando abrió los ojos y me miró.

—¿Yago? ¿Ya has vuelto?

Por lo menos era capaz de recordar mi nombre y, aunque arrastraba la voz, no parecía tan borracho como me temía.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Se incorporó en la hamaca y para mi consternación se echó a llorar y se abrazó a mi cuello con fuerza.

¡Oh, mierda!



CAPÍTULO 12

Consolando a un amigo

Yago

Tiré de él para que se sentara junto a mí en la otra hamaca y me dediqué a abrazarlo mientras lloraba de manera desconsolada.

No me gustaba ver a nadie llorar. Supongo que a todos nos hacía sentir incómodos. Pero James lloraba con sollozos que parecían salirle del fondo del corazón y eso hacía aflorar mi lado más tierno. Apenas lo conocía, pero era un alma pura, casi igual de inocente que la de un niño, y ninguna persona debería sentir ese dolor para llorar de un modo tan desgarrador.

Como no sabía qué había pasado, no sabía lo que podía decirle, así que me centré en abrazarlo, acariciarle el pelo y la espalda, esperando a que se desahogase.

Algo me decía que su llanto tenía que ver con su familia y que, por supuesto, no debían ser buenas noticias.

Cuando dejó de llorar se quedó abrazado a mí, suspirando de vez en cuando. Podía oler el alcohol en su aliento, pero algo me decía que ponerse a beber de esa manera había sido su forma de intentar evadirse del dolor que parecía estar sintiendo.

—¿Me quieres contar lo que ha pasado?

Me gustaba tenerlo así, abrazado a mí y tumbado sobre mi pecho. Yo era un hombre cariñoso y me gustaba tocar y acariciar a las personas que me importaban sin importarme demasiado el lugar donde estuviese, y a ninguna de las antiguas parejas que había tenido les gustaban las demostraciones de afecto en público.

—Me ha llamado mi padre. —No se levantó para hablar conmigo y no le dije nada porque no me molestaba tenerlo así. En otro momento pensaría el motivo, pero en ese instante no quería ponerme a analizar eso.

Dejé que me contara las cosas a su ritmo. No quise presionarlo. Supuse que hablar de lo que fuera que le había dicho su padre, siendo tan tímido como era, no debía resultarle fácil.

—Ha muerto mi abuelo.

—Vaya, lo siento mucho. —Le volví a pasar la mano por la espalda. Solo llevaba una sudadera y estaba helada al tacto. No tenía claro el tiempo que llevaba allí sentado, pero todavía hacía algo de frío algunos días, así que debía estar helado.

—Gracias. —Se arrebujó más entre mis brazos y estuve a punto de gruñir al notar mi polla, que empezaba a despertar bajo los pantalones.

¡Oh, mierda! Qué momento más inoportuno, joder.

—Pero no estás así solo por eso. ¿Me equivoco?

No sabía cuánto de unido estaba con su abuelo, pero cuando recurrías al alcohol solía ser por un sentimiento de culpa que querías aliviar, a parte de la pena por la pérdida.

—Serás un psicólogo cojonudo —soltó con una risita—. No, no ha sido solo por eso. Me ha acusado de provocar su muerte al marcharme de mi casa como lo hice.

—¡Será cabrón! Estoy seguro de que no ha sido eso lo que ha ocasionado su muerte, James. Solo dice eso para hacerte daño.

Intenté mirar su cara para que entendiera lo que le estaba diciendo, pero se removió para que me quedara como estaba y me di por vencido. Si necesitaba estar así, no iba a ser yo el que lo obligara a quitarse.

—Yo, bueno… Estaba mal cuando me fui. Ya hacía tiempo que estaba en estado vegetativo. Tuvo un ictus hace casi un año del que no se ha podido recuperar.

—Pues ya tienes la respuesta. Si no estaba consciente no ha podido darse cuenta de tu marcha. No te atormentes por eso.

Él suspiró mucho más fuerte y entonces lo sentí temblar. Sabía que no era solo por el frío. Posiblemente era debido a su estado de ánimo, pero no quería arriesgarme a que se pusiese enfermo.

—¿Por qué no nos vamos a la cama ya? ¿Te ha dicho tu padre cuándo será el entierro?

—Sí, mañana a mediodía.

No hizo intención de levantarse.

—¿Quieres ir a despedirte de él?

—No lo sé. Creo que no estoy preparado para hablar de nuevo con mi familia.

Me quedé unos minutos pensando.

—Bueno. Puedes pensártelo de aquí a mañana. Ni siquiera tienes que decidirlo ahora. —Como se quedó callado aproveché para intentar de nuevo que se levantara—. vámonos a la cama, James. Te estás quedando congelado aquí fuera. Ni siquiera llevas ropa de abrigo.

Esta vez sí se levantó y me tendió la mano para ayudarme a levantarme, aunque su equilibrio no fue muy bueno, así que me levanté por mí mismo y lo sujeté para ayudarlo a entrar. No me paré hasta que llegué a la puerta de su habitación.

—¿Yago?

—Dime. —Me detuve para mirarlo cuando iba a apagar las luces del salón y acostarme también.

—¿Puedo dormir contigo? —Mi corazón se paró unos segundos y debió ver mi cara de sorpresa cuando añadió—: No quiero dormir solo, es solo eso. Nada sexual ni eso… Ya sabes.

Me miraba con la cabeza gacha, avergonzado y sabiendo lo que debía de haberle costado pedirme eso, no pude ni quise negarme.

—Vale. Ponte el pijama o lo que te pongas para dormir y vente a mi cama mientras apago las luces y lo cierro todo bien.

No quise darle vueltas al saber que iba a acostarse en mi misma cama, pero no tenía claro que fuera buena idea.



CAPÍTULO 13

Despertares

James

Sentir algo caliente bajo mi mejilla que se movía con suavidad es lo que me arrancó del mundo de los sueños y me trajo a la realidad… y que la alarma de un móvil comenzó a sonar con estridencia.

—¡Joder! ¿Qué es lo que está sonando? —Abrí los ojos, desconcertado. Vi un pecho desnudo bajo mi mejilla y sentí una mano que me apretaba la espalda para mantenerme junto a un cuerpo cálido y musculoso que en ese momento parecía despertar también.

—Es la alarma de mi móvil. Buenos días, James. ¿Qué tal has dormido?

Parpadeé… y volví a parpadear, como si mis ideas se pudieran aclarar con ese hecho.

¿Qué hacía acostado en la cama de Yago? ¿Acaso habíamos…?

En ese momento me di cuenta de tres cosas.

Una: que mi cabeza era un redoble de tambores de la semana santa.

Dos: que había dormido con Yago mucho mejor de lo que solía hacerlo cuando dormía solo.

Tres: que mi acompañante estaba excitado por lo que podía comprobar a simple vista. Y ya me gustaría haber provocado esa erección mañanera, porque se me hizo la boca agua.

¡Oh, joder, joder!

Al moverme me di cuenta de que yo también estaba excitado y de que, al haber dormido sobre el pecho de Yago, se había percatado de que mi soldadito estaba saludando a su pierna, que era donde estaba apoyado.

¡Oh, mierda!

Me aparté de un salto y me senté en la cama, dándole la espalda mientras intentaba ocultar mi vergüenza mañanera.

¿Qué iba a pensar Yago de mí?

—¿James?

Me puso la mano en el hombro con suavidad, como si temiera asustarme si me tocaba con más brusquedad.

—Buenos días —me obligué a contestarle sin siquiera mirarlo.

—¿Has dormido bien?

Asentí sin ser capaz de mirarlo.

—James, ¿puedes mirarme a la cara, por favor? Aunque tienes una espalda muy sexi, prefiero

verte la cara cuando te hablo.

No podía negarme cuando se portaba tan bien conmigo, aunque estaba seguro de que ya se había percatado de la tienda de campaña en mi bóxer, porque intentó perforarle la pierna. Imposible no haberse percatado.

—Claro, perdona.

Sentí mis orejas enrojecer cuando se sentó a mi lado en la cama y lo miré a la cara. Su pelo rubio estaba despeinado y tenía los ojos un poco hinchados de dormir. Entonces me sonrió, con esa sonrisa que hacía aparecer su hoyuelo… y yo solo deseé poder besarle el hoyuelo y perderme en esa boca de labios sensuales. Mi erección creció un poco más.

¡Perfecto! ¿Podía ser más patético?

—Te preguntaba si has dormido bien.

Asentí sin poder contestarle por la vergüenza. ¿Qué pensaría de mí al saber que me había despertado excitado?

Entonces sus ojos bajaron hasta mi polla y sonrió cuando luego se miró la suya.

—Veo que ambos gozamos de buena salud por la mañana. —Se rio bajito y yo me reí con él, liberando parte de mi incomodidad.

—Siento si te he incomodado —solté sin pensar.

—¿Por qué? ¿Porque estás excitado por la mañana? —Me tocó la nariz con un dedo en gesto cariñoso—. Todos los hombres despertamos excitados, James, y si soy yo el que te pone así me halagas, así que no tienes de qué avergonzarte. Ahora tenemos que ponernos en marcha si queremos llegar al tanatorio.

—Vale. Dúchate tú primero y te pongo la tetera al fuego para que se vaya calentando. —Era lo menos que podía hacer después de haberme dejado dormir con él. Me pregunté si se negaría alguna vez a algo de lo que le pedía constantemente.

—Perfecto, mientras te duchas tú, prepararé tu café. Creo que quedaban magdalenas para tu desayuno. Supongo que tendrás hambre.

Me di cuenta de que estaba famélico. Al parecer la resaca no me quitaba el hambre, sobre todo, porque por la noche no cené.

—La verdad es que sí.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer con el entierro de tu abuelo?

Antes de salir de la habitación, me di la vuelta para mirarlo.

—Me gustaría ir a despedirme de él. —No lo pensé demasiado—. ¿Querrías venir conmigo? Creo que no puedo hacerlo solo. Si no tienes algo mejor que hacer, claro. —Agaché la cabeza otra vez, sin percatarme de que Yago negaba con la suya unos segundos antes de contestarme.

Él sonrió y el sol salió.

—Si quieres que vaya contigo, iré contigo, James. No tengo nada mejor que hacer y si lo tuviera lo dejaría de lado para acompañarte.

Asentí para darle las gracias. Me había quedado sin palabras.

Sabía lo difícil que iba a ser volver a enfrentarme a mi padre. Pero si Yago venía conmigo, podría enfrentarme al mundo entero.



CAPÍTULO 14

Palabras que nunca se deben decir

Yago

No conseguía quitarme a James de la cabeza desde que me levanté esa mañana.

No quería pensar en lo que me hacía sentir. Ni en que conseguía hacer de mí todo lo que quería sin saberlo. Sencillamente me era imposible decirle que no a nada de lo que me pedía y era algo de lo más extraño. No quería disgustarlo ni que nadie lo molestara. Lo había cogido bajo mi ala y solo me preocupaba que fuera feliz y que no le hicieran ningún tipo de daño. Es lo que se hacía por los amigos, ¿no?

Aunque mi erección mañanera al sentirlo dormir sobre mi cuerpo y con nuestras piernas entrelazadas, me calentó como hacía mucho que nadie me había logrado antes. ¡Joder!

¿Estaba colado por mi compañero de piso? Era cierto que James era… diferente a todos los hombres a los que había conocido anteriormente, pero saber que era virgen y que apenas había mantenido relaciones sexuales de ningún tipo, me había hecho frenar y no dar ningún paso con él. Posiblemente James no me miraba con los mismos ojos y no iba incomodarlo con unos sentimientos que estaba seguro de que él no tenía por mí. Posiblemente era la novedad de tener a alguien tan dulce en mi casa y en mi vida, pero eso… que James seguramente no estaba interesado en mí.

Y por mi negativa a decirle que no, me encontraba ese día en el marrón de tener que acompañarlo al tanatorio para decirle adiós a su abuelo y tener que enfrentarse de nuevo al tirano de su padre. Algo me decía que no iba a ser un encuentro agradable.

Llamó a mi puerta cuando me estaba arreglando.

—Pasa.

James entró y se quedó mirando mi pecho desnudo, ya que tenía en la mano la camisa que me iba a poner. Pensaba ir con los vaqueros rotos y una sudadera, la más vieja que tuviera para demostrarle al padre de James que no me impresionaba ni me importaba lo que pensara de mí, pero supuse que iba a ser muy incómodo para mi compañero de piso, así que decidí ponerme unos chinos y una camisa e ir algo más arreglado.

—¿Puedes ayudarme con la ropa? —Entró en mi habitación con las prendas en la mano. Supuse que para que lo ayudara a escoger.

—¿Qué necesitas? —Me acerqué a él y solté la camisa que tenía en la mano sobre la cama.

—No sé si ponerme el traje negro o ir más “informal”

Lo que yo pensaba.

—¿A tu abuelo qué le hubiese gustado?

Me miró unos segundos en silencio, supongo que pensando en mis palabras.

—Que fuera cómodo y feliz era lo único que él quería para mí. No era tan estirado e inflexible como mi padre.

—¿Tú padre que espera que te pongas?

—El traje negro, por supuesto.

—¿Tú que quieres ponerte? Algo apropiado para contentar a tu padre o algo normal para ser más tú.

Ni siquiera se lo pensó.

—No quiero ponerme el traje.

—Pues entonces ya está. Debes aprender a ser tú mismo, James, y dejar de hacer las cosas para contentar a los demás, sobre todo a tu padre, y menos en estos momentos.

—Pero pondrá el grito en el cielo —dijo, al ver la ropa que yo me iba a poner y la suya propia.

—¿Te importa lo que te vaya a decir tu padre?

—La verdad es que no.

Le sonreí y le acaricié el flequillo suave que le caía un poco sobre la frente, porque no pude ni quise contenerme. Había algo que me atraía hacia James de manera irresistible. Él apretó su cara contra mi mano y me sonrió. El idiota de mi corazón aleteo ante su sonrisa tímida.

—Bien, pues entonces ponte la ropa que quieras y nos vamos.

Antes de salir por la puerta se volvió para mirarme.

—¿Yago?

Cómo me gustaba el modo en el que sonaba mi nombre en su boca.

—Dime.

—No va a ser agradable conocer a mi familia, seguramente no sean… amables contigo.

—Ya me lo suponía. —Me enterneció que se preocupase por mí. Yo hacía mucho que no dejaba que nadie me menospreciara y no iba a permitir que su padre lo hiciese ese día—. No te preocupes por mí. Soy mucho más duro de lo que parece.

Me sonrió y se me aflojaron las rodillas.

¡Mierda!

¡Estaba jodido!

No me esperaba tanta gente en el tanatorio. No le pregunté a James a qué se dedicaba su padre o quién era su abuelo. Como los míos eran gente normal y corriente, supuse que los suyos también lo eran. Pero ante el despliegue de medios en la puerta haciendo fotos a los famosos que reconocí dentro, supe que no eran una familia de currantes como la mía. La prensa comenzó a llamarlo a gritos cuando nos vieron llegar a la puerta, pero James los ignoró por completo. Esperaba no salir al día siguiente en todos los programas del corazón. A ver cómo se lo explicaba a mi familia y a mi hermana, sobre todo, con lo que le gustaban las cosas del corazón.

—¿Tenemos que posar en *photocall* o algo? —Mi broma lo hizo sonreír, que era lo que quería ya que según nos acercábamos se iba poniendo más tenso y mucho más nervioso.

—Creo que podemos saltárnoslo.

—Mejor, porque no salgo bien en las fotos.

Esperaba poder entrar pasando desapercibido, pero cuando reconocieron a James se lanzaron sobre nosotros como buitres. De repente me sentí agobiado con tanta gente alrededor echando fotos y haciendo preguntas en voz alta. ¿Qué coño era esto?

Estaba claro que James ya había pasado por esto antes, porque se abrió paso sin decir nada y me ayudó a entrar en el tanatorio, que estaba algo más tranquilo, pero que también tenía una considerable cantidad de gente en la sala en la que estaba su abuelo.

—¿Conoces a toda esta gente? —le susurré cuando algunos se acercaron a estrecharle la mano para darle el pésame.

—A algunos. Son todos amigos de mis padres o de mi abuelo.

—¡James! —La chica de la universidad se acercó para abrazarlo y me esforcé por no separarla de él. Iba rigurosamente vestida de negro—. ¡Lo siento mucho!

—Gracias, Sandra. ¿Te acuerdas de mi compañero de piso?

Ella se soltó de sus brazos, pero continuó con una mano puesta sobre su hombro en actitud posesiva. Me pregunté si era con ella con la que había perdido la virginidad. El ataque de cuernos que sentí me sorprendió por su intensidad. ¿Desde cuándo era un hombre posesivo y celoso por alguien a quien apenas conocía?

—Hola, Yago. —Se acercó a besarme y me di cuenta de lo bien que olía. Era alta. Sobre un metro setenta o más. Tenía el pelo castaño oscuro recogido en un moño bajo y la cara con forma de corazón. Con inmensos ojos grises y labios gruesos y sensuales. La sonrisa que me dedicó parecía sincera, así que correspondí—. Gracias por acogerlo en tu casa.

—Un placer, créeme. —No tenía ni idea de lo mucho que me gustaba tenerlo allí. Tener a James en mi casa me hacía sentir feliz y me di cuenta en ese momento.

—Vaya, vaya, mira quién acaba de dejarse caer por aquí.

Por la manera en la que se tensó James antes de volverse, supe que esa voz pertenecía a su padre. Me volví para mirarlo y me encontré a un James más maduro y con la boca curvada en una mueca de asco que afeaba mucho su cara. El hombre, con el pelo peinado de canas, iba con traje negro y camisa oscura, corbata incluida, y después de mirarme como si fuera un insecto se centró en James, que se irguió como si estuviese listo para iniciar una batalla. Ese gesto me gustó, pero vi precaución en sus ojos y eso me indicó que estaba asustado; eso ya me gustó menos. Como si esperara un golpe inesperado.

¿Qué tipo de padre asustaba a sus hijos?

—Lo siento mucho, James —susurró a su padre en voz baja.

Y encima le habían puesto su nombre. ¡Manda huevos!

Para mi sorpresa solo se estrecharon la mano con más frialdad que si fueran extraños. Ajenos a las miradas curiosas que le echaban algunos de los invitados, que parecían buitres esperando a su presa.

—Él es Yago, mi compañero de piso.

Fui a estrecharle la mano y darle el pésame, pero el sujeto ni siquiera se molestó en mirarme así que me lo ahorré.

—¿Ni siquiera has podido vestirte correctamente para el sepelio de tu abuelo?

James se encogió. Si esperaba que le plantara cara a su padre, estaba claro que la intención la dejó en el piso porque allí no estaba y, para mi consternación, se encogió de esa forma que tenía de querer hacerse pequeño. Esperé que se defendiera, pero me di cuenta de que James seguía bajo su yugo y no iba a defenderse por mucho que su padre lo golpeara. Le faltaba esa dureza que te da la vida cuando te golpea con fuerza y te ves obligado a sobrevivir.

—Yo creo que está perfecto —¿Y a mí quién coño me decía que me metiera en ese berenjenal? Su padre no iba a dejármelo pasar.

Así fue.

—Un mindundi como tú no sabe cómo se viste la gente para los entierros. Solo hay que verte.

Espero que a mi hijo no se le pegue nada… tuyo.

¡Au, eso había dolido!

—¿Algo como la buena educación, por ejemplo? —No pude contenerme. Y cuando algunas de las personas que estaban junto a nosotros enterándose de todo se rieron en voz baja, aunque no tan baja para ser oídos, el rictus de asco de la cara de James padre se intensificó. Si fuera un hombre menos seguro de mí mismo, me habría encogido como había hecho James. Pero hacía mucho que tenía todas mis batallas luchadas y ganadas, y no iba a permitir que un esnob, arrogante y pretencioso me avergonzara.

—Supongo que te has enganchado a mi hijo como la garrapata que eres. Oléis la necesidad y la sangre a leguas.

No quería avergonzar a James más de lo que ya estaba, pero no iba a dejar que ese idiota nos ninguneara a ninguno de los dos.

—Ser compañero de piso no es ser una garrapata, pero despreciar a su propio hijo de esta manera sí que es ser una alimaña de la peor especie.

Me acerqué para que solo James padre pudiese oírme. No quería darles carnaza a los buitres que había en esa estancia con caros trajes hechos a medida. Lo que quería decirle a su padre, solo necesitaba oírlo él. Después de mi comentario, James me apartó de su padre, que se quedó mirándonos a los dos con cara de haber chupado un limón. No me reí por mi victoria porque supe que mi compañero de piso no lo estaba pasando bien.

Fuimos a saludar a la madre de James, que apenas nos hizo caso, y el hermano de James, Victor, ni siquiera se encontraba allí en ese momento, así que salimos cuando James se hubo despedido de su abuelo poco más tarde de los quince minutos que hacía que habíamos llegado, dándoles carnada a la prensa de nuevo. Pero ni siquiera nos importó. Lo único que importaba era que mi compañero de piso se hubiese podido despedir de la única persona que al parecer lo quería con sinceridad.



CAPÍTULO 15

Me disculparé del modo que quieras

Yago

—Por favor, James. Habla conmigo. —Lo interrumpí antes que me dijera lo mismo que las tres últimas veces que se lo había preguntado—. Y, por favor, no vuelvas a decirme que estás bien, porque los dos sabemos que no es verdad.

Me miró sin decirme nada y el dolor que podía ver en sus ojos me destrozaba. Me arrepentí de haberme enfrentado a su padre, pero no podía quedarme allí callado, oyendo cómo lo insultaba. Era superior a mis fuerzas. Lo había defendido a él, pero lo hubiera hecho con cualquier otra persona. Era incapaz de cerrar la boca ante los abusos de algunos.

—Si quieres que me disculpe, lo haré, ¿de acuerdo? Pero, por favor, dime cómo te sientes. Me mata verte con cara de perro apaleado.

No esperaba que se riese, porque no lo había dicho con esa intención, pero oírlo reír me alivió un poco al pesar que me abrumaba pensando en que había empeorado su relación con su padre, si es que quedaba algo que empeorar.

—Yago, no estoy enfadado contigo y no tienes por qué disculparte. Solo siento que mi padre te haya hablado así y no haber hecho nada por defenderte. Si alguien tiene que disculparse soy yo.

Que no estuviese enfadado conmigo me quitó un poco del peso que cargaba sobre los hombros desde que habíamos salido del tanatorio.

—Bueno, no esperaba que me pusiese la alfombra roja, solo siento lo que te ha dicho. Ningún hijo debería oír a su padre hablarle así.

Se encogió de hombros con indiferencia, pero sabía que estaba dolido. Si hubiese sido mi padre el que me hubiese hablado de ese modo, yo estaría realmente hundido, Que a él ya no le importaran sus palabras porque estuviese acostumbrado a que lo tratara así solo me daban más ganas de volver a verlo y darle un puñetazo en esa boca con eterna mueca de asco que le había visto. James no se merecía que lo tratara de ese modo. Estaba seguro, por lo poco que lo conocía, de que nunca le habría dado un motivo para eso. Pero ese tipo de gente se crecía aún más machacando a los más débiles.

—Ya estoy acostumbrado. —Pero no ocultaba el dolor que sus palabras desprendían—. ¿Puedo pedirte algo?

Lo miré sorprendido, porque no me imaginaba lo que podía querer pedirme. Estábamos

sentados en las hamacas de la terraza con una cerveza a nuestros pies, esperando a que se hiciera la hora para cenar.

—Claro. Haré lo que quieras.

Haría lo que fuera por intentar hacerle feliz.

—¿Podrías abrazarme?

No lo pensé ni un segundo. Me levanté de mi hamaca y me senté a su lado para poder abrazarlo con fuerza. Escondió su cara en mi cuello e inspiró con fuerza para luego suspirar. Me guardé las ganas que tenía en ese momento de besarlo. A nivel sexual, James era un misterio para mí. Era tan inocente en algunas cosas que no sabía leer en su cara ninguna señal de deseo sexual hacia mí.

—¿Mejor? —le pregunté, sin soltarlo todavía.

—¿Sabes que mi padre hará lo que sea para que yo vuelva a casa con ellos?

Lo abracé más fuerte, porque de repente me gustaba tenerlo así, abrazado y pegado a mi pecho, donde sentía su corazón latir desbocado.

—Define *lo que sea.* —Era bueno saber lo que podría encontrarme.

—No sé. Posiblemente se entere de dónde vivimos para pagarte dinero y que me eches a la calle, por ejemplo.

Se separó sin ganas y decidí gastarle alguna broma para intentar que se relajara.

—¿Cuánto dinero crees que estará dispuesto a pagarme? —Cuando me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa me tuve que reír—. Es broma, James. No puede hacer nada para que yo desee echarte de aquí. Quizás si me pagara un crucero a Estambul o por el Mediterráneo, me lo pensaría. —Me reí, intentando relajarlo un poco.

—¿En serio?

Puso tanta esperanza en esas palabras que mi corazón se encogió otra vez y deseé volver a abrazarlo y mantenerlo junto a mi cuerpo, lo más cerca posible para que nadie pudiese hacerle daño.

—No quiero que te vayas, James. Y nada que me ofrezcan hará que cambie de idea.

—¿Me lo prometes?

Sé que no debía prometerle algo así, porque éramos muy jóvenes y la vida te podía cambiar de un día para otro, pero, aun así, se lo prometí. Le prometería lo que fuera por borrar la preocupación de sus ojos verdes que me habían encantado desde el primer momento en que lo vi.

—Te lo prometo. James. Me encanta que estés aquí, ya deberías saberlo.

Me regaló esa sonrisa que iluminaba el mundo entero.

Por supuesto que se lo prometía. Pero no tenía claro que no fuera él el que quisiera marcharse en cualquier momento.

—¿Sabes qué?

Miré la sonrisilla canalla que sacaba a relucir solo en raras ocasiones. ¡Cómo me gustaba que me sonriera así!

—Ilumíname.

—Lo que sea que mi padre quiera ofrecerte, es posible que yo pueda mejorar su oferta.

Esas palabras sí que me hicieron preguntarme quién coño era James y quién había sido su abuelo para dejarle tanto dinero como suponía que podía tener.

Y entonces, ¿por qué se empeñaba en vivir aquí si parecía que podía hacerlo en cualquier otro sitio?



CAPÍTULO 16

Bailes de un viernes noche

James

—¿Os habéis liado ya Yago y tú?

Miré a Andrés, que se había acercado a mí para que pudiera oírlo a pesar de la música tan alta que había en el pub ese viernes por la noche. Me quedé muy sorprendido por la pregunta. No entendía qué se suponía que había cambiado entre nosotros para que su amigo pensara que había algo entre nosotros.

—No, ¿por qué?

—Tengo entendido que vais juntos a todas partes, incluso lo acompañas aquí cuando viene a trabajar.

Era cierto. Pero suponía que eso era lo que hacían los amigos, ¿no? Como yo no tenía ninguno, no sabía muy bien cómo tomármelo. De repente me entró pánico de estar agobiando a Yago con mi compañía. -No parecía que le molestara, pero claro, era tan buena persona que, aunque le molestara, posiblemente no me lo diría, ¿verdad? Lo miré detrás de la barra, donde se reía por algo que le estaban diciendo unas chicas mientras les servía unas bebidas. Estaba seguro de que, si les enseñaba ese hoyuelo de la mejilla, ya no podrían resistirse a sus encantos.

—Ya, me gusta estar aquí. —Entonces se me ocurrió otra idea—. No era mi intención molestaros. Puedo sentarme en otro sitio, si quieres.

Me fui a levantar para cambiarme de lugar. No me había parado a pensar que ellos no me querían en su grupo de amigos. Sentí cómo me sonrojaba y agaché la cabeza, avergonzado por no haberme dado cuenta de que les molestaba. No era de extrañar. Apenas hablaba con nadie y solo intervenía cuando me preguntaban algo.

—James, James, para. —Me sujetó para que no me levantara—. No es eso. Nos gusta que estés aquí.

Lo miré sin creérmelo del todo.

—No tiene nada que ver con eso. Eres buen tío. Quédate sentado, anda.

—¿Entonces?

—¿No te has dado cuenta de cómo te mira Yago?

No entendía nada. ¿Cómo se suponía que me miraba?

Pili decidió intervenir también.

—Está claro que le gustas, James, y creo que tú no tienes ni idea, ¿no?

Negué con la cabeza mientras digería lo que me estaban diciendo. ¿En serio le gustaba a Yago? Mi corazón comenzó a galopar de un modo frenético.

—¿Por qué piensas eso?

—Hace mucho que lo conozco y nunca ha tratado a nadie como te trata a ti. —Dio un trago a su botellín de cerveza y me guiñó un ojo. Parpadeé, sorprendido. Sonrió en respuesta.

Me gustaba Pili. Era franca y sincera, y después de vivir toda mi vida rodeado de hipócritas que solo me trataban bien por ser *hijo de…*, agradecía que alguien me hablara sin tapujos. Yo pensaba que los amigos se cuidaban entre ellos y eso fue lo que intenté explicarle a ella.

—Pero somos amigos. —Insistí en eso porque era lo único que tenía claro en mi relación con él en ese momento.

—Lo sé, pero lo vuestro no es solo amistad.

¿Podía ser posible que Yago sintiese algo más por mí? No pude evitar emocionarme.

—¿Cómo puedo estar seguro de lo que me dices? —Me gustaba Pilar, ¿lo he dicho ya? Y podía hablar con ella sin sentirme un idiota integral. Así que decidí pedirle ayuda—. Cuando te gusta alguien… ¿se nota de alguna manera?

Pilar se rio y me dio un abrazo cariñoso. Me gustaban sus abrazos. Ella no me hacía sentir mal cuando me abrazaba.

—A ti te gusta Yago, ¿verdad?

Pensé en negarme porque reconocer eso era como si abriese mi corazón y lo dejara expuesto ante todos. Pero decidí que no podía estar ocultando mis sentimientos siempre. Quería avanzar y ser capaz de mantener una relación normal con un chico. Miré a Yago de nuevo y me lo encontré mirándome con fijeza. Sentí cómo todo a nuestro alrededor se difuminaba y la música dejó de sonar. Solo veía los ojos azules de Yago, que no se apartaban de los míos, y oía mi corazón latir con fuerza en mi pecho.

Asentí sin apartar mis ojos de él. No podía negarlo. No sabía lo que sentía por él, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

—Pero no puedo saber lo que siente por mí si no me lo dice.

Aparté la mirada para seguir hablando con Pili. Mis piernas temblaban y solo deseaba acercarme a él y besarlo. Besarlo hasta que se acabara el mundo.

—Estoy segura de que él tiene el mismo miedo que tienes tú. Quizás piense que todavía no estás preparado para una relación … No sé.

—No soy ningún niño —exclamé ofendido, intentando hacerles ver que podía ser tímido, pero eso no me convertía en ningún niño pequeño.

—No, está claro que no lo eres.

—¿Entonces?

—Uno de los dos va a tener que dar el paso de decirle al otro lo que siente.

—¿Y si él no siente lo mismo? No quiero que nuestra amistad se estropee.

—Algo me dice que no te equivocarás si hablas con él.

Me quedé con esa idea en la cabeza dándole vueltas.

—Ay, ven a bailar, que me gusta esta canción.

Me vi arrastrado a la pista de baile con Pilar, que se agarró a mí para bailar salsa. Agradecí las clases de bailes de salón que mi madre se empeñó que diera de niño, así que recordé mis pasos oxidados y me puse a bailar con ella, que sabía defenderse bastante bien.

—No sabía que bailaras tan bien —dijo ella mientras se reía cuando le hice dar una vuelta al ritmo de la música.

—Mi madre me obligó a dar clases de baile cuando era un niño, así que… ya ves. —Me

encogí de hombros con algo de vergüenza—. Hacía mucho que no lo practicaba.

—Mira a tu compañero de piso —dijo ella en un momento de la canción.

Busqué a Yago en la barra y no lo encontré; estaba junto a la pista de baile, observando cómo bailábamos, con una sonrisita en la cara que no supe descifrar bien, y entonces llegó una chica que nos interrumpió.

—¿Puedo robarte a tu compañero para este baile?

Estaba empezando una bachata y no quería bailar con nadie que no conociera, ya me costaba hacerlo con conocidos, pero la traidora de Pili me guiñó el ojo y se apartó de mí para cederle el puesto a ella. Pensaba negarme con educación.

—Estará encantado de bailar contigo. Es un gran bailarín.

Se alejó para sentarse en la mesa con los demás mientras veía cómo la sonrisa de Yago se borraba de su cara y se alejaba para seguir poniendo copas en la barra. Algo me dijo que no le gustaba que yo bailara con la chica, pero no sabía bien cómo quitármela de encima. Además, se me restregaba de manera poco sutil y me empezaba a sentir muy incómodo.

La bachata podía ser muy sensual si la bailabas con alguien que te gustara…, pero ella no me gustaba, aunque al parecer yo sí le gustaba a ella, ya que se me fue acercando cada vez más hasta invadir por entero mi espacio personal.

¡Mierda!

¿Cómo le decía a la chica que no quería nada con ella?

Miré frustrado al Dj para pedirle que cambiase la música de una vez, pero parecía que no pensaba hacerlo ya que siguió poniendo canciones de salsa, una detrás de otra, haciendo que la chica se confiara cada vez más. Cuando se lanzó a besarme en los labios me aparté y decidí que ya había bailado suficiente.

—Lo siento. Ya no me apetece bailar más.

La chica no pareció captar el mensaje, porque se acercó a mí para hablarme al oído.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? Está cerca.

No tenía demasiada experiencia en ligar, pero lo de ella estaba suficientemente claro. Negué con firmeza y me la quité de encima sin demasiado cuidado. Por la manera que Yago evitaba mirarme, pensé que parecía enfadado por algo.

¿Se había enfadado porque bailé con la chica?

Tenía que reconocer que había sido muy pesada y me di cuenta de que si hubiese sido él el que hubiese bailado así con una chica, reconocí que posiblemente yo estuviese aún mucho más enfadado que él.

¿Era esa la señal que buscaba para enterarme que estaba interesado en mí? No lo tenía claro, pero estaba dispuesto a comprobarlo.



CAPÍTULO 17

¿Estás celoso?

Yago

Ya teníamos por costumbre pedirnos hamburguesas en el McAuto de camino a casa tras trabajar en el pub. Esa semana me tocaba pagarlas a mí, ya que nos turnábamos cuando pedíamos comida fuera.

—¿Vas a decirme por qué estás enfadado? —Me volvió a preguntar James tras pagar el pedido y dirigirnos a casa.

Ni siquiera sabía el motivo. Me sentía… Ni idea de cómo me sentía, pero estaba claro que James pensaba que había hecho algo malo y, excepto bailar con la tía que se había tirado a manosearlo como una loca, no había pasado nada para tenerme con el ánimo tan tonto.

—No estoy enfadado. —Tampoco se lo creyó esa vez, porque bufó y ese sonido me hizo reírme bajito. James podía ser muy gracioso sin proponérselo siquiera.

—Pues entonces dime qué te pasa, por favor, me estoy volviendo loco pensando en lo que he podido hacer para que estés así.

En la oscuridad del coche no podía ver su cara, pero sabía que me estaba mirando.

—Así ¿cómo? —Quería que me dijera qué cara se suponía que tenía para que pensara que estaba molesto con él.

—Llevas con el ceño fruncido toda la noche.

¿En serio? Pero lo más extraño de todo era que no me pasaba nada…, excepto que lo había visto bailando con esa pava y llegué a pensar que se iría a su casa o algún hotel.

Y entonces reconocí que estaba celoso. Eso era lo que me pasaba. Pero, por supuesto, no se lo podía decir a él, porque no tenía ningún derecho a exigirle nada y mucho menos negarle que bailase con quien quisiera.

—¿Si te pregunto algo serás sincero conmigo? —pregunté antes de percatarme de que lo hubiese hecho.

—Claro. Siempre hemos sido sinceros entre nosotros, ¿no? —Éramos capaces de hablar de cualquier cosa y discutir tranquilamente sobre nuestro punto de vista de cualquier tema.

James era un chico muy intuitivo e inteligente. Lo que se ahorraba en palabras lo ganaba en observación y me gustaba mucho debatir con él de cualquier tema.

—¿Estás enfadado porque he bailado con Pili?

¿Estaba enfadado por eso? Si lo pensaba con calma sabía que no era ella la que me había

molestado. De hecho, me sorprendió mucho que saliera a bailar con ella y que lo supiera hacer tan bien.

—No, no me ha molestado que bailaras con Pili.

—¿Y con la otra chica?

Ese era el quid de la cuestión. Si le decía que me había molestado que bailara con ella debía reconocer que me gustaba, y no quería que se condicionara con eso ni que nuestra relación se estropease. Me había encontrado a un gran amigo y aunque me sentía atraído por él, no sabía si era recíproco, y no quería que James se rayara con el tema. Estaba seguro de que no estaba preparado ni quería tener una relación conmigo. Bastantes problemas tenía ya, para que yo le añadiera otro más. Pero se merecía saber la verdad. Yo le pedía infinidad de veces que hablase conmigo y me contara lo que le pasaba, y se merecía la misma honestidad por mi parte.

—Es posible, sí —confesé sin querer mirarle.

A la mierda todo.

—¿Eso significa que estás celoso?

Lo miré unos segundos y aun sin verle la cara supe que me observaba, intentando averiguar la respuesta.

—Sí.

—¿Eso significa que te gusto?

¡Oh, joder! Ese era el problema de obligar a la gente a que hable y se sincere contigo, que luego tienes que corresponder con la misma sinceridad.

—Sí, está visto que sí.

—Bien. —Y no dijo nada más. Eso me dejó sorprendido mientras aparcaba el coche.

—¿Y ya está?

—No, cuando acabemos de comer terminaremos de hablar de este tema.

Se bajó del coche con las bolsas de la comida mientras yo lo seguía muerto de curiosidad. Me esperó a que abriera la puerta.

—¿Terminar de comer para hablar del tema? —pregunté alucinado. ¿Ese era el interés que mostraba tras mis palabras?

—Yago, me muero de hambre. Podemos esperar a terminar de comer para poder besarte por fin, ¿no?

—¿Besarme? —Fue lo único que pude decir mientras una parte de mi anatomía se ponía muy contenta con esas palabras. ¿De verdad había dicho que me besaría cuando terminase de comer? ¿Y yo no tenía nada que decir al respecto?

¿A quién quería engañar? Yo también me moría por poder besarlo. De hecho, tendría que hacer un gran esfuerzo por no lanzarme sobre él en cuanto entráramos en el apartamento.

—Claro, porque una vez que empiece no voy a querer parar.

Y yo tampoco iba a querer parar.



CAPÍTULO 18

Besos

Yago

No podía dejar de mirar a James mientras comía sin apartar sus ojos de mí. Parecía un depredador vigilando a su presa y me hizo gracia que de repente parecía haber perdido toda su timidez al enterarse de que también me gustaba.

Era inútil seguir negándolo. Había algo entre nosotros casi desde el primer día y estaba visto que ya no podía negarlo más.

No sabía si iba a ser buena idea o no lo de dejarnos llevar, pero me moría por poder besarlo y tenerlo entre mis brazos.

—¿En qué piensas? —Su pregunta me trajo a la realidad.

Comía su hamburguesa con grandes mordiscos que me indicaba que cuando algo le gustaba perdía ese saber estar que mantenía en todas las circunstancias, posiblemente era un hábito adquirido tras la dura disciplina a la que había sido sometido toda su vida. Las hamburguesas le gustaban tanto que no le importaba dejarse llevar.

Decidí ser sincero.

—En que, por mucho que me gustes, no tengo claro que empezar algo, sea lo que sea, sea buena idea.

Su rostro entristeció de repente.

—¿No quieres empezar algo conmigo? ¿Sea lo que sea?

No supe si estaba de broma al imitar mis propias frases. Le fruncí el ceño.

—No es eso, canijo, es que te estás convirtiendo en un gran amigo y no quiero que la relación se estropee.

—¿Una amistad no se puede mantener después de comprobar que una relación no funciona? —Parecía genuinamente interesado. Supuse que, en su casi inexistente experiencia en relaciones, nunca se le había dado la oportunidad de descubrirlo.

—Claro que sí, pero a veces no es posible.

—¿Y si nosotros nos prometemos por adelantado que nada estropeará nuestra amistad y seguiremos viviendo juntos como hasta ahora?

Eso era lo que tanto me gustaba de él. Esa actitud positiva ante la vida. Todo lo veía posible y jamás se ponía trabas a nada sin querer, por lo menos, intentarlo. Aunque a veces rayaba de positivo e inocente, me daba miedo que más adelante se estrellara con la realidad, pero bueno,

por ahí habíamos pasado todos, y él aprendería, aunque fuese a base de darse de bruces con los problemas del día a día. No quería ser paternalista con él, pero estaba en mi naturaleza intentar proteger a los demás.

—Bueno, todo se puede intentar, aunque a veces intentarlo no es suficiente garantía para que las cosas sigan siendo iguales.

—Pero nosotros intentaremos que funcione con los cinco sentidos, al menos por mi parte.

Me lo quedé mirando cuando se acabó la hamburguesa y se bebió de un trago lo que le quedaba en su vaso de refresco sin quitarme los ojos de encima.

No esperé más.

Solté el trozo de hamburguesa que me quedaba y di un largo trago a mi refresco antes de acercar mi cuerpo al suyo en el sillón donde estábamos sentados, sujetarle la cara y besarle en los labios húmedos y dulces. Fue un beso suave y sin lengua, una primera toma de contacto que hizo que mi corazón comenzara a latir más deprisa.

Me miró sorprendido cuando me aparté con los ojos verdes clavados en los míos.

—¿Ya podemos pasar a la parte de los besos? —me preguntó en voz baja.

Le sonreí, porque era tierno hasta para pedir un beso. Asentí con la cabeza.

—Ya puedes besarme todo lo que quieras.

Y eso hizo.

Estrelló sus labios con los míos con fuerza. Y aunque me moría por profundizar el beso decidí dejarlo a su ritmo. Suponía que tenía poca experiencia en todo lo relacionado con el sexo y pensaba disfrutar como un enano enseñándole todo lo que sabía y disfrutarlo durante horas.

Sentí su lengua acariciando mis labios con lentitud y ese simple gesto, como si quisiese comprobar su suavidad, me arrancó un suspiro. No parecía saber muy bien qué hacer a continuación, así que abrí un poco la boca y lo dejé seguir investigando mientras me obligaba a quedarme quieto. Su lengua entró en mi boca con cuidado, como si temiese molestarme, y empezó a acariciarme con ella, a recorrer mis dientes y el interior de mi boca. No me di cuenta de cuánto me estaba gustando esa lentitud hasta que me oí gemir en su boca. Se apartó un poco sin soltarme el cuello, donde sus manos me sujetaban para mantenerme junto a él.

—¿Lo estoy haciendo bien? —Ni se lo imaginaba—. No tengo demasiada experiencia —reconoció un poco turbado. Esa frescura a la hora de reconocer sus limitaciones también me gustaba mucho de él. Para ser sincero, me gustaba todo él. El simple hecho de verlo me hacía aletear el corazón.

—Ya que has empezado tú el beso estoy a tu disposición —le dije en voz baja, intentando aguantarme las ganas de devorarlo entero—. Estoy esperando, a ver qué haces a continuación.

Me estudió unos segundos con el ceño fruncido, como si estuviese estudiando un problema matemático.

—¿Podrías besarme tú y enseñarme como tengo que hacerlo?

¿Se podía ser más tierno?

—Lo estabas haciendo muy bien hasta ahora mismo. —Y era la pura verdad. Un beso lento dado con tanto mimo que me hacía enroscar los dedos de los pies.

—Pero quiero que me enseñes a besar. Yo solo estaba probándote.

¡Oh, joder! Tanta inocencia me volvía loco.

—¿Me estás pidiendo que te dé un beso?

—Sí, por favor. ¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Solo dejarme jugar con tu lengua.

Gimió al oírme hablar y ese fue el pistoletazo de salida que necesité.

Y ataqué.



CAPÍTULO 19

Bésame más

Yago

Comencé a besarlo con lentitud en los labios, sorbiendo su labio inferior más grueso que el superior para luego mordisquearlo y acabar lamiéndoselo con mimo. Cuando sus labios se entreabrieron introduje mi lengua para saborearlo por entero. Su lengua salió a mi encuentro, como le pedí, y cuando la enlacé con la mía y la acaricié para empaparme de su sabor lo oí gemir y lo empujé para que se tendiera en el sofá y poder seguir besándolo en una postura más cómoda. Quería consumirlo durante horas, no sabía bien cómo devolverme el beso y aproveché para recorrer toda su boca y hacerlo retorcerse de placer.

¡Oh, sí!

Así quería tenerlo.

Estaba tendido sobre su torso y podía sentir su erección colocada justo bajo la mía, así que presioné mi cadera deseando poder clavarme en él, pero sabiendo que no iba a hacerlo, al menos, no ese día.

Se separó de mi boca cogiendo una honda bocanada de aire y me miró con sus ojos verdes, mucho más oscuros por el deseo y con los labios hinchados y sonrosados por mis besos.

¡Joder, qué guapo era!

—Yago… —Su tono de dolor me obligó a mirarlo con atención.

—¿Te ha gustado?

Quería pensar que le habían gustado mis besos. Mis amantes me habían dicho que besaba muy bien. Así que quería besar a James hasta aprenderme su sabor de memoria y grabarle el mío en la piel, para que no me olvidase nunca.

—Necesito más, por favor, bésame más.

No pude negarme.

Pero esta vez lo besé con suavidad. Acaricié sus labios con la punta de mi lengua y luego se los mordisqueé con cuidado. Su cadera se elevó buscando fricción con la mía y eso me hizo gruñir de placer.

—Yago…

Acaricié su mejilla, que tenía barba de varios días. Semanas atrás le había dicho que le sentaba bien y desde entonces se la dejaba. Me hacía cosquillas en la punta de los dedos y besé su mandíbula hasta el lóbulo de la oreja, que lamí y mordisqueé hasta sentir que su piel se erizaba

bajo mi boca.

—Dime qué quieres que te haga.

Volvió a levantar las caderas hasta hacerme gruñir de nuevo por el roce de nuestras pollas.

—No vamos a follar hoy, James —le advertí para que lo supiese.

—¿Por qué no? Te deseo y sé que me deseas. —Su tono lastimero me hizo cerrar los ojos y recordar que quería que cogiese seguridad en sí mismo antes de avanzar más en el sexo.

—Te deseo tanto que podríamos follar hasta mañana por la mañana, pero quiero que estés seguro de que eso es lo que quieres.

—¿Es porque no tengo experiencia? No me importa, quiero que tú seas el primero, Yago.

Me sujetó la cara y esta vez fue él quien me besó. Aunque fue un beso torpe y lleno de saliva, consiguió que esta vez fuera mi pelvis la que se frotara con la suya, haciéndonos gemir al unísono.

—Sé que me deseas.

Intenté hacerlo pensar en otra cosa porque estaba perdiendo la perspectiva que me había llevado a querer tomarme las cosas con calma.

—Podemos hacer otras cosas, prometo que te gustaran, ¿vale?

Asintió sin dejar de mordisquearme los labios, así que volví a besarlo con intensidad hasta dejarlo aturdido.

—Vamos a quitarnos la sudadera, ¿sí? Tienes demasiada ropa puesta.

Me incorporé y me quité la sudadera mientras él se quitaba su camiseta negra y la tiraba al suelo sin ningún cuidado. Me reí bajito por su impaciencia, pero me acercó a él de nuevo y se puso a lamer y besar mi cuello hasta hacerme jadear.

¡Oh, joder!

Tenía un sabor adictivo del que estaba seguro de que nunca me iba a cansar. Comencé a acariciarle los pequeños pezones hasta que los sentí erectos bajo mis dedos. Volvió a levantar las caderas buscando de nuevo una mayor fricción.

—¿Yago?

—No seas impaciente —le reñí con suavidad.

—Pero necesito… Joder, Yago.

—Eres un impaciente —repetí, intentando que se relajara un poco, pero como venganza empezó a jugar con mis pezones, con sus dedos largos y suaves. ¡Joder, con James! Sí que aprendía rápido.

Así que empecé a bajar por su cuerpo besando y lamiendo su pecho casi sin vello, solo un poco alrededor de sus pezones y una fina línea que bajaba por su vientre y se perdía bajo el borde de sus vaqueros, que desabroché para poder meter una mano y tocar su polla por encima del calzoncillo.

—¡Oh, joder!

—¿Es esto lo que quieres?

Lo ayudé a quitarse los vaqueros. Levantó el culo con nerviosismo para ayudarme a bajárselos y dejárselos por los tobillos.

—Yago, lo que quieras, nunca lo he hecho, pero prometo intentarlo y…

—No hace falta que hagas nada, James. Por lo menos hoy —aclaré para que se relajara, y porque esta noche pensaba darle todo el placer que pudiera. Ya tendría tiempo de encargarme de mi propio placer más adelante.

—Vale, como quieras…, pero… haz algo.

Me reí bajito por su impaciencia y decidí dejar de atormentarlo, así que le quité la mano que

había metido en sus calzoncillos para empezar a masturbarse él mismo.

—Déjame a mí.

Le bajé la ropa interior y liberé su polla, que se alzaba orgullosa con un tamaño considerable que me hizo la boca agua. Apoyó sus manos en mi cabeza para empujarme hasta donde quería que pusiera mi boca.

—Si te mueves y no te estás quietecito se acabará el juego, ¿está claro?

Me miró muy serio. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios hinchados y su pelvis se elevaba como si tuviese un tic nervioso, así que bajé la boca para besarle la punta del pene, que se alzó en el aire para darme la bienvenida.

—No parecía que escondieses esto entre las piernas con el cuerpo tan delgado que tienes —reconocí un segundo antes de empezar a lamerla desde el tronco hasta el prepucio sonrosado que me moría por saborear.

—La tuya tampoco parece pequeña.

Lo que me indicó que ya me había mirado el paquete más de una vez.

Decidí no hacerlo sufrir más; me la metí en la boca y dejé que sus caderas me marcaran el ritmo que le gustaba.

—Voy a correrme ya, Yago —dijo pocos segundos después—. No puedo aguantar más, es demasiado bueno para poder resistirme. Nunca me han hecho esto.

Aceleré un poco el ritmo mientras metía mi otra mano en mi ropa interior para liberar mi polla y masturbarme con fuerza. Ya estaba casi a punto de explotar, así que cuando James se corrió en mi boca me dejé ir por mi propio orgasmo que me dejó jadeando y con mi esperma sobre el vientre de James, que se recuperaba de su primera mamada desmadejado sobre el sillón.

—¡Oh, joder, Yago! —dijo sin abrir los ojos—. Tienes que enseñarme a chuparla así de bien.

Me reí por su entusiasmo.

Íbamos a disfrutar mucho juntos, de eso no cabía ninguna duda.



CAPÍTULO 20

Despertar juntos un sábado por la mañana

James

Despertar el sábado por la mañana en la cama de Yago y entrelazado con su cuerpo era aún mejor de lo que había fantaseado. Si vestido era un hombre impresionante con su más de metro ochenta y un cuerpo fuerte y cuidado que se podía vislumbrar bajo la ropa, desnudo ganaba mucho más. Con ese montón de músculos y esa piel blanca salpicada por algunas pecas en sus hombros y algunos lunares que pintaban su piel con estudiada perfección, parecía una obra de arte.

Hacía unos minutos que estaba despierto y no podía parar de mirarlo. Dormía hacía el lado donde yo estaba acostado y mantenía una mano sobre mi cadera, como si quisiese evitar que me marchase mientras dormía.

Su cara estaba relajada por el sueño y parecía más joven. Su mejilla estaba más oscura por la incipiente barba que comenzaba a nacerle de un color más oscuro que el rubio dorado de su cabeza.

No pude evitar acariciarle la mejilla con suavidad.

¡Dios, qué guapo era!

Después de habernos pasado media noche besándonos, ya que se había empeñado en que nos tomáramos las cosas con calma, cosa que yo en el fondo le agradecía, me sentía extrañamente unido a él y me daba pavor que lo nuestro se estropease.

Era un hombre increíble. Paciente, cariñoso, considerado, divertido y leal con sus amigos, y yo no podía evitar estar loco por él, pero Yago me miraba como si esperase que yo saliera corriendo en cualquier momento y no tuviese suficiente con lo que teníamos en ese piso.

Era cierto que no tenía experiencias sexuales, pero eso no significaba que no supiese valorar lo que había entre nosotros. Sería idiota si no me gustase Yago.

Alumbraba mi vida y borraba la oscuridad que había tenido durante tantos años. No conocía a nadie que transmitiera tanta luz como él. Era un hombre sencillo, tranquilo y al que le gustaba mirar la vida de frente, sin malos rollos o medias tintas.

—Miedo me da saber lo que estás pensando.

Lo miré sobresaltado. Ni siquiera me había dado cuenta de que había abierto los ojos y me miraba con fijeza. Una pequeña sonrisa se dibujaba en su cara y no pude evitar acercarme para besarlo con suavidad, porque sí, porque fue lo único que me apetecía hacer en ese momento.

—Buenos días —dije en voz baja, desviando la mirada algo turbado.

¿Qué decía la gente al día siguiente de acostarse por primera vez con alguien? ¿Había que decir algo concreto? ¿Había que actuar con naturalidad?

—¡Eh! —Yago me puso un dedo bajo la barbilla para que lo mirara. Sus ojos azules como un cielo sin nubes mostraban preocupación—. ¿Hay algún problema?

Lo miré de nuevo sin saber a lo que se refería.

—No, ¿por qué?

—¿Te has arrepentido de lo que pasó anoche?

Sentí mi rostro ruborizarse. ¡Cuánto odiaba sentirme así! Lo miré sorprendido y asustado a la vez. ¿Se arrepentía él?

—No, claro que no. ¿Tú sí? —«Por favor, dime que no te has arrepentido».

—Por supuesto que no. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Entonces ven y bésame en condiciones.

Eso sí podía hacerlo. Me había vuelto un experto en besarlo desde la noche anterior.

Y eso hice. Y empezaba a ser mi actividad favorita en el mundo.

Me lancé sobre él y pegué mis labios a los suyos, que me recibieron con un beso profundo y ardiente que me hizo gemir de nuevo. Ya había despertado excitado y ese beso solo había empeorado las cosas.

Gemí cuando mi cuerpo se alineó con el suyo bajo la ropa de cama y sentí su erección bajo mi cuerpo, haciéndome suspirar de gusto.

Empezaba bien la mañana.

—¿Ya estás así? —preguntó, apresándome las nalgas desnudas para apretar mi cuerpo sobre su erección.

Me arrancó un gemido.

—Está visto que por la mañana siempre estoy así, por muy buena que haya sido la noche —dije, apretando de nuevo mis caderas para buscar más fricción con su cuerpo. Esa vez él gimió cuando nuestras pollas se alinearon.

—¿Así que anoche lo pasaste bien?

No sé por qué cogimos ese ritmo de movernos uno sobre el otro, pero empezaba a sentir que mi cuerpo volvía a estar listo para un maravilloso orgasmo.

—Espero que tú lo pasaras tan bien como yo, aunque por cómo te has despertado... No sé yo. —Esta vez fui yo el que presionó las caderas y conseguí una fricción que me hizo apretar los dientes para controlar la ola de placer que sentí en la base de mi columna.

—Puedo garantizarte que fue una de mis mejores noches. Eres un gran aprendiz, aunque algunas cosas necesitas practicarlas más. —Volvió a presionar sus caderas. Yo me sonrojé por la vergüenza al recordar mi intento de hacerle sexo oral que resultó ser un completo desastre. Puse más dientes que otra cosa y Yago…

Cuando volvió a presionar sus caderas ya no pude aguantarme más. Comencé a mecerme sobre su cuerpo a la vez que él lo hacía bajo el mío y me dejé llevar.

—Yago, joder…

—Vamos, canijo —me animó. Me encantaba que me llamara así. Que tuviese su manera íntima de dirigirse a mí, solo él, solo nosotros.

Nuestros cuerpos se mecían a la vez cuando un intenso orgasmo me sacudió por completo, y sentía a Yago sujetándome por las caderas para embestirme con fuerza mientras lo oía gruñir cuando eyaculó sobre mi vientre a la vez que yo lo hacía sobre el suyo.

Su agarre se suavizó y me soltó segundos después. Caí desmadejado sobre su cuerpo, que me

abrazó con suavidad a la vez que me llenaba la mejilla de besos y luego siguió con el pelo.

Dios, era un hombre cariñoso, antes, durante y después del acto sexual. Y yo no quería separarme de sus brazos nunca más.

Me besó la mejilla de nuevo mientras me acariciaba la espalda con movimientos circulares que me hacían olvidarme del mundo.

—No sabía que se pudiera hacer esto —reconocí sin levantar siquiera la cabeza. Me había dado cuenta con el paso de los días de que podía hablar con Yago de cualquier cosa, que él siempre me escuchaba con atención como si lo que le contara fuera lo más importante del mundo.

Sentía que iba ganado confianza en mí mismo y eso subía mi autoestima. Yago me hacía mucho bien, aunque posiblemente ni lo supiera.

—Eres un hombre muy receptivo, James —dijo—, y muy generoso en la cama, lo que significa que puedes hacer lo que quieras y que, si le pones el mimo y el tiempo suficiente, encontrarás placer de muchas más maneras de las que crees. No solo se hace el amor con la penetración, ya irás aprendiendo.

—Yago… —Necesitaba decírselo, aunque me moría de vergüenza… como siempre. ¡Joder, qué mal!

—Dime. —Me besó de nuevo con suavidad en los labios.

—¿Me dirás si algo no te gusta o si no lo hago bien…? No quiero…

—James, no te preocupes por eso. Prometo decirte lo que me gusta y lo que no, no quiero que te preocupes por algo así, ¿vale? Hemos prometido ser siempre sinceros el uno con el otro y eso es lo que haremos.

—¿Seguro?

—Seguro. Y ahora hay que ir a la ducha a limpiarnos, y quitar la ropa de la cama para poner una lavadora. Esta semana te tocaba a ti. Así que tira.

Cierto, había que levantarse y hacer algunas cosas.

—Voy. —Me levanté de encima suyo—. Dúchate tú mientras pongo la lavadora.

Aparté las sábanas para salir de la cama. Los dos estábamos pringados, así que esperé a que se levantara para quitar la ropa de cama, con la que me limpié el estómago y el pecho antes de llevarla a la lavadora.

—Mientras te duchas prepararé tu café, ¿vale?

—Perfecto.

Me dio otro beso suave y yo me dediqué a realizar las tareas que tenía encomendadas esa semana.

Quería despertar así todos los días, no solo los sábados.

—¿Hay magdalenas de chocolate? —pregunté a su espalda desnuda. Le miré el redondo trasero sin cortarme un pelo.

—Volví a comprarlas ayer. —Ni siquiera se volvió para mirarme—. Pero debes tomar más cosas que bollería para desayunar —me advirtió desde el baño.

Ya lo sabía, pero es que me encantaban esas magdalenas.

—Si no quieres que las coma, deberías dejar de comprármelas. —Me llevé las sábanas a la cocina, que era donde estaba la lavadora.

—En eso tienes razón. Pero no soy capaz de negarte nada y menos si te gustan tanto. Estoy intentando que engordes un poco ese saco de huesos que tienes.

Y yo me derretí un poco más todavía.



CAPÍTULO 21

Barbacoa con los amigos

James

Desayunamos en la terraza porque, aunque fuera hacía mucho frío, nos apetecía estar al aire libre. Se acercaba la Navidad y se olía la nieve en el aire.

Nos llevamos las tostadas con tomate y jamón de Yago, con su té, mis magdalenas y mi café a la terraza, y estuvimos allí gran parte de la mañana vagueando. No teníamos nada que hacer, excepto pasar el tiempo juntos hasta que él tuviese que ir a trabajar por la noche al pub.

—¿Qué vas a hacer en vacaciones? —me preguntó mientras buscaba una de sus listas de Spotify y ponía la música en los altavoces de su móvil.

No reconocí quién cantaba, pero me gustaba cómo sonaba. Él y yo teníamos gustos muy distintos respecto a la música y otro montón de cosas, pero respetábamos nuestras diferencias, aunque a veces nos gustaba picarnos por eso.

De su té de menta, del que le gustaba disfrutar en cualquier momento del día.

De mi pasión por las magdalenas y la comida basura que acababa de descubrir y no me cansaba de comer de manera casi compulsiva, para su disgusto, aunque siempre, siempre, se preocupaba por darme mis caprichos.

De nuestras diferencias con la música…

Y mil más que solo hacían que nos ratificáramos más como personas individuales con gustos muy dispares y muchas ganas de conocer cosas nuevas.

—No lo sé, posiblemente me vaya a Roma o Londres a pasar las fiestas.

Me miró, dándole otro trago a esa enorme taza de té que parecía no tener fin.

—¿Conoces a alguien allí?

—¿En Londres? No.

—¿Y en Roma?

—Menos.

—¿Entonces?

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Me apetece conocer mundo. Ya no tengo que pedirle permiso a nadie. —Me di cuenta de que las cosas ya no eran así—. Bueno, ya me entiendes.

—Te he entendido, no te preocupes.

Se me ocurrió algo en ese momento.

—Podrías venir conmigo. —Me miró sorprendido e insistí un poco más—. ¿No tenías vacaciones todo el mes de diciembre? —Me lo había contado días atrás, por eso lo recordaba.

—James, no puedo irme de vacaciones. No tengo dinero para eso.

—No importa. Yo puedo pagarlo.

Me sorprendió que negara con la cabeza.

—No vas a pagarme las vacaciones, James.

No lo entendí. ¿Para qué quería el dinero si no era para disfrutarlo con la gente que me importaba?

—¿Por qué no?

—Porque posiblemente me quede trabajando para ganar un dinero extra que me viene muy bien guardar para cuando pueda hacerme falta. —Miró el cielo frunciendo el ceño, molesto—. Dios qué frío hace ahora. Daría lo que fuera por estar en Canarias, a la orilla del mar tostándome al sol.

No dije nada porque se me ocurrió una cosa a la que tenía que dar una vuelta con más tiempo.

Su teléfono sonó en ese momento y vi el nombre de Andrés en la pantalla del móvil.

—A ver, ¿qué le pasa a este ahora? —Descolgó el teléfono mientras se acomodaba en la misma hamaca que yo, acurrucándose a mi lado. Le besé la mejilla con cuidado de que no se oyera en el teléfono—. Dime.

—No tenéis planes para hoy, ¿verdad?

Negó con la cabeza como si pudiese verlo y luego se rio bajito cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Lo tenía sentado casi encima de mí, así que oía perfectamente la conversación que mantenía con su amigo.

—No. ¿Por qué?

—Porque hemos pensado en comprar carne y llevar cervezas para hacer una barbacoa en tu terraza.

Me miró para ver qué opinaba al respecto. Me encogí de hombros para que supiera que me daba igual. Si se quedaban todo el día no iba a poder estar a solas con Yago. Y seguramente no querría que sus amigos supiesen que estábamos juntos.

—Vale, aquí os esperamos. ¿Vais a venir todos?

—Sí, Wolf ha quedado con nosotros allí a medio día. Los demás queremos ir antes.

—Aquí estaremos. Venid cuando queráis.

Puedes conocer a una persona por el trato que tiene con sus amigos, así que me propuse pasar el día con todos ellos e intentar divertirme y conocer mejor a Yago.

Luis, Andrés y Pili llegaron juntos con una bolsa llena de cervezas y otra con carne y pan.

—Menudo frío hace hoy. —Pili le dio a Yago la bolsa que traía y le besó en la mejilla—. Hola, guapo.

—Hola, pesada —respondió él.

—Mete las cervezas en la nevera. —Fue el saludo que me hizo Andrés al darme la bolsa—. ¿Aún no te has puesto con las brasas? —preguntó a Yago, que en respuesta le hizo una peineta. Yo sonreí.

—Tío si no nos ponemos a encender ya la barbacoa vamos a comer a las tantas. —Luis, me entregó la bolsa con el pan que puse en la isla de la cocina donde también habíamos dejado la carne—. ¿Este idiota te trata bien?

Lo miré sorprendido por la pregunta y luego miré a Yago, que a su vez nos observaba sonriendo por la broma.

—¿Lo has oído quejarse? —dijo éste, guiñándome el ojo.

—Si no te trata bien nos lo dices —añadió Pili, sonriendo también por la broma—, y le daremos una paliza entre todos.

—Soy capaz de darle una paliza yo solo.

Todos me miraron sorprendidos por mis palabras. Estaban acostumbrados a que rara vez decía algo, y seguramente no esperaban esa respuesta.

—Toma ya, que el tímido te ha salido respondón. —Andrés soltó una carcajada mientras nos miraba a los dos.

—Ya me encargaré de él cuando nos quedemos solos. —Por su mirada supe que estaba sorprendido por mis palabras. Me pareció que fue para bien.

—Es tímido, pero no tonto. —Pili me abrazó y, para mi turbación, me dio un sonoro beso en la mejilla—. Bien dicho —me susurró al oído.

—Bueno, dejaros de charla y vamos a encender la barbacoa mientras Pili nos abre las cervezas. —Andrés nos empujó a todos a la terraza para que nos pusiéramos en marcha.

—Oye, que no soy tu criada —se quejó ella entre risas, pero abrió la nevera para ir sacando cervezas frías que teníamos allí y meter las que acababan de traer para que se fuesen enfriando.

—No te quejes, esclava. —Yago siguió con la broma de los demás—. Nosotros te procuramos la carne y tú nos das la bebida.

—De todos modos, salgo ganando. —Se abrió una cerveza para ella y le dio un largo trago—. Quien quiera cervezas ya sabe dónde están.

Salió a la terraza tan ancha ante las burlas de los demás. El día prometía ser divertido.



CAPÍTULO 22

Confesiones

James

Me estuve sintiendo muy raro durante todo el día. No quise acercarme a Yago ni demostrar signo alguno de lo que había pasado entre nosotros. No sabía bien lo que Yago opinaba respecto a que sus amigos se enteraran, así que mantuve las distancias durante todo el día. Tanto, que al final de la tarde Yago me miró entrecerrando los ojos como queriendo averiguar qué me pasaba.

—Bueno, ya que te has mudado para quedarte, deberíamos intentar buscarte pareja, como hacemos con el resto del grupo —me dijo Pili cuando empezamos a beber cubatas después del postre.

—No necesito pareja —me limité a decir. No pensaba dar ninguna explicación.

—Bueno, todos necesitamos pareja —soltó Wolf, sorprendiéndonos al resto —. Necesitamos saber si prefieres chico o chica.

Me di cuenta de que Yago no apartaba sus ojos de mí. No sabía si porque temía que soltara lo nuestro o porque de verdad le interesaba lo que les dijera a mis amigos.

—Me gustan los chicos, pero cuando quiera encontrar pareja la buscaré yo mismo, gracias.

No me gustaba que se burlaran de mí, por muy amigos que fueran.

—Toma ya, Yago, ¿sabías que a tu compañero también le gustan los chicos?

Yago le sonrió a Andrés, que había bebido algunas cervezas más de la cuenta, pero no le entró al trapo.

Decidí quitarme de en medio antes de que la broma y los comentarios fueran a más.

—Estaré en la cocina preparando café, por si alguien quiere. —Decidí mirar a Yago, con el que no había hablado en todo el día por evitar que nos descubrieran y eso—. ¿Quieres que te caliente agua para el té?

—Te acompaño a la cocina, James. Prefiero prepararte un café que sea bebible.

Eso hizo que todos se rieran y me fui a la cocina sin esperarlo.

Encendí la cafetera para que se fuera calentando mientras le echaba agua al depósito. Yago entró detrás de mí, pero no quise girarme para mirarlo. Odiaba no saber lo que podía hacer o decir sin temor de meter la pata y soltar lo que no debía. Eso me hacía sentirme mucho más torpe de lo normal.

—¿James? ¿Va todo bien?

Asentí sin mirarlo y puso su mano en mi hombro; con la otra me abrazó por la cintura.

—Por favor, háblame. Pareces enfadado conmigo y quiero saber qué es lo que he hecho.

—No estoy enfadado contigo. —Y era verdad.

Estaba enfadado con las circunstancias y con nuestros amigos, que nos habían interrumpido cuando ni siquiera habíamos podido hablar de cómo íbamos a llevar nuestra relación.

—Entonces, ¿qué te ocurre? No he querido acercarme a ti porque no se si quieres que ellos se enteren de que estamos juntos. No soporto no poder abrazarte o besarte cuando me apetezca. Pero si quieres mantener las distancias cuando haya gente delante… lo entiendo y lo respetaré. Esperaré a que estés preparado y quieras que la gente se entere. Sé que no es fácil salir del armario, así que respetaré tus tiempos y tus deseos.

Me volví a mirarlo por la sorpresa. No era eso lo que me esperaba, no sabía por qué pensaba que se avergonzaría de que sus amigos se enteraran de que estaba liado conmigo.

—Yo no me he acercado a ti porque no sabía si tú querías que tus amigos se enteraran de lo nuestro —dije en voz baja para que no se enteraran los del patio, que se reían a carcajadas por algún comentario. Por eso y porque ya llevaban algunas cervezas de más.

—¿Mis amigos? —Me abrazó por la cintura y me miró a los ojos mientras sonreía—. Los dos hemos pensado lo mismo. —Se rio bajito y yo me reí con él, porque éramos muy ridículos—. Jamás podría avergonzarme de salir contigo, y me importa una mierda que todos se enteren. Además… —Me besó en los labios con fuerza—, prefiero que se enteren para que todos sepan que estás conmigo y que eres terreno vetado para los demás.

Mi corazón se saltó un latido y lo atraje de nuevo para besarlo con fuerza una vez, y otra, y una tercera.

—Yo también quiero… Ups, perdón.

Pili se dio la vuelta tan rápido que ni siquiera llegué a verla bien.

—Bien, hora de darle la noticia a los demás. —Aclaró Yago. Hizo el café con rapidez y me lo entregó—. Hago uno para Pilar.

—¿Ya sabes cómo lo toma? —Le eché el azúcar al mío mientras esperaba que se hiciera el de ella.

—Claro, hace mucho tiempo que la conozco. —Terminó de preparar el de ella y señaló la terraza con la cabeza—. ¿Vamos?

Las conversaciones y las risas seguían entre los demás cuando volvimos a reunirnos con ellos.

—Tu café.

Pili nos miró con una sonrisa inmensa cuando lo recogió y asintió con la cabeza al mirarme, como si estuviese contenta al saber que estábamos juntos.

—Oye, Yago, ¿qué vamos a hacer para tu cumple? —Wolf estaba tumbado en una de las hamacas con sus gafas de sol puestas, tomando el sol de la tarde. Que hacía poco sol por que se estaba empezando a nublar, pero parecía que no se había dado cuenta.

Esa noticia me sorprendió.

—¿Tu cumpleaños? —Lo miré entrecerrando los ojos—. ¿Cuándo es?

—¿No lo sabías? —Pili dio un sorbo a su café antes de continuar—. Es el sábado que viene, y encima coincide que está de vacaciones. —Miró a Yago un segundo—. ¿Podemos organizar una fiesta aquí que dure todo el fin de semana?

—Eso, como si fuera una boda gitana —secundó Andrés entre risas.

—Sabéis que no me gusta celebrarlo —nos dijo Yago, acomodándose en la hamaca donde había estado sentado antes.

—Claro que hay que celebrarlo —dije, y se me empezó a ocurrir una idea.

—¿Tú a dónde vas, canijo? —me preguntó cuando iba a sentarme en la silla en la que había estado sentado.

—A sentarme. —No entendía nada.

Señaló su hamaca y me hizo un hueco para que me sentara a su lado.

—Ven, siéntate aquí conmigo.

Cuando me tendió una mano se la cogí y me senté a su lado. Cuando me dio un beso en la sien, se hizo el silencio y entonces Pili se rio bajito.

—Pensaba que lo ibais a seguir manteniendo en silencio —anunció ella con una enorme sonrisa.

—Una persona tan maravillosa como él no se puede mantener en secreto —declaró con una sonrisa y yo… Yo me quedé sin tener nada más que decir.



CAPÍTULO 23

Deseos

Yago

Andrés fue el primero en hablar, pero no dijo nada de lo que me podía esperar.

—Es cierto que no es una persona a la que debas ocultar.

Su manera de mirarlo afloró algo en mí para lo que no estaba preparado. ¿Celos?

—Me alegro por los dos —dijo Pili, que se acercó a besarnos.

Cuánto le gustaba besar a esta mujer. Pero le acaricié la mejilla en un gesto cariñoso. No me di cuenta de lo importante que era que mis amigos lo aceptaran como algo más que mi compañero de piso.

—Pero si le rompes el corazón te haremos pedacitos tan pequeños que te echaremos de comer a los peces del río Manzanares —terció Wolf con seriedad.

Me gustó aún más que intentasen protegerme de esa manera. James los miraba con cara seria.

—No digas tonterías —dije riéndome para quitarle tensión al asunto—, ese río seguramente ni siquiera tenga peces.

—Bueno, lo que sea. —Wolf se rio también y sacó el móvil—. Mira el aparato que quiero comprarme.

Nos acercamos a ver lo que fuese que tuviera en el móvil.

—Madre mía —dije cuando vi la moto que tenía en la pantalla—. ¿Es la Ducati Streetfighter V4?

¡Dios, amaba esa moto!

James me miró sorprendido.

—¿Te gustan las motos? —me preguntó.

—¿Bromeas? —saltó Pili, asomada al móvil para poder ver bien la moto que aparecía allí y que no sabía la expectación que había creado en nuestro grupo solo con verla—. Yago prefiere una moto por encima de todas las cosas. Hasta de ti, así que agradece que no tenga dinero para comprarla.

James me miró sin decir nada. Me pregunté, no por primera vez, qué significaba que guardara silencio así, como si necesitara pensarlo con más detenimiento en otro momento.

—¿Te quieres comprar esa moto? —añadió.

Los demás se echaron a reír.

—Necesito renovar la chatarra de coche que tengo antes de poderme comprar una moto —

reconocí con pesar.

Tenía un Seat León de hacía un porrón de años que ya ni se sabía el color que tenía. Los elevalunas no bajaban y las marchas entraban casi a trompicones. Cualquier día se moriría y ya no podría aplazarlo por más tiempo.

—Yo tengo que comprarme uno —dijo James en voz baja—, o una moto, pero me gustaría que fuese eléctrico. —Me miró con una sonrisa—. ¿Hay motos eléctricas?

Todos lo miramos como si le hubiera nacido una segunda cabeza.

—No lo sé —reconocí—, pero ¿tienes carné para conducir motos?

—No, pero siempre me lo puedo sacar.

Eso nos hizo reír.

—Mira —dijo Wolf, enseñándonos el teléfono de nuevo—, esta preciosidad es eléctrica.

—Madre mía —soltó James sin apartar los ojos del móvil—. ¿Cuánto cuesta ese aparato?

—Casi igual que una casa —respondió Wolf.

—Menos mal que no tienes carné y no te la puedes comprar —soltó Luis, divertido.

—¿Tú tienes carné de moto? —me preguntó James.

—Claro. —No sabía bien a dónde quería ir a parar.

—Pues siempre puedes conducirla tú hasta que yo me lo saque.

Nos quedamos todos en silencio, sin saber si nos estaba vacilando.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Pili, que no se podía mantener callada.

—Claro, siempre me han gustado las motos, pero en mi casa no me lo permitían. Creo que es hora de darme un capricho.

—¿Un capricho de casi cien mil euros? —preguntó Andrés.

Me reí a causa de la voz de pito que le salió por la impresión.

—Si es el único modelo eléctrico que hay, sí.

Todos lo miraron en silencio, evaluando sus palabras.

—¿Lo está diciendo en serio? —me preguntó Luis.

No lo sabía. Estaba claro que el abuelo le había dejado dinero a James, pero ¿tanto como para poder comprarse una moto de casi cien mil euros? Me prometí que miraría en internet quiénes eran sus padres.

—No lo sé. —Decidí preguntárselo, porque era la mejor manera de enterarse de las cosas, como siempre me decía James—. ¿Lo dices en serio?

—Claro, tú compras el coche y yo compro la moto.

Y lo dijo con tanta sencillez que supe que lo había dicho en serio.

—¿Tú de donde coño has salido? —preguntó Wolf.

Esa pregunta lo hizo volver a meterse en el capullo donde se ocultaba cuando no le gustaba hablar de algo, normalmente cuando hablaba de su familia.

Decidí cambiar de tema para que lo dejaran en paz.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer para mi cumpleaños?

Eso levantó la polémica que esperaba y todos se pusieron a discutir sobre cuál sería la mejor opción.

Miré a James, que me lanzó una sonrisa secreta. Comenzaba a reconocer sus diferentes sonrisas.

¿Qué se le estaba ocurriendo ahora?



CAPÍTULO 24

Marcando el territorio

Yago

No me apetecía ir al pub a trabajar esa noche. James, aunque ya había bebido algo más de la cuenta, se empeñó en acompañar a los demás al pub y esperarme a que terminara mi turno. Tenerlo en la barra, sentado frente a mí, mirándome con esos ojos verdes tan bonitos y de mirada tan intensa, me llenaba la mente de pensamientos lascivos sobre lo que me apetecía hacerle cundo llegáramos a casa.

—Ya me estás mirando otra vez así —soltó con una sonrisa torcida.

—Así, ¿cómo? —sabía cómo lo estaba mirando, pero me gustaba sonrojarlo por lo inocente que era.

—Como si quisieras arrancarme la ropa con la boca y hacerme todo tipo de cochinadas.

¡Vaya! Al parecer ya no se avergonzaba con tanta facilidad y era capaz de seguirme el rimo.

—¿Y eso te avergüenza?

Se acercó a mí por encima de la barra para hablarme más cerca.

—¿Tengo cara de estar avergonzado?

Me arrancó una carcajada. Me gustaba este James desinhibido.

—¿Y qué te gustaría que te hiciera cuando te arrancara la ropa?

Me recorrió el pecho con la mirada, despacio, y sus ojos se clavaron en mi polla, que dio un tirón. Empecé a sentir un intenso calor que no se debía a la cantidad de gente que había en el pub esa noche.

—Luego quiero follar contigo.

Me lo soltó así, sin ningún tipo de dudas. Así que me acerqué aún más y le sujeté la cara con las manos para poder besarlo con fuerza. Abrió la boca para que profundizara el beso y acaricié su lengua hasta conseguir que gimiera en mi boca.

—Cuando llegue a casa te lo recordaré. Ahora deja de entretenerme o te llevaré al almacén y tendrán que despegarme de ti con una espátula. —Me fui a atender a un grupo de chicas que me esperaban para pedir las bebidas.

Se fue con su consumición hasta la mesa de mis amigos, que lo recibieron con risas y palmadas en la espalda, estaba claro que nos habían visto besarnos.

¡Qué larga se me iba a hacer la noche!

Nunca había visto a James bailar pop. Solo lo había visto bailar salsa y reconocí que me hizo la boca agua verlo mover las caderas de esa manera.

¡Madre mía, cómo me gustaba este chico!

Cuanto más lo conocía más me gustaba, y no estaba preparado para verlo bailar en la pista rodeado de la mayoría de mis amigos borrachos, porque si estuviesen frescos no hubiesen estado todos en la pista fingiendo que bailaban. Pero James… ¡Oh, joder, James! No podía dejar de mirar cómo su cuerpo se balanceaba con suavidad mientras elevaba sus manos y cerraba los ojos dejándose llevar por la música de Madonna que estaba sonando y, por lo visto, yo no era el único que disfrutaba al ver cómo bailaba, porque había más de un chico y algunas chicas a su alrededor comiéndoselo con los ojos.

Me quedé mirándolo desde la distancia. Aunque la barra estaba tranquila a esa hora y estábamos a punto de cerrar ya, no quería ir a por él para que mis amigos no pensaran que no era capaz de dejarlo solo más de unos minutos, aunque tenía que darles la razón.

Esperaba que no hubiese bebido demasiado. Tenía dudas de si con lo tímido que era no fuera el alcohol el que lo hubiera desinhibido lo suficiente como para moverse de esa manera en una pista de baile llena de gente.

Como si algo nos conectara, abrió los ojos y me miró mientras seguía contoneándose con la música. A pesar de la distancia, sentí sus ojos verdes recorriéndome con la mirada y la comisura de sus labios se curvó en esa sonrisa torcida que tanto me gustaba de él.

¡Mierda!

Tenía que reconocer que estaba jodido. Mucho más pillado por mi compañero de piso de lo que esperaba, contando con que yo no era hombre de enamorarme de buenas a primeras. Después de algunas relaciones que habían sido un fracaso, al parecer tenía un gusto pésimo para elegir a los hombres, me había vuelto muy exigente en mis gustos y nunca me dejaba llevar por la apariencia física, por buena que fuera.

Pero James…

Él había sido un puñetazo a mi estómago desde el primer momento en que lo vi. Intentando esconderse detrás de su flequillo y con enormes problemas para decir dos palabras seguidas, me había robado el corazón desde el primer momento y a cada segundo que pasaba, que lo iba conociendo mejor, más colado estaba por él.

Decidí que no quería esperar más.

Me apetecía besarlo en ese momento y me jodía mucho tener que esperar cuando lo tenía ahí, al alcance de mi mano. Además, no me gustaba cómo lo estaba mirando un asiduo del pub que sabía que también era gay, así que decidí no esperar más y me dirigí a la pista de baile, desde donde James no me había quitado el ojo de encima en ningún momento.

—¿Hay algún problema?

Me miró con seriedad, quizá pensando que podía estar enfadado por algo, así que negué con la cabeza, le sujeté la cara con las manos, como me gustaba hacer con él, y lo besé con fiereza. Quería marcar territorio.

¡James era mío!

Y los demás podían mirarlo, pero no tocarlo.

Bajé mis manos para sujetarlo y poder elevarlo en brazos, dándome cuenta de lo poco que pesaba, y lo abracé con fuerza mientras lo sentía reírse en mi boca sin apartar sus labios de los míos.

Lo solté cuando el beso empezó a ser doloroso y oí que la gente de nuestro alrededor nos animaba entre silbidos.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó cuando lo dejé en el suelo a desgana.

—Porque me apetecía.

Me sonrió y el corazón me latió tan fuerte que pensé que podía oírlo Qué tonto.

—Vale.

Él siguió bailando y yo volví a la barra para terminar de recogerla y marcharme a casa para hacerle el amor a mi novio, como bien me había pedido él antes.

Al fin y al cabo, no podía negarle nada.



CAPÍTULO 25

Morir en tu boca

James

Nunca había tenido novio ni novia, así que todo lo que sentía era nuevo para mí.

Me sentía feliz y nervioso, y tenía el estómago lleno de mariposas volando que me hacía sentir… No sé cómo me hacían sentir, solo sabía que me gustaba.

Nos habíamos comprado las hamburguesas de camino a casa, porque ya era una tradición nuestra de los fines de semana. Me gustaban las tradiciones y quería tener un montón de primeras veces con Yago.

Mi primera hamburguesa, mis primeros amigos, mi primer novio, mi primer beso a un chico, mi primer beso a Yago… Desde luego, él iba a ser siempre mi primera vez favorita y esa noche sería mi primera vez sexual con un chico. Pensar en eso me secaba la boca y me humedecía las palmas de las manos por los nervios.

¿Y si no daba la talla?

Mi primera felación había sido casi un desastre y no quería desilusionar a Yago. Quería darle placer y que fuera feliz, y que yo le importara… Ojalá se enamorara de mí tanto como yo lo estaba de él, pero si no sabía hacerle el amor lo desilusionaría y yo…, preferiría morirme antes que desilusionarle o hacerle cualquier tipo de daño.

Por supuesto, no supe qué cara había puesto mientras seguía comiéndome la cabeza con todas mis dudas, pero me di cuenta de que Yago me miraba con una ceja levantada. Me gustaba eso de él, era muy expresivo y cuando levantaba la ceja de ese modo me sentía como si estuviese en un interrogatorio. No podía dejar de hablar. ¡Mierda!

—¿James?

Me pilló intentando disimular, tarde, por lo que vi.

—¿Uhm?

¿Parecería suficientemente desinteresado?

—¿Qué ocurre?

¡Mierda!

—Nada, ¿por qué?

—¿En qué estabas pensando?

No quería decirle que me estaba agobiando de pensar que no iba a dar la talla.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Intentaría hacerle olvidar su pregunta.

—Claro, ya lo sabes.

Habíamos llegado a casa y subíamos en el ascensor, no se oía nada, supuse que por la hora que era. Casi las tres de la mañana.

—¿Eres activo o pasivo en la cama?

Me moría por saberlo. Yo no sabía lo que me gustaba, al fin y al cabo, no había probado nada de nada. ¡Qué desastre!

Yago se rio bajito antes de negar con la cabeza.

—Yo me adapto, James. Depende un poco del momento y de la persona.

Asentí mientras me quedaba más tranquilo, solo un poco.

—¿Duele mantener sexo? —¡Oh, joder! ¿Por qué había vuelto a abrir la bocaza?

—Te prometo que seré muy cuidadoso contigo. Te prepararé bien para que solo sientas placer, ¿sí? Además, no todo el dolor en el sexo es malo.

—No quiero hacerte daño, Yago… Podemos…

—James —me interrumpió con una mano en la boca—, tranquilízate, ¿vale? No haremos nada que no quieras hacer. Esperaremos a que estés preparado. No tenemos prisa.

—Ya, pero…

Me moría por hacer el amor con él, aunque entendería que quisiera esperar a que yo ganara experiencia.

—Haremos lo que tú quieras. Sé que no quieres hacerme daño —me cortó antes de que volviera a hablar—, y sé que apenas tienes experiencia, pero no pasa nada. Estaremos bien.

Eso me hizo respirar tranquilo. Ni siquiera me di cuenta de que empezaba a hiperventilar por los nervios. Yago era especial para tranquilizar a la gente. Sería un psicólogo fabuloso.

—¿Me lo prometes?

Se acercó a darme un beso suave en los labios que me hizo suspirar.

—Te lo prometo. Ahora vamos a comer algo, que me muero de hambre. Y cuando te calmes un poco te voy a llevar a la cama y follaremos hasta que tenga tantos orgasmos que dejes de dudar de ti y de lo cachondo que me pones.

Me quedé con la boca abierta mientras él se reía. El muy sinvergüenza.

—Mira que eres bruto —le solté, riéndome con él.

—Y tú le das demasiadas vueltas a las cosas. No voy a romperme por sentir algo de dolor, no soy una muchachita desvalida. Soy intenso en el sexo y me gusta todo lo que me quieras hacer, así que come, que vas a necesitar toda la energía que puedas acumular.

Sorprendentemente, sus palabras consiguieron darme la tranquilidad que necesitaba.

Ya no estaba nervioso; ahora estaba impaciente.

Lo miré pensando en sus palabras y sentí cómo mi polla empezaba a despertarse, preparándose para que empezara el juego.

Estábamos en la mesa, con las hamburguesas a medio comer, pero la conversación que teníamos me estaba quitando el apetito y poniendo cardíaco.

—Termina de comer, que me estás poniendo cachondo —le solté en un alarde de masculinidad.

Yago se rio de nuevo, divertido.

—Ay, joder, James. Cada día me gustas más.

Me encantó oírlo reír y seguí comiendo, intentando acabarme la hamburguesa cuanto antes.



CAPÍTULO 26

¿Quién habló de inexperiencia?

Yago

No era un chico impaciente. Me consideraba a mí mismo como una persona sensata, tranquila y bastante comedida, pero tener a James mirándome como si deseara incluirme en su menú de esa noche me estaba poniendo a cien.

No quería lanzarme sobre él y asustarlo. Sabía que su falta de experiencia lo ponía nervioso, impaciente y asustado.

Me resultaba muy tierno que se preocupara por no querer hacerme daño. Si le contara cómo fue mi primera vez con un chico, posiblemente se acobardaría del todo. El tipo, un compañero de instituto de último curso, algo mayor que yo, no esperó a que estuviese listo, por lo que me hizo daño y no disfruté nada de mi primera experiencia sexual propiamente dicha. Pero ya tenía la experiencia necesaria como para tomarme todo el tiempo que necesitara en los preliminares, tanto para mí, como para la pareja con la que estuviera esa noche.

Pero James estaba haciendo añicos mi autocontrol.

Lo miré cuando terminó su hamburguesa y se bebió la Coca-Cola que le quedaba sin apartar sus ojos de mí. Yo seguí comiendo despacio, alargando el tiempo a propósito con la intención de hacerlo esperar. Era impaciente e impulsivo y tenía que aprender a controlarse un poquito.

Cuando se lamió los labios con la lengua para limpiarse los restos de bebida decidí que ya había alargado suficiente el suplicio como para pasar a la acción.

Se me quitó hasta el hambre, así que solté el bocado que me quedaba sin comer y bebí de mi vaso sin quitarle los ojos de encima.

—¿Has acabado ya? —me preguntó con voz ronca.

—Acabarías con la paciencia de un muerto con esa mirada lujuriosa. —Se río un poco avergonzado, como supuse que haría—. Bien —Me levanté y tiré los restos a la basura frente a su mirada expectante—, ¿qué quieres hacer ahora? ¿Prepararnos para irnos a dormir?

Negó con la cabeza y se acercó a mí con esa sonrisa torcida que a mí me hacía la boca agua.

—Lo que voy a hacer contigo no es dormir, precisamente.

¡Guau! ¿Y yo decía que no tenía experiencia?

—Vaya, ¿dónde están tus nervios y tu miedo?

—En el mismo sitio que tu vergüenza: se han ido por la ventana.

Me reí al escucharlo y me acerqué hasta tomarlo de la mano. Tiré de él para besarlo con

suavidad.

—¿Qué quieres hacer esta noche, Jamie?

—Quiero follarte o hacerte el amor. Lo que sea.

—Bien.

Volví a besarlo mientras nos encaminábamos a mi habitación, que tenía la cama más grande y lo que iba a necesitar esa noche estaba en mi mesita de noche.

Cuando quise darme cuenta ya estábamos desnudos. James aprendió a dar besos con una rapidez pasmosa y conseguía dejarme jadeando cada vez que me besaba de esa manera. Como si el mundo se fuese a acabar al día siguiente y ya no pudiera volver a besarme.

Los dos estábamos desnudos y excitados sobre mi cama, así que abrí el cajón de mi mesita de noche y saqué varios preservativos que dejé sobre la cama, y saqué un bote de lubricante.

James lo miró como si quisiese descubrir su composición química.

—¿Me dejas hacerlo a mí? —me preguntó con suavidad y asentí, porque no podía hacer otra cosa.

Se echó lubricante en los dedos y se los extendió con cuidado, y luego, para mi sorpresa, me empujó sobre la cama para dejarme tumbado boca arriba y, sin más preámbulos, comenzó a comerme la polla.

El aire escapó de mis pulmones cuando sentí su boca caliente y húmeda alrededor de mi miembro, y mi polla se hinchó aún más por las atenciones. No sabía bien qué esperar, pero no ese ataque a mis sentidos.

—Joder, canijo.

Le sujeté la cabeza para poder bombear en su boca y sentí uno de sus dedos colarse en mi interior con cuidado.

Gemí y cerré los ojos mientras me acostumbraba a esa invasión, que comenzó a moverse en mi interior con suavidad mientras su boca seguía lamiéndome de punta a punta para después centrarse en mi glande y acariciarlo con los dientes.

Di un respingo por la impresión, pero reconocí que no me había hecho daño, al revés. Sentía su dedo moviéndose con más rapidez y yo… ya no sabía de donde me venía tanto placer. Mi interior ardía como si me estuviesen prendiendo fuego cuando sentí más presión allí que me arrancó un hondo gemido.

—James… James…—No era capaz de decir otra cosa, solo de disfrutar el placer que sus dedos y su boca me estaban provocando—. Necesito que me folles ya o voy a correrme en tu boca y todo terminará antes de empezar.

Soltó mi polla para ponerse un preservativo y se echó lubricante antes de colocarse entre mis piernas mientras yo me movía para darle mejor acceso.

—¿Estás seguro? —me preguntó mientras se masajeaba la polla para extender bien el lubricante.

—Hazlo ya, que no me vas a hacer daño.

Gemí mientras lo sentía introducirse en mi interior con cuidado. Como todo lo que él hacía, con excesivo cuidado para evitar molestar a nadie. Era como si temiera hacer algo mal y dejar de caerle bien a la gente o que dejaran de quererlo.

Yo ya estaba tan cachondo que necesitaba que se moviera y me follara de una vez.

—Oh, joder, James, muévete un poco, por favor.

—Espera, no quiero…

—Muévete, joder.

Sonrió muy orgulloso de lo que suponía que estaba provocando en mi cuerpo. Volví a gemir

cuando se coló por entero y, tras detenerse unos segundos para que me adaptase a su tamaño, comenzó a mover las caderas con suavidad.

—¡Oh, joder, Yago! —susurró con los dientes apretados.

Ni puto caso.

—Muévete más que no me vas a hacer daño, así que fóllame de una vez.

Y eso hizo.

Cuando comenzó a mover las caderas con más ímpetu cerré los ojos con fuerza y me centré solo en las sensaciones que me producía.

—¿Está bien así?

—Sí, no pares, así está perfecto. —Estaba a punto de correrme, así que cuando fui a sujetarme la polla para masturbarme, James me quitó la mano y comenzó a hacerlo por mí.

—Hoy tu placer te lo quiero dar yo.

—Más rápido —le pedí, y puse mi mano sobre la suya para mostrarle cómo me gustaba.

—Yago…

Abrí los ojos ante el tono de sufrimiento de su voz.

—Mírame, Jamie, mírame.

Y con sus ojos verdes velados por la pasión, se coló hasta dentro con un gemido y lo sentí vaciarse en mi interior y yo… eyaculé en su mano cuando la ola de placer que sentí me engulló por entero y me llevó con ella para soltarme un par de años después. Así de intenso fue el orgasmo que la persona que no parecía tener ninguna experiencia me provocó.



CAPÍTULO 27

¡Sorpresa!

James

Desperté acostado sobre Yago y con mi cabeza en su hombro. Estaba rodeado por sus brazos, que me abrazaban protectores. Su pecho se elevaba con cada respiración. Por lo visto me quedé dormido en la madrugada así y ninguno de los dos nos habíamos movido durante la noche.

Me di la vuelta con cuidado de no despertarlo y en vez de soltarme, Yago se dio la vuelta conmigo y se acomodó a mi espalda.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz. Estaba claro que irme a vivir con Yago había sido un acierto. No quería estar en ningún otro lado del mundo en ese momento.

Yago me entendía como jamás lo había hecho nadie. Él me aportaba seguridad en mí mismo y parecía entenderme mejor que nadie. Sabía lo que me costaba hacer algunas cosas por mi timidez. No era fácil saber qué hacer con tu vida cuando te la han dirigido desde niño. Yo no había tenido que tomar ninguna decisión sobre absolutamente nada, ni siquiera sobre la carrera universitaria, ya que mis padres lo hicieron por mí y por mi hermano. En una familia donde desde tus antepasados, todos, habían sido abogados, había poco que decidir. De hecho, mi padre ya me tenía asegurado un puesto en el bufete de un amigo, así que ni siquiera me tenía que preocupar por eso.

Aunque ahora no lo tenía tan claro.

Me puse a pensar en lo que podía regalarle a Yago para su cumpleaños, que era el fin de semana siguiente.

Me entusiasmaba la idea de regalarle la moto que habíamos visto, pero ya habíamos tenido algunas desavenencias por querer pagarlo todo. Enterarse de que disponía de dinero propio, aunque no se hacía una idea de cuánto, no había cambiado el hecho de querer pagar su parte de todos los gastos, aun cuando yo sabía que iba justo de dinero y por eso trabajaba los fines de semana en el pub, para tener algunos ingresos extras.

Recordé que odiaba el frío y le gustaría estar en una playa donde hiciera sol, así que tomé una decisión y cogí el móvil para ver dónde podíamos hacer una escapada romántica.

Lo oí murmurar algo en sueños y sonreí. Me había dado cuenta de que, a veces, hablaba dormido, aunque rara vez se le podía entender algo. Me resultaba muy tierno.

Lo sentí bufar y estirarse detrás de mí para luego pegar su erección mañanera a mi culo y abrazarme con más fuerza.

Estaba claro que acababa de despertarse.

—Buenos días. —Apagué el móvil para que no pudiera enterarse de lo que estaba tramando.

—Buenos días, canijo.

Me besó el lateral del cuello con suavidad, erizándome el vello con el roce de su barba de varios días.

Me gustaba su manera de referirse a mí. Era tremendamente expresivo y cariñoso, y aún me estaba acostumbrando a sus muestras de cariño en público.

No tenía nadie a quien le pudiera molestar mi orientación sexual…, excepto a mis padres y sus homófobos amigos, claro estaba. Pero sentía un perverso placer porque se enteraran de una vez, aunque se pudiese armar un buen escándalo cuando la prensa se hiciese eco de que el preciado hijo menor de los Sinclair era homosexual.

A la prensa le iba a encantar…, aunque me preocupaba la reacción de Yago.

—¿En qué piensa esa preciosa cabecita tuya para que aún no me hayas dado mi beso de buenos días?

Me volví hacia él, que me sujetó la cara para besarme con ternura. Mi corazón se saltó un latido, como cada vez que me demostraba lo mucho que parecía importarle.

—En nada importante, solo comprobaba si tenía algún mensaje.

No sé si me creyó, ya que trepó sobre mi cuerpo, tumbándose cuan grande era sobre mí para poder besarme y acariciarme a placer.

—Yago…

Si empezábamos la mañana así no saldríamos de la cama en todo el día.

—¿Hum? —preguntó sin apartar su boca de la mía.

Comenzó a besarme con más fuerza y restregó su polla sobre la mía, haciéndome jadear mientras él gemía.

—Pensaba levantarme a preparar el desayuno y traértelo a la cama.

—Luego. —Volvió a besarme con más urgencia.

Le sujeté la cabeza para atormentar su boca un poco con mis dientes y pensé que el desayuno iba a tener que esperar.

—Me encanta lo dispuesto que te despiertas por las mañanas —le susurré en la boca antes de besarlo de nuevo.

—Te lo recordaré cuando me folle ese culito tan rico que tienes y no puedas andar ni sentarte en una semana.

Eso me puso más cachondo todavía, y cuando bajé mis manos hasta tocar su polla para comenzar a masturbarlo, el timbre de la puerta nos interrumpió.

—¿Esperas a alguien? —Estaba claro que no venían a verme a mí.

—No. —Volvió a besarme para continuar dónde lo habíamos dejado—. Ya se marchará el que sea.

Volvió a sonar el timbre y levanté la cabeza, molesto por la interrupción.

—Joder. ¿Quién coño es un domingo por la mañana? —soltó Yago, levantándose de la cama y poniéndose ropa interior para ir a ver quién era.

—¿Vas a ir así?

Miré su erección, que se notaba claramente en el bóxer. Se encogió de hombros con indiferencia y se encaminó a abrir la puerta.

—Así aprenderá, quien sea, que no deben interrumpirnos un domingo por la mañana.

Me reí bajito y deseé que quien fuese se hubiese equivocado para poder seguir donde lo habíamos dejado.

Lo oí hablar con alguien, pero no oía lo que decían.
Yago volvió segundos después con cara seria.
—Tu hermano Victor está en el salón.
Me quedé congelado en el sitio.
¿Cómo coño habían averiguado dónde estaba?



CAPÍTULO 28

Asume tus responsabilidades

Víctor

Ser el hijo mayor de James Sinclair no era nada fácil. Pero aprendí desde pequeño que la vida rara vez lo era. Ser el primogénito tenía un montón de privilegios y también que tus padres tuvieran el ojo avizor sobre ti durante todo el tiempo.

Intentar ser el hijo perfecto era agotador, pero ya estaba acostumbrado. Había tenido que acostumbrarme a que mi vida estuviese completamente controlada por unos padres que, más que hijos, pensaban que habían tenido robots y que siempre siempre, tenías que hacer lo que se exigía de ti.

Yo hacía tiempo que había aprendido a fingir ante mis progenitores. De puertas para adentro era el hombre perfecto y el hijo ideal, y de puertas para fuera…

Lo que hiciera de puertas para fuera no le importaba a nadie, y mucho menos a mis padres. Tenía mis propios amigos, que, por supuesto, mis padres no aprobarían, pero que eran los que yo había elegido y los que pensaban que me entendían. Aunque, por supuesto, al ser rico y poderoso atraía sobre ti todo tipo de atenciones y muchas, por no decir la mayoría, ni siquiera eran sinceras, pero bueno. Yo sabía desde hacía mucho tiempo lo que había.

Mantener a mis padres engañados y tranquilos era el secreto para intentar ser mínimamente feliz, y ahora había venido mi hermano para remover el avispero.

¿Pero en qué coño estaba pensando?

Al final había aireado su orientación sexual y ser un *puto maricón* era lo que peor llevaban mis padres.

Con lo fácil que hubiera sido que aceptara su falso compromiso con Sandra y que, por detrás, se follara a quien quisiera.

Que no hubiese vuelto a casa todavía, demostrando que podía valerse por sí mismo, no era lo que esperábamos de él. No conocía a casi nadie y apenas sabía atarse el nudo de los cordones solo, así que ninguno entendimos dónde estaba y con quién. Estaba claro que no había sido idea suya.

Nos bastó investigarlo para saber con quién estaba, aunque decidimos dejarle unos días para que se aclarara y decidiera volver al redil… Menudo gilipollas.

Y ahí estaba yo, llamando a su puerta un domingo por la mañana para hacerle entender que no podía seguir con su pataleta de niño pequeño. La vida era la que era y no podía estropearlo todo.

La prensa, por suerte, aún no se había hecho eco de la salida de tiesto de mi hermano, y como se enterasen de lo que pasaba, de que era gay, nos iban a sacrificar a todos.

¡No se lo pensaba permitir!

Hablaría con mi hermano con calma para hacerle ver que se estaba equivocando y que no lo íbamos a permitir.

Yo no lo iba a permitir.

Si hiciera falta amenazaría personalmente al tal Yago, el muerto de hambre con el que vivía James y que estaba más que claro que se estaba aprovechando de la inocencia de mi hermano.

Que el hijo de puta abriera la puerta en calzoncillos y con una más que evidente erección, solo había confirmado la opinión que tenía de él.

Ahora estaba en ese minúsculo apartamento, esperando que a mi queridísimo hermano le diese la gana de aparecer para hacerle ver que la tontería se había acabado.

En ese mismo momento.

—¿Qué haces aquí, Víctor?

¿Así era como iba a recibirme?

Iba en calzoncillos, aunque una camiseta un par de tallas más grande, seguro que del otro tipo, tapaba sus vergüenzas. No tenía ninguna intención de ver la polla de mi hermano empalmado.

¿Será marica el tío?

—¿Podemos hablar a solas? —El tío del apartamento se había puesto una camiseta y estaba apoyado en la puerta del salón. Me negaba a decir ni una palabra delante de nadie. Los trapos de la familia se lavaban en casa, y si no en casa, al menos en privado.

—Yago se queda.

Miré a mi hermano como si fuera la primera vez que lo veía. Él nunca se habría atrevido a llevarme la contraria.

—Nada de lo que hablemos tiene que ver con él.

—Id a la terraza para hablar tranquilamente, James, te prepararé el desayuno mientras tanto, ¿vale? —Mi hermano asintió con la cabeza cuando el chico pasó por su lado y le apretó el hombro como si le diera ánimos, como si el idiota de mi hermano solo necesitara ánimos para hablar conmigo. Ni naciendo de nuevo tendría los huevos suficientes para hacer las cosas por sí mismo—. No quedan magdalenas, así que haré tostadas.

Mi hermano le hizo una mueca que hizo reír al otro chico.

—¿Quieres un café o un té?

—No es una visita social —le solté, borrando la sonrisa del idiota de golpe—. No te molestes en preparar nada porque mi hermano volverá a casa conmigo.

El rubio no pudo ocultar su cara de sorpresa.

Sonreí con maldad.

¡Jodeos, maricones, que se os acabó el libertinaje!

—No hagas caso a mi hermano, Yago. Yo no me iré a ningún sitio. —Mi hermano se dirigió a la terraza y salió sin importarle lo que yo hacía. Por supuesto, lo seguí—. Dime lo que tengas que decir para que te largues, que quiero seguir disfrutando del domingo.



CAPÍTULO 29

Nadie como la familia para estropearlo todo

James

—¿Qué quieres, Víctor?

Mi hermano me miró con un desprecio en su cara que no se molestó en ocultar, y aunque ya estaba acostumbrado porque nosotros nunca nos habíamos llevado bien, su desprecio hacia mí me dolió igual que siempre. Antes pensaba que me despreciaba por no plantar nunca cara y aceptar todo lo que me exigían que hiciera sin rebelarme ni poner mala cara. Me había convertido en un experto en no mostrar nada. No pensaba darles el gusto de que supiesen que tenían el poder de hacerme daño. Supuse que ahora su desprecio era debido a que se imaginaba lo que éramos Yago y yo.

—Que te dejes ya de juegos infantiles y cumplas con tu deber.

Ni siquiera pestañeé.

Imaginé cuál debía ser para ellos mi deber. El de obedecer todo lo que me dijeran y acatar las órdenes en silencio.

—¿Y cuál es mi deber, según tú?

—Dejarte de mariconadas y prometerte con la mujer con la que te debes casar.

—Lo dices como si prometerse con una mujer a la que no quiero sea una obligación ante la que no puedo dar mi opinión.

—No seas idiota, James. Prométete con ella y luego fóllate por detrás a quien te dé la gana, pero no tires tu vida por la borda por un tío que solo te quiere por tu dinero.

Eso sí me dolió. Pero sabía que Yago ni siquiera sabía el montón de dinero que mi abuelo me había donado. Así que, por una vez, creía que alguien me quería por quien era y no por ser el hijo y nieto de…

—¿Igual que haces tú?

—Igual que hago yo y hacemos todos. Sabes que ninguno de nosotros ha podido elegir en esta vida que nos ha tocado.

—Pero no tiene por qué ser así. Podemos elegir lo que queremos hacer, y a quién podemos amar.

Mi hermano se echó a reír.

—No seas niñato. Este maricón solo te quiere por tu dinero.

—¿Qué sabes tú? Ni siquiera lo conoces. —Sabía que, aunque intentara defenderlo, no me iba

a servir de nada. Mi hermano era todavía más homófobo que mi padre, por imposible que pudiera parecer en un hombre de su edad. Víctor solo me llevaba cuatro años. Apenas acababa de cumplir los veinticuatro y era una pena que tuviera una mentalidad tan prehistórica. Sabía que todo era culpa de la educación tan estricta que nos habían dado siempre.

—No me hace falta conocerlo para saber que te ha llenado la cabeza de tonterías para que te quedes con él y le compres todos sus caprichos hasta que se te acabe el dinero, y luego te dará una patada en el culo para sacarte de su vida.

—Te agradecería que no vinieras a mi casa a insultarme —le soltó Yago desde la puerta de la terraza. Venía con una bandeja con su enorme taza de té de menta y con mi café, aunque se notaba la ausencia de mi magdalena de chocolate. Me iba a tocar comer tostadas. ¡Qué remedio!

—Quiero que te alejes de mi hermano y dejes de sacarle el dinero, garrapata.

—Tú hermano es lo suficientemente adulto como para hacer lo que quiera y vosotros deberíais dejar que viva su vida. Bastante lo habéis manipulado ya.

—No te atrevas a meterte en nuestros asuntos. —Mi hermano cerró los puños, en claro gesto amenazante y dio un paso hacia Yago. Si intentaba asustarlo se había equivocado por completo, porque mi hermano tenía la misma constitución delgada que yo, así que Yago le pasaba más de diez centímetros y unos diez kilos.

—¿O qué? —Dio un paso adelante sin ni siquiera haber soltado la bandeja. ¿Qué pensaba hacerle? ¿Tirarle los cafés a la cabeza? Estuve a punto de reírme por los nervios y mis pensamientos tan ridículos.

¡Joder, cómo me gustaba este hombre!

Era la primera vez que alguien daba la cara por mí, y eso me hizo más fuerte. Las ganas que había tenido de volver a hacerme pequeñito y desaparecer para no oír las recriminaciones de mi hermano desaparecieron en ese momento.

—No tienes idea de con quién te estás metiendo.

—Ni me importa —le soltó Yago sin amilanarse.

—Ten mucho cuidado, Yago, podemos convertir tu vida en un infierno si te metes con la persona equivocada.

—¿Nos estás amenazando? —No me lo podía creer. ¿Para eso había venido mi hermano? ¿Para amenazarnos si no volvía a casa con él? —. ¿Qué eres ahora? ¿De la puta mafia?

—Solo te digo que esta tontería se acaba aquí y ahora. Si no vuelves conmigo, papá anulará todas tus tarjetas, incluidos los pagos de la universidad. ¿De qué vas a vivir entonces? Ya te digo que tu noviete se largará en cuanto se dé cuenta de que tienes el grifo cerrado.

—No necesito el dinero de papá, de hecho, ya anulé sus tarjetas. He sacado las mías propias con el dinero de la herencia del abuelo.

Sonrió como si conociese un secreto que yo ignorara.

—También me ha dicho que lo impugnará.

—Dile a papá que yo también soy abogado y que no hay manera de que pueda hacerlo. Ahora, si nos disculpas…

Por primera vez les había plantado cara a todos. La cara de haber pisado una mierda que se le puso a Víctor no tenía precio, y me di cuenta de que era la misma mueca de desprecio que solía ver en la de mi padre.

—Padre no lo dejará pasar. Ya lo sabes, ¿no?

—Que haga lo que quiera, dile de mi parte que no me importa y que me deje en paz de una vez.

No necesitó que le dijera nada más.

Se dio la vuelta y se fue a paso rápido sin decir palabra.



CAPÍTULO 30

Siempre contigo

Yago

Me quedé tan sorprendido por lo sucedido que no supe qué decir. No me esperaba que su propio hermano viniese a machacarlo de esa manera.

Ya había conocido a sus padres y entendía las carencias sociales y afectivas que tenía James. Tenía que haber sido un infierno criarse en una familia de ese estilo, donde no podía hacer nada más que lo que le ordenaban, porque eso es lo que habían hecho con él toda la vida, con él y con el gilipollas de su hermano, aunque estaba claro que Víctor lo vivía de un modo diferente a como lo había hecho James todo ese tiempo. Por lo que había oído de la conversación, él aceptaba todo lo que le decían por mantener el gallinero tranquilo, según había afirmado, pero luego, por detrás, hacía lo que le daba la gana siempre que no llegara a oídos de sus padres.

Vaya mierda de familia.

—¿Estás bien?

Se había quedado callado y quieto, mirando hacia ninguna parte.

Sabía que estaba intentando digerir lo que había pasado. Supuse que posiblemente era la primera vez que se había atrevido a plantarles cara tan abiertamente.

—James. —Le cogí la mano para que supiera que estaba con él. Que tenía mi apoyo incondicional. No podía ser de otra manera—. ¿Quieres hablar conmigo?

Negó con la cabeza.

Se levantó y se dirigió hacia el interior sin decirme nada.

Lo seguí, porque no tenía claro cómo debía sentirse, y porque no pensaba dejarlo solo.

Lo seguí hasta que llegó a su habitación.

—¿Adónde vas?

Sujeté su cara entre mis manos y cerró los ojos para ocultar su dolor. Se me partía el corazón al verlo así. No entendía cómo una familia se podía encargar de machacar a uno de sus miembros de esa manera tan inhumana.

Los odié todavía más.

—Necesito salir a correr, Yago. Por favor.

No pensaba dejarlo solo.

—Bien, iré contigo. Me visto en un segundo.

—Yago, por favor, necesito estar solo.

Y una mierda.

—Escucha. —Volví a sujetarle la cara para que se centrara en mí. Sus ojos verdes mostraban tanto dolor que le acaricié la mejilla con los pulgares. No tenía claro que aceptara otra muestra de afecto en ese momento sin derrumbarse por completo. Su manera de afrontar el dolor me partía el corazón, pero estaba intentando afrontarlo a su manera y era admirable cómo intentaba gestionar la situación—. Si no quieres hablar conmigo, vale. Si no quieres verme, correré detrás de ti, pero no voy a dejarte solo, ¿me oyes?

—Estoy bien —reconoció con voz temblorosa.

—Iré contigo porque para eso están los amigos y los novios, y porque, aunque me lo pidas, no voy a dejarte solo, James. No me pidas eso, por favor. Déjame ir contigo.

Aceptó, y mientras él entraba en su habitación para ponerse la ropa para ir a correr, me apresuré a hacer lo mismo.

Salimos juntos y coincidimos en la entrada. Llevaba unas mallas negras cortas y una simple camiseta de manga corta, casi del mismo verde de sus ojos. Sus nuevas zapatillas Nike blancas de *running* lucían impecables, casi sin estrenar, porque era de la ropa y complementos que se había comprado semanas atrás.

Llené dos botellas pequeñas de agua y le entregué una sin decir nada. Intentaba mantener una expresión neutra en su cara, y sabía que había aprendido a hacerlo durante toda su vida para evitar llamar la atención de sus progenitores.

No esperaba el ritmo rápido con el que salió del apartamento. Yo no solía salir a correr y, cuando lo hacía, llevaba un ritmo mucho más lento, pero intuí que él intentaba exorcizar sus demonios con el ejercicio y terminar tan agotado que no pudiera ni pensar.

Lo seguí como si fuera su guardaespaldas, a un paso detrás de él. Dándole el espacio que imaginé que necesitaba. A los pocos minutos se hizo a un lado y supe que quería que me pusiera a su lado y eso hice. Estaba claro que él salía a correr más a menudo que yo, porque llevaba la respiración uniforme y yo iba ya casi jadeando.

Al rato bajó un poco el ritmo, cosa que le agradecí, aunque no se paró. Por lo visto no estaba lo suficientemente cansado todavía y yo empezaba a dudar de que pudiera seguirle el ritmo durante más tiempo.

—¿Qué voy a hacer, Yago? —me preguntó antes de darse la vuelta para emprender el camino de regreso.

—Solo tú debes decidirlo, James —le dije entre jadeos. Me miró con atención y sonrió. Apenas una mueca, pero me alegré de poder sacarlo del mundo oscuro en el que se había resguardado.

—Debes salir a correr más —dijo, aflojando un poco el paso. Me faltó besar el suelo bajo sus pies como agradecimiento.

—No van a dejarlo pasar. —Yo ya lo sabía.

—¿Quieres volver con ellos? —Pensaba que en el fondo ese era el quid de la cuestión.

—No, por Dios. —Se atrevió a negar con firmeza—. Pero no quiero que estés metido en nuestra batalla. Quizás debería mudarme a otro sitio o comprarme mi propio apartamento.

Lo dijo tan seguro de poder hacerlo que me pregunté, una vez más, cuánto dinero le había legado su abuelo.

—Si quieres irte no seré yo quien te lo impida, James. Piensa en lo que de verdad quieres. Yo te echaré de menos, pero iré allá donde te mudes. Ya lo sabes.

—¿Quieres seguir con lo nuestro después de que mi hermano te haya amenazado?

—Tú hermano puede chuparme la polla —le solté molesto.

—No, eso prefiero hacértelo yo, si no te importa. —Me miró con esa media sonrisa que me encantaba—. ¿No piensas quitarte de en medio? —insistió, dirigiéndome una larga mirada.

—Nunca —le aseguré—. Me encantas, James, y no quiero que te vayas a ningún sitio. Te quiero en mi casa y en mi cama, y ni tu padre ni el gilipollas de tu hermano me van a hacer cambiar de opinión.

Casi lloré de alivio cuando llegamos a casa.

Como nos duchamos los dos juntos y me chupó la polla bajo el agua, tal como había dicho que haría, pues no me quejé demasiado de la paliza que me había dado corriendo. Algunas cosas y algunas personas siempre merecerían la pena.

Estaba seguro de que James era una de esas personas.



CAPÍTULO 31

La compro al contado

James

Hacía mucho que no estaba tan nervioso. Esa semana pasaron muchas cosas. Después de la inesperada visita de mi hermano, una rabia como nunca había sentido se apoderó de mí. Estaba cansado de que me manipularan, de que me obligaran a hacer o decir lo que no quería, a dejarme manejar como una marioneta en manos de mis padres, así que, en mi ataque de rebeldía, me matriculé en la autoescuela para sacarme el carné de moto de más de 125 cc y fui con Yago a comprarme la moto eléctrica que habíamos visto por internet.

No me esperaba que tuviéramos nuestra primera bronca por ese motivo e imaginé que, seguramente, tampoco iba a ser la única.

Os lo cuento.

—James ¿estás seguro de esto?

No tenía claro de qué se suponía que debía estar seguro. Comprar una moto no era algo de lo que podías arrepentirte al día siguiente. O te gustaban o no te gustaban, y yo había querido tener una moto desde que tenía uso de razón. Como no tenía a mis padres para que me lo pudieran prohibir, y tenía dinero más que suficiente para poder gastármelo en lo que quisiera, no entendía bien las palabras de Yago, que se había quedado parado en la puerta del concesionario de motos.

Su tono no me gustó demasiado. Me recordaba mucho a los reproches que, sobre todo mi padre, me hacía continuamente.

—¿Estar seguro de qué? —Lo miré entrecerrando los ojos, intentando averiguar a qué se podía estar refiriendo—. ¿De querer tener una moto? Ya me he apuntado a la autoescuela. Espero poder tener el carné mientras me llega la moto y, si no… —Le guiñé el ojo—, siempre puedes llevarme tú. Tienes carné de moto, ¿verdad?

—Ya, no es eso —me dijo algo turbado—, sabes que te llevaré a donde quieras.

Me hubieran enternecido sus palabras si no fuera porque estaba siendo condescendiente conmigo y no me gustaba lo más mínimo.

—¿Entonces?

Me miró y apartó la mirada sin saber cómo decírmelo y, aunque sabía lo que me iba a decir, quería oírlo de todos modos.

—¿Sabes cuánto puede costar esta moto? —me soltó sin rodeos. Si algo me gustaba de Yago

es que no teníamos secretos ni necesitábamos medias tintas entre nosotros.

—Casi cien mil euros —le dije con indiferencia. Esperaba que de verdad lo dejara estar, porque no me estaba gustando un pelo adonde iba esta conversación—. Lo pone en la página web.

—Vale. —Tragó saliva, vi su nuez subir y bajar, y en ese momento me entraron ganas de lamerla por provocarme de esa manera—. No quiero que te molestes por esto, pero ¿tienes una idea de cómo lo piensas pagar?

Ahí estaban las palabras que me temía. ¿De verdad me creía tan estúpido de no saber lo que quería o de meterme a comprar algo que no pudiera pagar?

—Sí, tengo una ligera idea.

No pude decirle nada más, porque el chico del concesionario llegó para atendernos. Yo me sentía tan decepcionado que se me había borrado la ilusión que me hacía comprar la moto. Ni siquiera me di cuenta de la importancia que tenía para mí la opinión de Yago. Que no me creyera competente o capaz de hacer esto y que pensara que era idiota me dejó un sabor amargo que no me podía quitar de la boca.

No disimulé la decepción y debió darse cuenta, porque intentó tomarme de la mano que, por supuesto, solté.

—James —dijo en voz baja.

Lo ignoré e intenté disimular mi dolor hablando con el otro chico, que estaba encantado de que quisiese comprar esa moto. Después de hacerme la pelota durante un rato y de hablarme hasta la saciedad de las prestaciones de la moto, llegamos al quid del asunto: el método de pago.

—Tenemos unos cómodos plazos de financiación…

No lo dejé continuar.

—La pagaré al contado.

Sentí la mirada de los dos —sí, los dos— sobre mí, como si me hubiese nacido una segunda cabeza. Yago, tras mirarme unos segundos buscando mis ojos, cosa a la que no hice caso, apartó la vista, pero su malestar era más que latente.

¡Que se jodiera por ser tan gilipollas!

Él se estaba convirtiendo en todo mi mundo, ¿y esa era la confianza que tenía en mí? ¿De verdad me consideraba tan idiota como para querer comprar algo que no podía pagar? Al parecer no me creyó cuando le dije que heredé un montón de dinero.

Acabamos las tramitaciones y prometieron llamarme cuando llegara la moto, pues tardaría un par de meses como mínimo.

Me negué a dirigirle la palabra mientras volvíamos al piso. Él condujo en silencio y yo miraba por la ventanilla del copiloto sintiéndome una mierda.

¿Esa era la imagen que daba a los demás? ¿La de un idiota que no era capaz de saber lo que podía costearse y lo que no?

Me negaba a dejarme vencer por la desesperanza. Quería creer que Yago solo quería protegerme y que nunca podría imaginar que hubiera heredado tanto dinero, pero hubiese sido todo mucho más fácil si simplemente me lo hubiese preguntado. Aunque supuse que no querría que pensase que se entrometía en mis cosas y mucho menos en mi dinero, sobre todo, después de lo que mi familia pensaba de él, pero no tenía que haber dado nada por sentado.

Llegué al piso y entré en mi habitación, negándome a mirarlo ni a hablar con él.

De todos modos, me siguió.

—Aunque supongo que no quieres saber nada de mí después de ser tan gilipollas, quiero que sepas que lo siento en el alma. Te he prejuzgado y sé que no tengo perdón. En mi defensa solo te

diré que quería ahorrarte… —Agachó la cabeza, avergonzado—. Ya da igual, James. Bueno, qué coño, sí… Del mundo en el que vivo yo, nadie se compra una moto de casi cien mil euros al contado, y menos con veinte años. Solo dime qué quieres que haga para que puedas perdonarme por ser tan idiota y lo haré. Y si después de esto no quieres saber nada más de mí lo respetaré. Me partirás el corazón, pero me lo tendría más que merecido.

Ni me volví para mirarlo. Cuando se dio cuenta de que no se me iba a olvidar tan fácilmente de lo sucedido, salió de la habitación y cerró la puerta tras él sin decirme nada más.



CAPÍTULO 32

Felicidades

James

Iba a hacer una completa locura y lo sabía, pero tenía la oportunidad en la palma de mi mano y me estaba gustando eso de ser impulsivo y hacer algunas cosas sin tener que pensar demasiado. Seguía enfadado con Yago, aunque me moría por volver a besarlo, pero la distancia que nos separaba me vino de lujo para poder organizar mi sorpresa de cumpleaños sin que me matara al enterarse.

Se acercaba Navidad y en una semana sería su cumpleaños. Como no podía recurrir a él para organizarle mi sorpresa, hablé con Pilar, que se ofreció a ayudarme y organizarlo todo de espaldas a Yago. No me pasaba inadvertida la manera que tenía de mirarme cuando volvía de algún sitio donde me negaba a que él me acompañara, aunque no por los motivos que pensaba.

Sabía que sufría pensando que yo seguía enfadado con él, pero conocía a Yago lo suficiente como para saber que su intención no había sido la de menospreciarme ni nada parecido, pero, de todos modos, tenía que hablar con él muy seriamente sobre lo que había pasado.

Iba a tener mucho tiempo para hacerlo, porque había organizado un crucero para los dos a Estambul y las Islas Griegas, y nos íbamos ese mismo viernes por la mañana para estar doce días fuera y ni siquiera lo sabía.

Preparar una maleta para doce días de crucero sin que lo supiera no iba a ser tarea fácil, así que me ayudé de todos sus amigos y de Pili, que me hacía de ayudante para sacarlo de casa con la excusa de que se había peleado con Andrés y necesitaba un amigo que la consolara el mismo jueves por la tarde.

El resto del grupo vinieron al apartamento para ayudarme a hacer sus maletas y las mías en tiempo récord.

Me había informado del tiempo que haría e iba a ser más o menos como en España, así que, excepto los bañadores para los jacuzzis que tenía el barco, todo lo que íbamos a necesitar era la misma ropa de abrigo que usábamos en Madrid esos días.

—Necesitarías llevarte más ropa si vas a estar tanto tiempo viajando —dijo Andrés mientras metía toda la ropa de Yago en una enorme maleta que compré esa misma mañana.

Suerte que estábamos de vacaciones en la universidad y que Yago también disponía de un par de fines de semana libres y aproveché para organizar este viaje. Esperaba que no se negara cuando descubriera lo que le tenía preparado como regalo de cumpleaños.

—Si necesito algo más de ropa siempre puedo comprarlo cuando lleguemos al destino —dije, rebuscando entre mis pocas pertenencias buscando qué podía añadir en la maleta para llenarla un poco más, ya que apenas iba medio llena.

—Joder, tío —añadió Luis mientras se abría una cerveza. Se la bebió apoyado en el marco de la puerta y nos miraba mientras los demás guardábamos todo lo que íbamos encontrando que nos pudiese hacer falta—. ¿De verdad le has pagado un crucero de diez días por Estambul?

Solo asentí mientras me acordaba de recoger mis cosas de aseo del baño, dejando solo el cepillo de dientes y la pasta. Esperaba que no se me olvidara meterla en la maleta después de usarla esa noche.

—Entonces, ¿a qué hora os recojo por la mañana para llevaros al aeropuerto? —Wolf se había ofrecido a llevarnos y no hubo manera de hacerle cambiar de opinión por más que le dije que el vuelo salía a las siete de la mañana, por lo que debíamos llegar al aeropuerto dos horas antes, como mínimo.

—Si sale a las siete, tienen que estar allí sobre las cinco —explicó Andrés, metiendo todos los zapatos y zapatillas de Yago que encontró en su armario.

¡Mierda, mis deportivas!

Los dejé en la habitación discutiendo sobre la hora a la que teníamos que salir del apartamento y fui a la terraza para recoger mis deportivas, que las había lavado y puesto al sol para que se secaran. Cuando volví con ellas en la mano aún discutían sobre la hora.

—No sé muy bien el tráfico que habrá a esa hora en la ciudad, así que seré precavido y os recogeré sobre las tres y media de la mañana —dijo Wolf antes de dirigirse a la puerta para marcharse—. No os quedéis dormidos, ¿vale?

—Si no has llegado a esa hora pediré un taxi —le dije para que estuviera informado con antelación.

—Estaré a esa hora, no te preocupes —aseguró antes de marcharse, pues había quedado con su hermano para salir a cenar.

—Bien, esto ya está. —Andrés cerró la maleta y la llevamos a mi cuarto para que Yago no la viera antes de tiempo—. Le he dejado ropa fuera para que se la pueda poner para el viaje, suerte con eso de despertarlo tan temprano. Pasadlo bien. —Su teléfono sonó con la entrada de un mensaje. Lo miró antes de seguir hablando conmigo—. Ahora nos vamos, que me acaba de mandar un mensaje Pili diciéndome ya vienen para acá.

—Gracias —les dije a los dos antes de que se marcharan.

Luis me sonrió desde la puerta y Andrés me golpeó el pecho con suavidad.

—Eres un buen tío. No todo el mundo hace lo que estás haciendo tú. Yago tiene suerte de tenerte. Pasadlo bien.

Apenas hablé con él cuando volvió, aunque podía ver las miradas que me echaba mientras me comía un bocata sin demasiadas ganas.

—James —me llamó cuando me iba a mi cuarto a intentar dormir un poco antes de que sonara el reloj—, ¿podemos hablar un momento?

Me volví para mirarlo. Se había puesto de pie, dejando su cena a medias, y me miraba sin tener claro si acercarse a mí o no. Aunque me moría por besarlo, decidí dejarlo para el día siguiente con más tiempo.

—Prefiero dejarlo para mañana, si no te importa. —Miré la hora del móvil y me di cuenta de que ya eran las doce de la noche, cosa que llevaba mirando desde hacía varias horas para

asegurarme de ser el primero en poder felicitarlo—. Ya es tu cumpleaños. Felicidades, Yago.

Me apunté mentalmente que en el viaje le daría todos los besos que deseaba darle en ese momento. Tantos como años cumplía, veintiuno como mínimo, todos juntos e igual de intensos.

¡Ojalá hubiese amanecido ya!



CAPÍTULO 33

Un viaje inesperado

Yago

Estaba soñando que James me llamaba de manera insistente e, incluso en sueños, haría sin dudar todo lo que me pidiera, así de importante era en mi vida mi nuevo compañero de piso.

Ante su tono insistente para que despertara, abrí los ojos, desconcertado y con el sueño tirando de mí para envolverme y llevarme a ese mundo donde todo era posible.

—¿Qué? —Al abrir los ojos vi la luz encendida y a James, ya vestido, inclinado sobre mí—. ¿Qué ocurre? —No sabía la hora que era, pero recordé que James estaba enfadado conmigo desde hacía casi una semana, así que algo pasaba para que estuviese en mi habitación a las…—. ¿Qué hora es?

—Son algo más de las tres —me dijo, mirando su reloj deportivo—. Tienes que levantarte ya, vienen a recogernos y tenemos que estar listos.

Me lo quedé mirando sin entender nada. Sus palabras no conseguían formar ningún significado en mi embotado cerebro.

—¿Las tres de la tarde ya? —No podía creerme que hubiese dormido tanto. Miré por la ventana que me gustaba dejar semiabierta para tener siempre algo de claridad y vi que era de noche.

—No —Se rio—, de la mañana. Vamos, levántate, que no se nos haga tarde.

Seguía sin entender nada. James estaba vestido y su pelo mojado me indicaba que estaba recién duchado.

—¿Tarde para qué? —No sabía qué se proponía, pero seguro que podía esperar a unas horas menos intempestivas.

—Nos vamos de viaje —me dijo, casi a regañadientes.

—¿Qué? ¿A dónde? —No entendía nada—. No puedo irme de viaje. Hemos quedado con estos para…—Y entonces lo entendí—. ¿Qué has hecho, James?

Bajó la cabeza, como siempre que se avergonzaba de algo, así que supuse que lo que había organizado podía ser que no me gustase. Después de pensar que lo nuestro se había acabado definitivamente, esta sorpresa me creaba nuevas ilusiones.

—Tienes que levantarte —dijo, y tiró de la ropa de cama para intentar meterme prisa. El frío de la madrugada me puso los pezones de punta y al dormir solo en calzoncillos no pude ocultar mi erección mañanera, y mucho menos a él, que era el culpable de todas mis erecciones de

cualquier hora del día—. Ya no tenemos tiempo para desayunar, vamos a llegar tarde —insistió, cada vez más nervioso—. Levántate, por favor, y te lo contaré todo.

—Vale. —Decidí hacerle caso. A fin de cuentas, con la intriga de lo que hubiese organizado para nosotros ya se me había quitado el sueño—. Voy al baño y luego me …

—Sí, sí, venga. —Me empujó para que me diera prisa y me tuve que reír por su impaciencia. ¿Qué había planeado este loco?

Me di una ducha rápida y pensé que no tenía demasiado tiempo para afeitarme. No tardó ni cinco minutos en llamar a la puerta.

¡Qué estrés, por favor!

—Espero que este madrugón merezca la pena —le dije mientras volvía al cuarto para vestirme. Me quedé a cuadros cuando vi mi ropero casi sin ropa—. ¿Qué coño ha pasado con mi ropa? —Lo miré, empezando a perder la paciencia.

—Tienes una muda para hoy —me soltó tan fresco—. El resto está dentro de la maleta. Nos vamos, ¿recuerdas?

—¿A dónde vamos para necesitar toda mi ropa? —le pregunté mientras me quitaba la toalla para secarme y vestirme. No me pasó inadvertida la mirada que lanzó a mi polla, que seguía semi erecta. Demasiada sequía sexual esa semana.

—Ya lo verás. Date prisa.

El timbre sonó en ese momento.

—Mierda ya son y media. —Miró la puerta, preocupado—. Date prisa mientras abro y voy bajando las maletas.

—Voy, voy… —Empecé a vestirme a la carrera—. ¿Has pedido un taxi? —Eso me descolocó por completo—. ¿A dónde coño vamos?

—Ya lo verás. —Salió de la habitación y habló a través del portero unos segundos—. Coge tu cargador y algún libro o tu tableta o lo que quieras, pero date prisa. La maleta de mano está en el pasillo y puedes meter lo que te falte, cepillo de dientes o lo que sea.

Me vestí y encontré mi maleta pequeña en el pasillo, donde metí el libro que me estaba leyendo, el cargador del móvil, mi perfume, cepillo de dientes y en un momento de inspiración cogí el bote de lubricante y algunos de mis juguetes sexuales. Nunca se sabía cuándo iban a hacer falta.

Cogí mi móvil, cartera, las llaves de la casa y miré con pena mi cocina, echando de menos mi té para que me espabilara del todo. Wolf asomó la cabeza por la puerta del apartamento y me dio un susto de muerte.

—Vamos, que se nos hace tarde.

No podía creerme que él estuviese ahí a esas horas para hacer… Ni idea de para qué lo había llamado James.

—¿Y tú qué haces aquí a estas horas? —A lo mejor le sonsacaba información a ese, ya que James vigilaba muy mucho de no decirme nada.

—Hacerte de chófer. —Vio que llevaba las llaves en la mano y la maleta pequeña en la otra—. ¿Ya estás? Pues vámonos.



CAPÍTULO 34

Estás loco, pero gracias

Yago

Siempre me había gustado mucho viajar, desde pequeño, aunque solo fuese para ir al pueblo de al lado. Salir de mi casa y saber que me iría a un lugar diferente y vivir nuevas aventuras siempre me llenaba el alma de regocijo. Ahora, de mayor, rara vez me podía escapar a ningún sitio. Entre el trabajo, la universidad y que casi nunca me sobraba el dinero para poder irme de escapada cuando quería, irme de vacaciones se había convertido en algo que estaba acostumbrado a aplazar.

Así que cuando entramos en el aeropuerto Adolfo Domínguez a poco más de las cuatro de la mañana, sentí ganas de matar y besar a James por igual. Aun estando enfadado conmigo, había tenido el detalle de reservar un fin de semana en algún lugar solo para darme una alegría por mi cumpleaños. ¿Se podía ser más tierno?

—James…

Nos pusimos en la cola para facturar las maletas y sacar los billetes, y miré cómo la gente de la larga cola en la que estábamos tenía la misma cara de sueño que nosotros, pero con ese brillo en los ojos del que sabe que va a vivir algo inolvidable. No pude evitar sentirme emocionado, y eso que aún no había conseguido sacarle a ninguno de los dos el lugar al que íbamos.

Me extrañaba mucho el montón de maletas gigantescas que llevaba la gente, junto con mochilas y maletas de mano. Nosotros llevábamos dos mochilas extragrandes que parecían nuevas —cosa de James, seguro— y la maleta de mano. James llevaba su eterna mochila azul al hombro.

—Dime.

Parecía distraído mirándolo todo a su alrededor como un niño en un lugar desconocido.

—Tenemos que sacar algo de la maleta de mano y meterla en la grande. —Me miró sin saber a lo que me refería—. No se pueden llevar geles ni líquidos en el avión, ¿recuerdas?

Parpadeó y entonces miró la maleta como si el gel del que hablaba fuera a saltar y caerle en el regazo de repente.

—¿Has traído gel? —Por la cara de picardía con la que me miró supe que no le disgustaba la idea. Eso me hizo desear buscar un lugar tranquilo para poder besarlo hasta que se acabara el mundo.

No se lo pensó demasiado. Puso la maleta grande en el suelo y la pequeña a su lado. Me

agaché junto a él para intentar conseguir algo de intimidad y cambiar el bote de gel sin que nadie se percatara de lo que hacíamos. Me miró con los ojos brillantes de diversión cuando metió la mano en la maleta y la sacó para meterla con rapidez en la grande, cerrarla e incorporarse casi en el mismo movimiento con una sonrisa traviesa en la boca.

—Hecho, tampoco ha sido tan difícil.

La pareja de personas mayores que veía detrás de nosotros sí debieron percatarse de lo que habíamos cambiado de maleta, porque nos miraron como si hubiésemos apaleado a su cachorrito, lo que hizo que James empezara a reír bajito, cosa que aún les agrió más la cara.

No pude resistirme, de verdad que no. Me acerqué a James, le sujeté la cara con las manos y lo besé con suavidad en los labios. No me daba la gana esconder un acto de amor tan sencillo como ese. El cariño en público nunca debería ser tabú y yo lo había echado mucho de menos durante toda la semana para privarme más tiempo de poder besarlo a mi antojo.

—¿Vas a decirme ya a dónde vamos? —le pregunté en voz baja cuando nos incorporamos en la fila.

—Mira el nombre del vuelo.

Señaló el mostrador donde íbamos a facturar y entonces vi el nombre de nuestro destino.

—¿Nos vamos a Estambul? —Elevé más la voz de lo que pensaba, pero era tan increíble que no me importaba nada guardar las apariencias.

—Sí. Era donde querías ir, ¿no?

Recordé que una semana atrás le había dicho que soñaba con poder ir a Estambul algún día.

—Estás loco, James. Pero cómo una puta cabra, ¿lo sabías? —Me hubiese puesto a bailar si no hubiésemos estado en el aeropuerto y pudieran detenerme por estar como una cabra.

—Haría lo que fuera por hacerte feliz, ya lo sabes.

No quise pensar en lo que debía haberle costado ese viaje. Ya habíamos tenido un encontronazo por temas de dinero, pero esa vez era distinto. Se me borró la sonrisa de los labios.

—No puedes gastarte este dinero, James. Te agradezco la intención, de verdad, es un gran detalle, pero yo no puedo…

No me dejó continuar.

—Hace unos días me dijiste que harías lo que te pidiera para que te perdonara, ¿no? —Asentí, porque recordaba lo que le había dicho. Haría lo que fuera porque volviéramos a estar como antes, pero esto…—. Es tu cumpleaños, ¿recuerdas? Y yo quiero regalarte este viaje para que recuerdes siempre tu veintitrés cumpleaños. Ahora no puedes negarte.

Sabía que tenía razón. Se lo había dicho de corazón, haría lo que fuera por él, así que no se merecía mis reproches cuando se había tomado tantas molestias para regalarme este viaje.

—Que sepas que te devolveré parte de los gastos.

Como soy un idiota, no me pude mantener en silencio.

Su semblante se ensombreció y supe que no le habían gustado mucho mis palabras.

Cogió su móvil y abrió una aplicación. La miró unos segundos antes de ofrecerme el móvil para que mirara la pantalla.

—Este es el dinero que me ha dejado mi abuelo —confesó mientras yo intentaba contar el montón de ceros que veía en la cuenta. Se me descolgó la mandíbula al saber la cantidad—. Como puedes ver, puedo costear este viaje y muchísimos más. Ahora, por favor, deja de quejarte. Con un simple *gracias* bastará.

Parpadeé y lo miré unos segundos. Volví a parpadear y no conseguí encontrar ninguna palabra para decirle. Excepto disculparme con él y agradecerle todas las molestias.

Debí haber sido muy bueno en otra vida para encontrarme con una persona como James.

—Lo siento —dije, cogiéndole las manos para que me mirara—, y gracias. ¡¡Es mi cumpleaños y mi novio me lleva a Estambul!! —grité al mundo.

Algunos de la cola me contestaron también a gritos:

«¡Felicidades!»

«Invítate a algo».

«¡Nosotros también!»

Como no podía ser de otra manera, el matrimonio que venía detrás de nosotros y que ya nos habían mirado mal no se cortaron un pelo.

—Mamarracho —fue el piropo que me soltaron.



CAPÍTULO 35

¿Un crucero?

James

Nos pasamos las cinco horas de vuelo durmiendo.

Yago seguía sin saber adónde lo llevaba en realidad. Él pensaba que íbamos a estar unos días en Estambul, posiblemente el fin de semana, pero no tenía ni idea de que había organizado un crucero por Estambul y varios puertos más de Turquía, y luego pasaríamos por las islas griegas, Mikonos para ser exactos y Atenas, aunque ya me avisaron de que, excepto la acrópolis y el Partenón, tenía poco más que ofrecer.

Íbamos a llegar a Estambul sobre las doce y media, así que comeríamos en el barco y haríamos la visita a Estambul al día siguiente. Solo esperaba que a Yago se le pasara la paranoia que tenía por haberlo invitado a ese viaje. Era como si temiera que, por aceptar este regalo, mi familia y el resto del mundo ya podrían acusarlo de ser la garrapata que tanto se esmeraba mi familia en hacerle creer.

Se podían ir todos a la mierda.

Llevaba toda la vida sin poder hacer lo que quería, así que nada ni nadie podría evitar que hiciese lo que deseaba, incluso Yago.

Tenía dinero suficiente como para pasarme el resto de mi vida viviendo como un rey solo con los intereses, aunque ya tenía planes para trabajar en un bufete de abogados de gran renombre. De hecho, empezaría a trabajar aun antes de terminar los meses que me quedaban para terminar la carrera, así que esas vacaciones nos venían genial a los dos. A mi abuelo le hubiese encantado venir conmigo.

Recordarlo me entristeció, aunque me negué a pensar en eso y miré a Yago, que dormía con la cabeza apoyada en mi hombro. No pude resistirme a oler el champú de menta de su pelo. Estaba obsesionado con ese olor, pero nunca más lo olería sin pensar en él.

—¿Me estás olisqueando el pelo? —preguntó soñoliento—. Qué rarito eres.

—Sí, me encanta cómo hueles a limpio.

—Vale —murmuró, y se acomodó mejor sobre mi hombro para volver a dormirse minutos después.

Nos trajeron un pequeño aperitivo cuando Yago ya estaba despierto. Decidimos ver una peli en la pantalla que había en la parte trasera del asiento delantero y así pasamos el vuelo. Sabía que íbamos a llegar muertos al barco y que por la tarde estaríamos rendidos, pero estaba seguro de

que el cansancio del primer día iba a merecer la pena.

—Cariño, despierta. Estamos aterrizando ya.

Le di un beso en la coronilla y le cogí la mano para acariciarla. Poder tocar a una persona a mi antojo era totalmente nuevo para mí, así que no pensaba privarme del placer de tocarlo por todas partes y a todas horas. Sus manos eran grandes y varoniles, con dedos delgados y ágiles, y las uñas cortas y arregladas. No me había dado cuenta de cuánto me ponían las manos de un hombre. Aunque, claro, Yago me gustaba todo por igual.

—¿Qué hora es, canijo?

Se desperezó y se puso el cinturón de seguridad, mientras unía nuestras manos y bostezaba con fuerza.

—Va a ser la una.

—¿Y en España?

—Creo que una hora menos, según leí en algún sitio hace tiempo.

—¿Puedes acordarte de lo que leíste hace tiempo? —Me miró divertido.

—Claro. Soy eidético. —Me encogí de hombros algo turbado. Siempre me avergonzaba contar cosas de mí.

—¿Tienes memoria fotográfica? —Me miró alucinado.

Asentí con la cabeza mirando por la ventanilla para no tener que mirarlo a él.

—¿Eso te avergüenza? —Podía oír la curiosidad en su voz. Lo miré a mi vez. Sus ojos azules me observaban con atención.

—La gente me mira como si fuese un bicho raro cuando les digo lo que significa.

Más de una vez me miraron como si me hubiese convertido en otra persona.

—Pues que sepas que a mí me gustaría tenerla. Estudiar debe ser fácil para ti, ¿no?

—Bueno, mis profesores, todos, me han llamado a sus despachos para aclarar por qué mis exámenes estaban exactamente igual que en los apuntes. Así que ahora me obligo a reescribir mis exámenes para que no estén igual. Ya escarmenté en primero, créeme.

Nos bajamos del avión para ir a recoger las maletas y buscar a la compañía con la que íbamos a hacer el crucero. Yago aún no tenía ni idea. Esperaba que no se diera cuenta hasta que viera el gigantesco barco que iba a ser nuestro alojamiento durante diez días.

Como no era tonto, después de recoger las maletas se percató de que nos acercábamos al representante del barco, que nos esperaba para llevarnos en autobús al puerto.

—Es el aeropuerto más impresionante que he visto nunca —dijo Yago mientras miraba a nuestro alrededor, entonces vio al del barco con su ropa azul y el logo en la chaqueta y me miró sorprendido—. ¿Un crucero, canijo? ¿En serio?

«Que no se enfade de nuevo, por favor, que no se enfade».

Me encogí de hombros, pero me sujetó la cara con las manos para que pudiera mirarlo. Respiré aliviado cuando me regaló una enorme sonrisa llena de dientes blancos y su hoyuelo para atormentarme, y yo…respiré tranquilo, por fin.

—Gracias, amor. Siempre he querido ir de crucero.



CAPÍTULO 36

El barco de los sueños

Yago

—¡Joder, canijo! ¡Es enorme!

Aunque había visto infinidad de veces los cruceros anunciados en la tele, nunca había visto uno de cerca porque Madrid no tiene playa, como dice la canción, así que me quedé impresionado ante la visión del gigantesco barco completamente blanco y de unas doce plantas, excepto por las lanchas salvavidas, que eran de color amarillo, igual que la chimenea amarilla que destacaba en la parte de arriba.

—¿A que es bonito? —me preguntó con una enorme sonrisa.

—Ya te digo.

Nos hicimos la foto de rigor para entregarnos las tarjetas que servían tanto de llaves del camarote como para pedirnos cualquiera bebida a bordo. Por lo visto, nosotros lo teníamos todo incluido, aunque no tenía demasiado claro lo que significaba eso. Oí a James hablar inglés con la gente del barco y me di cuenta de que sabía muy poco de él, y esperaba que ese viaje nos ayudara a conocernos mejor. Yo tuve que desempolvar mi inglés para contestar a algunas preguntas antes de poder, al fin, subirnos al barco.

Por lo visto, nuestras maletas las dejarían en la puerta del camarote; ni siquiera teníamos que preocuparnos por ellas excepto por la de mano, que llevábamos con nosotros como la mayoría de las personas que había allí, esperando para poder embarcar en esa maravilla que esperaba a ser llenada de ansiosos turistas con ganas de vivir aventuras y conocer nuevas tierras.

No sabía lo que me iba a encontrar dentro del barco, pero tenía claro que no estaba preparado para ver lo que era la cafetería central del barco. Un inmenso espacio con una barra en un extremo y un escenario pequeño en el otro, y con todas las paredes de cristales de colores hasta la última planta del barco, porque arriba se veía una cúpula, también de cristal, que dejaba ver el azul del cielo. Lo más característico eran los cuatro ascensores que había en una de las paredes del bar, que también eran de cristales y que subían y bajaban con personas en su interior, dando un aspecto futurista a esa cafetería.

Agradecí no ser el único que lo miraba todo con ojos de alucinado. No me imaginaba que el interior de un barco podría ser tan lujoso.

—Vamos a dejar nuestras maletas y bajamos a comer antes de que quiten el bufé, ¿vale?

Pensar en soltar las maletas y poder dormir una semana entera solo lo impedía haber oído

bufé. Me moría por saber qué iba a comer en un lugar así.

—¿Sabes dónde hay que ir?

Yo miraba a todos lados sin tener ni idea de adónde debía dirigirme.

—Nuestra habitación está en la novena planta, en la parte trasera. Ven, vamos a probar los ascensores panorámicos.

—¿Sabes moverte por el barco? —Yo no sabía ni por dónde empezar.

—He viajado varias veces en los barcos de esta compañía y al final aprendes a orientarte, no es tan difícil. En el fondo son todos iguales.

Lo seguí y tuvimos suerte de poder entrar en uno de los ascensores que no estaba completo, porque el barco parecía inundado de gente por todas partes intentando orientarse en ese montón de pasillos, como hormigas en un hormiguero.

Seguí a James por un enorme pasillo que parecía interminable. Me recordaba al de la película de *El resplandor,* de Stephen King. Por fin nos paramos ante una puerta de madera con el número en el lateral. James introdujo su tarjeta y la luz de la abertura se puso verde para dejarnos pasar. Lo seguí al interior sin saber lo que me iba a encontrar.

Lo miré boquiabierto.

El camarote era igual de grande que una habitación de hotel, y la pared frontal a la puerta eran dos inmensos ventanales desde donde se veía el mar y algunas barquitas que, comparadas con el inmenso barco en el que estábamos, parecían de juguete.

Había una inmensa cama de matrimonio donde pensaba disfrutar mucho durante esos días con James y me quedé mirando el jacuzzi que había entre la cama y el ventanal del fondo. Teníamos incluso una terraza con dos hamacas para nuestro disfrute personal. Había una coctelera con una botella de cava enfriándose en la mesa que teníamos frente a la cama.

Miré a James sin querer quejarme más por ese despliegue de lujos y decidí disfrutarlo, ya que se había tomado tantas molestias en tan poco tiempo.

—¿No tenemos a nadie abanicándonos? —pregunté con una sonrisa. Él se sonrojó de esa manera tan deliciosa que tenía de hacerlo y bajó la mirada, avergonzado.

—Era el único camarote que quedaba libre al haberlo reservado con tan poca antelación. —Me miró intentando descubrir si iba a enfadarme de nuevo. Me acerqué para sujetarle la cara y me miró curioso.

—Nadie, *jamás,* había hecho algo así por mí, James. No voy a decirte nada más. —Sonrió aliviado—. Pero te voy a follar en esa cama tan grande infinidad de veces para que no te quepa ninguna duda de lo mucho que me está gustando todo esto.

Y entonces lo besé. Acaricié sus labios suaves con mi lengua y luego entré en su boca para saborearla por entero. No me aparté hasta que lo oí gemir y acercó mi cuerpo al suyo para que notara lo excitado que empezaba a estar.

—Luego —prometí, mordisqueándole el labio inferior con cuidado—. Ahora quiero ir a comer, que estoy famélico y tú vas a necesitar energías.

—¡Qué idiota eres!

Le di un guantazo en el culo y salimos del camarote tan maravilloso que teníamos y en el que pensaba pasar mucho tiempo amando a James.

Íbamos a vivir unas semanas increíbles allí dentro.



CAPÍTULO 37

El príncipe de corazones

Yago

Lo que más fácil encontramos fue el bufé, que estaba en nuestra misma planta. No me esperaba las colas que había para comer. Supuse que estábamos todos allí porque acabábamos de embarcar.

El chico que estaba delante de nosotros en la cola de la comida se dio la vuelta.

—El resto de los días no suelen acudir todos a la vez para comer. Los alemanes e ingleses comen sobre las doce y media o la una, y cuando vienen los españoles ya hay menos cola. — se presentó—. A todo esto, soy Nico.

—Yo James.

—Y yo soy Yago.

—¿Habéis venido a la fiesta de Singer? —Miró a James de una manera que no me dejó ninguna duda de lo que quería hacer con él.

Mal empezábamos.

—No —aclaró él antes de que pudiera contestarle yo—. Ni siquiera sabíamos que este barco era para eso.

El chico se rio con demasiada falsedad para mi gusto.

—Viene gente de todo tipo y las fiestas van a ser la caña. No hace falta ser del grupo de solteros para poder participar. Al fin y al cabo, el barco es de todos y todos tienen libre acceso.

—Es bueno saberlo —contesté. Sobre todo, para mantenernos bien lejos de esa fiesta y a James bien lejos de ese tipejo que no me daba buenas vibras.

Lo perdimos de vista cuando elegimos nuestra comida y nos fuimos a la terraza de fuera porque no había ni una mesa libre en el restaurante. El cielo estaba nublado y allí en Estambul hacía un viento del norte que se clavaba como cuchillos en la piel. Nos arrebujamos más en nuestros abrigos mientras comíamos con ganas.

—Qué bien que haya gente soltera en el barco, ¿no? —James bebió de su vaso de cerveza mientras miraba a nuestro alrededor, observándolo todo con atención.

Muchos españoles, que eran los del grupo de Singer, se estaban reuniendo en las tumbonas junto a la enorme piscina precintada, imaginé que por el frío que hacía esa tarde.

—Sí, la verdad es que siempre es bueno conocer gente nueva, aunque estas tienen un objetivo concreto que es ligar y follarse a todo lo que se deje.

Se rio de mis palabras y me reí con él.

—Qué bruto eres.

—Tú has ligado nada más entrar en el barco —le dije, porque parecía no haberse dado cuenta de las miraditas que le estuvo echando Nico.

—No digas tonterías. —Lo que yo decía, no se había dado cuenta—. ¿Lo dices por Nico?

—Has tenido que darte cuenta de sus miraditas, canijo.

Se sonrojó cuando miré sus ojos verdes y bajó la mirada como si se avergonzara de haber llamado la atención de otro chico.

—No quiero ligar con nadie —dijo en voz baja—. Bueno, sí, quiero ligar contigo y que nos dure toda la vida.

Me derretí cuando me miró a los ojos al decirme las palabras más bonitas que me habían dicho nunca.

—Tú ya eres el dueño de mi corazón, Jamie, no lo dudes nunca.

Miró a su alrededor antes de cogerme la mano y besarme los nudillos con suavidad. Vi cómo Nico nos miraba cuando salió a la terraza desde la puerta frente a la que estábamos sentados. Alzó su copa como si me dedicara un brindis, pero no me gustó la mirada que le dirigió a James. Esperaba no tener que dejarle claras algunas cosas antes de que se acabaran las vacaciones.

—¿Podemos volver al camarote? ¿Has terminado de comer? —Miró mi plato y luego a mí con esa mirada ardiente que ya empezaba a conocer.

Mi entrepierna dio un respingo, animándose de repente.

—Claro. ¿Tienes algo en mente?

Me encantaba provocarlo. Sabía que le costaba mucho hablar de sexo y pedir lo que deseaba, así que intentaba provocarlo un poco y obligarlo a pedir lo que quería. Me gustaba mucho la parte del James que iba sacando de un cascarón para enfrentarse a la vida.

—He decidido que quiero que me folles —me soltó sin anestesia.

Se me secó la boca de la impresión. Lo miré con mi mejor sonrisa canalla.

—¿Estás seguro de eso? Sabes que no hace falta.

—Solo si me prometes ser suave conmigo.

Volvió a sonrojarse, lo acerqué a mi cuerpo y lo besé con suavidad.

—Eres mi príncipe, así que por supuesto que voy a ser suave contigo.

—¿Tu príncipe? —preguntó, riéndose bajito. No parecía que el apelativo le molestara. Bien, porque eso era justo lo que supe que James era para mí. Mi príncipe de corazones.

Iba a estar encantado de enseñarle a mi príncipe cuánto placer estaba dispuesto a darle. Nunca me había sentido con nadie como me sentía cuando estaba con James. Con ese canijo el mundo tenía más color y los sentimientos, los míos, estaban a flor de piel. Todo era más intenso desde que James estaba en mi vida, y haría lo que fuese necesario para que siguiera en ella. No permitiría que nadie lo alejara de mi lado. Ni siquiera su familia, que estaba seguro de que no iban a dejarlo en paz.

Sentí la mirada de odio de Nico sobre nosotros cuando entramos en el barco. Me pregunté qué le había hecho para ganarme esa antipatía con la que me miraba aparte de ser el novio de James.

Supe que daría problemas durante las vacaciones.



CAPÍTULO 38

El bello durmiente

James

Nuestras maletas ya estaban en la puerta cuando llegamos a la habitación después de comer. Estar en el barco, de vacaciones, los dos solos, era como estar inmersos en un sueño del que no quería despertar. Eso nos daba la oportunidad de conocernos mucho mejor.

—Dios, me encanta este camarote. ¿Cuándo atracaremos para conocer la ciudad? —me preguntó Yago, tumbándose en la cama cuan largo era.

—Luego tenemos que ir a la zona de las excursiones para apuntarnos a las que queramos hacer.

Me quedé mirando la cola de personas que había aún en tierra para embarcar y pensé que si no se daban prisa se iban a perder la comida. Me volví para mirar a Yago, que estaba demasiado callado y no me extrañó encontrármelo profundamente dormido, despatarrado sobre la cama. Ni siquiera se había quitado las zapatillas.

Suponía que estaba rendido después de haber dormido apenas un par de horas la noche anterior. Reconocí que también me iría muy bien dormir un rato y descansar. Cerré las cortinas para dejar el camarote en penumbra, le quité las zapatillas a Yago, me quité las mías y me tumbé en la cama junto a él, pegándome a su cuerpo musculoso. Se movió en sueños y aproveché para poner mi cabeza en su hombro mientras él me abrazaba y me pegaba más a su cuerpo. Solíamos dormir así cuando no estábamos enfadados.

Apagué mi mente y me dejé llevar por el sueño.

«Soy el rey de corazones».

Me dormí con una sonrisa tonta en los labios.

Desperté entre los brazos de Yago, que me abrazaba por la cintura como si temiera que me marchara mientras dormía. Era por la tarde y el sol se empezaba a esconder por el horizonte, según se veía a través de la cortina cerrada.

Recordé que debíamos ir a mirar las excursiones y decidí que teníamos que levantarnos, si no, no me importaría quedarme toda la tarde en la cama con él.

—Yago… —Dormía de cara a mí, así que tenía su perfecto rostro a solo unos centímetros del mío. Le acaricié la mejilla con la punta de los dedos y seguí la línea de sus cejas arqueadas de un

tono algo más oscuro que el de su cabeza.

Me extrañó que siguiese durmiendo todavía.

Era muy pesado para despertarse, pero normalmente reaccionaba nada más tocarlo. Me imaginé lo cansado que debía estar si no se había enterado al llamarlo ni al tocarlo, así que decidí dejarlo durmiendo y me fui a la cafetería central, dejando al bello durmiente en la cama. Teníamos cobertura en el teléfono, ya que aún estábamos en el puerto. La cosa cambiaría cuando estuviésemos en alta mar. Así que sabía que Yago me llamaría si despertaba y no me encontraba con él.

Escogí la excursión más completa para ver Estambul al día siguiente y que terminaba a mediodía, ya que el barco zarpaba por la tarde. Me pedí una copa y me fui al teatro a ver la función que hubiese ese primer día, sintiendo que el barco acababa de perder todo su atractivo sin tener a Yago conmigo.

Yo sabía moverme por allí porque mis padres eran muy amantes de que toda la familia fuese junta de crucero, así que ya conocía ese barco en concreto, porque era el mismo en el que viajamos el año anterior por el mediterráneo.

Teníamos segundo turno de comedor y se me ocurrió una idea de última hora. Hablé con el que parecía ser el camarero de la mesa que, mira tú por donde, era la misma que la de Nico, el cual me sonrió divertido cuando me vio sentarme en la mesa sin Yago.

—¿Has perdido a tu guardaespaldas?

Gilipollas.

—Esta noche no ha podido venir. —Odiaba dar explicaciones, pero estaba claro que tenía que decir algo.

El camarero tardó un poco en traerme un lote de bandejas con todos los platos que elegí para la cena de los dos. Prefería mil veces cenar con Yago en la habitación, antes que en una mesa con desconocidos, y mucho menos sin que estuviese mi novio conmigo.

—Lo siento —No lo sentía en absoluto—, pero esta noche no puedo quedarme para disfrutar de vuestra compañía.

—¡Venga ya! —se quejó Nico—. Había pensado que nos podíamos tomar algo después de la cena para conocernos mejor.

Si Yago se enteraba de eso no iba a gustarle demasiado, al parecer la antipatía que sentían era mutua y lo entendía. No me gustaba nada la manera que tenía de mirarme.

¿Quién se creía que era yo para que me mirara como si fuese su plato del día?

—Tendrá que ser en otro momento. Mi novio me espera —dije con toda la intención.

—Si cambias de opinión habrá fiesta en la piscina después de la cena, por si os animáis —dijo una chica cuyo nombre no sabía, que también estaba en nuestra mesa.

—Vale, lo tendré en cuenta. —Cogí todas las bandejas haciendo equilibrio hasta que las pude llevar sin riesgo de accidentes—. Buenas noches.

Tuve que dejar las dos bandejas en el suelo para poder abrir la puerta de la habitación, que estaba a oscuras, lo que significaba que Yago seguía durmiendo. Coloqué la tarjeta en el soporte para encender la luz de la entrada y entré cargando las bandejas para no dar otro viaje. El bello durmiente despertó con el ruido.

—¿Qué hora es, canijo? Me he quedado dormido.

—Te has quedado *tan dormido…* —Me senté a su lado en la cama y le acaricié el pelo despeinado—, que he tenido que contratar solo la excursión de mañana y te has perdido la hora de la cena.

Le señalé las bandejas con las manos.

—¿Me has traído la cena al camarote? —Me sonrió con ternura. Supuse que no esperaba ese gesto.

—Prefería cenar contigo que con el idiota de Nico en el comedor. —Se le cambió el gesto—. Nos ha tocado en la misma mesa para el turno de la cena. Así que tendremos que verlo todos los días.

—¿Por qué no te has quedado cenando con ellos? —Se sentó en la cama junto a mí y me miró curioso.

—Porque prefería cenar contigo en la habitación y bebernos esa botella de Prosseco que nos han regalado los del barco.

—¿Cómo? ¿No hay champán? —Miró la botella con disgusto.

—Es una naviera italiana, Yago —le recordé mientras abría la botella—, así que de champán nada. Vino italiano. Es lo que hay.

—Bien, pues nos la beberemos igual. Estoy famélico. ¿Qué hay para cenar?



CAPÍTULO 39

Una noche de amor bajo la luna

Yago

Yo no era un hombre celoso, quizás porque ninguna de las parejas que había tenido hasta el momento había sido lo suficientemente seria como para que me importara demasiado lo que hiciesen a mis espaldas, pero James despertaba en mí una extraña sensación de posesión. Lo quería para mí. Sus sonrisas torcidas y tímidas. Sus miradas curiosas, y esas que me echaba cuando pensaba que no lo estaba mirando, tan lujuriosas y hambrientas que despertaban al monstruo insaciable que tenía entre las piernas. Lo quería todo de James. Quería marcarlo para que tanto el idiota de Nico, al que estaba claro que le había gustado, como cualquier otro que pusiese sus ojos en él supieran que él era mío. Y como nunca he sido un hombre posesivo, este sentimiento tan nuevo me rechinaba.

Yo era firme partidario de que nadie, nunca, y bajo ningún motivo, era dueño de otra persona, ni siquiera de sus sentimientos y muchísimo menos de su corazón si esa persona no te los entregaba libremente. Así que, en cierta manera, mis sentimientos hacia mi príncipe de corazones eran completamente nuevos para mí.

Y ese viaje iba a enseñarme mucho. Estaba seguro de ello.

Apenas hablamos mientras comíamos.

James se había subido a la cama, se sentó con la espalda en la cabecera y la bandeja sobre las piernas, exactamente igual a como estaba yo.

La luz de la luna llena, que salió mientras comíamos, alumbraba el camarote sin necesidad de encender luz alguna, llenando el recinto de una magia y un romanticismo inesperado.

Era plenamente consciente de que su pierna rozaba la mía mientras bebíamos el cava italiano de nuestras copas.

James se había cambiado mientras yo dormía, imaginé que para ir arreglado a la cena frustrada en el restaurante y ahora llevaba vaqueros negros ajustados y una camisa blanca con las mangas remangadas, dejando al aire sus antebrazos musculosos. Llevarlo al gimnasio conmigo empezaba a dar sus frutos en alguien tan delgado como él. Ya había perdido un poco ese aire desgarbado que traía cuando llegó a mi casa el primer día y lo hacía mucho más sexi.

Me giré para mirarlo fijamente.

Su flequillo moreno le caía sobre la frente, aunque no lo llevaba tan largo como para que le tapara los ojos y le sirviera para querer esconderse tras él, como le pasaba en los primeros días.

—¿Qué? —Lanzó esa sonrisa tímida tan característica en él.

—Estás muy guapo —le solté. Porque sí, porque era verdad.

Él se removió incómodo. Aún le costaba mucho aceptar cumplidos, lo cual esperaba que mejorara con el tiempo porque estaba dispuesto a decírselo hasta la extenuación.

—¿Cómo te sientes ante el interés que tiene Nico en ti? —Me interesaba su respuesta. Era posible que también le gustase a él, aunque rezaba para que no fuese posible.

Sabía que lo que le estaba pasando, como atraer a otros hombres, era relativamente nuevo y debía empezar a afrontarlo. Todo lo que nos pasaba nos ayudaba a crecer como personas y era algo muy necesario. Aunque yo me muriera de celos, era justo que él disfrutara de todo lo que le pasara.

—Es raro.

No esperaba que me lo contestase con tanta sinceridad. Al parecer, evolucionaba mucho mejor de lo que yo pensaba. Me sentí tontamente orgulloso de él.

—¿Raro para bien?

Me estudió unos segundos antes de quitar la bandeja de sus piernas sin acabarse la cena y beber de su copa, que volvió a llenar con los restos del cava. La mía seguía medio llena.

—Me mira como si fuese su siguiente plato de la cena y me hace sentir incómodo.

Sí, así era justamente como lo miraba el idiota, por eso me caía tan mal.

—Pensaba que yo también te miraba así —le dije, aunque estaba seguro de que ya se había dado cuenta.

—Pero en ti me pone un montón.

Le sonreí encantado de la vida, como el idiota que era cuando se trataba de él.

—¿Te pongo cómo?

—Me pones cachondo —reconoció bajando la voz una octava y mirándome con ojos entrecerrados.

¡Dios! Me lo iba a comer entero. Se me quitó el hambre y mi polla saltó dentro de los pantalones, anticipándose a lo que pensaba hacerle a mi príncipe.

Solté la bandeja en el suelo y me bebí lo que le quedaba a mi copa de cava antes de ponerla en la mesa. Me volví y le insté a que se bebiera el contenido de la suya.

—¿Qué ocurre? —Me gustó sorprenderlo, ya que me miró desconcertado.

—Voy a follarte como me pediste este mediodía —le solté mientras tiraba de sus piernas hacia abajo para dejarlo tumbado en la enorme cama.

—¡Ah! Eso.

Sonrió y me abrió los brazos, invitándome a que me tumbara sobre él, como si necesitase invitación.

—Sí, eso. Siento no haber estado despierto antes, pero prometo resarcirte esta noche —le dije mientras empezaba a desabotonarle la camisa blanca.

—Eso espero.

Se quitó la prenda con rapidez mientras yo le mordía la polla por encima de los pantalones. Ya estaba dura y lista, y pensaba darme un festín con él.

Había estado fantaseando con follármelo desde el primer día y me moría por hacerlo.

—Yago…

Elevó sus caderas buscando el roce de mi boca y me apresuré a desabrocharle los vaqueros para dejar libre su erección, que ya estaba más que lista.

Me quité mi camiseta y me deshice de mis pantalones vaqueros mientras James me observaba sin perder detalle.

—Me muero de ganas de que me folles —soltó mientras sujetaba mi polla y comenzaba a masturbarme con lentitud.

Gruñí intentando controlar mis ansias.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? —Por nada del mundo haría algo que él no quisiera con las mismas ansias con las que yo.

—Sí. —Se pasó la lengua por los labios mientras me miraba serio—. Tengo plena confianza en ti, ya lo sabes.

Me enternecía. Era el hombre que más sentimientos conseguía arrancarme sin proponérselo siquiera. Me prometí ser paciente con él y hacerlo disfrutar de su primera vez, aunque me fuera la vida en ello.

—Necesitamos lubricante y condones, amor. Va a ser una noche muy larga.

Me levanté de la cama y busqué en la maleta. Saqué el lubricante y los condones de la bolsa. Estaba tan duro que me molestaba andar desnudo. Lo dejé todo en la cama y me coloqué sobre James para besarlo con todas las ganas que le tenía. Me devolvió el beso de la misma manera.

Estaba aprendiendo a besar con rapidez y conseguía hacerme gemir con pasmosa facilidad. Me masturbaba despacio mientras yo recorría su mentón con la boca y le atormentaba mordisqueándole el lóbulo de la oreja, que sabía que era uno de sus puntos erógenos.

—Si sigues con eso vamos a terminar muy deprisa —le avisé, intentando controlar mis ganas de hundirme en él.

—Me tienes muy cachondo —susurró sin apartar sus manos de mi polla.

Cerré los ojos y me puse a pensar en operaciones matemáticas, intentando controlar mis ganas de eyacular ya.

¡Joder, joder!

Cogí el bote de lubricante y me lo eché en los dedos, esparciéndomelos bien por todos ellos mientras bajaba con mi boca por su vientre chato, lamiendo sus costillas a mi paso. Se removió cuando se dio cuenta de adónde me dirigía.

—Yago…

—Aún no hemos empezado, así que intenta relajarte y disfruta, ¿vale?

Asintió sin decirme nada. Empezaba a sudar por la excitación sexual y sus mejillas estaban coloradas. Sus ojos verdes brillaban como faros en la oscuridad. Nunca lo había visto más guapo que en ese momento. Disfrutaba de mis besos y mis caricias. Mi corazón se encogió de emoción y supe que, pasara lo que pasara entre nosotros, nunca nadie me provocaría las emociones tan intensas que me provocaba él.

—Voy a amarte durante horas, canijo. Hasta que tu piel tenga mi olor y tu boca se aprenda mi sabor para siempre.

Llevé mi boca hasta sus testículos y los lamí; primero uno y luego el otro mientras con mis dedos estimulaba su apertura. Metí su polla en mi boca para chuparla hasta el fondo mientras trabajaba con mis dedos, esperando a que estuviese listo para mí. Abrió los ojos de par en par mientras gemía con fuerza e impulsaba sus caderas hacia arriba, buscando quizás más presión con mi boca o con mis dedos. No iba a detenerme. Me había propuesto darle todo el placer que pudiera y me recreaba viéndolo cerrar los ojos, sobrepasado por tantas atenciones. Supe que estaba a punto de eyacular cuando comenzó a mover sus caderas con fuerza sobre mi boca. Lo dejé acabar mientras seguía estimulando su ano, que ya estaba listo para mí. Solté su polla todavía semi erecta mientras me limpiaba los restos del semen de la boca a la vez que cogía un condón y me lo puse con rapidez.

Saqué mis dedos de su interior, abrí sus piernas para colocarme de rodillas entre ellas y

posicionarme en su abertura.

—Avíseme si te hago daño.

Empecé a empujar en su interior mientras lo oía gemir de nuevo.

—No pares, Yago… Solo muévete, por favor.

—Estás muy estrecho y caliente, joder. —Aspiré el aire por la nariz antes de soltar un hondo gemido. Podía morir en ese momento y sería plenamente feliz.

—Ni se te ocurra morir todavía —me amenazó con la voz tensa.

«¿Lo he dicho en voz alta?» pensé.

Respiraba por la boca en pequeños jadeos mientras me empezaba a mover en su interior. Una brisa se colaba por entre las cortinas de la terraza, refrescando nuestros cuerpos sudorosos. James se empalmó de nuevo mientras yo le besaba en la boca con lentitud, recreándome de las sensaciones que me provocaba estar, por fin, enterrado hasta el fondo en su interior.

—Yago…—gimió de nuevo y me pasó las piernas por las caderas, intentando acercarme más a él—, más fuerte, por favor.

—¿Más fuerte? —No quería hacerle daño.

—Dame más fuerte, por favor —suplicó con un lloriqueo.

Y eso hice.

Empecé a moverme más fuerte y a clavarme en él con fuerza hasta que volvió a correrse con un gemido y yo también me corrí al compás de nuestros jadeos.



CAPÍTULO 40

Las mezquitas de Estambul y un idiota redomado

James

—¿Es que debemos tener al tonto este hasta en la sopa?

Miré para ver de quién se trataba, aunque por ese calificativo ya me imaginaba quién podía ser. Estábamos en el autobús que nos llevaría al centro de Estambul para conocer la ciudad. Vi a Nico acercarse a nosotros por el pasillo, buscando un sitio vacío, y vino a sentarse justo a mi lado, en el otro lado del pasillo.

—Buenos días, James… y compañía.

No me extrañaba que Yago no lo soportara. Siempre lo miraba con cara de haber olido una mierda. Por lo visto la antipatía era mutua.

—Buenos días. —Yago ni se molestó en contestar. Le pellizqué una pierna con disimulo.

—Ay, ¿qué haces? —me preguntó entre dientes.

—Compórtate —le siseé divertido.

—Es un idiota. —Fue lo único que me dijo antes de mirar por la ventana. Llevaba su pelo rubio bien peinado y sus gafas de aviador le daban un toque muy sexi. Me removí incómodo al recordar todo lo que hicimos aquella anoche… y por la mañana. Y mi trasero se quejó en silencio.

—Sí que lo es —reconocí a mi pesar.

—No os importa que vaya con vosotros, ¿verdad? La gente de mi grupo ha elegido otra excursión y me han dejado solo.

Vi la mirada que Yago me echó de reojo y supe lo que pensaba. Pero yo no podía hacerme el desentendido ante una petición tan directa. Si fuese al revés yo estaría encantado de que alguien quisiera venir conmigo para no hacerlo solo.

—Claro, sin problema.

—Estoy seguro de que te ha estado siguiendo para poder venir contigo —susurró Yago a mi oído, y me reí bajito imaginándome la escena.

Cuando el autobús se puso en marcha decidí divertirme y olvidarme de las rivalidades entre los dos.

Si me dejaban, claro.

Visitamos la mezquita de santa Sofía y la Mezquita azul; estaban cerca una de la otra. Yago no se apartaba del guía, empapándose de todos los datos que pudiese decirle mientras yo hacía algunas fotos con el móvil e intentaba vivir la experiencia un poco, mimetizándome con la gente.

—Es chula, ¿verdad?

Esa no era la palabra que yo elegiría para definir la mezquita azul con sus minaretes elevándose hasta el cielo, pero no me extrañé demasiado de que Nico lo utilizara. Era de esos chicos que llamaban «tíos» y «colegas» a sus amigos, y «pibas» a las chicas, así que no podía pedirle un adjetivo más idóneo para la mezquita.

—Sí, es impresionante —reconocí desde la misma puerta por la que acabábamos de salir.

—¿De qué conoces a tu amigo?

Señaló con la cabeza a Yago, que estaba junto al guía, escuchando algo que le estaba contando en ese momento.

—Somos compañeros de piso. —No quería darle demasiadas explicaciones, pero se me había pegado como una lapa desde que bajamos del autobús y llevaba toda la mañana dándome conversación.

Notaba las miradas de Yago sobre nosotros de vez en cuando y agradecía que no estuviese a mi lado todo el rato como un novio celoso. Estaba visto que Nico no se daba por aludido respecto a lo que había entre nosotros, ya que no se había alejado ni una pizca de mí.

—Por el marcaje que te hace, pensaba que erais algo más.

—Somos *mucho* más —dijo Yago.

No lo había visto acercarse. El guía nos explicó que al ser un país musulmán debíamos tener cuidado con las muestras de afecto entre nosotros, pues no iban a ser bien recibidas. Supuse que por eso Yago evitó besarme en toda la mañana, incluso abrazarme o cogerme de la mano, como me hubiera encantado hacer.

—Él no es hombre para ti. —¿Veis por qué Yago dice que es un idiota? Porque lo es, y muy grande.

—¿Y eso por qué?

Intenté tirar de Yago, que se había acercado a Nico de un modo amenazante y le sacaba casi una cabeza y más de cinco kilos. ¿Este tipo no tenía instinto de conservación?

—Es demasiado educado para un tipo como tú.

La sonrisa de Yago me dio escalofríos.

—Tú no nos conoces en absoluto para opinar con tanta libertad.

—¡Oh, los tipos como tú son fáciles de conocer! Se os ve a la legua.

No tenía claro a qué tipo de hombre se refería. Para mí, Yago era totalmente distinto a cualquier otro. Para bien, claro, así que no sabía bien a lo que se estaba refiriendo el idiota.

—Solo voy a decírtelo una vez —susurró Yago, intentando que los demás no lo escucharan, aunque estaba claro que todos se habían dado cuenta de que algo pasaba entre nosotros tres—: mantente alejado de él.

—¿O qué? —¡Ay, madre! ¿Se iban a pegar por mí? —. Eso debe decírmelo él y no tú.

El guía dijo que íbamos a ver el gran Bazar y eso nos obligó a separarnos, aunque Nico no se mantuvo todo lo alejado que a Yago y a mí nos gustaría.



CAPÍTULO 41

Accidentes inesperados

Yago

No me esperaba nada que mi primera visita al Gran Bazar de Estambul acabara con un regalo; un reloj que ni siquiera sabía cuánto le había costado a James, porque se negó a decírmelo. A partir de ahora me cuidaría muy mucho de decir delante de él que algo me gustaba. Que me hiciera regalos caros me hacía sentir muy incómodo. ¿Me sentía halagado? Por supuesto. ¿Quién no lo estaría? Volví a mirar mi nuevo reloj, reconociendo lo chulo que era.

—Voy a matarte —le susurré cuando por fin llegamos de nuevo al barco.

Debía reconocer que, con James, todo era nuevo y misterioso, como si tuviésemos todo el mundo por descubrir, y en cierta forma así era.

—¿Te gusta tu regalo de cumpleaños? —Su sonrisa era tan deslumbrante que no podía enfadarme con él sin sentirme incómodo. Si le hacía feliz hacerme regalos, ¿por qué no podía disfrutarlo y darle las gracias como haría todo el mundo con su pareja?

«Porque así sientes que su familia tiene razón y parece que estás con él por el interés» dijo una vocecita en mi cabeza.

—Ah, que este es mi regalo de cumpleaños. —No pude apartar mis ojos del reloj negro con las esferas más pequeñas de la pantalla principal—. ¿Entonces este viaje?

—Este viaje lo he pagado para mí, tú solo eres mi acompañante.

¡Olé sus huevos!

Me tuve que reír con él.

—Eres un idiota. —Lo acerqué a mí para poder besarlo como llevaba toda la mañana queriendo hacer. Abrió su boca para profundizar el beso y su lengua salió a mi encuentro para danzar con la mía.

—Tenemos que bajar a comer antes que retiren el bufé —me dijo sin soltar las manos de mi pelo, donde solía sujetarme para besarme mejor.

—Vale, me muero de hambre —reconocí, soltándolo al fin.

—Luego hay actividades en las piscinas —dijo, leyendo un fajo de papeles en el que ni siquiera yo había reparado.

—¿Qué es eso?

—Es el diario de abordo. Todos los días ponen las actividades que se van a realizar en el barco para que la gente lo sepa.

—Guay. —Me cogió la mano y tiró de mí para que saliéramos del camarote.

—Me está gustando esto de viajar en barco —reconocí, siguiéndolo por el pasillo.

—Y todavía no has visto nada. Cuando salgamos a mar abierto verás lo chulo que es.

Nos pedimos un café en la cafetería de la piscina cubierta, que aparte de oler a cloro, en esa parte del barco, al ser cubierto por una cúpula transparente, no hacía tanto frío como en la otra piscina de popa.

Nos sentamos en las tumbonas para ver qué actividades deportivas iban a realizar allí. Nuestra tranquilidad duró poco cuando los animadores del barco se acercaron a nosotros para que participáramos en lo que iba a ser voleibol sentado. Nos pusieron un peto a cada uno. A mí amarillo y a James azul. Al final íbamos a ser rivales y la idea me resultó muy divertida.

Su grupo parecía ser de alemanes y me sorprendí oyéndole hablar con fluidez. ¿Cuántos idiomas hablaba? Me di cuenta de que, en el fondo, apenas conocía a James y estaba seguro de que el viaje nos iba a ayudar a conocernos mucho mejor.

Se acercó a mí cuando vio que lo estaba observando.

—¿Qué?

—No sabía que hablabas alemán. —Le metí las manos en los bolsillos traseros de su pantalón corto. Así podía magrearlo sin que fuese tan evidente.

—Sé que me estás cogiendo el culo —dijo, acercándose a mí para que los demás no lo oyeran.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Me moría por besarlo. Por un segundo pensé en quitarme el peto y llevármelo de nuevo al camarote para seguir con lo que hicimos la noche anterior, aunque sabía que los dos estábamos algo doloridos, así que… Buf. Qué tontorrón me ponía solo con verlo con esa sudadera con capucha y sus vaqueros cortos. La verdad es que dentro del barco no hacía tanto frío como por las zonas al descubierto y no hacía falta ponerse mucha ropa de abrigo. Yo llevaba un pantalón de chándal corto y la sudadera a juego de un gris claro. James decía que hacía resaltar mis ojos azules.

—Me guardaré las ganas para luego —le susurré al oído.

—¡Vamos a empezar! —anunció alguien del barco. En italiano, claro. Luego lo repitió en inglés.

Me di cuenta de que la última adquisición del equipo de James fue, nada más y nada menos, que Nico.

¿Por qué no me extrañaba que ese idiota lo siguiera a todas partes?

James pasó de él y se sentó en la primera fila justo frente a mí, pero con la red por medio, separando los dos equipos. Nico estaba sentado en la fila de detrás. Éramos nueve por equipo, en tres filas de tres. Las normas eran las mismas que un partido de voleibol, pero se jugaba sentado, sin levantarse.

La idea no me vino de repente, no os penséis que soy así de malo, pero cuando empezó el juego me di cuenta de que podía obtener mi venganza para con el pesado de Nico. Al fin y al cabo, era un juego inocente con una pelota que en principio no podía hacer ningún daño, pero incluso así, cuando la tiré varias veces a la cara de Nico, él ya se había dado cuenta de que era muy raro que la pelota siempre fuese hacia él. O a su cara, para ser más exactos.

Al tercer pelotazo que le di, me disculpé. Con la boca pequeña, claro, pero él decidió retirarse del juego al darse cuenta de que no era casualidad. Yo lo único que sentía era no poder arrancarle la cabeza de un pelotazo. Lástima que la pelota era de tela.

Vengativo que soy, qué le voy a hacer.

Seguro que me entendéis.
Pues eso.
James casi se está riendo todavía.



CAPÍTULO 42

¡Al gimnasio no!

James

Nos fuimos a la popa del barco para verlo zarpar. Eso siempre era algo que a los pasajeros nos gustaba mirar y estaba seguro de que a Yago le gustaría al ser su primer crucero.

Conseguimos una mesa justo al final de la terraza al aire libre. Por supuesto, la enorme piscina permanecía cerrada, pero la gente estaba metida en los dos jacuzzis que había colocados a cada lado.

A mí me daba frío al pensar cuando tuvieran que salir de allí, mojados y con el viento helado que corría. Me dije que teníamos que probar nuestro propio jacuzzi. Más tentador y muchísimo más íntimo.

—Están poniendo hamburguesas y perritos calientes —dije a Yago, que miraba la estela del mar que dejaba el barco.

Me miró sorprendido y luego miró la cola que empezaba a hacer la gente ante el mostrador de las hamburguesas.

—No puedes tener hambre otra vez, James. Hace menos de dos horas que hemos comido.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Me entra hambre cuando veo a la gente comer, no puedo evitarlo. ¿Quieres algo?

Lo oí gemir en voz baja, supuse que lamentándose de lo que me iba a decir.

—Tráeme un perrito con todo, porfa, yo voy a por las bebidas. —Miró a su alrededor—. ¿No nos quitarán la mesa mientras volvemos?

Me quité el cortafrío que llevaba sobre la sudadera.

—Déjalo en la silla o sobre la mesa.

Asintió y lo colocó sobre una de las sillas mientras cada uno íbamos a por una cosa.

—¿Coca-Cola, canijo?

—Sí. Creo que aprovecharé estos días para ver si engordo un poco —pensé en voz alta.

—Si vamos a comer así durante doce días voy a salir del barco rodando. ¿Hay gimnasio aquí?

Me dieron escalofríos solo de pensarlo.

—En la última planta, creo. Pero estás mal si piensas que voy a pisarlo estando de vacaciones. No estoy tan loco.

Se acercó a mí antes de separarnos cada uno a por una cosa.

—Seguro que se me ocurre algo para hacerte cambiar de idea.

—Si quieres hacer ejercicio, ya se nos ocurrirá algo que hacer en la cama para que gastes las calorías de más —susurré antes de besarlo con fuerza en los labios y ponerme a hacer mi cola correspondiente.

Nos pasamos el resto de la tarde tomando cócteles y charlando. A las siete y media nos fuimos al teatro a ver el espectáculo de un mago español que era bastante bueno.

Esa noche había fiesta ibicenca y debíamos vestirnos de blanco. Al día siguiente no había excursiones, solo navegábamos hasta el siguiente puerto de Turquía, así que no teníamos que madrugar demasiado.

Pillé a Yago cuando entramos en el camarote para ducharnos y logré llevarlo a la cama, donde nos dedicamos a besarnos sin más.

Tenerlo así, acurrucado junto a mi cuerpo mientras nuestras bocas se saludaban y se saboreaban sin pensar en nada más, me hacía inmensamente feliz. Él me hacía feliz sin tener que hacer absolutamente nada para conseguirlo, solo estar allí, conmigo.

—¿A qué ha venido esto? —me preguntó mientras me acariciaba la mejilla. Decía que le gustaba tocar mi barba de varios días. No me la quitaría jamás.

—Últimamente me cuesta mantener las manos lejos de ti. —Volví a besarlo con suavidad en los labios, que ya estaban sonrosados e inflamados por mis besos.

—Dirás más bien de mi boca.

Me reí con él.

Nunca me imaginé que estar enamorado era sinónimo de estar en paz con el mundo. Era como si allí dentro no hubiese nada que nos pudiera dañar. Me sentía como si fuésemos los únicos habitantes del planeta. Qué tontería, ¿no? Sobre todo, porque en ese barco éramos casi cinco mil personas entre pasajeros y tripulación.

—Como no nos pongamos en marcha llegaremos tarde a la cena —le dije con pesar.

Lo que menos me apetecía del mundo era tener que levantarme de esa cama.

—¿Vuelves a tener hambre? —Yago levantó la cabeza y me miró sonriendo.

—Creo que para lo que quiero hacer esta noche contigo vamos a necesitar energía.

Yago gimió y restregó su erección contra me abdomen.

—Mira lo que acabas de conseguir.

Le sonreí perverso. Me había dado cuenta de que me gustaba mi yo pervertido y sensual al que no le importaba decir lo que quería hacer en la cama y lo que quería que le hicieran. A Yago también parecía gustarle esa nueva faceta mía recién descubierta.

—¿Crees que nos querrán vender otra botella de ese cava italiano que no está demasiado malo?

—Estoy seguro de que algo se podrá hacer. ¿Te duchas tú primero?

Yago se frotó la cara con las manos, gesto que solía hacer para aclararse la mente, y se levantó de un salto.

—Sí, porque lo peor de este barco es el diminuto baño donde no cabemos los dos ni de coña.

—Bueno, siempre nos podemos bañar en el jacuzzi —le dije, guiñándole un ojo.

—Estoy deseando que acabe la cena.

Me dio una cachetada antes de entrar al baño.

Yo también lo estaba deseando.



CAPÍTULO 43

Haré lo que tenga que hacer

James padre

Miré a mi hijo Víctor con frialdad.

Él pensaba que no sabía nada de los muchos chanchullos que hacía a mis espaldas, pero por ahora lo dejaría viviendo en la ignorancia, dejándolo creer que me engañaba. Ya ajustaría cuentas también con él. Ahora mismo necesitaba, con urgencia, solucionar el problema con mi hijo menor.

—¿Sabes dónde está tu hermano?

Víctor negó con la cabeza y se sentó en uno de los sillones que había en mi despacho. No sabía si todavía estaba borracho un domingo casi a mediodía o qué le pasaba, pero estaba demacrado y sus ojos enrojecidos por no haber dormido nada, que era lo más probable, o bien porque aún le duraba el colocón de lo que se hubiese tomado anoche.

¡Qué puto asco, joder!

—Ni idea. Pensé que habías puesto a tus sabuesos a trabajar en ello y ya sabrías todo lo que necesitabas para obligarlo a volver al redil.

—Oh, tu hermano me ha salido demasiado listo y ahora mismo está fuera de mis posibilidades. —Antes de que mi hijo me cortara, continué—: Pero me he encargado de hacerle la vida imposible a la garrapata que vive con él. Tarde o temprano, cuando descubra quién está detrás de todos sus desastres, le dará a tu hermano la patada en el culo que queremos y volverá al redil, manso como un corderito. Entonces podré disponer de todo ese maldito dinero que tu abuelo tenía que haberme dejado a mí. A mí, que para eso soy su hijo, ¡joder! Y no a un niñato apocado y maricón que va a malgastarlo en putos y en tonterías de las suyas.

Vi cómo la mirada de mi hijo me evaluaba casi sin parpadear. Por lo visto no se había percatado de que la obsesión que tenía de que mi hijo menor volviera era por la necesidad de tener su dinero a mi disposición, como siempre debía haber sido.

—No sabía que estabas falto de liquidez.

La mirada que le lancé a mi hijo lo hizo callarse de inmediato.

—¡Tú que coño vas a saber! Solo te preocupas de tus putas y juergas. El próximo fin de semana anunciaremos tu compromiso con Mercedes Salvatierra, y si tu hermano no ha recuperado el juicio para entonces, te casarás cuanto antes y dejarás de malgastar el dinero en la vida disoluta que llevas y de la que te crees que no estoy enterado.

Conseguí que agachara la puta cabeza avergonzado, o eso parecía, porque lo que sabía de mi hijo mayor era que siempre asentía a lo que le pedía, pero luego me enteraba de que hacía lo que le salía de los huevos, y eso en mi casa se iba a acabar.

—¿Tienes algo que objetar sobre lo de casarte con esa idiota?

Levantó la cabeza y me miró intentando ocultar el odio de sus ojos, pero me sudaba la polla de lo que mi hijo mayor pensara. Iba a casarse y a conseguirme liquidez cuanto antes, y a la mierda todos los hijos de puta de esta familia que solo se preocupaban por malgastar el dinero y darse a la buena vida. La puta de mi mujer la primera. Ya me encargaría también de ella a su debido tiempo. Por lo pronto, le había bloqueado todas las tarjetas, así no podría gastarse más dinero en spas y manicuras estúpidas.

—No, padre.

—Bien. Pues para el próximo fin de semana ya tienes planes. Avisaré a la prensa y a su padre para que lo sepa. Lo tengo cogido por los huevos, así que no podrá poner muchas pegas para no cedernos a su princesita, a la que desplumaremos desde el primer día.

—Respecto a mi hermano…

—Por lo pronto, le he cerrado la puerta del despacho donde iba a trabajar en cuanto terminara la universidad, así que ahora tendrá que empezar a buscarse la vida.

—¿Y en cuanto al otro?

—Lo han despedido del pub donde trabajaba. Y me encargaré de cerrarle todas las puertas a las que llame. Convertiré la vida de esos dos en un infierno. Veremos el tiempo que tarda en poner en la calle a tu hermano cuando se dé cuenta de que no conseguirá trabajar en ningún sitio.

—Bien.

—Solo tenemos que esperar a que vuelvan de adonde hayan ido, porque está claro que en ese piso de mierda no están. —Víctor me miró sin decir nada—. Y tú ya te puedes ir olvidando de tus putas, de la coca y las borracheras, o por lo menos vas a tener que ser más discreto y que tu nueva mujercita no se entere de tus juergas.

—Descuide, padre. No habrá ningún problema.

—Eso espero.

—Intentaré enterarme de dónde está James.

Estudié la cara de mi hijo intentando saber lo que sentía con todo lo que le había contado y no me extrañó que no transmitiera absolutamente nada. Era un maestro del disfraz y el engaño. Había perfeccionado el arte de mostrarse indiferente ante todo lo que pasara. Jamás podías saber en qué pensaba con solo mirar su rostro. Siempre mantenía una apariencia fría e inescrutable. Como si nada le afectase o le preocupase. Recordé que mi hijo menor también se estaba convirtiendo en un hombre que sabía guardarse los sentimientos para sí muy bien. Pero no era tan desalmado como su hermano. Si quería sobrevivir en el mundo despiadado en el que nos movíamos, era primordial que aprendiese a guardar sus sentimientos para sí mismo.

Se lo recordaría cuando volviese a casa.



CAPÍTULO 44

Mis manos en tu cuerpo

James

Desperté con un gemido cuando sentí la boca caliente y húmeda de Yago sobre mi polla. Alcé las caderas para conseguir profundidad mientras gruñía por el placer que me estaba haciendo sentir.

—Joder, Yago.

Bajó a lamerme las pelotas mientras, con maestría, me masturbaba con la mano.

—Buenos días, amor.

Siguió atormentándome con su boca lasciva mientras yo cerraba los ojos y me dejaba arrastrar a ese mundo infinito de placer donde solo él sabía llevarme.

Lo vi echarse lubricante en los dedos y pensé que el muy cabrito estaba más que preparado para lo que hubiera decidido hacerme esa mañana. Me abrió las piernas y empezó a pasar los dedos por mi ano, tanteándolo. Consiguió ponerme el vello erizado por el placer tan repentino.

—¿Yago?

Cuando me empezó a meter un dedo con suavidad, cerré los ojos y gemí más fuerte.

Me sonrió, dejando salir ese hoyuelo que me daba ganas de comérmelo entero. ¿Cómo un hoyuelo inocente me podía poner tan cachondo?

—Creo que vamos a saltarnos el desayuno —confesó, empezando a mover el dedo en mi interior mientras me chupaba entero.

¿Quién coño iba a pensar en el desayuno teniendo la boca de Yago en mi polla y sus dedos en mi interior? No era tan idiota. Yago empezó a estimular mi próstata con dos de sus dedos y yo empecé a retorcerme por el placer.

—A la mierda el desayuno —gimoteé porque empezaba a mover mis caderas buscando ese placer que me estaba provocando.

—Bien. Porque he decidió que quiero comprobar cuántos orgasmos puedo provocarte solo con mis dedos.

Parpadeé intentando aclararme la mente, que se me estaba nublando con el placer y ya no era capaz de pensar en nada más.

—¿Qué? —pregunté como un idiota.

—Que quiero comprobar cuántos orgasmos puedo provocarte solo con mis dedos —me repitió sin soltar la sonrisa de su boca.

El primero de ellos se acercaba como un huracán que pensaba arrasar con todo.

—Yago, joder, voy…

Alcé mis caderas y me dejé ir con uno de los orgasmos más intensos que había tenido nunca. Pero Yago no parecía tener suficiente, porque siguió masajeándome ese punto en mi interior que me hacía perder la perspectiva de todo, excepto de ese placer que amenazaba volverme loco.

—Yago…

No sabía qué quería pedirle. ¿Que parara o que siguiera?

—¿Quieres que pare? —Aunque sus dos dedos seguían entrando y saliendo de mi cuerpo con algo menos de suavidad que al principio, comenzaba a notar otro orgasmo que se estaba preparando para nublarme el juicio.

—No creo que pueda…

—Solo un poco más y prometo dejarte en paz, ¿vale?

No me dio tiempo a contestarle cuando otro intenso orgasmo me lanzó de nuevo a las estrellas para dejarme en esa deriva maravillosa de la que no quieres volver nunca.

Me quedé varado en esa orilla donde no había más que placer y en la que solo Yago sabía mandarme para volar sin límites y morir un poco cada vez. Noté que me limpiaba con una toalla y luego se acurrucaba junto a mi cuerpo exhausto y tembloroso.

Fue lo más fantástico que había vivido nunca. Me dije que tenía que preguntarle a Yago cómo podía provocar varios orgasmos de esa manera. Cuando tuviera fuerzas para volver a moverme, claro estaba.

—¿Estás bien? —Me abrazó por la espalda y me besó la coronilla. No tuve fuerzas para moverme.

—No lo sé. —Me reí con esa risa floja que no pude controlar, borracho de tanto placer.

—Parece ser que sí. —Sentía la risa en sus palabras y sujeté sus manos que me abrazaban por la cintura para acercarlo más a mí—. ¿Te ha gustado?

Asentí, porque hablar me resultaba más difícil. Hice el esfuerzo por él, aunque se me cerraban los ojos.

—Me has ordeñado para diez días, por lo menos. —Me reí con él—. Cuando recupere fuerzas intentaré provocarte los mismos orgasmos que me has provocado tú. ¿Dónde coño has aprendido a hacer eso? —No quería saber quién se lo había enseñado, pero estaba claro que eso no se aprendía por tu cuenta.

—Tengo una amiga enfermera en una consulta de urología. Me contó que a su novio le encantaba.

No necesitó decirme nada más. Por supuesto que a su novio le encantaba. No había hombre, gay o hetero, al que no le gustara que le masajearan la próstata como me acababa de hacer a mí. Aunque los heteros tenían muchos reparos con el tema de tocarles el ano y tonterías de ese tipo. Peor para ellos.

—¿Y el desayuno? —Ni idea de la hora que era.

—Aún es pronto, ni siquiera son las nueve. Podemos dormir una hora más. Seguro que luego te levantas con hambre.

Sonreí antes de volver a quedarme frito. Sentí las manos de Yago abrazado a mi espalda todo el tiempo.

Me dormí feliz.



CAPÍTULO 45

Marineros de agua dulce

Yago

Soñé que estaba borracho. ¡Qué raro!

Cuando abrí los ojos me di cuenta del porqué cuando el estómago me dio un vuelco y tuve que salir corriendo hasta el baño mientras el barco se zarandeaba de un lado a otro.

—¡Ay, mierda… qué mareo! —Llegué justo a tiempo para vomitar, sentado en el suelo del minúsculo cuarto de baño.

—¿Yago? ¿Estás bien? —Con ganas de morirme, así estaba.

¿Qué coño pasaba de repente para que el barco se meciera de esta manera? Si desde que zarpó no se había notado que se movía. Nada, nothing, y ahora…

Volví a vomitar y deseaba que el barco parara en cualquier lado para bajarme. Con lo malito que me ponía cuando me mareaba.

James volvió a llamar a la puerta.

—Vete —le susurré con ganas de morirme.

Oí la puerta abrirse y puse la tapa al retrete para accionar el botón de la cadena. No acababa de acostumbrarme al sonido de succión que hacía, como el de los aviones… más o menos.

—¿Estás mejor?

Lo oí trastear con el agua del lavabo y segundos después sentí una toalla mojada y fresquita por mi frente y cuello; intentaba refrescarme. ¡Qué a gustito!

—Creo que tenemos mala mar.

Dio un traspiés, se sujetó a la pared para recuperar el equilibrio y mi estómago se encogió de la impresión. Se me escapó un gemido en voz alta.

—Tengo pastillas para el mareo. Te las traeré, ¿vale?

Me acarició el pelo sudado antes de salir del baño, sujetándose a las paredes para no caerse.

—Cuando se te pase el mareo podemos ir a cubierta a ver el mar, es una pasada.

Solo me interesó lo que dijo de «cuando se te pase el mareo».

—¿Estás seguro de que hará efecto? —Que funcione, por favor. Si pensaba que iba a estar así el resto de la semana me pondría enfermo. Más todavía.

—Claro —lo oí acercarse de nuevo. Me ofreció una pastilla y una botella de agua que nos trajimos de la cafetería. Al parecer podíamos pedir una botella diaria cada uno—. Me la vendieron como lo mejor para los mareos, si no hace efecto los demandaré, para eso soy

abogado, ¿no?

Me hizo reír, me enjuagué la boca primero y escupí en el váter otra vez. Luego me bebí un largo trago de agua con la pasilla. Apuré la botella en otro trago y miré a James con cara de disculpa.

—Pediremos otra ahora en el… —Lo vi mirar la hora—. Llamaré al servicio de habitaciones porque se nos ha pasado la hora del desayuno. Son ya las diez y media. ¿Quieres té o café? —Me encogí de hombros. Me daba igual—. ¿O prefieres alguna de esas hierbas para que te asienten el estómago?

—Té estará bien.

Hice el esfuerzo de intentar levantarme cuando el barco se movía algo menos y aproveché para volver a la cama. James había abierto las cortinas y se veía de fondo el mar furioso y las enormes olas que parecía que nos estaban atacando. Era una imagen escalofriante. ¿Cómo se sentiría la gente que iba en barcos pequeños ante la inmensidad de un mar revuelto? Se me secó la boca por la impresión y me vino a la mente la imagen del Titanic mientras se hundía.

—¿Estaremos a salvo?

James me miró unos segundos mientras llamaba, supuse que al servicio de habitaciones, para pedir el desayuno.

—Claro, ya has visto lo inmenso que es este bicharraco. No se va a hundir por una tormenta de nada. ¿Sí…Aló?

Me tumbé en la cama observando cómo el mar se sacudía, esperando que se me pasara un poco el mareo. Para mi sorpresa la pastilla me estaba haciendo efecto y ya no me encontraba tan mal. James se tumbó junto a mí cuando soltó el teléfono un rato después y apoyó mi cabeza sobre su hombro para poder acariciarme el pelo. Nos turnábamos en esa postura porque a los dos nos encantaba que nos toquetearan la cabeza. Agradecí sus mimos en ese momento.

—Tardaran unos diez minutos o así. —Me besó la coronilla y mi corazón aleteó—. ¿Estás mejor?

Asentí y me moví para tumbarme mejor sobre su cuerpo. Estaba cálido y olía a él, el mejor olor del mundo. El latir de su corazón bajo mi mejilla me empezó a adormecer.

—Sé que las pastillas dan sueño —me dijo al oído—, pero quiero que desayunes algo antes de que te duermas, ¿vale? Tenemos el resto del día para descansar, si quieres.

—No tienes que quedarte aquí conmigo —le susurré, deseando que me dijera que sí lo haría. No sabía por qué, de repente, hablábamos en voz baja—. Puedes irte a buscar entretenimiento por ahí. No me importa.

Se quedó callado unos segundos antes de contestarme.

—Tienes razón, puedo ir a buscar a Nico para que me haga compañía mientras tú sigues aquí mareado.

Me estaba bien empleado. Me tragué la bilis que sentí en la garganta solo de pensar que pudiera pasar el día con él.

Se hizo el silencio de nuevo. Lo sentí removerse bajo mi cuerpo y supe que estaba intentando verme la cara. Cosa imposible en esta postura. Suspiró antes de volver a hablarme.

—Yago, no me iré a ningún sitio mientras no te encuentres, bien. Y cuando lo hagas, tampoco. Quiero quedarme contigo, ¿vale?

Se removió de nuevo para poder verme los ojos. Incliné la cabeza, le sonreí como el idiota que era y asentí, feliz por sus palabras.

—Vale. Me está entrando hambre —reconocí de repente.

—Bien, eso significa que estás mejor. Ya viene el desayuno.



CAPÍTULO 46

Aperitivos

James

No supe cuándo me había vuelto a quedar dormido, pero desperté con Yago abrazado a mi cuerpo y mi hombro de almohada. Dormía plácidamente y me dio pena despertarlo.

Habíamos puesto el cartel de no molestar en la puerta para que pudiese descansar sin interrupciones hasta que se encontrase mejor. Las cortinas del camarote estaban semiabiertas y podía ver el oleaje desde la cama, pero era evidente que el mar estaba más calmado. El barco, por lo menos, se movía menos que antes.

Estiré el brazo para coger el móvil, intentando no despertar a Yago. No tenía ni idea de la hora que era, pero no podía haber dormido mucho tiempo. El pelo de Yago me hacía cosquillas en la nariz, así que aparté un poco la cara y me dispuse mirar el móvil hasta que el bello durmiente despertara. Esperaba que sin mareos o el crucero se iba a convertir en un tormento.

En alta mar no tenía cobertura, pero tenía libros de Apple Books descargados y decidí ponerme a leer un poco.

Yago dormía muy poco y era muy raro estar en la cama con él mientras dormía, me sentía tan bien teniéndolo a mi merced así, tan vulnerable, que deseé que siguiese dormido mucho más rato.

Ya me gustaría.

Se removió sobre mi hombro y murmuró algo en sueños antes de suspirar y acariciarme el pecho con la mano.

Estaba despierto.

—¿Qué hora es?

Me gustó que no hiciese nada por quitarse de encima de mí. Le besé la coronilla antes de mirar la hora del móvil.

—Poco más de la una.

—¿Llevas mucho despierto? —Siguió con su caricia sobre mis pectorales, como si no se diese cuenta de que me estaba tocando.

—No, acabo de coger el móvil y empezar a leer. ¿Te encuentras mejor?

Asintió con la cabeza.

—¿El barco se mueve menos o es que yo ya me he acostumbrado?

—Se mueve menos —reconocí, pasándole los dedos por el pelo para acariciarle el cuero

cabelludo. Era algo que sabía que le gustaba. Suspiró y se acomodó mejor sobre mí. Era bastante más corpulento que yo. Bueno, cualquiera era más corpulento que yo, que no era más que un saco de huesos, pero, aunque me aplastara con su cuerpo, me gustaba mucho tenerlo así.

—¿Qué quieres hacer hoy?

—¿Tienes hambre? —Yo ninguna, pero el que había estado vomitando por la mañana era él, y aunque luego desayunamos, apenas comió nada hasta sentirse mejor para no empeorar sus nauseas.

—No demasiada. ¿Y tú?

Levantó la cabeza parar mirarme unos segundos.

—No demasiada —repetí—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Damos un paseo por cubierta para ver lo que hay por ahí hasta que sea la hora de comer?

Reanudó sus caricias sobre mis pectorales. Había comenzado a rodear mis pezones con los dedos y estaba seguro de que él era consciente de lo que me estaba haciendo. Mis pezones eran muy sensibles y él lo sabía.

—Yago…

Aunque estaba más que saciado después de la maratoniana sesión de sexo de esa mañana, recordé que él no había disfrutado de la experiencia.

—Yago…

—¿Hum?

—¿Quieres echar un polvo?

Paró la mano, supuse que por la sorpresa de que le hiciera una pregunta tan directa.

—Canijo, yo siempre quiero echar un polvo —dijo, levantando la cabeza parar mirarme con esa sonrisa con hoyuelos que tanto me gustaba—, pero dudo mucho que tú tengas ganas. ¿O sí?

No pude obviar el brillo de sus ojos.

—Bueno, como me has ordeñado para una semana, estoy seguro de que algo puedo hacerte para intentar aliviar tus ganas.

Me incorporé en la cama y me senté frente a él. Me recorría el cuerpo con esos ojos azules que tanto me gustaba.

—¿Qué tienes pensado hacerme?

Me reí mientras lo empujaba de nuevo sobre la cama y destapaba nuestros cuerpos en calzoncillos. Su erección era más que evidente. Me relamí pensando en el festín que iba a darme.

—Algo se me ocurrirá. En principio bésame y luego ya veremos.

No necesité repetírselo.

Se lanzó a besarme con pasión y no demasiada suavidad. Y decidí que iba a tomarme mi tiempo en disfrutar de su cuerpo poco a poco.

—Espero que no tengas hambre, porque creo que también vamos a saltarnos la comida.

Empecé a besarle desde el cuello bajando por el centro de su cuerpo, mordisqueando y lamiendo sus abdominales a mi paso. Cuando llegué a su polla la mordisqueé por encima de la ropa.

—Hambre me está entrando, pero de comerte a ti.

Le bajé el calzoncillo con una sonrisa canalla.

—Vale, pero esta vez empiezo yo.

Y me lo metí en la boca.



CAPÍTULO 47

Un golpe de suerte y un comentario desafortunado

Yago

—¿Jugar al bingo, James? ¿En serio?

Lo seguí hasta una de las cafeterías que llevábamos un rato buscando por el inmenso barco. ¡Qué grande era, joder!

—Venga ya, será divertido. Además, tiene un bote de setecientos cincuenta euros al bingo. ¿Te imaginas que nos toque?

James no hizo caso alguno a mis quejas.

—Pero eso es de viejas —insistí, sin saber bien por qué. La verdad es que me daba igual qué hacer mientras fuera con él. Tuvimos que pedir la comida al servicio de habitaciones porque se nos había vuelto a pasar la hora del almuerzo, después de haberme provocado varios orgasmos, a cuál más intenso. Se estaba haciendo todo un experto en el sexo oral y yo no podía estar más contento y orgulloso de que todo lo que sabía hacer se lo hubiese enseñado yo.

—Mira, es aquí —indicó al llegar a la cafetería que buscábamos. Los encargados del bingo estaban vendiendo los cartones en la entrada de la cafetería donde ya se estaba acumulando la gente—. Vete a buscar una mesa mientras yo hago la cola para comprar los cartones.

No quería que pagara nada más.

—Anda, ve tú y coge la mesa; yo compro los cartones. ¿Cuántos quieres?

—Los que compres está bien. ¿Quieres algo de beber?

—Una copa de cava, por ejemplo.

—Vale, te lo iré pidiendo.

No solo nos tocó el bingo, sino que, encima, el que ganamos era uno especial por haber cantado en las cincuenta primeras bolas.

Un bingo de cinco mil euros.

—Joder, joder, no puedo creérmelo.

—Ve, anda —me dijo él con una enorme sonrisa.

El bingo había salido en su cartón, pero se negó a salir a por el premio.

Tuvimos que esperarnos a que terminaran las dos partidas siguientes para poder ir a cobrar el premio que, por ser tan elevado, lo ingresaban directamente en mi cuenta.

Nunca me había tocado nada, aunque tampoco fui a un casino ni a una sala de apuestas ni nada parecido. Así que estaba un poco alucinando que por gastarme treinta euros que nos habían costado los cartones, habíamos ganado un montón de dinero.

Lo primero que se me ocurrió es lo último que debí decirle. Ahora que lo pienso, no era consciente de lo idiota que fui.

—Ahora puedo pagarte mi parte del crucero, canijo.

No me di cuenta de su cambio de actitud, pero lo miré sorprendido por su repentino silencio.

—¿James?

Lo vi tan serio que supe que había metido la pata. Ya no recordaba que me había pedido que nunca más habláramos de cuánto dinero se gastaba.

—¿En serio, Yago? No puedo creérmelo.

Se dio la vuelta sin decirme nada más. Lo sujeté por el brazo para intentar retenerlo y me miró con tanta frialdad que lo solté de inmediato. Me quedé totalmente desconcertado por su actitud. Había perdido la sonrisa que lucía solo segundos antes y vistió su cara de una frialdad y una indiferencia que de repente parecía otra persona.

—James, por favor.

—No, déjame.

—James…

—Ya has dicho suficiente, ¿no crees?

Se marchó con la cabeza baja y me quedé allí mirando cómo se alejaba y sin tener ni idea de cómo iba a solucionar eso.

¿Por qué coño tenía que ser tan bocazas?

La alegría que sentía por haber ganado el dinero se evaporó con la misma rapidez.

Busqué la manera de salir del interior del barco y pensé dónde podía haber ido James. Esperaba que no le durara mucho el mosqueo, porque no podía ni quería estar allí dentro sin él.



CAPÍTULO 48

Problemas en el paraíso

Yago

Me costó un buen rato encontrar el camarote en ese barco en el cual parecía que, cuando buscabas un lugar concreto, este cambiaba de sitio y jugaba al escondite. Perderme varias veces me enseñó a orientarme bien. Ahora era capaz de ir de una punta a la otra con relativa rapidez.

James no estaba en el camarote.

Ni en la piscina cubierta.

Ni en la descubierta.

Llegó la hora del teatro y decidí asomar la cabeza por si era capaz de verlo allí, pero había tanta gente que era misión imposible. Me quedé allí sentado porque ya no sabía dónde más buscarlo y el barco era lo suficientemente grande como para buscar un lugar donde nadie te encontrara si no querías.

Vi el espectáculo sin prestarle atención. Estuve pensando en que no sabía qué iba a decirle cuando lo encontrara.

Con todo lo que sabía de él y no se me ocurría qué podía decir para que me perdonara.

Esto era todo lo que sabía de él.

Dormía bocabajo haciendo la figura de estrella de mar y con la cabeza metida casi bajo la almohada, excepto si hacíamos el amor, que entonces le gustaba dormirse sobre mi hombro para que le acariciara la espalda y el pelo hasta que se dormía.

Era intensamente mimoso… y sexual.

Sabía que había perdido la sexualidad con la chica con la que querían casarlo y la otra virginidad la había perdido conmigo.

Le gustaba la ropa de marca. Era un vicio adquirido del que no parecía querer desprenderse.

Era muy tímido, aunque se soltaba bastante en el sexo y me pedía lo que quería que le hiciese sin ningún tipo de tabú y eso me ponía muy cachondo.

«Chúpame la polla, Yago. Que me encanta cómo me la comes» me pedía cada vez que le apetecía.

Era extremadamente inteligente y tenía memoria fotográfica.

Conocía el sabor de sus besos e incluso de su semen.

Tenía un sentido del humor sarcástico y le encantaba contar chistes malos.

Sentía debilidad por las magdalenas de chocolate.

Le gustaba mucho el capuchino con leche muy caliente y doble de cacao si se lo preparaba en casa.

Le apasionaban las hamburguesas que nunca había comido hasta que vino a vivir conmigo.

Sabía que era algo escandaloso en el sexo y el gemido que soltaba cuando se corría.

Y con todo eso… no sabía bien qué podía hacer o decir para que me perdonara.

Decidí bajar al comedor, que estaba en la tercera planta, esperando que James fuese para allá, pero no estaba allí cuando llegué… Ni el jodido Nico tampoco. Y sabiendo la fijación que tenía con él, el monstruo de los celos se cebó con mi estómago y me lo retorció, quitándome las pocas ganas de cenar que tenía. Pero me obligué a socializar un poco y aguanté las casi dos horas de la cena, sin apenas participar en la conversación de mis compañeros de mesa. Gracias a los cuales me enteré de que había fiesta de solteros en la cubierta de la piscina después de la cena. Y no supe por qué, pero algo me decía que James estaría allí, y esperaba, por el bien de Nico, que no estuviese con él.

Acerté en todo.

Bueno, me equivoqué en que Nico no estaría con James, ya que me los encontré en la barra mientras, al parecer, pedían una copa.

¿Cómo era posible que yo, que lo había estado buscando durante toda la tarde no lo había encontrado y, entre casi cinco mil personas, el jodido acosador había dado con él?

Cómo odiaba a ese hombre, por Dios.

Era como si lo hubiese comido y luego vomitado, pues el mismo asco le tenía, y cuando lo vi acercarse a él más de la cuenta, apreté los puños y me acerqué a ellos con la intención de dejarle claro a ese imbécil que dejara a mi novio en paz de una puta vez.

Supe que James había bebido más de la cuenta nada más acercarme a él.

No bebía demasiado, de hecho, apenas bebía, porque casi nunca lo había hecho con anterioridad y se le subía el alcohol a la cabeza con bastante rapidez, así que, si llevaba bebiendo desde las cinco de la tarde, que era a la hora a la que nosotros nos habíamos peleado, estaba más que pasado de copas, y eso era de lo que Nico parecía querer aprovecharse.

Le cogió la cara con las manos y le besó en la boca antes de que yo llegara hasta ellos y ese gesto me partió el corazón. Estuve a punto de darme la vuelta. Si James quería ponerme los cuernos con ese idiota para vengarse de lo que yo había dicho estaba dispuesto a aceptarlo, pero no se lo pensaba perdonar. James apartó la cara e intentó empujarlo para quitárselo de encima, aunque apenas se tenía en pie, así que su empujón no fue demasiado efectivo.

El que le di yo para apartarlo de él sí que lo sintió porque lo desplazó varios metros y a punto estuvo de caer de espaldas.

—Si vuelves a acercarte a él, te partiré la cara —le grité para que le quedara claro de que no lo quería a su lado.

—Que tú tengas problemas en el paraíso no es culpa mía.

Yo estaba tan furioso que deseaba que me diera un único motivo para partirle la cara, pero el personal de tripulación se metió entre nosotros pidiéndonos, por favor, que nos controlásemos o que nos marchásemos.

James me miraba sin decir nada mientras intentaba mantenerse erguido.

Nunca lo había visto tan borracho, así que me apiadé de él y lo ayudé a caminar para llevármelo de allí. Al día siguiente seguramente no recordaría nada de lo sucedido, pero ese beso, aunque fuese robado, no se me iba a olvidar con tanta facilidad.



CAPÍTULO 49

Perdóname

James

Como no estaba acostumbrado a beber olvidé lo mal que se estaba al día siguiente con la maldita resaca.

Estaba acostado sobre el pecho de Yago que, por lo que parecía, seguía dormido, y de repente recordé que estuvimos toda la tarde enfadados. No entendía por qué llevaba tan mal el tema del dinero. Aunque también pensaba que yo debería ser menos susceptible cuando se hablaba de él. Para ser sinceros, creo que los dos llevábamos mal ese tema y era una completa estupidez.

No recordaba cómo llegué al camarote, de hecho, apenas recordaba nada de lo que pasó el día anterior.

—¿Te importaría quitarte de encima de mí? —El tono de voz tan frío de Yago me sorprendió —. Necesito ir al baño.

¿No se suponía que el que estaba enfadado era yo?

Me incorporé y gemí sujetándome la cabeza, que me retumbaba como si tocaran el tambor en ella. Vi a Yago pasar por mi lado sin mirarme siquiera. Sorprendentemente, el que parecía que estaba enfadado era él, y como lo último que recordaba era que yo era la parte ofendida, algo debió haber pasado que yo no recordaba.

«¿Qué coño pasó anoche?» pensé.

Me quedé mirando a Yago cuando volvió al camarote. Se puso a vestirse, ignorándome por completo.

Algo iba mal, algo iba muy mal. De repente sentí frío y el miedo me acarició la espalda como un animal vivo. Miré a Yago de nuevo intentando averiguar qué había pasado para que estuviese así conmigo.

—¿A dónde vas?

—Bajo a desayunar antes de que quiten el bufé. —Seguía sin mirarme.

—¿Esperas a que me duche? ¿Tienes algo para el dolor de cabeza?

—Si te duchas en cinco minutos, entonces sí. Toma. —Fue a su mochila y sacó un comprimido que me puso en la mano. Aproveché para sujetarlo y que me mirase.

—Yago, ¿me cuentas qué te pasa?

Alzó la mirada y vi tanto dolor en sus ojos que me pregunté de nuevo qué fue lo que pasó la noche anterior. Por más que intentaba recordarlo solo veía algunos retazos sueltos. Me puse a

beber en el bar de la piscina y poco más lograba recordar.

—¿Aún tienes la cara dura de preguntarme qué me pasa? No puedo creérmelo. —Negó con la cabeza mientras se apartaba de mí para mirarme con frialdad.

—No recuerdo nada de lo que pasó anoche desde que me separé de ti en el bar —le confesé, empezando a sentirme agobiado.

—¿De veras? Pues mejor para ti. —Se dirigió a la puerta sin mirarme—. Me iré al bufe a coger sitio, nos vemos allí cuando te duches o lo que coño vayas a hacer.

—¿No vas a contarme lo que ha ocurrido? —No pude evitar el miedo en mi voz. Debió ser algo muy grave para que él estuviese así de frio conmigo, ya que rara vez se enfadaba por algo.

—No quiero hablar de eso ahora mismo, ¿vale?

Asentí, porque sabía que debía darle el espacio y el tiempo que necesitase, solo esperaba que hablase conmigo cuando estuviese listo.

—Vale, pero, por favor, habla conmigo y no me dejes con esta preocupación. No puedo arreglar nada sin saber qué es lo que te he hecho.

—Luego —me prometió sin mirarme y salió por la puerta cerrando tras él con cuidado.

Me tomé la pastilla que me había dado y me duché en tiempo récord. Lo que de verdad me preocupaba era Yago y lo que fuera que yo le había hecho y que no conseguía recordar.

Me tomé un café y un zumo de naranja porque no tenía hambre ninguna para comer nada sólido. Yago tampoco parecía tener demasiada hambre, ya que tampoco se pidió nada para desayunar, excepto un café. Tenía una cara tan seria que no me atreví a decirle nada y me limité a desayunar y mirarlo en silencio.

Habíamos decidido que no haríamos ninguna de las excursiones que el barco ofrecía y que, en caso de apetecernos, saldríamos por nuestra cuenta.

—He decidido que no me apetece visitar nada de este lugar. —dijo. Lo agradecí en silencio.

—Bien, mejor, porque la cabeza me está matando.

—Iré un rato al gimnasio.

No pude callarme más.

—No me gustó que volvieras a ofrecerme pagar tu parte del crucero, Yago —le dije sin poder esperar más a solucionar nuestras diferencias.

Yo era partidario de hablar para comunicarnos. No creía que callando lo que no te gustaba que hicieran ayudaría a dejar las cosas claras. Hablando se entendía la gente, ¿no? Pues eso.

—Sé que ya lo habíamos hablado—me recordó—, pero yo me equivoqué en la manera de ofrecértelo. Quería decirte que podíamos repartir el dinero, pero con la euforia me equivoqué y te dije lo que no era. Pensé que era justo que se repartiera, ahora sé que no lo quieres porque no te hace falta y todo eso, pero ya sabes lo que yo pienso al respecto. —Agradecí que por lo menos me mirara para aclarármelo—. Nunca he querido rechazarte, ofenderte ni nada parecido. Somos compañeros, James, es justo que lo compartamos todo, sobre todo esto, que ha sido un regalo inesperado.

Lo sabía, y sabía que quizás había sido algo exagerado, pero pensaba que ya habíamos aclarado ese punto.

—Lo sé. —Agaché la cabeza, avergonzado. Estaba visto que había pasado algo más que no me contaba—. Siento si he reaccionado de un modo exagerado. Estaba muy feliz por ti. Ese dinero te vendrá muy bien para cambiar el coche, si quieres, o el colchón de tu cama o lo que sea, y me dolió que volvieses a rechazar un regalo que te quise hacer para tu cumpleaños, es

todo.

Me estaba mirando en silencio mientras le explicaba mis motivos y, al parecer, decidió que era su momento de darme las explicaciones de su monumental enfado.

—Lo que nunca me esperaba, James… —El dolor de sus ojos había vuelto de nuevo—, es que después de pasarme toda la tarde buscándote, estuvieras morreándote con otro.

Parpadeé y lo miré sin poder decir nada mientras mi cabeza registraba lo que me estaba diciendo. ¿Me había buscado a otro tío en el tiempo que estuve peleado con él? No, ¿verdad?

Me reí incrédulo. Yo no podía haber hecho eso. Me tenía demasiado enganchado a su cuerpo y a su boca para pensar en nadie más. Jamás le haría eso… ¿O sí?

—Estás de coña, ¿verdad?

—¿Ves que me esté riendo?

No entendía nada.

Me lo quedé mirando en silencio mientras intentaba de nuevo, sin éxito, acordarme de lo que me estaba contando.

—Yago, jamás te haría eso. Sabes lo mucho que … —Me callé a tiempo ese «te quiero» que pensaba decirle, porque supuse que no era buen momento—, me gustas.

—Ya, yo también pensaba que teníamos algo bonito y único, pero está visto que me equivoqué contigo.

—Yago, yo no conozco a nadie —le recordé—, ¿de veras me estás diciendo que ayer por la tarde me lie con un desconocido? Yo no soy así.

¿En qué tipo de monstruo me convertía cuando me bebía dos copas?

—Te estabas morreando con Nico —me soltó más enfadado que nunca—. Cada vez que me doy la vuelta me encuentro a ese baboso contigo. ¡Hostias, James! ¡Me cago en la puta!

Era muy raro que él dijese tacos, así que eso me indicaba lo muy dolido que estaba con el tema.

—No es cierto. —No podía ser cierto—. Él no me gusta —le recordé. Empezaba a angustiarme por pensar que yo pudiera haberle hecho eso al chico al que amaba—. Estaba borracho, Yago. Sé que no es una excusa, pero no recuerdo nada. Jamás te haría algo así estando fresco, ya me conoces.

Yago me miraba y negaba con la cabeza. ¿Cómo podía haberle hecho daño de esa manera?

—Fue él el que se lanzó a besarte —aclaró en voz baja.

—Incluso así. —Apenas podía respirar del asco que me daba a mí mismo—. No tengo excusa si me beso con alguien que no me gusta solo por estar enfadado contigo.

—James… —Me cogió la mano para que lo mirara—, lo rechazaste, ¿vale?

Lo miré para saber si estaba intentando aliviar un poco la culpa que me embargaba.

—¿Lo rechacé? —No pude ocultar el alivio de mi voz.

-Sí. Ya está, no le demos más vueltas. Él es un gilipollas y aunque me dolió verte con él porque los celos me estaban matando, ni siquiera fue culpa tuya.

¡Oh, joder, Yago, no!

¿Cómo iba a quitarle ese dolor?

—Lo siento. —Le cogí la mano y entrelacé mis dedos con los suyos intentando sentirlo más cerca—. Lo siento, Yago. Por favor, perdóname.

—Puedes hacer lo que quieras, James. No soy nadie para decirte con quién puedes o no hablar, pero si luego te pasan esas cosas por estar con gente como él, no esperes que me quede de brazos cruzados sin que me joda lo que estoy viendo.

Lo entendía perfectamente. Aunque Yago se moría de celos por Nico desde que se dio cuenta

de que estaba interesado en mí, me daba libertad de que hiciese lo que quisiese. No se merecía sufrir por un gilipollas que solo parecía querer hacerle daño utilizándome a mí.

—Siento que tuvieses que ver eso. Él no me gusta. No existe nadie más que tú, Yago. Ha sido así desde el primer momento en que te vi. Ya lo sabes. Y he sido un iluso pensando que quería ser amigo mío. No es fácil que yo haga amigos así, sin más.

—No quiero que nadie te haga daño, James. Ese tío no es trigo limpio. Solo intento protegerte, aunque no soy nadie para decirte qué puedes hacer o no.

Sí que lo era. Él era mi amigo y mi amor. Solo él tenía derecho sobre mí, porque yo le daba mi vida entera y no iba a negar que me gustaba que él intentara cuidar de mí. A todo el mundo le gustaba tener a alguien que lo cuidara y se preocupara por él. A mí me encantaba tenerlo en mi vida y no se merecía sufrir porque yo hubiese sido demasiado confiado con ese gilipollas.

—Lo sé y te lo agradezco. Créeme que no volverá a pasar nada parecido.

Me besó la mano que aún teníamos entrelazadas. El nudo de preocupación de mi pecho se desató un poco, dejándome respirar algo más aliviado.

—Siento lo que te dije. Me quedaré con el dinero con la condición de que me dejes comprarte algo. Si tú puedes pagarme este viaje para hacerme un regalo, yo también puedo hacerte el regalo que quiera con el dinero que tengo. Es lo justo.

Sí que lo era. Y ante eso no pensaba negarme. Haría lo que fuera por hacerlo feliz.

—Vale. ¿Me perdonas por ser tan idiota? —Era justo que yo también me disculpara.
—Siento que te haya pasado esto y siento mucho haberme puesto así contigo, Olvidémonos de lo que ha pasado, ¿sí?

—Me está bien empleado. —Así aprendería la lección.

—¿Te vienes al gimnasio conmigo?

Lo pensé unos segundos, gemí levantándome de la silla y lo ayudé a que se levantara también.

—Vale, dicen que sudar ayuda a sacar el alcohol del organismo, ¿no? —Esperaba que mereciera la pena el esfuerzo.

—Me da igual. No pienso perderte de vista en lo que nos queda de crucero.

Le sonreí y conseguí que sonriera conmigo y me enseñara ese hoyuelo que me volvía loco.

—¿Me lo prometes?



CAPÍTULO 50

Confesiones

Yago

Pasamos los siguientes días sin bajar del barco. Las excursiones por el resto de Turquía no nos resultaban interesantes y prefería quedarme en el barco con James, disfrutando del montón de cosas que ofrecía o de nuestro camarote, donde pasábamos horas enteras disfrutando de nuestros cuerpos y follando como si no hubiese un mañana. En esos días descubrí a un James nuevo. Uno que resultó que era mucho más activo sexualmente de lo que él mismo pensaba, y que estaba más que dispuesto a disfrutar en el sexo de todo lo que le proponía.

—Cuando volvamos a casa compraremos algunos juguetes sexuales —le propuse una tarde tan desapacible que no nos animó a salir del camarote durante horas.

Al día siguiente atracábamos en Atenas y teníamos muchas ganas de visitar la ciudad.

—¿Tienes juguetes sexuales?

James se acomodó sobre mi hombro, como le gustaba hacer después de follarme ese culito tan sexi que tenía. A él le encantaba que luego nos quedásemos disfrutando de la dicha poscoital. Yo era excesivamente cariñoso, tanto antes como después del sexo, y a él le encantaba quedarse abrazado a mi cuerpo mientras le acariciaba el pelo o la espalda.

Antes del sexo era bastante más desapegado, así que me encantaba aprovechar esos momentos para tenerlo a mi merced y acariciarlo sin descanso. Me había vuelto adicto a su cuerpo, al sabor de sus besos y al olor de su piel, donde no me importaba perderme para siempre y morir feliz.

Había tenido algunos rollos antes que él y una pareja de un año, al que un día pillé poniéndome los cuerpos con su monitor del gimnasio, así que ya estaba algo desencantado y conocer a James, su lealtad e inocencia, había sido un soplo de aire fresco con el que estaba enganchadísimo.

Sabía que no duraríamos para siempre. Era incluso absurdo pensar eso. Los dos éramos unos niños, pero en el caso de James era peor todavía. Yo era su primer amante en todos los sentidos y había que ser realista reconociendo que nadie se suele quedar con su primer amor. Así que estaba dispuesto a disfrutar de lo que James estuviese dispuesto a darme y lo dejaría volar en cuanto se diera cuenta de que era un tío que podía tener a quien quisiera a su lado, porque era sencillamente maravilloso.

Pero no estaba listo para soltarlo todavía.

—Claro. Es muy triste matarte a pajas cuando no tienes pareja, ¿no crees?

Se removió incómodo entre mis brazos y sonreí porque sabía que el tema lo avergonzaba, como muchas de las cosas sexuales de las que hablábamos. Pero empezaba a soltarse y a mí me encantaba provocarlo.

—¿No te hacías pajas antes de conocerme?

No necesité verle la cara para saber que se había sonrojado y sonreí con ganas de chincharlo un poquito. Era tan dulce…

Silencio.

—¿Canijo? —No quería dejarlo estar, así que empecé a hacerle cosquillas en la cintura, que era dónde más tenía.

Empezó a reírse y retorcerse encima de mí, cosa que comenzó a excitarme de nuevo. Con él nunca tenía suficiente.

—Para, para… Vale, sí, me hacía pajas antes de conocerte —reconoció entre risas—, y después de conocerte también, pero me imaginaba que eras tú el que me comía la polla por las noches.

¡Toma ya con la sinceridad!

Me quedé de piedra ante su confesión y tuve que reconocer que su comentario me puso muy cachondo. ¿Así que se había estado masturbando mientras pensaba que yo le comía la polla?

—¿Eso es lo que pensabas cuando nos conocimos? —Nunca había imaginado que sería capaz de confesarme algo así.

—Sí. ¿Algún problema?

Levantó la cabeza para mirarme y la risa ya no brillaba en sus ojos verdes. De hecho, miraron mi polla, que había vuelto a erguirse, muriéndose por una caricia suya. Volvió a mirarme, pero esa vez con aquella mirada ardiente que me ponía muy cachondo solo de verla. Agradecí que ya nos hubiésemos duchado después de follar, porque no quería perder el tiempo ni que nada nos entretuviera. Hice fuerza para girar su cuerpo y colocarlo debajo de mí. Me miró sorprendido.

—Voy a explicarte cuál es el problema que tengo contigo.

Lo besé con brusquedad y su lengua acarició la mía con lujuria mientras colocaba mi cuerpo sobre el suyo para que nuestras pollas se frotasen. Hice un movimiento con mi cadera para conseguir más presión.

Gimió en mi boca.

—¿Tienes un problema conmigo? —me preguntó mientras le mordisqueaba un pequeño pezón y seguía bajando hacia mi objetivo, que me miraba orgullosa y lista para jugar. Era un hombre muy receptivo que se empalmaba a la mínima y eso me encantaba de él. Siempre estaba dispuesto a follar. Jamás había conocido a nadie que me siguiera tan bien el ritmo.

—Prefiero explicártelo —le dije antes de lamer su polla desde los testículos hasta el glande.

Gimió y alzó las caderas buscando más contacto.

—Ya puedes empezar con tu explicación —susurró con voz ronca—, soy un chico muy aplicado.

Llevó sus manos a mi cabeza para marcarme el ritmo que quería cuando me metí su polla en la boca y enseñarle cuál era mi problema con él.

Que no podía quitarle las manos de encima. Bueno, en ese caso, podíamos decir que no le podía quitar la boca de encima.



CAPÍTULO 51

Atenas

James

De Atenas no conocía nada más que lo que había oído de ella y lo que me contaron en las clases de arte. Pero, por supuesto, la ciudad de ahora no tenía nada que ver con la clásica que salía en los libros.

—¿Esto es lo que tiene que ofrecer la ciudad? —me preguntó Yago cuando vimos el Partenón, o lo que quedaba de él, encima de una pequeña loma a la que teníamos que llegar caminando.

El guía nos miró con una sonrisa.

El Partenón y La Acrópolis son los restos arquitectónicos más importantes y visitados de la ciudad, y comenzó con una perorata sobre la importancia de la Acrópolis, que había sido cuna de la civilización… y ahí dejamos de escuchar para dar una vuelta por nuestra cuenta y verlo en su totalidad.

Cuando salimos de la Acrópolis nos dimos cuenta de que apenas teníamos nada más que visitar de Atenas, más que ese conjunto arquitectónico. Por lo demás, era una ciudad vieja y sucia. Vamos, un completo desengaño.

Lo mejor de todo es que los siguientes días visitaríamos las islas griegas, lugares que sí teníamos muchas ganas de ver.

Cretas.

Mykonos.

Corfú

Santorini

Rodas.

Y después el barco daría la vuelta para volver a Estambul donde acababa nuestro viaje, en el mismo lugar donde comenzó.

—Voy a echar de menos todo esto cuando volvamos a casa —me dijo Yago la última noche mientras nos vestíamos de negro para una de las fiestas que el barco ofrecía antes de acabar el viaje.

—Bueno, volveremos cada vez que tengamos vacaciones.

Sus ojos azules se iluminaron mientras sonreía.

—¿Volverías a viajar así, en crucero? —Se echó su perfume y yo aspiré con fuerza para poder olerlo desde donde estaba. Me encantaba el olor que tenía.

—Es una manera muy cómoda de viajar —reconocí mientras me calzaba mis zapatillas—, y si a ti te gusta no necesito nada más.

Se acercó y me sujetó la cara para besarme con suavidad, como tenía la costumbre de hacer.

—No hace falta que hagas las cosas por mí. Me daría igual viajar en burro si lo hago contigo —reconoció en voz baja.

—Calla, qué incómodo tiene que ser viajar en un burro.

Nos echamos a reír y salimos de la habitación dispuestos a pasarlo bien.

El bar donde era la fiesta ya estaba lleno de gente. Durante el crucero las personas se repartieron entre los diez o doce bares que había, pero los días en que había fiestas en alguno de ellos siempre se llenaban más. Y, al ser el último día, medio barco parecía estar allí dentro.

—Voy yo a por las copas —me dijo Yago—. Tú vete para la pista, si quieres. ¿Qué te pido?

—Un ron con limón, por favor.

Me sonrió y mi corazón latió más rápido cuando se acercó de nuevo a besarme con suavidad en los labios sin importarle quién estuviera mirando. Aún no me acostumbraba a que fuese tan sumamente cariñoso, pero me encantaba su desenfado.

—Luego te busco.

Se marchó para buscar un hueco en la barra donde poder pedir las copas.

Yo me hice un hueco en la pista y empecé a moverme al ritmo de la música. Bailar siempre me había gustado y solía hacerlo en la soledad de mi dormitorio. Todavía me avergonzaba un poco bailar en un lugar concurrido, aunque nadie se fijara en mí.

—¿Te ha soltado tu amo?

Al tener los ojos cerrados no lo había visto acercarse, y que me hablaran en la oreja me sorprendió.

¿Cómo no iba a ser Nico?

¿Ese hombre tenía un radar para encontrarme cuando no estaba con Yago?

—Pensaba que después de lo sucedido el otro día habías aprendido la lección.

—No sé de qué me hablas.

¿De verdad se iba a hacer el desentendido? No pensaba dejarlo estar. Necesitaba decirle lo que pensaba de lo que sucedió el otro día.

—Sabiendo que tengo novio, ¿por qué vienes a buscarme una vez tras otra? ¿Para provocarlo? No te lo recomiendo.

—Ese novio tuyo debería hacerse mirar la agresividad que tiene.

—Tú eres el único culpable por ser tan baboso —le solté sin pensármelo demasiado. Odiaba los conflictos, me ponían muy nervioso y hacían que mi timidez se disparara aún más, pero no iba a dejar que se saliese con la suya.

—No te equivoques. Pasamos juntos unas cuatro horas y en ningún momento me dijiste que te molestaba.

—Eso no te da derecho a besarme a traición.

Me alejé de él porque no lo quería cerca. Si Yago volvía y lo encontraba hablando conmigo íbamos a volver a tenerla.

—Ya, bueno… —Parecía avergonzado—, quería disculparme por eso. Bebí demasiado y me dejé llevar.

—Pensé que éramos amigos o algo parecido. —O, por lo menos, eso era lo que yo pensaba. Qué iluso fui.

—Tienes algo que me atrae irremediablemente. Siento lo del otro día.

—No te quiero cerca de mí —le avisé, separándome de él tanto como me permitían las personas que había en la pista de baile.

—Lo entiendo. Solo he venido a discúlpame y a desearte lo mejor, ¿vale?

¿Qué podía decirle? Nada, por que vi que Yago se acercaba y no tenía claro que no le lanzara las copas a la cabeza cuando lo viera de nuevo junto a mí.

Nico se volvió al intuir a quién miraba y se acercó a Yago, que se detuvo sorprendido al verlo dirigirse a él. Pude ver su desagrado desde donde estaba. Temí que pudiesen pelearse, pero Nico debió decirle algo, porque mi novio solo me miró y luego asintió con la cabeza mientras Nico se alejaba.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté cuando me entregó mi copa.

—Se ha disculpado y me ha pedido que te cuide. Es un tipo muy rarito.

Me daba igual, no lo quería cerca de mí y punto. Solo quería a Yago, que comenzó a bailar a mi lado, o a intentarlo, porque parecía que tenía dos pies izquierdos. Pero como le daba igual lo que la gente pensara de él… Pues eso, que tenía mucho que aprender de él y de su manera de afrontar la vida.



CAPÍTULO 52

Vuelta a casa

Yago

Me quedé mirando el correo que estaba leyendo sin podérmelo creer. Dicen que la gente reacciona de maneras muy diversas ante las malas noticias, y yo me quedé allí, contemplando el móvil, como si hubiese hecho un viaje astral y observara mi cuerpo desde fuera.

—No me lo puedo creer.

James, sentado a mi lado en el autobús que nos acercaba al aeropuerto para coger el vuelo de vuelta a casa, levantó sus ojos de su propio teléfono para mirarme con curiosidad ante mi tono de voz.

—¿Qué ocurre?

Lo miré sin podérmelo creer todavía.

—Manu me acaba de decir que me ha despedido.

—¿Del pub? —Se asomó para leer el mensaje como si no se fiase de mis palabras, como si yo no hubiese entendido el puñetero correo—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros, tan abrumado que ni siquiera sabía cómo reaccionar.

—Algo referente a querer darle un aire nuevo al local y poner caras nuevas.

—Bueno, no te gustaba demasiado trabajar los fines de semana, ¿no? —Porque yo se lo había oído en innumerables ocasiones—. Seguro que encuentras otra cosa mejor.

No podía dejar de pensar en qué podía haber pasado para que mi jefe tomara esa decisión tan repentina. ¿Tan descontento estaba conmigo que me despedía cuando ni siquiera estaba allí para decírmelo a la cara?

—Yago, estoy seguro de que lo que acaba de hacer ni siquiera es legal. ¿Podemos mirarlo cuando lleguemos a casa por si lo puedes denunciar? —Alzó las cejas intentando hacerme reír—. Al fin y al cabo, tienes un abogado en tu vida para velar por tus intereses.

Sabía que iba a ser un abogado muy bueno.

Ya lo pensaría con calma.

—No sé qué decirte, me ha pagado el finiquito y un mes de vacaciones completas por el despido improcedente, así que creo que se ha sabido cubrir bien las espaldas y lo ha hecho todo de la manera correcta.

—Menos despedirte —soltó James, malhumorado.

Me sorprendía que él, que intentaba no enfadarse nunca por nada, se sintiese herido porque

alguien me había despedido de un trabajo que, de todas maneras, quería dejar.

—Menos despedirme —coincidí con él—. De todos modos, ahora dispongo del dinero del bingo y del finiquito que me ha pagado. Así que no estoy demasiado desesperado por perder el trabajo.

—Bien. —Me besó la mejilla con una sonrisa—. Y siempre puedo dejarte dinero si lo necesitas.

Eso también lo sabía, aunque sería lo último que haría y él era consciente de ello. Pero me gustaba saber que él no me dejaría en la estacada si en algún momento lo necesitara.

—Madre mía, tengo un montón de correos sin leer de todos estos días que hemos estado sin cobertura… Mierda puta —soltó segundos después.

Esa vez fui yo quien lo miró sorprendido. Él rara vez decía tacos.

—¿Qué ocurre? ¿Hoy no hemos cubierto el cupo de malas noticias o qué? —Intentaba hacer una broma para quitarle seriedad al asunto. Pero, al parecer, acerté de lleno.

—Pues, al parecer, no. —Me miró con el rostro blanco por la impresión—. El bufete de abogados en el que empezaba a trabajar cuando me licenciara en unos meses me ha informado de que no van a aceptarme.

¿Todo el mundo se había vuelto contra nosotros de repente o qué estaba pasando?

—¿Eso es normal?

Me miró con el enfado pintado en el rostro.

—Ya te digo yo que sé quién está detrás de todas estas malas noticias.

Entonces lo entendí.

—¿Crees que tu padre se ha molestado en cerrarnos todas las puertas?

—Todavía no conoces a mi padre, Yago. Me corto la cabeza a que está detrás de todo esto, pero, como que me llamo James, que no me hará cambiar de opinión.

—¿Todo esto para qué? ¿Para que vuelvas a casa?

—Todo esto para hacerme entender que no va a parar hasta salirse con la suya.

Me resultaba muy difícil entender que un padre fuera capaz de hacerle algo así a su hijo.

Me hacía una idea más clara del tipo de vida que había tenido James hasta que llegó a mi casa. Me entraron unas ganas inmensas de ir a hacerle una visita al asqueroso de su padre y decirle, de nuevo, todo lo que pensaba de él. Y que si intentaba separarnos se iba a llevar una gran sorpresa.

—James…—Me volví hacia él y le levanté la barbilla con los dedos para que me mirara. Sus ojos verdes estaban apagados y preocupados—. Canijo, estoy seguro de que encontrarás otro bufete de abogados. Ellos se lo pierden si son tan idiotas de dejarte escapar.

—Esto me indica que es hora de hacer lo que mi abuelo siempre me decía.

Me lo quedé mirando, esperando a que me lo explicara.

—Él quería que montase mi propio bufete. Por eso me dejó tanto dinero.

—Bueno, pues ya tienes en lo que pensar de aquí a que nos graduemos. —Ahora fui yo el que lo besó en la mejilla para intentar reconfortarlo.

—Yago —dijo con suavidad.

—Dime.

—¿Me prometes que no vas a dejarme por mucho que mi padre intente separarnos?

—¿Crees que tu padre va a intentar separarnos? —¿A tanto llegaba el odio de ese hombre?

—Estoy seguro de que es lo que va a hacer a partir de ahora.

—Te lo prometo, canijo. Nada de lo que haga tu padre podrá separarme de ti.



CAPÍTULO 53

El hombre de su vida

James

—Bueno, ¿te enfadarás mucho si le partimos las piernas a tu padre? —Wolf bebió de su cerveza mientras me miraba.

Hacía dos semanas que habíamos vuelto del crucero y Yago empezó a trabajar en un nuevo pub de un tipo que conocía del mundo de la noche, y al cabo de una semana lo habían vuelto a despedir, pero esa vez se lo habían dejado claro.

«No tengo nada contra ti, ¿vale? Pero te has buscado un enemigo peligroso y deberías tener cuidado».

Ni siquiera sabía cómo contármelo para que no me preocupara, como si eso fuera posible.

Esa noche estábamos todos cenando en casa, aprovechando que Yago no tenía que trabajar y le habíamos contado a nuestros amigos lo que mi padre nos estaba haciendo.

—Ojalá fuese tan fácil —murmuré.

Algo me decía que ni siquiera eso iba a ser efectivo.

Empezaba a preocuparme, pero preocuparme de verdad. No sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

No era justo que Yago se viese arrastrado a nuestras mierdas.

—Quizás no sea efectivo, pero seguro que es gratificante —secundó Pili, que siempre salía en defensa de cualquiera del grupo como una gallina clueca.

Sonreí con tristeza.

Estábamos a las puertas de Navidad, y las clases empezaban justo en enero. Con el estado de ánimo que tenía no me apetecía hacer nada, ni siquiera estudiar, y eso era algo que siempre conseguía centrarme y evadirme de la realidad. Yago intentaba no darle importancia a lo que estaba pasando, pero, por más que intentaba tomárselo con calma, podía ver la preocupación en sus ojos.

¿Cuánto tiempo iba a durar eso? Yo no volvería a mi casa por ningún motivo y me negaba a dejar a Yago, pero no tenía claro que el estrés al que mi padre pensaba someternos no resquebrajara nuestra incipiente relación.

¿Quién iba a querer estar con un tío que no le traía más que problemas? Él no tenía que sufrir lo que mi padre pensara hacernos. Era un hombre legal y sencillo, muy alejado al mundo del tejemaneje que mi padre se traía entre manos.

Incluso yo había perdido la oportunidad laboral que llevaba años esperando. Estaba claro que mi padre no se iba a detener ante nada.

¿Qué sería lo siguiente?

—Bueno, ¿qué vais a hacer estas Navidades? —Agradecí que Luis cambiara de tema. Aunque tampoco tenía respuesta para eso.

No había hablado con Yago de lo que íbamos a hacer esas Navidades.

Él cenaba con su familia todos los años y no quería que se quedara en Madrid por mí, porque yo me negaba a ir a casa de mi familia y aceptar la invitación que me habían enviado por correo, ya que me negué a cogerle el teléfono las veces que me había llamado.

¡Qué lio todo!

Todos se iban con sus familias a pasar las fiestas.

—Podemos quedar juntos para el año nuevo, por ejemplo —ofreció Pilar, mirándonos a todos de manera alternativa. Me guiñó el ojo cuando llegó a mí. Supe que lo decía porque sabían que yo me iba a quedar solo en Madrid.

—Nosotros nos vamos a pasar las fiestas a mi casa —soltó Yago.

No tenía ni idea de eso. Lo miré sin tener claro a qué se refería.

—¿En serio?

Sonrió y me cogió la mano para entrelazar nuestros dedos.

—Sí, mi madre me ha llamado hace un rato y les he prometido ir a pasar las fiestas con ellos. Estás oficialmente invitado.

—¿Y qué vas a decirles cuando nos pregunten qué somos?

No quería que nadie más nos despreciara, y mucho menos su familia.

—Les diré que eres el hombre de mi vida, James. Justo lo que eres, ¿no?

Me enterneció como solo él sabía hacer. Lo atraje hacia mí y lo besé con ternura. Tiré de su labio con suavidad cuando nos separamos y él gimió en mi boca.

—Sois tan dulces que dais asco —soltó Andrés, que se acabó la cerveza de un trago.

Las cajas de las pizzas hacía tiempo que estaban vacías.

—¿Voy a conocer a mis suegros? —Me puse extrañamente nervioso. Nunca había tenido nadie a quien impresionar, estaba acostumbrado a pasar desapercibido y, por primera vez, me iba a importar conocer a la gente. ¿Y si no les gustaba? ¿O pensaban que no era suficiente para su hijo? ¿Me culparían de lo que estaban haciendo mis padres?

—James…, James… —Miré a Yago, que me miraba divertido—. Respira, ¿vale? Solo tienes que respirar. Sabes que les vas a gustar tanto como a mí. Todo saldrá bien. Relájate.

Mientras los demás se reían de mis nervios yo intenté relajarme y tuve que sonreír con ellos.

—Nadie que te vea con esa mirada inocente y esa sonrisa tan tierna podría odiarte, y mucho menos caerle mal, James. —Pili me dio un beso en la mejilla. Esa mujer me gustaba cada vez más—. Relájate. Su familia es muy buena gente. Y estoy segura de que les vas a encantar. No te preocupes por eso.

Pero era más fácil decir que hacer.



CAPÍTULO 54

Bienvenido a la familia

Yago

—¿Estás bien?

Estábamos en la puerta de casa de mis padres. Era el día antes de Nochebuena y por fin había convencido a James de venir a casa para pasar las navidades con mi familia en un pueblo de Burgos.

—Aún puedo irme sin que nadie se dé cuenta, Yago. —Habló en voz baja, supuse que para evitar que lo oyeran desde dentro. Lo acerqué a mí y lo besé con suavidad en los labios, tiernos y mullidos, porque sí, porque me apetecía y porque intenté quitar todas las dudas de su linda cabecita.

—Escucha, les caerás muy bien a todos, ya lo verás.

—¿Prometes no dejarme solo?

¡Pobre! Qué mal parecía estar pasándolo. Pero estaba seguro de que, cuando los conociera a todos, se le pasaría. Mi familia eran una panda de metomentodos, sobre todo mi hermana Margarita, pero lo iban a adorar tanto como yo. Si no intentaba ligárselo antes. Y mi hermano Teo iba a su bola y pasaba de todo, así que…

—No te dejaré solo, ya lo sabes.

La puerta se abrió y mi madre nos regaló una gigantesca sonrisa cuando nos vio a los dos en la puerta con las maletas en el suelo.

—Ya sabía yo que eras tú el que estaba cuchicheando en la puerta.

La abracé, porque no me había dado cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

—¡Mamá! ¿Nos estabas espiando?

La acomodé en el hueco de mi cuello, ya que le pasaba una cabeza y la apreté contra mi pecho por lo mucho que me alegraba de verla.

Mi madre Marga —la llamábamos diferente para distinguirla de mi hermana— se retorció para que la soltara. La alcé en brazos solo para hacerla rabiar.

—¡Bájame! Deja que salude al chico. No seas maleducado.

Me abrazó más fuerte y se río en mis brazos. Su risa cerró por un momento las heridas de mi corazón con todo lo que nos estaba pasando. La solté a regañadientes.

—Tú eres James. —Le sonrió y mi chico le devolvió la sonrisa algo tímido—. Eres mucho más guapo de lo que mi hijo me había contado. Bienvenido.

Se acercó a abrazarlo y, como me temía, James se sonrojó.

—¿Le has hablado a tu madre de mí? —me preguntó en voz baja, como si no pudiese oírlo.

Eso nos hizo reír. Mi madre lo soltó y le acarició la mejilla con suavidad. Como le gustaba hacernos a todos sus hijos.

—Aquí todos hablamos de todos, ya nos irás conociendo. Pasad, anda, que tu hermana estaba histérica al ver que no llegabais.

—No estaba histérica, exagerada.

Mi hermana se lanzó a mis brazos en cuanto entramos con las maletas en la mano. Solté la mía para poder abrazarla.

Vi la media sonrisa de James mientras ella me seguía abrazando y parloteaba sin parar. Supuse que se estaría imaginando lo diferente que eran en mi casa con su propia familia, a la que ni siquiera iría a ver en Navidad. ¡Qué injustos eran con él, por Dios!

—Pensábamos que ibas a llegar antes y no he querido salir para esperarte, ahora ya es la hora de cenar, pero podemos salir luego a tomarnos algo…

—Deja respirar a tu hermano, por lo menos —soltó mi madre para chinchar a mi hermana, que bufó sin darle importancia.

—Estáis agobiando al chico —dijo mi padre, que asomó la cabeza desde el salón. Se acercó a nosotros y le tendió la mano a James, que se la estrechó con timidez—. Yo soy Fran, bienvenido a la familia, hijo.

—Gracias.

—No hagas mucho caso a estos locos, que parece que hace años que no se ven. Son un poco intensos —intenté justificarlos.

—¿Solo un poco? Yo soy Teo.

Mi hermano también se acercó a saludarlo mientras yo me soltaba de mi hermana, que lo miraba sin disimular su curiosidad.

—Madre mía, Yago, es un bomboncito.

James me miró mortificado. Estaba seguro de que nunca había pasado tan mal rato como en ese momento. Se removió en el sitio, inquieto, como si estuviese pensando en salir corriendo.

—Deja de agobiarlo, por favor —reñí a mi hermana, aunque sabía que sería inútil. No dejaría de decir lo que pensase en voz alta.

—Yo soy Marga. —Lo miró con cariño y le sonrió, sabía que le salían los mismos hoyuelos que a mí y supe que James se había dado cuenta cuando le sonrió a su vez con desgana, como si no hubiese podido resistirse a saludarlos—. Bienvenido a la familia. Ni te imaginas las ganas que tenía de conocerte. ¿Puedo abrazarte?

James amplió su sonrisa y solo asintió con la cabeza antes de abrir los brazos con timidez. Mi hermana prácticamente lo derribó cuando lo abrazó con fuerza.

—Encantado de conoceros… a todos —soltó él con la cara enterrada en el pelo de mi hermana.

Bueno, las presentaciones no habían ido demasiado mal.

—Te hemos preparado la casa de la abuela para que podáis tener intimidad —nos soltó mi madre minutos después—. Hemos pensado que estaríais más cómodos los dos solos durmiendo allí. Pero las comidas ya sabes que las hacemos siempre todos juntos —dijo, poniéndose seria de repente.

—No entiendo la necesidad de quedarse los dos solos allí cuando su habitación está libre —se quejó mi hermana.

—Así podrán descansar un poco de ti —le chinchó mi hermano pequeño.

—Qué tontería, como si no pudiera entrar a verlos cada vez que quiera.
Su sonrisa me dio escalofríos, de verdad que sí.



CAPÍTULO 55

Confidencias

Yago

Nos fuimos a deshacer las maletas a nuestra habitación, que había sido la habitación que yo tenía en casa de mi abuela cuando era pequeño y me quedaba allí con ella. Las casas estaban conectadas por los patios, por los que podías pasar de la cocina de una casa a la de la otra sin tener que salir a la calle.

Le agradecí a mi madre el gesto de querer darnos intimidad, no por mí, sino por James.

Mi madre sabía que era un poco tímido y ella misma decidió comprar una cama de dos por dos y sustituir la que había en la casa de mi abuela. La casa pertenecía a mis dos hermanos ya que ella me dejó dinero para que comprara la mía de Madrid. Como yo vivía allí, ella decidió que me venía mucho mejor para no tener que pagar los alquileres de la capital. La seguía echando mucho de menos. Yo había sido siempre su ojito derecho, supuse que por haber sido el primer nieto. También fue la primera persona con la que me sinceré y le conté que era gay, ya que siempre tuve una relación muy estrecha con ella.

—Me ha gustado tu familia. —James estaba sacando sus camisas de la maleta y colocándolas en el ropero para que no se arrugaran demasiado.

—Son un poco intensos —reconocí con una sonrisa.

—No hay duda de a quién te pareces tan cariñoso.

En mi familia todos teníamos esa necesidad de tocar a los demás mientras hablábamos. Sé que a mucha gente le desagradaba que lo tocaran, pero mi familia no parecía darse cuenta.

—Sí, bueno... Mi hermana es la peor de todos, no te cortes en decirle que te deje en paz si se pone demasiado preguntona.

—¿Cuántos años tiene?

Se sentó en la cama para mirarme mientras yo terminaba de deshacer mi maleta. Preferí sentarme a su lado.

—Va a cumplir dieciocho pasado mañana, y mi hermano Teo tiene diecisiete. Ambos están en el instituto todavía.

—¿Estudiarán en Madrid?

—Mi hermano sí, porque quiere ser programador informático, mi hermana quiere hacer ingeniería aeroespacial, pero no sabe si tendrá la nota.

—Se irán al piso contigo, supongo.

Supe lo que estaba pensando.

—James, nada es seguro todavía, ya lo iremos viendo, ¿vale?

Sabía que su cabecita estaba sacando conclusiones.

—Vale, no tengo problemas en buscarme otra cosa, ya lo sabes.

¿Por qué coño no me había quedado calladito? Lo que menos quería era meterle más presión, y menos por algo así.

—Ya lo vemos cuando llegue el momento. ¿Quieres darte una ducha antes de bajar a cenar?

Lo vi estremecerse y sonreí. Ya no recordaba el frío tan espantoso que hacía en esa casa en invierno, y más en ese momento, que estaba desocupada. Aunque habíamos encendido la calefacción hacía muchísimo frío en la habitación, así que el baño tenía que ser una nevera con pingüinos vivos.

—¿Ducharme? —Me miró con ojos espantados—. Estoy congelado —reconoció con una sonrisa malvada—. Creo que me voy a meter en la cama con ropa y todo.

—No seas exagerado. Luego prometo calentarte. —Le di un golpe juguetón en el hombro.

—¿En serio? —Me siguió el juego con una enorme sonrisa—. ¿Aunque me quede sin ducharme?

—Siempre podemos bañarnos con agua muy caliente, ya sabes…

—Creo que esta semana vamos a estar de abstinencia total.

Levanté una ceja, sorprendido. ¿Estaba de coña?

—¿Y eso por qué?

—Tengo los huevos tan encogidos por el frio que creo que se me han metido para dentro. Voy a servirte de poco —reconoció algo turbado.

Me arrancó una carcajada y se rio conmigo. Era cierto que hacía mucho frío, pero ya me encargaría yo de calentarlo.

—Te prometo que no vas a pasar frío. De hecho, conseguiré que pases mucho calor.

Lo besé con suavidad. Una vez. Dos. A la tercera vez, el beso se volvió mucho más intenso, como nos pasaba siempre que nos besábamos. Éramos como el papel y la cerilla, nos bastaba rozarnos para crear una inmensa hoguera. Me tumbé sobre James sin dejar de besarlo y alineé mi pelvis con la suya hasta hacerlo gemir por el roce de nuestras pollas a través de los vaqueros.

—¡Mamá dice que la cena está lista!

Nos separamos de inmediato ante el grito de mi hermana.

—Vamos a tener que dejar esto para más tarde —dije, besándolo por última vez antes de entrar en el baño para intentar recobrar la compostura.

—¡Ya vamos! ¡Tardamos cinco minutos! —le grité a mi hermana para que no subiera y nos pillara con la tienda de campaña montada.

—Vale. Dejad los arrumacos para después.

Oí gruñir a James y entré al baño con una sonrisa.

Después de todo, iba a ser divertido estar allí.

Y a James le iba a venir muy bien conocer una familia en condiciones por una vez en la vida.



CAPÍTULO 56

Y por la noche…

James

—Madre mía, James ¿qué ha pasado? ¿Has discutido con Yago?

Me sobresalté al oír a Marga en el salón, donde me había ido a sentar tras despertarme de una pesadilla esa noche.

No quise despertar a Yago, así que me puse un chándal para huir del frío que hacía a las dos de la madrugada en esa casa y bajé al salón, intentando calmarme un poco.

No me esperaba que la madre de mi novio me pillara llorando a moco tendido. Ya era tarde para intentar disimular mis lágrimas, así que me las limpié y le sonreí en la oscuridad de la noche. Venía en pijama de cuadros azules y traía un paquete de tabaco y un encendedor en una mano.

—A veces vengo aquí a fumar para que ninguno me pueda dar la tabarra —me explicó, se sentó a mi lado y se encendió un cigarrillo. Estábamos delante de la ventana del salón, en un incómodo sillón que había conocido días mejores, y podía verla por la luz que entraba de la calle.

—No deberías fumar. —No sé por qué le dije eso, quizás porque esperaba que ignorara el momento tan bochornoso en el que me había pillado.

—Lo sé, pero solo me fumo dos al día y normalmente aprovecho que los niños no estén en casa. ¿Qué ha ocurrido, Jamie?

Me hizo gracia que me llamara con el mismo diminutivo con el que Yago lo hacía a veces.

—No es nada. Soy un idiota —reconocí avergonzado.

—Puedes contármelo, ¿sabes? Ahora eres parte de mi familia y siempre viene bien contar los problemas.

Me la quedé mirando en el silencio de la noche y cuando me sonrió para darme ánimos, pude ver en ella la misma sonrisa que veía en Yago, hasta con sus mismos hoyuelos, y deseé que mi madre me hubiera sonreído así, aunque hubiese sido una vez en la vida.

¿Por qué era todo tan complicado?

—Mi padre se está dedicando a amargarnos la vida a Yago y a mí —reconocí en voz baja.

Me preparé mentalmente para marcharme si ella me lo pedía. Entendería que protegiese a su hijo, al fin y al cabo, era lo mismo que quería hacer yo. Protegerlo para que la mierda que me rodeaba no le salpicara a él.

—¿Por qué?

—No está muy contento de que sea gay y me echó de casa como si fuese un perro.

Hasta que no lo dije en voz alta no me di cuenta del rencor que le tenía y del dolor tan hondo de mi corazón.

—Siento que te tengas que encontrar homófobos en tu propia familia. Esa lacra de la sociedad está siendo muy difícil de quitar. Yago tampoco tuvo una vida fácil antes de encontrarte a ti. No sé si te lo ha contado. —Exhaló el humo con suavidad, apartándolo de mi cara por si me molestaba. El gesto me gustó.

Negué con la cabeza porque nunca habíamos hablado de ese tema.

—Le hicieron bullying en el instituto. Él nunca ha ocultado su orientación sexual, ha sido muy valiente al respecto, quizás debería contártelo él.

—¿No vas a pedirme que me aleje de tu hijo? —Se me encogió el corazón por la angustia de que me pidiera eso justamente. Pero, si lo hacía, la entendería perfectamente.

—James, no puedo pedirte que lo dejes cuando te mira del modo en el que lo hace.

Mi corazón saltó en mi pecho y le hice la pregunta que más me aterraba de todas.

—¿Cómo crees que me mira?

—Como si fueses todo su mundo y como nunca lo he visto tan feliz, no puedo pedirte que lo abandones y le rompas el corazón. Está claro que os amáis, así que solo voy a pedirte que, por favor, tengáis cuidado. Los dos.

Asentí, intentando controlar las lágrimas que amenazaban con volver a desbordarse, pero ahora por un motivo diferente.

—No conozco a tu padre ni a tu familia —continuó diciendo ella y, para mi sorpresa, apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal que estaba en el brazo del sillón y me abrazó con fuerza. Olí el suavizante de su camiseta del pijama y el gel de ducha en su cuello, que era el mismo que había saboreado horas antes en el cuerpo de Yago—, pero estoy segura de que todo se arreglará. Y no te guardes los problemas para ti solo, ¿vale? Llámame cuando quieras hablar y, por favor, cuida de mi hijo.

—¿James?

La voz de Yago nos sorprendió mientras seguíamos abrazados. Parecía que se había despertado y se sorprendió de no encontrarme en la cama. Los dos miramos hacia arriba a la vez.

—Ahora subo. He bajado a por un vaso de agua.

—La cama se ha quedado helada, así que tendrás que venir a calentarme.

Yo me sonrojé al oír a su madre riendo bajito. Gracias a Dios esperaba que con la oscuridad del salón no se hubiese dado cuenta.

—Ve, anda. —Me dio un beso en la mejilla y por una vez sentí lo que debería sentir un niño cuando su madre lo besaba: que todo saldría bien y una inmensa sensación de calma—. Y recuerda que no estás solo en esto. Ahora tienes una familia que os respalda a ambos.

—¿Qué puedo comprarle a Margarita para su cumpleaños? —Se me ocurrió de repente. Su hermano me había dicho que sería en un par de días.

—No deberías molestarte, pero adora la bisutería, las pulseras de plata y esas cosas. Cualquier cosa que venga de ti le gustará. Estaba deseando conocerte y le has caído genial.

Me levanté para subir al cuarto de nuevo.

—Gracias, Marga.

—A ti, por hacer feliz a mi hijo. Sube con él, anda. Nos vemos mañana.



CAPÍTULO 57

Desayunos compartidos

Yago

—Mi madre nos ha comprado magdalenas de chocolate, cápsulas de capuchino para ti y el té que sabe que me gusta para que desayunemos aquí tranquilamente. —Le señalé la encimera de la cocina, donde estaban todos los alimentos para que los encontrásemos sin problemas.

James sonrió al ver las magdalenas, como si hubiese visto un tesoro. De verdad que lo suyo con esas dulces no era normal. Llevaba un jersey negro de lana de cuello alto y unos vaqueros de pitillo con sus deportivas blancas. Aún llevaba el pelo negro mojado por la ducha que nos habíamos dado esa mañana, ya que por la noche no hubo manera de convencerlo para ducharnos por más que intenté tentarlo con un baño compartido. Acababa de descubrir lo friolero que era.

—Te quejarás de lo que te mima tu suegra.

Comencé a preparar el agua caliente para mi té mientras le hacía su café. Él sacaba los platos y cucharas para desayunar. No me apetecía hacerme tostadas para mí solo, así que me comería una magdalena gigante de las que mi madre había traído.

Ni dos minutos tardaron en abrir la puerta de la cocina que enlazaba al patio comunitario con mi casa; mi madre y mi hermana entraron decididas.

—Buenos días, cuñado. Buenos días, hermanito.

Levanté una ceja cuando cogió una de las magdalenas y se sentó a la mesa tranquilamente.

—¿Me preparas un capuchino a mí también? Gracias.

—Yo quiero un té de esos que te salen tan buenos. —pidió mi madre, dándome un beso en la mejilla y otro a James, que le sonrió con ternura. Me encantaba que apreciara a mi chico.

—¿Las señoras quieren algo más? —bufé, sorprendido de que nos hubiesen pillado desde tan temprano. No iba a librarme de mi hermana en todo el día—. Qué morro tenéis. Y tú, deja de comerte las magdalenas.

—No seas avaricioso, luego se compran más —soltó mi hermana sin hacerme ni puto caso—. ¿Qué planes tenéis para hoy?

James cogió el café que le ofrecí y se sentó con las mujeres de mi casa mientras yo terminaba de hacer el otro café y dejaba reposar los tés unos segundos en las tazas. Me senté con ellas, ofreciéndoles las bebidas a las mujeres. Cogí una magdalena mientras James se acababa de comer la primera y probaba su café. Me miró consternado.

—No le he puesto azúcar —recordé, levantándome para cogerlo—. Toma.

—Iremos a comprar los regalos para Papá Noel —dijo él.

Era la primera noticia que tenía.

—¿Iremos a comprar regalos? —Probé mi té y asentí satisfecho. Estaba buenísimo.

—Guay. ¿Puedo acompañaros? —Mi hermana se recogió el flequillo rubio para apartárselo de la cara. Aún iba en pijama. Uno rosa con la silueta negra Betty Boop en la camiseta. Mi madre llevaba un chándal celeste y se había recogido el pelo, también rubio, en una coleta alta.

—Ahora no, pero sí te necesitaré para esta tarde —le dijo James, y le guiñó el ojo con camaradería.

Yo los miré sin tener ni idea de lo que estaba pasando.

—¿Vamos a estar todo el día comprando regalos? —Con el frío que hacía. ¿Por qué nadie me lo había dicho?

—Yo iré a comprar regalos —dijo él sin inmutarse—. Tú puedes hacer lo que quieras. Además, solo vendrás conmigo por la mañana, por la tarde vendrá tu hermana. Para lo que quiero hacer… tú no puedes venir.

Y se quedó tan ancho.

Ya habíamos hablado de eso. Habíamos quedado en que no íbamos a comprarnos regalos ese año. Bastante se había gastado ya en mí y no quería que se gastara nada más. Yo aún estaba pensando en lo que podía comprarle. Se lo pensaba dar para Reyes, pero, al parecer, al estar en mi casa, le había trastocado sus planes y decidió dar los regalos para Papa Noel, o sea, para el día siguiente por la mañana.

Lo conocía lo suficiente como para saber que no iba a permanecer una semana en mi casa sin agradecerles el gesto, aunque fuera con la excusa de Papá Noel.

—James, no tienes que comprarnos nada. —Mi madre se olió el tema también.

—Suerte con eso —le dije mientras me terminaba de beber mi té y me comía una magdalena que, por cierto, estaban buenísimas—. ¿Dónde las has comprado?

Mi madre decidió comerse la última que quedaba.

—Un día es un día y, además, hoy es Nochebuena. En la panadería de la plaza Mayor. Las hacen muy ricas.

—Os las habéis comido todas —les recriminé al ver la bandeja vacía.

—En casa hay más —dijo mi hermana, que se terminó de beber su café—. Creo que mamá acabó con todas las que tenían, así que no te preocupes, que tu amorcito no se queda sin magdalenas.

Mi hermana consiguió sacarme los colores y me di cuenta de que era excesivamente protector con James, el cual, sonreía, encantado de la vida.

—¿Te hace gracia? —le pregunté de mal humor. Ni caso.

—Si has terminado, ¿podemos irnos?

No se le borró su sonrisa insolente de la cara y decidí vengarme, así que me puse de pie y le sujeté las mejillas para poder besarlo a mi antojo, como me gustaba. Él se rindió a mi beso y me lo respondió sin recordar que teníamos público. Lo solté a regañadientes. Sabía a chocolate y tuve que reconocer que se había convertido en mi dulce favorito.

—Ahora sí.

—Mira que eres empalagoso —dijo mi hermana, entre asqueada y divertida.

James se había sonrojado con intensidad y evitaba mirar a mi madre, que sonreía satisfecha de verme tan feliz.

—Comemos a las dos, así que marchaos ya y no lleguéis tarde.



CAPÍTULO 58

Un regalo para toda la vida

Yago

No sabía por qué me había despertado tan temprano el día de Navidad, pero apenas había amanecido y en la habitación hacia un frío de muerte. Me tapé mejor con el pluma de la cama y me acurruqué junto al cuerpo calentito y desnudo que tenía junto a mí. James suspiró, pero no se despertó.

Sonreí al recordar lo sucedido el día de Nochebuena. Bueno, para ser más exacto fue un día lleno de emociones. Nos pasamos la mañana comprando los regalos para mi familia.

A mi padre le compramos una nueva caña de pescar, ya que le gustaba ir a por la cena al río de vez en cuando, así que decidimos comprarle una caña nueva y un baúl lleno de aparejos de pesca. Como ninguno de nosotros teníamos idea de pescar, nos tuvimos que fiar del tipo de la tienda, que debió vernos con cara de panolis y nos vendió todo lo que él consideró oportuno.

A mi madre le compramos un reloj de *Swarovski*, con la correa de acero en blanco y rodeada de pedrería, ya que le gustaba esa marca de complementos.

El regalo de mi hermano fue más fácil, ya que, al parecer, llevaba tiempo pidiendo una nueva Nintendo y decidimos comprarla entre todos. Nosotros, además, le compramos el nuevo *Fifa.*

Discutimos con el regalo de mi hermana. Entendía que yo no pudiese gastarme dinero en una pulsera de Cartier, pero me explicó que no podía quitarle el capricho de regalarle a su cuñada algo que sabía que la volvería loca.

—James, no necesitas comprarle algo así para que te quiera —insistí al ver que estaba decidido y ya había entrado en la tienda y todo.

Pensé que quería agradecer a mi familia su recibimiento comprándoles regalos y no entendía que no tenía necesidad de hacerlo.

—¿Por qué no puedo hacerle un regalo a tu hermana de algo que me haría inmensamente feliz que ella tuviera?

¿Como podía negarme a eso?

—Por favor, Yago, déjame hacerlo. Hemos comprado todos los demás que tú has querido y no me ha importado, pero quiero hacer esto.

El dependiente empezó a mirarme con mala cara pensando que iba a joderle la venta, y tenía toda la razón.

—Todos van a saber que yo no me puedo gastar… —Miré el precio de lo que costaban

algunas de las pulseras y bufé como único comentario. Me importaba una mierda que el dependiente me mirara con cara de querer cometer un asesinato.

—También tenemos anillos —ofreció el hombre trajeado y con mirada falsa que nos estudiaba con ojos codiciosos.

«Eso es, gilipollas, tú intenta liarlo más» susurré, mirando al tío con ojos de querer asesinarlo. En su favor diré que el vendedor aguantó el tipo sin inmutarse, aunque se dedicó a mirar a James, sabiendo que conmigo no iba a conseguir nada.

—¿Anillos?

Los ojos de James se iluminaron como un árbol de Navidad. Ya sabía quién sería el ganador.

No me equivoqué.

—¿Y dice que, si no le viniera bien, puede venir y cambiarlo por otra talla?

Ya pasaba de mí directamente y tuve que aceptar que no iba a quitarle la ilusión y que después de este regalo, mi hermana jamás me perdonaría si me atrevía a discutir con él. Supuse que a partir de ahora iba a ser su héroe para toda la vida.

—Bien, ¿y a mí qué vas a comprarme? —le pregunté cuando salimos de la tienda con el carísimo y monísimo anillo metido en su cajita y envuelto en su papel de regalo, listo para ser entregado al día siguiente por la mañana.

Me miró desconcertado.

—Me dijiste, textualmente, que me cortarías las pelotas si me atrevía a comprarte un regalo estas navidades, Yago —me recordó con tristeza y mi yo más vengativo decidió atormentarlo un poco.

Mira que era burro a veces. James estaba disfrutando de las compras de Navidad como un niño con zapatos nuevos. Era cierto que tenía dinero para enterrarnos a todos, pero esa ilusión de sus ojos no era fingida y no tenía nada que ver con tener dinero para comprar regalos. A él le apasionaba la simple idea de comprar algo para hacer felices a los demás.

—Ya, bueno, pero tras este despliegue de generosidad navideña…

Yo no quería que me comprara nada más, era en serio lo que le había dicho en su momento, pero me encantaba meterme con él.

Ya le tenía comprado su regalo, que debería estar llegando a casa de mis padres en ese momento. Listo para entregarlo al día siguiente, como habíamos acordado. Como no íbamos a estar para el día de Reyes, decidimos entregar los regalos el día de Navidad.

—¿Me regalarías una cosa que me hace ilusión?

Me lo quedé mirando como un idiota, celebrando que me pidiera algo abiertamente y mucho más un regalo específico.

—Te daría mi vida si me la pidieras —le solté en voz baja. Se sonrojó de felicidad y a mí me entraron ganas de volver a casa y follármelo de todas las maneras posibles. Que viva el romanticismo.

—No necesito tanto. —Me miró sonriente y esa sonrisa iluminó todo mi mundo, como cada vez que me regalaba aquella sonrisa sincera y tierna que me dedicaba solo a mí—. ¿Me acompañarías a ponerme un pendiente?

No sabía que se quisiese hacer un agujero en la oreja, pero me encantó que me lo pidiera a mí cuando había decidido, por fin, hacérselo.

—Claro. ¿Vamos a un estudio de tatuajes?

-He visto uno en la esquina y quiero ver una cosa.

Y allí que nos fuimos.

Llegamos a casa al mediodía para comer y luego se marchó con mi hermana, dejándome más

que intrigado. Si ya habíamos comprado los regalos para todo el mundo, ¿qué quería mirar?

—Tu regalo ha llegado esta mañana. ¿Puedo saber qué es? —Mis padres me acompañaban tomando un té, sentados en la cocina, después de que James se marchara con mi hermana. Mi hermano estaba en su habitación con los videojuegos.

—James se ha comprado una moto y le he comprado el mono, las botas y el casco.

—¿Eres feliz, Yago?

Mi padre no era demasiado dado a mantener conversaciones trascendentales conmigo, o al menos no lo era cuando vivía con ellos. Por eso su pregunta personal me sorprendió. Analicé mi vida antes de que llegara James y reconocí que era como si siempre lo hubiese estado esperando a él. Había una vida antes y después de conocerlo.

—Sí, papá. No sé qué es lo que tiene James, pero me hace inmensamente feliz.

—Tu madre me ha contado que su familia está intentando amargaros la existencia. —Miré a mi madre, sorprendido de que ella conociese esa noticia, me marcó un «luego» con los labios y me centré en mi padre—. No sé quiénes son, y me alegra que este chico te haga feliz. Parece un gran hombre, Yago, solo te pido que tengáis cuidado. ¿Puedo saber qué ha ocurrido con ellos?

Se lo conté todo a mis padres porque necesitaba que me aconsejaran, como sucedía siempre que algún miembro de la familia había tenido algún problema. Ellos me escucharon hasta el final sin interrumpirme y yo acabé contándoles las últimas jugarretas de su padre, la pérdida de mis trabajos y la llamada del bufete al que James pensaba incorporarse cuando terminara los estudios y que no iba a poder ser.

—¿Cómo puede un padre tratar así a su propio hijo? —preguntó mi madre con tristeza—. Peor aún, ¿cómo puede un padre tratar así a alguien como James? Basta mirarlo para ver su alma pura, es como un niño inocente. —No podía estar más de acuerdo con mi madre. James siempre sería esa alma inocente con un corazón gigantesco que no se merecía que lo trataran con tanto desprecio.

—Por su trato exquisito me imaginaba que venía de una familia acomodada —reconoció mi padre—, pero no imaginaba que tanto. Con más motivos debes tener cuidado. Cuanto más grande y más poder tiene una persona, más daño puede hacer.

—Lo sé, papá, no os preocupéis por nosotros, estaremos bien. —Eso esperaba—. Tengo la esperanza de que pronto se canse de intentar jodernos la vida.

—Eso esperamos nosotros también. —Mi madre me besó la cabeza cuando se levantó—. Me pongo a preparar el asado para la cena. ¿Me ayudáis?

No tenía nada mejor que hacer hasta que volviera James, así que me ofrecí como pinche de cocina.

Mi hermana y James llegaron horas después. Me bastó mirar a James para saber que algo le había sucedido. Era como si sufriera un gran dolor. Su cara estaba pálida y mi hermana lo ayudaba a caminar, pero sonreía de tal manera cuando me miraba que aún me entró más curiosidad por saber qué habían estado haciendo.

—Jamie, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien? —Pensé que podía coger el coche y llevarlo a urgencias o al hospital o donde fuera.

Se sentó en el sillón del salón y mi madre vino a verlo, alarmada por mis palabras.

—Estoy bien. —Mi hermana se río bajito y él la fulminó con la mirada—. No tiene gracia.

—Un poco sí —soltó ella, marchándose a la cocina para beber agua.

—¿Qué has hecho, Margarita? —Mi madre fue tras ella y yo me senté junto a mi novio en el salón, intentando averiguar qué había sucedido.

—¿Qué te duele, James? ¿Te sientes mal? Por favor, dime algo.

No sabía lo que pasaba. Así que no tenía claro en lo que le podía ayudar. No sabía por qué me preocupaba tanto por él.

—Estoy bien, no os tenéis que preocupar.

Hasta que no nos acostamos esa noche después de cenar, no me enseñó lo que le pasaba.

Se había tatuado mi nombre en la parte derecha del bajo vientre. En un lugar donde solo se vería cuando se desnudara y que, evidentemente, solo lo iba a ver yo, o eso esperaba.

—¿Qué has hecho? —Se me saltaron las lágrimas de la emoción. Y más sabiendo lo quejica que era cuando no se encontraba bien. Me enamoré aún más de él al ver el gesto que había tenido y que llevaría con él toda la vida, o eso esperaba por lo menos.

—Quiero tenerte siempre conmigo, este es mi regalo de navidad para ti. ¿Te gusta?

Parpadeé intentando que las lágrimas que había en mis ojos no se desbordaran. ¿Cómo no iba a estar loco por él? Era lo mejor que me había pasado en la vida.

—A mí me gustas tú. Tú eres mi regalo de Navidad. Y por si no te habías dado cuenta, un tatuaje es para toda la vida -aunque ahora también se podían quitar, esperaba que no hiciese falta.

—Eso espero. Es el tiempo que pienso pasar contigo, Yago, ni un minuto menos.



CAPÍTULO 59

Feliz navidad

James

—Levantaos ya, que hay que abrir los regalos —gritó su hermana desde la cocina.

Yago gruñó y me abrazó más fuerte, besándome el hombro con suavidad, yo gruñí por la interrupción. Mi erección mañanera me pedía alivio y no iba a tener tiempo de disfrutar un rato más de mi novio.

—¿Crees que tendremos tiempo de echar uno rapidito? —le pregunté a Yago, que seguía abrazado a mi espalda.

Me acarició el vientre y se detuvo sobre el apósito protector que aún tenía sobre el tatuaje. Sabía que le había encantado y yo estaba satisfecho de ser capaz de cruzar mis límites y hacer cosas que siempre había deseado, aunque me acojonara sentir dolor. Aún temblaba al recordar el dolor de la aguja en mi piel. Menos mal que su nombre era cortito, que si no… Me sujetó el pene, que saltó en su mano, listo para jugar.

—Si seguimos a este ritmo les sacaremos punta a las pollas —murmuró divertido, y me mordió un hombro antes de destaparse para ir a la ducha—. Tenemos menos de quince minutos si no quieres que la impaciente de mi hermana se plante aquí y se acueste en medio de los dos.

—Pero mira cómo me tienes. —Le enseñé mi erección y él se me quedó mirando como si sopesara la idea de meterse en el baño o volver a la cama conmigo.

—Vente a la ducha. —Sus ojos brillaron lascivos—. Veré qué puedo hacer por ti en cinco minutos.

No me lo pensé más. Ya sabía lo que la boca de Yago podía provocarme en ese tiempo. Me encantaba empezar el día con una buena mamada mañanera.

—¿Me habéis comprado un anillo de Cartier? —El grito de su hermana nos hizo sonreír a todos —. Esto no es cosa tuya —acusó a su hermano con el dedo—. Joder, Jamie, eres el mejor cuñado del mundo.

Yago miró mal a su hermana cuando usó ese diminutivo conmigo. sabía que a él le gustaba llamarme así, pero seguro que se había dado cuenta de que su madre también lo usaba.

Margarita me abrazó con fuerza y, por supuesto, me sonrojé. Porque sí, porque eso era ya parte de mi seña de identidad, y aunque mi timidez estaba mejorando mucho, no podía dejar de sonrojarme como un idiota.

—Oye, que yo también he participado, mala hermana.

Lo abrazó y le besó después de soltarme a desgana. Si no fuese su hermana, sentiría celos de que lo quisiese tanto.

—Gracias a ti también. Ahora tenéis que abrir nuestro regalo comunitario.

Ya habíamos abierto todos los regalos. Su padre nos agradeció su caña nueva, encantado y deseando ir a probarla, y a su madre le encantó el reloj. El grito de su hermano al recibir la consola y el juego fue señal suficiente para saber que le había gustado.

Mi cuñada me había regalado unas zapatillas. Al parecer, Yago le había contado sobre la obsesión que tenía por las deportivas. Había sido mi primer regalo de Reyes que no hacían por compromiso y me sentí extrañamente emocionado.

—¿Regalo comunitario? —Yago miró a su familia extrañado. Yo me encogí de hombros, deseando ver qué nos habían comprado entre todos. Me había dado cuenta de que me encantaba recibir regalos.

Su madre nos entregó una caja algo más grande que una de zapatos, con un ridículo y gigantesco lazo rojo.

—No la vayas a sacudir —avisó cuando la dejó en las manos de Yago.

Me incliné para ver de primera mano lo que había dentro.

Un gatito completamente negro con las puntas de las patas blancas y los ojos más verdes que había visto nunca se asomó por el borde.

—¿Es un gato? ¿Nos habéis regalado un gatito? —Estuve a punto de tirar a Yago al suelo por las prisas que me entraron para cogerlo con un cuidado infinito y sacar al animal de la caja. Me lo acerqué a la cara para verlo mejor y besé la diminuta cabeza con ternura. Sonreí a su familia, agradecido.

—Ni que decir tiene lo mucho que le ha gustado. —Yago me miró sonriendo, divertido—. Gracias.

—Siempre he querido tener un gato —solté emocionado.

—Pues ya lo tenéis —dijo Marga.

—Tenemos que ir a comprarle comida… y cosas —¿Qué necesitaban los gatos? Comida, el sitio ese para que hiciesen sus necesidades y… Madre mía, casi no podía respirar de la emoción.

—En la habitación tenéis todo lo que se nos ha ocurrido que puede necesitar. Comida, arenero, arena, transportín y algunos juguetes para que se afile las uñas.

Me acomodé al gato en el cuello para oírlo ronronear y los miré agradecido.

—Gracias.

—Ahora solo falta mi regalo —soltó Yago y me entregó una caja enorme que había permanecido en un lado mientras se entregaban los demás regalos.

—¿Es para mí? —Lo miré desconcertado—. Pensé que habíamos quedado en que no nos regalaríamos nada más.

—Pues pensaste mal —dijo con una sonrisa—. Ábrelo, anda.

Me quedé de una pieza mientras sacaba el mono, las botas y el casco que me había comprado para la moto.

—¿Es para mí? —repetí como un idiota, sin poder apartar los ojos del casco negro, a juego con la moto. El mono era rojo y negro. Todo conjuntado.

—Claro, no puedes comprarte una moto sin la equipación correspondiente.

—Prometedme que tendréis cuidado. —Su madre me miró—. Sobre todo, tú, que todavía no tienes el carné.

—Te lo prometo. —Besé a Yago en la mejilla con suavidad—. Gracias, me encanta.

Él asintió y me acarició la mejilla. Estaba siendo el mejor día de mi vida y las mejores Navidades de la historia.

—Aún falta un regalo —Yago me miró sorprendido, en ese momento llamaron a la puerta. Miré la hora y sonreí enigmático—. Y acaba de llegar. ¿Venís a verlo?

Todos me siguieron con diferentes caras de curiosidad.

Había un hombre que me entregó la llave de la nueva moto que acababan de descargar de un remolque.

—Aquí tiene, que la disfrute.

Le enseñé las llaves a Yago, que miraba la moto con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—Acaba de llegar nuestra nueva moto —anuncié con una sonrisa.

—¿Nuestra? —repitió alucinado.

—Nuestra —corroboré—. Te recuerdo que ni siquiera tengo el carné. Así que, mientras me lo saco, vas a tener que conducirla tú.

—Guay. —Fue lo único que me dijo mientras los demás alucinaban con lo chula que era la moto eléctrica.

Nos pasamos el día de Reyes dando paseos a toda la familia por las calles del pueblo.



CAPÍTULO 60

Quien golpea primero…

James

Mi padre me había sorprendido mucho atreviéndose a hacer lo que hizo. Hablar para que nos despidieran en el caso de Yago, o que no me dejaran trabajar en el bufete. Había sido una muy mala idea por su parte.

Siempre le tuve miedo.

Mi padre no era un enemigo al que pudieras darle la espalda y menospreciar, ya que era como un animal rabioso que nunca sabías por dónde te podía atacar.

Estar tantos años de fiscal le había dado las armas y conocimientos suficientes como para saber dónde golpear al enemigo para herirlo de muerte, pero con nosotros se había equivocado.

Al salir de su línea de influencia me di cuenta de que había dejado de tenerle miedo y que no iba a permitirle que nos hiciera lo que le diera la gana.

Así que, tras pasar las mejores Navidades de mi vida, habíamos vuelto a la ciudad dos días antes de Nochevieja, cuando posiblemente volveríamos al pueblo a pasarla con la familia de Yago. Una fría mañana de lunes me planté en el bufete de abogados de mi padre para decirle lo que pensaba de su mala idea de atosigar a todos nuestros jefes para que nos despidieran.

No pensaba dejar las cosas como estaban y, por primera vez en mi vida, le iba a demostrar a mi padre que, si quería guerra, la iba a tener.

—Buenos días, Penélope. —Su secretaría me miró sorprendida de encontrarme allí. Hacía mucho tiempo que no pisaba su despacho.

—Hola, James. ¡Qué sorpresa! ¿Tu padre sabía que ibas a venir? —Miró la puerta de la sala de reuniones donde parecía estar reunido, claramente sin saber si avisarle o no.

—No, serán solo unos minutos. —Me acerqué a la puerta para no darle opción a que lo avisara —. Será una sorpresa.

No se imaginaba cuánto.

Entré sin llamar a la puerta y todos los presentes en la sala, tres personas, aparte de mi padre, me miraron curiosos. Mi padre parpadeó sorprendido porque me atreviera a interrumpirle de ese modo en su lugar de trabajo.

—¿James? ¡Qué sorpresa! No sabía que ibas a venir. —Me evaluó, intentando adivinar lo que me proponía plantándome allí sin avisarle.

—Pasaba por aquí y he decidido hacerte una visita. —Entré y saludé al que era el economista

familiar desde hacía un montón de años. Leo, que así se llamaba, me saludó también con un gesto de cabeza—. Estoy seguro de que a ellos no les importará dejarnos a solas unos minutos.

—¿No puedes esperar? Como ves, estaba reunido.

No pensaba dejarlo reaccionar. Cuanto antes hiciese lo que había venido a hacer, antes me marcharía.

—Será solo un minuto. Si nos disculpan… —Abrí más la puerta y todos los que estaban en la sala se levantaron y marcharon en silencio, mirándose los unos a los otros para ver si alguien sabía lo que estaba sucediendo.

—Bien, ¿qué coño quieres?

La elegancia de mi padre lo abandonó en cuanto nos quedamos solos. No pensaba achantarme por eso.

—Quiero que pares de una vez. Sé lo que estás intentando hacer y no te va a dar resultado.

—¿Estás seguro de que tu amiguito el maricón va a seguirte el ritmo? ¿Cuánto crees que aguantará antes de mandarte a la mierda? No pienso parar hasta que vuelvas a casa y te dejes de jueguecitos.

Lo miré, evaluando su reacción. Parecía envejecido desde el mes que hacía que no lo veía y el traje parecía habérsele quedado grande.

—Si no supiera que no me quieres en casa, a lo mejor me creía tus pantomimas, pero como los dos sabemos que esto no lo haces por lo mucho que me hechas de menos, dime… ¿qué es lo que en realidad quieres de mí, papá? —De repente lo entendí. Fue una especie de iluminación, pero lo vi claro como el agua—. ¿Es por el dinero del abuelo? —Su cara me demostró que había acertado de lleno—. ¿Estás haciendo todo esto por dinero? Si no te conociera pensaría que te hace falta, pero resulta que sé el nivel de vida que os gusta llevar a todos en casa…—Me callé y lo miré curioso. Entonces conseguí entenderlo todo—. Necesitas el puto dinero, por eso quieres que vuelva a casa. Tu pozo se ha secado y ahora esperas meter la mano en el mío.

—Mi padre no ha podido dejarte toda su fortuna a ti, que no eres nada, y no mereces ese dinero que ante todo tenía que ser mío, ¿me oyes? Así que devuélvemelo y dejaré que sigas viviendo tu asquerosa historia de amor degenerado.

No iba a darle el gusto de que supiera lo que me dolían sus palabras. Ahora era yo el que me sentía poderoso sabiendo que tenía algo que él deseaba con fuerza.

—¿Sabes qué es lo que pasa? Para que tu propio padre no te haya querido dejar su fortuna y haya pasado a mis manos, hace que me piense muy bien qué hacer con su legado. Estaba claro que él era la única persona en casa que realmente me quería por quien era y se ha preocupado por mí, y solo por el cariño que yo le tenía no pienso devolverte el dinero, porque legalmente es mío, él quería que lo tuviera yo y antes prefiero dárselo a la beneficencia que a ti. Así que ya sabes lo que hay. —Me dirigí a la puerta para marcharme después de haberle dejado claro lo que pasaba —. Si vuelves a acercarte a nosotros iré a por ti con todo el peso de la ley. Te recuerdo que tú eres abogado, pero yo también, y puedo golpearte donde más te duela.

—No tienes idea de con quién te estás metiendo.

Era posible que no tuviera una idea clara, pero lo que no pensaba hacer era quedarme de brazos cruzados esperando que nos destrozara la vida. Le devolvería golpe tras golpe.

—No te equivoques, al parecer el que no tiene ni idea de con quién se está metiendo eres tú. A partir de ahora te devolveré cada golpe que nos des. ¿Te ha quedado claro? Pues avisado estás.

Salí del despacho cerrando la puerta de cristal con un fuerte portazo.

¡Se acabó lo de tenerle miedo!

Pero lo que estaba claro es que no se iba a amedrentar ante mí. Acabábamos de declararnos la

guerra. La pregunta era: ¿quién de los dos sería mejor estratega?



CAPÍTULO 61

Quien golpea segundo…

Yago

Hacía apenas unos minutos que James se había marchado a la autoescuela para hacer las prácticas de la moto cuando sonó el timbre de la puerta. Yo estaba en la habitación estudiando y maldije a quien fuera que venía a esa hora para entretenerme y no dejar que me concentrara en los estudios.

—Ya va, ya va… —¿Qué se te ha olvidado ahora?

Estaba seguro de que era James que se había olvidado algo. Menuda cabecita tenía.

No había terminado de abrir la puerta cuando esta se abrió con tanta fuerza que se soltaron de las bisagras y me golpeó la nariz, haciéndome ver las estrellas.

¡Joder, qué daño!

Quien estuviese detrás de la puerta la empujó de nuevo, con tanta fuerza, que me desplazó con ella y me golpeé la espalda en la pared.

¿Qué coño…?

Me quedé sin habla cuando entraron dos hombres vestidos con ropa oscura y pasamontañas puesto. Solo podía verles los ojos y que uno era bastante más alto que el otro.

—Eh, ¿qué coño queréis?

Cuando cerraron la puerta con fuerza y se dirigieron a mí fue cuando me di cuenta de que no se habían equivocado de piso. ¿Qué estaba pasando?

No me esperaba que me comenzaran a golpear sin mediar palabra. El primer puñetazo que me dieron en la cara me llenó la boca de sangre y me tiró al suelo. Pensé en lo mucho que se iba a asustar James cuando volviera y me encontrara muerto en el piso.

Intenté levantarme. Recordaba haber leído en algún sitio que mientras no estuvieses en el suelo, no podían hacerte demasiado daño. Pero con el dolor que tenía en la cara en ese momento me dije que vaya mierda de idea. Me la habían destrozado antes de caer al suelo. La primera patada que me dieron en las costillas me hizo aullar de dolor y me pregunté si alguien podría oírme si gritaba pidiendo ayuda. No sé cómo me pude levantar y darle un puñetazo al más pequeño, pero me sentí orgulloso por ser capaz de golpear a alguien en un momento así, aunque me destrocé la mano en el camino. El tipo gruñó en respuesta y me dio otro puñetazo, esta vez en el pómulo. A partir de ahí, los golpes comenzaron a intercalarse con rapidez. Un puñetazo en el estómago me sacó todo el aire de golpe de los pulmones y me volvió a tirar al suelo.

Empecé a boquear intentando dar una bocanada de aire y me entraron unas inmensas ganas de vomitar.

Cerré los ojos y mi último pensamiento fue para James. Recé para que no se disgustara mucho cuando me encontrara.

Vi a *Miau,* que así había llamado James al gato, escondiéndose detrás del macetero donde le gustaba jugar y deseé que no se moviera de allí para que esos matones no lo encontraran.

Con una última patada, mi mundo se oscureció.



CAPÍTULO 62

¿Quién te ha hecho esto?

James

Miré la puerta entreabierta del piso sin entender qué había pasado.

¿Yago se había dejado la puerta abierta? ¿Y el gato?

—¿Yago, amor, te has dejado la puerta abierta? —grité mientras entraba, y entonces me di cuenta de que estaba descolgada de los goznes y el corazón se me paró.

Al entrar en el salón lo vi.

El destrozo.

Las cortinas arrancadas y tiradas en el suelo.

Las sillas volcadas.

Todos los adornos rotos y tirados. Las cristaleras del balcón reventadas y todo el suelo lleno de cristales.

¿Nos habían entrado a robar?

¿Y Yago?

Recordaba haberlo dejado en el piso cuando me marché por la mañana. ¡Joder, joder, joder…! ¿Dónde estaba?

—¡¿Yago?!

Cuando me adentré más en el piso lo vi tendido junto al sillón sin moverse.

—¡Hostia puta!

Me arrodillé a su lado mientras oía un sollozo que ni siquiera me había dado cuenta de que lo había soltado yo. Intenté sacarme el móvil del bolsillo, pero mis manos temblaban demasiado y se me cayó al suelo, de donde volví a cogerlo mientras tocaba a Yago con cuidado, intentando encontrarle el pulso con mi corazón a mil… y entonces lo escuché gemir y empecé a llorar más fuerte mientras intentaba recordar a quién debía llamar primero para pedir ayuda.

No recordaba el teléfono de la policía.

¿Había que llamar al 112 y ellos mandaban a todo el mundo?

—¿Yago?

Gateé hasta acercarme más a él y me tumbé a su lado sin atreverme a moverlo. Estaba tumbado bocabajo y solo veía su perfil. Sangraba por el labio partido y por una ceja. Un ojo, el único que veía, se le estaba poniendo morado por un golpe en el pómulo que llevaba bastante hinchado. Me di cuenta de que la vista se me emborronaba y era por culpa de las lágrimas que

comenzaron a correr por mis mejillas mientras me obligaba a llevar aire a mis pulmones.

—¿Yago? ¿Quién te ha hecho esto?

Él gimió de nuevo y abrió los ojos para mirarme.

—No te muevas. —Oírlo gemir de dolor me estaba destrozando y me di cuenta de que seguía con el teléfono en la mano sin haber pedido ayuda todavía.

—No llores —susurró mientras intentaba darse la vuelta para ponerse bocarriba, no sin grandes esfuerzos y gestos de dolor.

—Voy a llamar al 112.

Esta vez sí conseguí marcar el número mientras veía los ojos azules de Yago clavados en mí. Me limpié las lágrimas con rabia mientras esperaba a que me lo cogieran al otro lado. Me vino a la cabeza la idea de que mi padre estaba detrás de lo que le había pasado a Yago.

—Emergencias 112, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sí, hola, por favor, manden una ambulancia. Nos han entrado al piso y han atacado a mi novio.

Le di los datos a la telefonista mientras Yago intentaba consolarme, acariciándome con suavidad la mano que yo le había cogido antes.

—Estoy bien, no llores —repetía él.

Evidentemente no se estaba viendo la cara destrozada.

—Es increíble que seas tú, en tu estado, el que me esté intentando animar a mí—. Le sonreí intentando mostrar fortaleza y miré los destrozos de los muebles a mi alrededor. Los cojines del sofá estaban rajados y tirados en el suelo, la tele mostraba un golpe y la pantalla se había agrietado como la tela de una araña gigantesca. Todo estaba volcado y roto en el suelo—. ¿Quién ha sido?

—Dos tipos han venido a darme los buenos días.

Me reí con una risita histérica, sorprendido de que aún pudiese hacer bromas, y algo dentro de mí se relajó al no verlo tan grave como pensaba al principio.

—¿Les has visto la cara? ¿Te han dicho algo?

¿Habían sido tan tontos de dejarle un mensaje de parte de mi padre? ¡Sí, por favor! Un deseo de venganza tan intenso se despertó en mí que deseaba ir y destrozarle el despacho; dejárselo aún peor de que como nos habían dejado el piso a nosotros.

Yago negó con la cabeza y suspiró con gesto de dolor.

—¿Crees que ha sido un simple robo? —No pude evitar la pregunta que me rondaba por la cabeza.

—Han venido a por mí. —Fue lo único que me dijo antes de perder de nuevo la consciencia.

Les abrí la puerta cuando oí que llamaban al portero con insistencia ye encontré con tres médicos de urgencias.

—Está en el salón —les dije nada más entrar.

Debieron estar acostumbrados a ver cómo quedaban los pisos tras un robo, porque no parecieron sorprenderse por el desastre en el que se había convertido nuestro precioso piso.

—Se llama Yago, tiene veintidós años y, al parecer, esta mañana han entrado dos tipos, le han dado una paliza y han dejado nuestro piso así —les dije a los médicos, que estaban examinando a Yago con rapidez—. Ha perdido la consciencia hace unos minutos.

El portero volvió a sonar.

—Es la policía —me dijo la chica que le estaba poniendo una mascarilla con oxígeno.

Pensaba decirles lo que sospechaba que había ocurrido en el piso.

Si había sido mi padre mandando a sus matones a hacer el trabajo sucio, no pensaba dejarlo

estar.

Miau salió del lugar donde había estado escondido y se restregó en mis piernas maullando con fuerza, como si estuviese asustado por todo lo que había pasado esa mañana.

—¡Madre mía! ¿Tú estás bien? —Lo cogí y lo levanté para abrazarlo mientras me enjugaba nuevas lágrimas, esta vez de alivio porque no le hubiesen hecho daño al gatito.

—Se escondió cuando los vio entrar —me sorprendió Yago, mirándome de nuevo—. Estaba claro que no quería darte un disgusto mayor que el que te has llevado conmigo, con lo mucho que quieres a ese gato. Dios nos libre.

—¡Mira que eres idiota! —Me alegró hacerle reír, aunque se quejara mientras lo hacía.

Y volví a echarme a llorar, sin importarme quién me viera esa vez, mientras acurrucaba al gatito en mis brazos.

No sabía bien por qué, pero no hubiese soportado que le hiciesen daño a un animal tan indefenso.



CAPÍTULO 63

¿Y ahora qué?

James

Si me ponía a pensar en las consecuencias de lo que había pasado, me daba un terror extremo pensar que mi relación con Yago podía cambiar.

¿Estaba mi padre detrás de la agresión? Posiblemente sí, ya que, al parecer, no habían robado nada. Ni siquiera nuestros ordenadores, que estaban en nuestras habitaciones, así que, como la policía me había dicho, parecía un ajuste de cuentas. Y aunque les conté lo sucedido con mi padre, era muy difícil poder culpar a nadie sin tener pruebas. Y Yago ni siquiera había oído la voz de sus atacantes.

Pero lo peor de todo no es lo que pasó, sino a dónde estaría dispuesto a llegar mi padre para conseguir separarnos. Y si esta vez solo había sido un toque de atención… ¿qué le harían la próxima vez? ¿Hasta dónde estaría dispuesto a aguantar para no perder a mi novio? ¿Y Yago? ¿Qué pensaría él de nuestra relación después de esto? ¿Me culparía a mí de lo que había pasado?

—Deja de dar vueltas, James. —Pili me tomó la mano y me obligó a que me sentara junto a ella en la sala de espera—. Él está bien.

Yo la había llamado para que se viniera al hospital conmigo, y porque eran sus amigos y me parecía justo que supieran lo que había pasado. Gracias a Dios, ninguno me culpaba de lo ocurrido.

Yo no lo tenía tan claro.

Habían venido todos y yo me metí a Miau dentro de la sudadera que me puse para ir al hospital a la espera de que lo atendieran. Me negaba a dejar al gato solo en casa con la puerta rota y los ventanales destrozados. Se había quedado dormido sobre mi mano, que tenía metida en la sudadera para sujetarlo. Si a alguien le extrañaba encontrarse a un tío de casi un metro ochenta con una mano dentro de la sudadera y que le daban extraños ataques de llanto intermitentes, nadie dijo nada.

Me pidió el gato cuando me senté junto a ella y lo metió en su bolso, dejando la cremallera abierta para que le entrara aire y pudiera verlo. Ni siquiera se despertó. Yo me sentí desamparado sin sentirlo conmigo y cuando fui a cogerlo de nuevo, me golpeó la mano para que lo dejara dormir.

—Déjalo ahí tranquilo y dime qué te tiene tan preocupado.

Wolf estaba sentado junto a nosotros y nos miraba de vez en cuando mientras seguía

concentrado en su móvil. Luis y Andrés habían ido al piso a recoger todas las cosas que íbamos a necesitar para mudarnos a un hotel hasta que arreglaran el piso.

Ya habíamos avisado a una constructora para que se encargara de la puerta y los ventanales. Luego había buscado a la decoradora de mi propia madre, con la que tenía muy buena relación, y le había dado carta blanca para que comprara todos los muebles que habían destrozado en el piso hasta volver a dejarlo nuevo. Y volvería a arreglarlo veinte mil veces si fuese necesario.

Le agradecía a mi abuelo la herencia que me había dejado, que me daba libertad para ir y comprar todo lo que quisiera sin tener que preocuparme por el dinero.

No quería que Yago se preocupara por nada.

Cuando saliera del hospital nos iríamos a un hotel, que ya estaba reservado durante todo el tiempo que durasen las obras.

—¿Y si quiere dejarme después de esto? —No podía mantener más en silencio la duda que me atormentaba desde esa mañana.

—¿Yago? ¿Dejarte? —Me miró como si fuese idiota—. ¿Has visto cómo te mira?

—Pero mira lo que le ha pasado por mi culpa.

Wolf levantó la cabeza ante mis palabras.

—Tonterías —bufó—, ni siquiera sabes si tu padre está detrás de esto. Deja de comerte la cabeza.

—¿Qué tipo de persona soy si no puedo mantenerlo a salvo?

—James —Ella me cogió las manos para que la mirara y dejara de hacer aspavientos por los nervios que me asaltaban—, déjate de paranoias. ¿Qué superhéroe crees que eres para pensar que puedes mantenerlo a salvo? Nada de esto es culpa tuya. No necesitas cuidar de nadie, es un hombre adulto, no un niño al que hay que cuidar.

—Que tu padre sea un psicópata no es culpa tuya. —Pilar se río por la nariz tras las palabras de Wolf. Consiguieron hacerme reír.

—Mira, aquí vienen estos.

Nuestros amigos entraron en la sala de espera, buscándonos con la mirada. Se sentaron junto a nosotros.

—Os hemos recogido toda la ropa que hemos encontrado. Los libros de la universidad y las cosas del gato —me dijo Andrés, asomándose al bolso cuando se dio cuenta de que el gatito dormía plácidamente en el interior. Ella le dio un golpe en la mano cuando intentó despertarlo. Se había convertido en su fiera protectora.

—Estate quieto, no nos vayan a llamar la atención. Te recuerdo que estamos en un hospital. Mientras esté dormido no está haciendo trastadas.

—Le he dejado la llave al constructor —informó Luis—. Han estado barriendo los cristales y tomando medidas para empezar a trabajar mañana. ¿Sabemos algo de Yago?

Negué con la cabeza. Hacía ya mucho tiempo que estábamos allí y aún no me habían dejado verlo. Al parecer, se lo habían llevado a rayos para hacerle una radiografía y poder saber los daños internos que tenía.

—Aún nada.

—Mira, ahí vienen. —Wolf se levantó para esperar a la enfermera que se acercaba a nosotros.

Lo imitamos.

—¿Quién es James? —Di un paso adelante—. Tu novio no ha dejado de llamarte en todo momento. Vamos a subirlo a planta, así que ven conmigo, que te llevo con él. Estará en la habitación ciento sesenta y nueve —les dijo a los demás—, en un rato estará allí.

—Ve, luego vamos nosotros.

Pili me empujó con suavidad y me señaló con los ojos al gato, indicándome que ella se haría cargo de él.

Me fui con la enfermera.



CAPÍTULO 64

El amor de mi vida

Yago

Haber perdido de vista a James me tenía mucho más nervioso de lo que esperaba.

Conociéndolo, sabía que se estaría culpando de todo lo que había pasado y necesitaba verlo para saber que todo seguía bien entre nosotros.

No sabía qué se le podía ocurrir a esa sobreexcitada cabecita suya.

Cuando lo vi entrar en el box de curas en el que estaba, buscándome con gesto preocupado y ceño fruncido, mi corazón dio varias volteretas mortales y no me quedó ninguna duda de que estaba enamorado de él, como nunca pensé que podía enamorarme.

Me gustaban sus ojos verdes como las hojas de un árbol en primavera.

Su mirada tímida.

El ángulo de su cuello, largo y elegante, y su mandíbula cuadrada.

Su pelo oscuro, casi negro, suave y abundante.

Su sonrisa torcida.

Su cuerpo demasiado delgado y anguloso.

El sonido ronco de su risa.

Y el tono erótico de su voz.

Y la profundidad de sus sentimientos, porque lo hacía todo con esas ansias de disfrutar a tope y vivir la vida como si fuese el último día.

Lo mejor de todo es que era mío por completo.

Y no iba a permitir que nadie nos separara por muchas palizas que su padre quisiera darme, y eso era lo primero que necesitaba hacerle ver.

—Hola.

Le tendí la mano para acercarlo a mí y poder besarlo en los labios, aunque él miró a todas partes, avergonzado de que lo besara en público. Ni siquiera me importó el labio partido.

—Hola. ¿Qué te han dicho?

Entrelacé nuestros dedos cuando se sentó a mi lado en la camilla. Podía ver sus ojos enrojecidos, así que supe que había estado llorando. Posiblemente atormentándose por lo que me había pasado.

—Un par de golpes en la cara y una costilla rota.

Gimió con pesar y me obligué a aclararle lo que llevaba toda la tarde pensando.

—James, oye, no es culpa tuya. —Negó con la cabeza con pesar—. Mírame, ¿quieres? —le acaricié la mejilla con la otra mano. Me gustaba sentir su barba de varios días en la yema de los dedos—. Que se te quite de la cabeza la idea de que tienes la culpa de lo que ha pasado.

Se quedó sin decirme nada y supe que me iba costar conseguir que no se culpara por lo sucedió.

—James, dime que no has pensado en dejarme —le solté a la desesperada. Cerró los ojos, pero no me contestó. Lo intenté de nuevo—. Jamie, por favor. Mírame, ¿sí?

Giró la cabeza con lentitud y pensé que necesitaba dejarle claro lo que pensaba al respecto.

—Escúchame bien. Si ha sido tu padre para intentar separarnos no se va a salir con la suya. No vamos a darle el gusto de separarnos por esto.

—Pero si no estuvieras conmigo esto no habría pasado. Estarás mejor sin mí.

—Canijo, tú eres el amor de mi vida y nunca he querido a nadie como te quiero a ti. —Se me quedó mirando con lágrimas en los ojos, seguí sin darle opción a que dijera nada—. La vida es distinta desde que entraste en mi piso aquel día y, si me lo permites, quiero estar contigo antes, durante y después de que solucionemos el problema de tu padre, Jamie. Por favor, no me alejes por esto. Yo te quiero.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, pero ya no había esa desesperación en sus ojos, que podía ver en ellos cuando entró en la sala. Ahora solo veía alivio.

—Yo también te quiero.

—Gracias, Dios mío— susurré.

—Ya que no quieres mantenerte alejado, tendrás que aguantar que haya reservado en un hotel hasta que terminen las obras en el apartamento. Empezarán mañana.

Cuando iba a responderle, añadió:

—También he contratado a una interiorista que lo decorará de nuevo y no quiero oír que te quejes por nada que tenga relación con el dinero que me gaste de ahora en adelante.

¡Oh, joder! ¿Se había encargado de buscar a alguien para arreglar el piso? No iba a quejarme si eso lo hacía olvidarse un poco del sentimiento de culpa que sabía que tendría por lo sucedido con su padre.

—Vale, pero no te pases, ¿eh? —Le volví a acariciar la mejilla. Me llegaba su olor corporal que ya reconocía en cualquier parte. Inspiré hondo cuando me abrazó con fuerza. Su olor siempre me recordaba al hogar—. ¿Estamos bien? —Eso era lo más importante para mí.

—Estamos bien.

Volvió a besarme con suavidad mientras yo suspiraba satisfecho por primera vez en todo el día.



CAPÍTULO 65

Planes en un hotel de lujo

James

Le dieron el alta el mismo día de Nochevieja para que empezara el fin de año con su familia, aunque no iríamos a casa de los padres de Yago, porque él me había pedido que no les contara nada para no preocuparles, así que yo ya tenía organizado nuestro propio día de Nochevieja con los amigos de Yago, que se habían apuntado sin dudarlo cuando se lo propuse.

—¿En el Mandarin Oriental Ritz, James? ¿En serio?

Yo me encogí de hombros con indiferencia, rezando para que no pusiera muchas pegas cuando se enterara del hotel que había elegido para quedarnos hasta que nuestro apartamento estuviese acabado. Que no iba a ser con rapidez, ya que las obras habían quedado paradas hasta que pasara el día de Reyes.

—Una vez oí decir a alguien que le gustaría quedarse una noche en este hotel, así que… Además, me dejan tener al gato con nosotros, así que no voy a aceptar quejas.

Se apoyó más en mi cuerpo mientras nos dirigíamos a recepción para hacer el *check in*.

Sabía que la costilla le iba a doler mucho. Le habían mandado calmantes durante todo el tiempo que necesitara. Supuse que se encontraba suficientemente mal para no discutir conmigo por mi elección de hotel.

—Está visto que no puedo pedir nada en voz alta, que si no viene mi hada madrina para que se me cumplan los deseos. —Suspiró con una mueca de dolor.

—Siéntate en uno de los sofás con el gato y descansa, terminaré en seguida.

Mientras me daban las llaves de la suite, les recordé que asistiríamos seis personas a la cena de nochevieja y posterior fiesta que se organizaba en los salones del hotel. Entre todos decidimos que no íbamos a dejar a Yago solo en Nochevieja. Y ellos, como no podía ser de otra manera, no iban a decir que no a una cena, fiesta y bebidas gratis.

Vi que todo el mundo que entraba en la recepción miraba al hombre rubio con la cara destrozada sentado en uno de los sillones, intentando mantener a un inquieto gatito negro controlado cuando se empeñaba en trepar por su pecho e intentar subirse a su cabeza.

Me reí de la imagen que ofrecía. Él se tranquilizó un poco y me sonrió cuando comprobó que el personal del hotel no le llamaba la atención ni lo ponían de patitas en la calle.

Vino un botones con un carrito y colocó nuestras maletas con lo poco que nos habíamos llevado y con la cama, el pienso y los juguetes del gato que yo me había empeñado en llevarnos

también al hotel.

Subimos los dos en el ascensor, con el botones y el carro. Y el chico, que no debía tener los treinta años, se puso a jugar con el gato, que le sacaba las uñas e intentaba darle zarpazos como si fuera un animal más grande.

—Me encantan los gatos. —Fue la única explicación que me dio—. Y este va a ser un elemento de cuidado, ¿verdad, pequeñín?

Se despidió de nosotros en la puerta de la suite, cuando metió el carro con las maletas y no permitió que le diera propina. Peor para él.

Oí un silbido a mi espalda cuando Yago entró y vio el recibidor con el sofá gigantesco, y la tele en la pared, todo decorado con maderas nobles y cristal ahumado. Le picó la curiosidad y se asomó a lo que era la habitación principal con la enorme cama de más de dos por dos con dosel, que haría las maravillas de cualquier persona, por poco romántica que fuera.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta? —Lo seguí por los pasillos hasta llegar al baño con el jacuzzi y la enorme ducha empotrada en la pared. Las luces del baño se podían regular desde la que más alumbraba de todas, para que las mujeres se pudiesen maquillar, hasta las más tenues dejando el gigantesco baño en penumbra.

Tenía un vestidor de madera adjunto al baño y al dormitorio.

—Es aún más bonito de lo que imaginaba.

—Me alegro de que te guste —lo interrumpí cuando supe lo que me iba a preguntar—. Ni idea, Yago, y no me importa. Vamos a estar aquí, como mínimo, un par de semanas, y quería que tuviésemos lo mejor. Es una manera muy pobre de compensarte todas las molestias que nos está causando mi padre.

—No es culpa tuya, James, y no hacía falta… —Señaló con la mano las habitaciones— todo esto, pero no voy a negar que estoy encantado de poder estar aquí.

Debía estar muy dolorido, porque se apoyó más en mí y cerró los ojos. Un rictus de dolor curvó sus labios y se puso algo pálido.

—¿Prefieres tumbarte en la cama o en el sofá? —le ofrecí.

—No quiero dormirme, canijo. ¿Podemos ver una serie en el ordenador desde la cama?

—Vale, deja que te ayude. —Nos dirigimos a la cama, dejando el cuarto en semi penumbra, tal y como estaban las persianas cuando llegamos. Se sentó en la cama para poder quitarle las zapatillas y lo ayudé con los vaqueros —sabía que no le gustaba estar acostado con mucha ropa puesta—. Me quedé mirando su polla semierecta a través del bóxer. Me relamí de manera inconsciente.

—¿James? —Su voz me trajo de vuelta de mi mundo de lascivia en el que entraba cada vez que lo veía—. No me hagas esto, ¿quieres? —Miré sus ojos azules con una sonrisa traviesa—. Apenas puedo pestañear sin que me duela.

—Para lo que tenía pensado hacer, no hace falta que te muevas… ni nada.

Lo oí gruñir y noté que se empalmaba del todo, listo para la acción.

—Acabarás conmigo —dijo en un susurro y me acarició la mejilla. Yo estaba arrodillado entre sus piernas y me incorporé, sabiendo que no era buena idea lanzarme sobre él ahora que se encontraba tan mal.

—Vale, ¿qué serie vamos a ver? Acomódate que ahora vengo.

Intenté levantarme, pero sus manos me volvieron a empujar hacia abajo, hasta su paquete.

—Ahora no te atrevas a dejarme así.

—¿No dices estar muy dolorido? —Intenté burlarme un poco y hacerme el desentendido. Él levantó la cadera para bajarse el calzoncillo y dejar su erección libre.

—Estoy seguro de que sabes hacerlo sin que me duela… demasiado.

Me reí por la nariz.

—Veamos qué puedo hacer. Y que sepas que esto es cosa tuya por provocarme continuamente.

—Eso será.

Suspiró con fuerza cuando empecé a besarlo por todas partes.



CAPÍTULO 66

Mi persona favorita

Yago

Hacía rato que apenas podía respirar por el dolor de mis costillas. Se me había pasado la hora de tomarme los calmantes, pero por encima del dolor que me hacía ver las estrellas y que me provocaba incluso náuseas, brillaba la pasión y el morbo que James provocaba en mi cuerpo con tan solo mirarme.

Pensé que esa ardiente pasión se apagaría y calmaría un poco después de la fogosidad inicial, pero en nuestro caso no había hecho más que incrementarse. Le bastaba mirarme con esa sonrisa tímida para que mi cuerpo empezara a arder de deseo, y él se encendía con la misma rapidez. Cosa que, por supuesto, a ambos nos tenía más que encantados.

Al estar en el hospital, llevábamos dos días sin tener ningún tipo de encuentro sexual, y tenía que reconocer que lo eché de menos. Habíamos cogido la rutina de follar casi todas las mañanas y por la noche, intercambiándonos los papeles y en ese momento, aunque no íbamos a follar, propiamente dicho, mi polla estaba ya más que dispuesta a recibir las atenciones de James.

—Prometo ser suave —repitió mientras me besaba la punta del pene y lamía la humedad que sabía que ya tenía ahí.

Mi cuerpo se convulsionó en un movimiento reflejo que me hizo jadear, tanto de placer como de dolor. James, pendiente a todo, levantó la cabeza y me miró preocupado.

—Quizás no sea buena idea.

—No vas a dejarme con este calentón, James, así que chúpamela de una vez y deja que me corra, por favor.

Se estaba riendo por mis palabras mientras oí «qué poco romántico» en voz baja.

Pero comenzó a lamerme de punta a punta y yo abrí más mis piernas para dejarle hacer. En el tiempo que llevábamos juntos aprendió muy bien a ejecutar el sexo oral y conseguía dejarme siempre con las piernas temblando.

Cerré los ojos e inspiré con cuidado, intentando que el dolor no fuese a más y me arruinara el momento. James se dejó de preliminares, temiendo hacerme más daño, y se la metió entera en la boca para lamerla mientras la soltaba.

Yo jadeé más fuerte.

«Hostia puta».

Repitió lo que estaba haciendo porque sabía que me encantaba y empezó a acariciar mis

pelotas a la vez que su boca se amoldaba, lamiéndome. Dejé mis manos sobre su cabeza para marcarle el ritmo que necesitaba, cerré los ojos y gemí mientras seguía chupándome de ese modo tan lascivo con el que lo hacía.

—James, James… —susurré.

El placer empezaba a ganar terreno al dolor. Mis sentidos se activaron. Sentía la suavidad de la ropa de la cama en mi espalda y en mi trasero desnudo. Olía el ambientador que había la habitación, algo a flores frescas con un levísimo toque de incienso.

Llegaban algunos ruidos sordos de la calle, alguna sirena y pitidos de coches. Intenté alzar la cabeza para poder ver a James entre mis piernas, pero el gesto me mandó un fuerte latigazo de dolor. James paró de inmediato e intentó levantarse, pero mis manos en la cabeza se lo impidieron.

—Por favor, sigue, no pares ahora, estoy a punto…

No paró y solté un fuerte gruñido cuando el orgasmo estalló como una pompa de jabón, haciendo que me vaciara en su boca una y otra vez entre gemidos.

«Oh, sí, sí… Joder, joder».

No me soltó hasta que los estremecimientos de mi orgasmo no se atenuaron por completo y mi respiración volvió a ser relativamente tranquila.

Ya estaba perdiendo la erección cuando la sacó de su boca y me subió los calzoncillos.

El dolor volvió a cobrar fuerzas y sentí que James se levantaba de la cama sin decirme nada. Volvió segundos después con un analgésico y una botellita de agua fría, como sabía que me gustaba bebérmela.

—Vas a descansar un rato hasta la hora de la comida y luego veremos la serie de Netflix que quieras, ¿vale?

Asentí y me bebí la botellita de agua entera. Que si era la del minibar iba a costarnos como si fuese de oro, pero no lo pensé demasiado.

—¿Te tumbas conmigo? —pregunté, intentando recolocarme bien en la cama.

—Claro. —Subió un poco más la persiana y cogió sus apuntes para ponerse a estudiar mientras a mí se me cerraban los ojos por el efecto casi inmediato de la pastilla, como me pasaba siempre—. Ahora tienes que descansar.

Se tumbó a mi lado y nos tapó a ambos con el edredón super suave. Me sentí como si estuviera dentro de un capullo mullido y cómodo. Suspiré de satisfacción.

—¿James? —Ni siquiera abrí los ojos.

—Dime, amor.

—Te debo un orgasmo tan maravilloso como este. —Porque sí, porque había sido fantástico y quería que lo supiera.

—Vale. —Sentí la risa en su voz, me besó la mejilla con suavidad y yo sonreí como un idiota —. Lo apuntaré en tus cosas pendientes de hacer.

Me reí y gruñí por el dolor. Reírse era misión imposible.

—Sigues siendo un idiota —murmuré sonriendo—, pero te quiero igual.

Silencio.

Luego la cama se movió un poco bajo su peso.

—Yo también te quiero, Yago. Eres mi persona favorita del mundo, nunca lo olvides.

Me dormí con esas palabras en mi cabeza.

Nunca había sido la persona favorita de nadie…



CAPÍTULO 67

Feliz año nuevo

James

Cambiar de año siempre me ponía melancólico. Como mi vida había sido tan monótona, y, por qué no decirlo, tan triste hasta que me mudé y conocí a Yago, la evaluación de ese año me daba casi vértigo.

Había sido capaz de dejar la seguridad y la super protección de mi casa y partir de cero, aunque había perdido a mi abuelo, una de las personas más importantes de mi vida en el camino, y gracias a él, mi mundo era ahora totalmente distinto.

¡Cuánto me gustaría poder darle un último beso de despedida!

Por todo lo demás, era perfecta. Tenía amigos nuevos con los que cenamos la última noche del año y estábamos celebrándolo en uno de los mejores hoteles de Madrid.

Respecto a Yago…

En pocos meses se había convertido en la persona más importante de mi vida.

Él era mi TODO.

Mi mejor amigo, con el que nos pasábamos horas discutiendo y defendiendo nuestros distintos puntos de vista.

Era la única persona, aparte de mi abuelo, que me veía como verdaderamente era. No tenía que fingir ser alguien diferente para intentar encajar en la sociedad y me aceptaba con todas mis rarezas, que no eran pocas.

Aún me seguían dando ataques de timidez en los que se me trababa la lengua y no podía más que murmurar tonterías y sonrojarme como un puto colegial… y ahí estaba él, dándome espacio para que me enfrentara a los traumas a mi ritmo.

Y en el plano sexual…

Despertó mi sexualidad por completo, de tal manera, que apenas le podía quitar las manos de encima y a él parecía pasarle lo mismo.

Era mi compañero de piso, mi amigo y el hombre de mi vida, porque decir que era mi amante era quedarse muy corto.

Y lo mejor de todo es que me hacía completamente feliz como nunca lo había sido.

Y en ese momento el hombre de mi vida había vuelto a sentarse después de que lo sacáramos a bailar para celebrar el recién estrenado año nuevo.

Como no podía ser de otra manera, me acuclillé a su lado para poder verle la cara y oírlo por

encima de la música.

—¿Estás bien?

Me sonrió y me acarició el pelo, yo sujeté su mano para que me acariciara la mejilla y me acurruqué en ella para que la caricia no acabara nunca.

—Sí, las costillas me están matando y no puedo estar saltando en la pista, solo necesito descansar un poco.

No se había querido tomar los calmantes porque quería celebrar el año nuevo bebiendo un poco de alcohol, pero por la cara pálida que tenía supuse que estaba sufriendo mucho dolor.

—Creo que será mejor que nos vayamos a la habitación y te tomes los calmantes. Estos… —dije, señalando a nuestros amigos, que estaban dándolo todo en la pista con el grupo que tocaba, animando la fiesta—, pueden quedarse todo el tiempo que quieran. Pero tú necesitas descansar.

—Estoy bien, Jamie, de verdad, vete a bailar salsa.

En ese momento el grupo empezó a tocar una bachata.

—Ven, baila conmigo. —Le tendí la mano para ayudarlo a levantarse.

—No sé bailar bachata, ya lo sabes. Baila con Pilar, que a ella le gusta.

No me iba a rendir con tanta facilidad.

—No quiero bailar con ella, sino contigo. Yo te llevo, vamos. No es tan difícil.

—Canijo…

—Quiero bailar contigo —pedí, haciéndole pucheros. No quería bailar con nadie, sino con él —. Por favor —añadí, esperando que me funcionara.

Suspiró y aceptó mi mano para que lo ayudara a levantarse. Me encantaba que quisiese contentarme en todo. Me hacía sentir querido y muy mimado.

—Vale, no hace falta que me pongas esos morritos.

Nos dirigimos a la pista donde lo sujeté para empezar a bailar.

—Con lo que te gustan mis morritos —lo provoqué y le saqué una sonrisa, y su hoyuelo caprichoso apareció también. Me guardé las ganas que me entraron de lamerlo.

—Sí, bueno, es difícil decirte que no cuando me pones esa carita de cachorro apaleado.

En ese momento me vino algo a la mente.

—¿Crees que Miau estará haciendo de las suyas?

El puñetero gato ya había roto un aplique de la luz de un lateral de la cama. Los del hotel me iban a matar cuando lo vieran por la mañana.

—Solo a ti se te ocurre traer a un gatito a un hotel de cinco estrellas, que se sube por todas partes y se afila las uñas en las cortinas.

Me reí por la nariz y Yago acabó riéndose conmigo.

—No me hagas reír, que me duelen las costillas, canijo, ten piedad.

—Has empezado tú. —Nos movíamos al compás de la música y ni siquiera me había dado cuenta—. Oye, ¿tú no decías que no sabías bailar bachata?

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Pili, que bailaba con su marido a nuestro lado.

Nos guiñó un ojo.

—He tenido una buena maestra estos días —reconoció Yago—. No me gusta verte bailando con mujeres mientras las demás se te comen con la mirada.

Sabía que lo decía de coña, pero, aun así, me gustaba que hubiese querido aprender para bailar conmigo.

—Así que te pone celoso que baile con otras mujeres —le provoqué con una sonrisa.

—Mucho —reconoció, colocando la cabeza en mi cuello y respirando una gran bocanada de aire.

Al parecer le gustaba mucho cómo olía.
¿Era eso la felicidad?
Porque si lo era, no quería que se acabara nunca.



CAPÍTULO 68

Y a primeros de año…

Yago

Fue la llamada de mi hermano Teo, el día de año nuevo a media tarde, la que rompió nuestra burbuja de felicidad.

—Hola, peque, feliz Año Nuevo. —Ya los habíamos felicitado a todos recién dieron las doce campanadas, así que la llamada de mi hermano, que casi nunca me llamaba para nada, me extrañó.

—¿Yago? ¿Está James contigo?

Me incorpore en la cama, sentándome para apoyar la espalda en el cabecero. No hice caso al latigazo de dolor que me lanzó la costilla, recordándome que no debía hacer movimientos bruscos.

—Sí, claro. ¿Ocurre algo?

James dormía plácidamente a mi lado, aún tenía resaca de la noche anterior, así que después de despertarnos a la hora de comer y pedir el almuerzo al servicio de habitaciones, habíamos decidido pasar la tarde descansando. Ni siquiera se había despertado con el sonido del teléfono.

—Me han atacado dos tíos a la salida del gimnasio.

Mi cuerpo se congeló al recordar mi propia agresión.

«¡Por favor, por favor, a ellos no!»

—¿Qué? ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

James despertó con mis gritos y se me quedó mirando, todavía adormilado.

—No, porque ha aparecido gente en la calle y han tenido que marcharse corriendo. Pero me han dejado un mensaje.

—¿Un mensaje?

Esas palabras hicieron que James se incorporara e intentara quitarme el teléfono de las manos. Le hice un placaje para que me dejara hablar con mi hermano en paz.

—¿Qué tipo de mensaje? —preguntamos James y yo a la vez.

—Me han dicho que si James no entra en razones, la próxima vez no serán tan «educados».

—¿Les has visto la cara? —preguntó James, poniéndose el teléfono lo más cerca posible de su oreja para intentar enterarse de algo—. Pon el manos libres, ¡joder!

Lo miré mal por atreverse a gritarme, pero le hice caso.

—No, las llevaban tapadas con las sudaderas y gafas de sol. Ni siquiera sé su constitución,

pues todos llevaban ropa demasiado grande.

—¿No podrías reconocerlos en un reconocimiento policial? —preguntó a mi hermano directamente.

—¡Ah, hola, James! No, lo siento. Podría ser cualquiera.

—Bien, vete a casa. Nosotros vamos para allá y, por favor, no te muevas de allí.

—¿Qué? ¿Por qué? —se quejó Teo—. No me han hecho daño, solo me han dado un par de puñetazos que les he devuelto —reconoció con orgullo.

—Por favor, peque, vete a casa y diles a todos que nos esperen allí, que ahora vamos. Tenemos mucho que discutir.

Nos fuimos en el coche, ya que hacía demasiado frío para ir en la moto, además, James todavía no tenía el carné y a mí me dolían demasiado las costillas para ir en esa posición tan incómoda.

Cuando llegamos a casa de mis padres, en Burgos, estaba empezando a nevar.

James apenas abrió la boca desde la llamada de mi hermano. Su cara preocupada y su ceño fruncido me indicaba que estaba estudiándolo todo con ese cerebro hiperactivo que tenía.

Le cogí la mano para intentar tranquilizarlo antes de llamar a la puerta.

—¿James? —Me miró alzando la cabeza. La llevaba sin alzar la vista desde que salimos de Madrid, perdido en sus pensamientos—. No es culpa tuya, ¿vale? Ya lo hemos hablado.

—Claro que es culpa mía. Es mi padre el que está atosigando a todo el mundo. Acabará si acato sus deseos.

El pánico de que estuviese pensando en volver a su casa se me clavó en las entrañas.

—No lo puedes estar diciendo en serio. Hemos hablado de que superaríamos esto juntos, ¿vale? Todo se arreglará, ya verás.

—No lo tengo tan claro, Yago. No soportaría que os pasara algo a alguno de vosotros.

—Hemos hablado de contratar guardaespaldas por un tiempo —reconocí, porque, aunque era un asco tener a unas personas pegadas a tu espalda como si fueran sombras, también era algo necesario en ese momento para saber que los demás estarían a salvo.

Nos abrió mi padre en silencio y se quedó estudiando mi cara llena de golpes y moratones. Yo no quería que me vieran así, pero ya era demasiado tarde.

—Pasad. —Primero me abrazó a mí—. Feliz Año Nuevo, ¿estás bien?

Miré de reojo a James, que como suponía había encorvado la espalda, intentando hacerse pequeñito, quizás temiendo lo que le pudieran decir por poner a la familia en peligro.

—Estoy bien, papá. Ya apenas me duele. —No pensaba contarles lo de las costillas para no preocuparlos más.

Mi madre también salió a recibirnos y abrazó a James con fuerza.

—Feliz año nuevo, cariño. —James la abrazó como si su vida dependiera de ello—. Todo se arreglará, ya verás. Teo está bien. No te culpes por esto, ¿vale?

Estaba claro que ya habían estado hablando del tema antes de que llegáramos nosotros y no parecían habérselo tomado tan mal como creíamos.

—Cariño, tu cara —soltó de pronto, mirándome con atención antes de abrazarme—. Feliz Año Nuevo, Yago.

—Feliz Año Nuevo, mamá. Estoy bien.

Todos entramos encasa, donde la chimenea le daba un calor que agradecimos en cuanto llegamos al salón, que olía a leña y a la cena que mi madre parecía haber estado preparando.

Nos sentamos en el sillón y James fue el primero en hablar.

—Bien, ante todo quiero disculparme por todos los problemas que os estoy causando.

Parecía tan hecho polvo por la culpa que le cogí la mano para intentar consolarlo.

—No es culpa tuya —murmuré.

—No sigas por ahí —le riñó mi padre, cosa que agradecí—, ya sabemos lo que intenta el hijo de puta de tu padre y no le vamos a dar el gusto, ¿está claro?

Se miraron a los ojos unos segundos y parecieron entenderse sin tener que decir nada más.

—Bien, visto lo visto, lo mejor es que tengáis guardaespaldas hasta que todo este lio se arregle.

Como nadie dijo nada, siguió.

—Ya he hablado con el jefe de seguridad de mi padre, con el que tengo muy buena relación. Va a mandarnos a alguien para hablar con nosotros.

—Guay —soltó mi hermana—, siempre quise tener un guardaespaldas.

Nos tuvimos que reír con ella. Al parecer no les desagradaba tanto la idea como pensaba.

Mi hermano Teo, que solo tenía el labio partido, aceptó con la cabeza.



CAPÍTULO 69

Si quieres guerra…

James

Nos reunimos con Xavier, uno de los hombres del equipo de Ruper, el jefe de seguridad de mi padre, al que yo conocía desde hacía años. Había trabajado para mi padre desde que unos años atrás empezó a recibir anónimos y ya nunca se deshizo de la seguridad.

—Bien —Nos había estado explicando la función y las reglas que debíamos cumplir—, a partir de ahora, y como sois cuatro personas, tendremos a dos hombres en vuestra puerta las veinticuatro horas del día. Uno os acompañará al instituto. —Señaló a mis hermanos, que iban al mismo instituto—. Y otro lo acompañará a usted al trabajo.

Marga, que en ese momento no trabajaba, se había comprometido a no salir nunca de casa sola hasta que todo se calmara.

—Y vosotros me tendréis a mí las veinticuatro horas del día. —Yago bufó, pero se mantuvo en silencio—. Y creo que deberíais denunciar lo sucedido a la policía.

—Lo haré en cuanto volvamos a Madrid, ya que el caso está abierto ahí. Creo que no tiene demasiado sentido denunciarlo aquí también.

—Tu padre no se pondrá contento por esto. —Al parecer, también conocía, supuse que por Rupert, lo que estaba haciendo mi padre con tal de salirse con la suya.

—Estoy seguro de que no. —Ya lo había decidido—. Hablaré con un abogado para llevarlo a juicio.

—¿Sin pruebas? —Alzó una ceja con incredulidad. Era moreno, medía sobre uno noventa y llevaba el pelo rapado al uno. Había sido Geo años atrás y Rupert me lo aconsejó de entre todos sus hombres. «Pondría mi vida en sus manos sin pensármelo» me dijo por teléfono. Y eso estaba haciendo.

—Quizás no lo pueda acusar de agresión, pero sí lo puedo hacer por intimidación y coacción en su puesto de trabajo. —Señalé a Yago con la cabeza, pues era el que más había sufrido por culpa de mi padre.

—Bien, pues debes hacerlo cuanto antes para que no piense que puede irse de rositas con todo lo que os está haciendo.

—Quiero que os quedéis con nosotros hasta que todo esto pase.

Marga había estado en silencio mientras hablábamos y esperó hasta ese momento para hacernos esa petición.

—Mamá… —Yago no parecía tener claro qué decirle.

—Marga, mañana tengo cita con el abogado, tenemos que estar en Madrid sin falta —intervine.

—Mamá, estaré bien. —Yago le cogió las manos para que se sentara junto a ella en el sofá. Estaba pálida y retorcía el delantal con fuerza entre sus manos—. Ya has oído a Xavier. A partir de mañana, él se encargará a de nuestra seguridad personal. Además, estamos en el Ritz hasta que terminen las obras en casa, allí estaremos seguros.

—Marga —Xavier la miró serio—, le prometo que estarán a salvo. Los defenderé con mi vida si es necesario. Todos estarán bien si cumplen a rajatabla mis indicaciones.

—Por favor, cuide de ellos, ¿sí? —Su voz se rompió y se echó las manos a la cara para llorar en silencio. Yago la abrazó con fuerza e hizo un gesto de dolor por sus costillas lastimadas, pero no la apartó.

—Se lo prometo. Todo esto pasará rápido y dentro de unos meses ni siquiera lo recordarán.

—Mamá, estaremos bien. Ni siquiera saldremos del hotel hasta que no empiecen las clases a final de mes. —Le prometería lo que hiciera falta con tal de que no se preocuparan.

—Pero quedaos esta noche, al menos —insistió ella, limpiándose las lágrimas con el delantal.

Yago me miró y asentí con la cabeza.

Haría lo que fuera por ellos, por todos ellos. Se estaban convirtiendo en la familia que me hubiese encantado tener en vez de los psicópatas que me habían tocado.

—Bien —Xavier se levantó del sillón—, mañana a primera hora llegarán mis hombres. Y recordad lo que os he dicho: cumplir las normas y todo saldrá bien.

Lo acompañamos todos a la puerta y luego nos sentamos a cenar.

Ya no había la alegría de la semana anterior en la casa. Ese aire festivo se apagó con los últimos acontecimientos, como un viento que apaga una vela de repente.

—¿Estás seguro de que quieres demandar a tu padre? —Frank bebió de su cerveza mientras me miraba con seriedad desde el frontal de la mesa.

—Él solo se lo ha buscado. No podemos seguir esperando a que nos haga lo que le dé la gana. No volveré a ponerle la otra mejilla.

—Pero, James, es tu padre. —Marga se quedó con el tenedor a medio camino de su boca—. No tienes que hacer eso.

—Os ha atacado —dije con ferocidad—. Ha declarado la guerra al meter en nuestras rencillas a personas inocentes. Ha atacado a Yago. —Jamás se lo iba a perdonar por hacerle daño a él. Me limpié una lágrima de rabia y se me quitó el hambre. Me levanté para dejar salir toda la rabia que sentía en ese momento y buscar un lugar a solas—. Disculpadme.

Salí de la cocina a trompicones, saliendo por la puerta que comunicaba las dos viviendas hasta sentarme en el sofá de la otra casa. A solas con mi dolor y mi rabia.

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar mi padre?

Jamás pensé que fuese capaz de meter a personas inocentes en nuestra disputa. ¿Todo eso por la mierda del dinero? ¿De verdad se pensaba que yo era tan pánfilo que no iba a presentar batalla?

A partir de ese momento iba a ser diente por diente.

Golpe que me diera, golpe que estaba dispuesto a devolverle.

No supe cuánto tiempo pasó, pero supe que eran los brazos de Yago los que me abrazaron, intentando darme consuelo. Seguí llorando aferrado a él sin necesidad de decir nada más.



CAPÍTULO 70

¿Cómo has podido?

James

Volvimos al apartamento el día después de Reyes.

Aún quedaban cosas de decoración sin poner, pero el gigantesco sofá que compramos para el salón, la tele y nuestra cama de dos por dos en la habitación de Yago, que era un poco más grande, estaba lista. Así que, con nuestro guardaespaldas incluido, al que dejamos la habitación que había sido mía anteriormente, el gato y nuestra ropa, volvimos a casa sin querer esperar más tiempo.

Yo busqué un bufete de abogados, el que odiaba más a mi padre, para garantizarme que no lo pudiese comprar y ponerlo en mi contra, y ponerle una denuncia por coacción y amenazas, ya que no teníamos ninguna prueba de que estuviese detrás de las agresiones.

Desde ese día, estaba en un compás de espera que no me auguraba nada bueno.

Sabía que no estaría precisamente contento con la denuncia, pero, sobre todo, al saber que mi abogado era precisamente Lucas Bravo, su acérrimo enemigo por un juicio que tuvieron hace años y que mi padre perdió de manera escandalosa. Además, ese juicio sacó a la luz un montón de trapos sucios que mi padre intentó mantener ocultos por encima de todo.

Yo me había quedado en el piso y Yago salió con Xavier al campus universitario para su primera clase del último cuatrimestre antes de nuestra graduación.

Y estaba más que aburrido.

Nos habíamos pasado las navidades juntos, sin separarnos ni un solo día, y ese día parecía un alma en pena dando vueltas por el apartamento, esperando a que volviera.

Sabía que estaría bien.

Xavier cuidaría de él, pero su cuerpo tirado en el suelo y lleno de sangre por la agresión que sufrió aún me atormentaba en sueños.

Me sonó el móvil y vi que era mi cuñada Margarita.

—Hola, amor.

—Hola, bombón.

Me encantaba el buen rollo que teníamos. A Yago no le gustaba que me llamara así y por eso su hermana lo hacía; para poder provocarlo un poco.

—¿Qué haces? ¿Ya te has escabullido otra vez de tu guardaespaldas?

La muy bruja le dio esquinazos al guardaespaldas para poder irse a una fiesta universitaria.

Estuvo castigada una semana sin móvil desde entonces.

—Quita, ya no se fía de mí y me hace un marcaje que ni los del Real Madrid. — Supuse que el susodicho lo estaba oyendo. ¡Pobrecito!—. ¿Han empezado ya tus clases?

—Mañana, hoy han empezado las de tu hermano.

Decidí hacerme un café, eran las once de la mañana y aunque había desayunado con Yago antes de que se fuera, volvía a tener hambre.

—¿Te han dejado solo? ¿Dónde estás?

—En el piso, y sí —Le di a la cafetera de cápsulas mientras sujetaba el móvil con la oreja—, no me lo recuerdes.

—He pensado en ir a Madrid este fin de semana y poder ir de compras o algo ¿no?

Pensé en que el apartamento estaba completo y si venía con el guardaespaldas…

—Lo hablamos luego con Xavier y vemos qué hacemos. —Decidí ser sincero con ella—. De todas maneras, ya no tenemos habitación libre, alguien tendrá que dormir en el sofá.

Sonó el timbre del piso y di un respingo. No lo esperaba.

Supuse que era Yago, que había terminado las clases por ese día.

—Espera, que están llamando, creo que es tu hermano.

Pero no lo era.

—¿Cómo has podido hacerlo?

La bofetada que me dio me cogió tan de sorpresa que ni siquiera la sentí. Me quedé mirando a mi madre sin podérmelo creer.

La gran Carmen Amaya estaba en la puerta de mi apartamento y de muy mal humor, por lo que parecía.

—¡Mamá!

—No te atrevas a llamarme así después de lo que has hecho. ¿Cómo has podido denunciar a tu propio padre después de lo que hemos hecho por ti?

Estaba tan sorprendido que se me había olvidado la capacidad de hablar. Que mi madre estuviese ahí era algo tan insólito que no podía quitarle los ojos de encima, pensando que me lo estaba imaginando. Pero tras la bofetada, mis ojos se llenaron de lágrimas en un acto reflejo y, aunque la veía borrosa, su perfume era inconfundible. Y que hubiese decidido ir a recriminarme mi actitud en vez de comprobar cómo estaba porque se preocupaba por mí, fue un golpe que no pude sobrellevar.

Mi garganta se cerró con un nudo tan fuerte que casi ni me dejaba respirar.

—Él ha coaccionado a varias personas para que pierdan el trabajo. —Seguro que sabía de quién hablaba—. Ha mandado a golpear a personas inocentes y no puedo dejarlo pasar.

—Solo tenías que devolver el dinero de tu abuelo —me gritó a la cara. Me encogí en respuesta. No quería enfrentarme a ella también. Era la única persona de mi casa que pensé que me quería…—. No tienes ningún derecho a quedártelo. Ese dinero es de tu padre.

¿De verdad estaba haciendo eso para reclamar el dinero? ¿Acaso yo no le importaba a nadie? Ya me habían echado de casa y de sus vidas, ¿de verdad eran capaces de quitarme también el dinero y dejar que me muriera de hambre en la calle? ¿Qué había hecho tan mal para que me trataran así?

—El abuelo quiso que me lo quedara yo —murmuré.

—El abuelo era un viejo decrépito que no sabía lo que hacía. Deberías tener un poco de dignidad y vergüenza y devolverlo. ¿Eso es todo lo que te importamos? ¿Así vas a pagarnos todo lo que hemos hecho por ti durante todos estos años?

No sabía qué había que pagar por pertenecer a una familia. Recordé la de Yago y supe que ese

cariño incondicional debía ser el que se tuvieran las familias, y no lo que mi madre pensaba que era la nuestra.

—¿Pagaros? ¿Por qué? —solté con voz temblorosa por las lágrimas—. ¿Por no haber tenido jamás una muestra de cariño incondicional para vuestros hijos? ¿Por eso debo pagaros?

—No eres nadie sin nosotros, ¿aún no lo has entendido?

Me di cuenta de que pensaban que a mí me importaba pertenecer a nuestra familia para tener un lugar en la sociedad.

—No quiero ser como vosotros —le solté—. Lo último que deseo es ser como vosotros.

—Siempre serás un muerto de hambre, sin apellidos y repudiado por tu familia.

—Sí, por favor. —Ya no podía evitar las lágrimas por más tiempo. Me dolía tanto el corazón después de oír las palabras de mi madre que supe que lo tenía roto en mil pedazos y que ya nada podría volver a sanarlo—. Olvidaos de mí como yo me olvidaré de vosotros de hoy en adelante.

Me estudió con frialdad. Supuse que la conversación no estaba saliendo como esperaba, porque su actitud corporal cambió e intentó tocarme un brazo. Me eché para atrás, temiendo que volviera a hacerme daño.

—James, solo tienes que aceptar casarte con Sandra y devolver el dinero y todo volverá a ser como antes. No es tan difícil, hijo.

—No me llames así —le solté—. Tú misma has dicho que ya no soy vuestro hijo, y no voy a casarme con ella porque, por más que os pese, soy gay, y estoy enamorado de Yago. —Me miró sin decir nada más, como si fuera un rompecabezas que necesitaba resolver—. Nada volverá a ser como antes, así que dile a tu marido… —Me negué a decir su nombre—, que, si era guerra lo que buscaba, la ha encontrado. Márchate de mi casa.



CAPÍTULO 71

¿Y ahora qué?

Yago

Le dije a Xavier que condujera él porque yo estaba demasiado nervioso para hacerlo.

Mi hermana me había llamado hacía unos minutos, avisándome de que la madre de James fue a nuestro piso y que habían tenido una tremenda bronca.

No pensé ni un minuto en saltarme el resto de las clases y correr a su lado, temiendo lo que me podía encontrar.

Sabía que James odiaba los enfrentamientos y que, aun así, ya llevaba un montón de ellos a sus espaldas. Aunque estaba seguro de que él esperaba que su madre se mantuviese al margen de la guerra que tenía con su padre, estaba claro que se equivocaba.

Me bajé del coche antes de que parara del todo y dejé que él buscase aparcamiento mientras corría hacia el portal.

Una mujer morena con un traje de chaqueta azul marino y con el pelo corto muy bien peinado se montó en la parte trasera de un coche que arrancó de inmediato. Supuse que era su madre aunque no llegué a verla bien.

Decidí subir al apartamento por las escaleras, ni siquiera quería perder el tiempo esperando al ascensor. Mi hermana me había dicho que James ni siquiera había colgado el teléfono, así que se había enterado de toda la conversación.

La puerta del piso estaba entreabierta y recé para que Miau no se hubiese escapado. Sobre todo, para que James no se llevara más disgustos.

Me lo encontré tirado en el suelo, junto a la puerta de entrada. Colocado en posición fetal mientras lloraba con fuertes sollozos que le salían del corazón.

El mío se encogió en respuesta.

¡Los mataría a todos por hacerle lo que le estaban haciendo!

—James, amor. ¡Ya está, ya está!

Me senté en el suelo a su lado y lo levanté para poder abrazarlo y pegarlo a mi cuerpo para intentar darle algo de consuelo.

—¿Yago?

—Estoy aquí, estoy aquí.

Me abrazó con tanta fuerza que mi costilla rota se resintió, pero evité quejarme. No quería volver a soltarlo nunca más.

Le quité el teléfono de la mano y le dije «luego te llamo» a mi hermana, que seguía en línea, ya que me llamó desde el teléfono del guardaespaldas para avisarme de lo que había pasado.

—¿Qué haces aquí?

—Me ha avisado mi hermana.

—¿Y tus clases? —Sorbió los mocos con poco tacto y sonreí para mí. Con lo tiquismiquis que era para esas cosas…

—Tú eres lo único que me importa en este momento. No me importa nada más, amor. ¡Que le den a las clases!

Volvió a sollozar más fuerte aún y encondió la cara en mi pecho para evitar que lo mirara. Le comencé a acariciar el pelo, intentando calmarlo.

—Ha sido horrible… Ha sido…

Lo suponía.

Habíamos hablado de que le consolaba que su madre se hubiese querido mantener al margen de las disputas con su padre, así que el hecho de que ella viniese a echarle más cosas en cara tuvo que ser un golpe muy duro, uno más de los muchos que se estaba llevando esos meses.

Xavier entró minutos después y pasó al salón sin decir nada, dándonos privacidad. Se lo agradecí en silencio.

—¿Puedes levantarte? —le pregunté a James minutos después.

Negó con la cabeza y se acurrucó más sobre mi hombro. Pero yo estaba en una posición muy incómoda, así que no me lo pensé. Me levanté y lo alcé en mis brazos. Seguía estando muy delgado y me sorprendí haberlo podido levantar. Me dirigí con él a nuestra habitación.

—¿Necesitas ayuda? —Xavier se levantó del sofá al verme pasar con él.

Negué con la cabeza.

—¿Está bien?

Asentí, porque de verdad esperaba que pudiese sobrellevar ese último golpe.

—Prepararé algo de comer en un rato, ¿vale?

—Gracias.

Entré en nuestra habitación, solté a James en la cama y me tumbé junto a él con ropa y todo. Nos tapé con las mantas de la cama, intentando formar un pequeño capullo a nuestro alrededor donde los problemas no pudieran alcanzarnos.

Lo dejé llorar hasta que sus lágrimas se acabaron y solo quedaron algunos hipidos puntuales.

Luego se quedó dormido, agotado de tanto llorar.

Yo me quedé abrazándolo e intentando velar su sueño para poder mantenerlo a salvo del montón de monstruos que asolaban su vida.



CAPÍTULO 72

Una visita inesperada

Yago

Después de la visita del monstruo de su madre, nos dejaron tranquilos.

Aunque era una tranquilidad de esas que preceden a una tormenta. Una calma engañosa que no presagiaba nada bueno.

James había perdido su sonrisa y eso era lo que más me dolía de todo lo que estaba pasando; que el montón de problemas le pasara factura.

Se paseaba por la casa como un alma en pena, incluso cuando el abogado nos avisó de que mi antiguo jefe del pub iba a testificar contra su padre y tanto a mí como a mi hermano nos llamarían también para testificar, no había conseguido alegrarlo.

No se había echado atrás y estaba dispuesto a llegar hasta el final en la guerra que se traía con su padre. Pero que su madre hubiese estado ahí, acusándolo de apropiarse de lo que no era suyo, del dinero, claro, y haciéndole ver que nunca había sido querido y que a partir de entonces sería repudiado como miembro de esa familia, parecía haber conseguido colapsarlo y apagar esa energía inagotable y el optimismo que tanto me gustaba de él.

¿Quién era capaz de afrontar esas palabras sin derrumbarse?

Yo le había animado a que devolviera el dinero si eso lo hacía más feliz, pero me había asegurado que, si su abuelo quería que él lo tuviera, no iba a defraudarlo devolviéndoselo a quién estaba claro que no se lo había querido legar de ninguna manera.

Con eso estaba todo dicho.

Pero no conseguía que el James que tanto me gustaba apareciera entre tanta pena que lo ahogaba.

—¿Vamos al gimnasio esta tarde? —Ya habían empezado las clases y se pasaba el día en la universidad y las tardes encerrado en la habitación estudiando. Apenas hacíamos vida social y cada vez estaba más encerrado en sí mismo. Y del sexo ni hablamos. Cero.

—No me apetece, ve tú. —Ni siquiera levantó la vista de sus apuntes.

Después de comer se tumbó en la cama. Fuera soplaba un viento frío que debía estar arrullándolo tras los cristales. Se lo oía silbar tras la ventana.

—James…

Mi tono lastimero lo hizo bufar, incómodo, pero apartó los apuntes y me miró con el ceño fruncido. Últimamente lo fruncía demasiado.

—No insistas, ¿quieres? No me apetece machacarme en el gimnasio, te recuerdo que nunca ha sido mi actividad favorita. Ve tú si tanto te gusta.

¿Veis lo que decía? Ese no era mi James. Pero lo peor era que empezaba a acostumbrarme a ese tipo de contestaciones y no me gustaban nada. Antes no había ni una pizca de crueldad en él, fue una de las cosas que me enamoraron y ahora… Ahora empezaba a convertirse en alguien que no me gustaba nada y eso me aterraba. No pensaba perderlo por el camino.

—Podemos ir al cine o a un centro comercial a tomarnos un café. O hacer algo.

—¿No tienes cosas que repasar de la universidad? —Levantó una ceja, escéptico.

—El trimestre acaba de empezar y echo de menos a mi novio.

Parpadeó y una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Algo era algo.

—No puedes echarme de menos cuando nos pasamos juntos dieciocho horas al día en este piso y dormimos juntos.

—Pues te echo de menos de todas formas.

Volvió a ponerse serio al darse cuenta de lo que le estaba diciendo.

—Ese James ya no está aquí —repuso con frialdad.

No pensaba echarme atrás.

—Claro que sí. Es solo que está demasiado preocupado como para dejarse ver, pero estoy seguro de que sigue ahí dentro, en alguna parte. ¿Me lo dejas ver? Por favor. —Le puse morritos para intentar darle pena. Él solía hacerlo a menudo y, por supuesto, siempre conseguía lo que quería.

—La gente cambia, Yago, y las circunstancias también.

Me senté junto a él en la enorme cama de matrimonio. Cogí sus manos y entrelacé nuestros dedos. Las tenía calentitas y en un arrebato de ternura me las llevé a la boca para besar nuestros dedos entrelazados.

—Nosotros prometimos estar siempre juntos y que afrontaríamos todos los problemas que vinieran sin separarnos ni rendirnos.

—A veces pienso que no soy lo suficientemente bueno para ti, solo he traído problemas a tu vida.

—Eh, eh… —Ahí estaban las dudas que sabía que lo estaban atormentando—, no digas eso. Eres lo mejor que me ha pasado nunca y lo sabes.

—No entiendo por qué. —Bajó la cabeza y acarició a Miau, que estaba echado junto a él y ni siquiera me había dado cuenta—. Ni mi propia familia me quiere. ¿Por qué ibas a hacerlo tú?

—¡James, coño, deja de hacerle caso a esa panda de psicópatas! ¿De qué manera te lo tengo que decir? El problema es de ellos, ellos son los enfermos, no tú. Tú eres un hombre maravilloso y me jode un montón que te dejes comer la cabeza por lo que diga la egoísta de tu madre o el sociópata de tu padre. ¡Ya está bien, joder!

Agachó la cabeza sin responderme, lo que me indicó que no estaba de acuerdo conmigo. Suspiré, cansado de discutir con él sobre algo que se negaba a ver.

Llamaron a la puerta abierta y Xavier asomó la cabeza.

—Buscan a James.

Los dos lo miramos extrañados. James no conocía a nadie tanto como para que vinieran a visitarlo a su piso. La última visita que tuvo todavía me daba escalofríos. Y nuestros amigos no habían dicho nada de ir a visitarnos.

—Se llama Sandra, no va armada y no parece peligrosa —avisó el guardaespaldas antes de darse la vuelta y volver al salón. A vigilar a la chica, seguramente.

—¿Sandra? —preguntamos los dos a la vez.

Yo no tenía ni idea de quién era, pero James, al parecer, sí.
—Es la chica con la que mi padre quería que me casara.
¡Oh, mierda! ¡Más problemas!



CAPÍTULO 73

Un aliado inesperado

James

No le pedí a Yago que me dejara solo con ella porque estaba claro que no me iba a hacer ningún caso.

Sabía que estaba preocupado por mí y por el carácter de mierda que tenía últimamente, pero aún se me retorcía el corazón de dolor al recordar la visita de mi madre y sus palabras.

Aunque ya sospechaba que no era un niño querido ni lo había sido nunca, que me lo reconocieran abiertamente no me gustó, ni me esperaba que me hubiese dolido tanto, como si me hubiesen abierto el pecho y sacado el corazón sin anestesia.

Encontramos a Sandra de pie en la entrada del salón, con Xavier parado junto a ella en actitud recelosa, como si ella pudiese ser una amenaza para nosotros.

—No te conozco de nada —Yago se acercó a ella y la encaró de manera amenazante—, pero si tú también vienes a machacar a James puedes ahorrarte las palabras y largarte por donde has venido.

—¡Yago! —¿Qué coño le pasaba para hablarle así a Sandra?—. ¿Qué pasa contigo?

Me encaré con él y lo miré con el ceño fruncido. Debería sentirme halagado porque saliera en mi defensa, pero no me esperaba esa actitud defensiva con una mujer a la que apenas conocía de nada.

Para mi sorpresa, Sandra le sonrió divertida.

—Ya era hora de que alguien saliera a defenderlo. —Dio un paso adelante para dar dos besos a Yago, que se quedó algo descolocado—. Yo soy Sandra y nos conocimos en el tanatorio. Tú eres Yago. Encantada de conocerte mejor.

Yago la saludó y se quedó mirándola sorprendido sin decir nada. Por lo visto apenas la recordaba de la vez que coincidimos todos juntos.

—¿Qué haces aquí? —La abracé con fuerza y ella me dio un beso en la mejilla. Comprobé que Yago no le quitaba los ojos de encima.

¿Estaba celoso?

No me preguntéis por qué, pero su actitud no me gustó. Aunque era una mierda que tuviera celos de ella, pero, aun así, me hizo sentir querido y eso era algo que agradecía mucho en esos momentos.

—He venido a contarte algunas cosas de las que me he enterado y que tienen que ver con

nuestra supuesta boda.

—¿Quieres tomar algo? ¿Café? ¿Té? —le ofrecí mientras le señalaba el sillón para que se sentara.

—Un café estará bien —respondió, mirando la casa con curiosidad mientras se sentaba con cuidado.

—Yo me encargo —se ofreció Yago—. James, ¿tú lo de siempre?

—Sí, por favor.

—¿Xavier?

—Un té para mí, por favor, de esos de menta que te salen tan ricos. Te ayudaré.

—Bien —Me senté junto a ella en el sillón mientras Yago y Xavier se encargaban de preparar los cafés dándonos así algo de privacidad—, ¿qué se les ha ocurrido ahora a nuestros fantásticos padres?

—Han puesto fecha para la boda de tu hermano. Se casará para el quince de mayo.

De esa noticia no me había enterado.

—¿En serio siguen con estas historias? —No me extrañaba que mi padre hiciera lo que estuviera en su mano con tal de conseguir ese dinero que al parecer tanta falta le hacía. Sentí pena por mi hermano. Él siempre se mantenía en las sombras, sin enfrentarse a mis padres en nada, pero luego hacía lo que le daba la gana. Al parecer, eso se le iba a acabar más pronto que tarde.

—Y eso no es lo peor.

Yago nos trajo los cafés y, por supuesto, había traído también magdalenas de chocolate, *mis magdalenas*, para acompañar al café. Se sentó en una silla frente a nosotros y nos prestó toda su atención.

—¿Aún hay más?

—Me han mandado para que venga a hablar contigo, a ver si te hago cambiar de opinión sobre nuestra boda.

Yago bufó y Sandra lo miró divertida. Llevaba su pelo castaño recogido en un moño informal de donde caían algunos mechones que le enmarcaban su cara con forma de corazón. Sus ojos grises me miraron y una sonrisa divertida curvó sus labios pintados de un tono rosado.

—¿Y a eso has venido? —le pregunté algo decepcionado. Suponía que estaba tan manipulada como lo estaba yo antes de irme de mi casa.

—No, esa no es mi intención. De hecho, he venido a pedirte que aguantes y que bajo ningún concepto te eches atrás. Para eso quizás necesite también tu colaboración. —Miró a Yago que parecía haberse relajado un poco tras estas últimas palabras.

—Haré lo que haga falta —dijo Yago sin apartar sus ojos de mí.

—Bien. —Sandra dio un largo trago a su café después de comprobar que no quemaba demasiado.

—Deberías informar a tu padre de que el mío solo quiere vuestro dinero. —Quizás si Román, el padre de ella, se enteraba de la verdadera causa, decidiera acabar con toda esta pantomima.

—¡Oh, ya lo sabe! —reconoció sin darle mayor importancia—. Pero debe tenerlo bien cogido por los huevos cuando mi padre acata todo lo que le pide el tuyo. Ellos sabrán qué chanchullos tienen entre manos.

Mi gozo en un pozo.

—¿Y tú qué piensas hacer al respecto? —le pregunté antes de darle un sorbo a mi capuchino. Cogí una magdalena y la partí por la mitad, dándole la otra parte a Yago, como siempre hacía—. Prueba las magdalenas. Están espectaculares.

Sandra se las quedó mirando un momento y al final se encogió de hombros antes de elegir una y darle un buen mordisco.

—Sí que están buenas —afirmó mientras se la comía con calma—. Yo les diré que he estado aquí, como me exigieron que hiciera para ver si conseguía hacerte cambiar de opinión, y les diré que no piensas dar un paso atrás y que se vayan olvidando de nuestro matrimonio.

—¿No tienes miedo de que tu padre intente casarte con otro hombre cuando se dé cuenta de que nosotros no nos casaremos? —Había pensado en esa posibilidad a menudo. Al fin y al cabo, Sandra era tan víctima como yo en esta historia.

—¡Oh, no! Me hubiese casado contigo porque eres un hombre encantador y me has gustado desde siempre. —Miró a Yago de reojo esperando su reacción, que no se hizo esperar. Apartó la taza de su boca y la miró con frialdad. Ella sonrió, contenta de poder chincharlo—. Pero no estoy dispuesta a casarme con nadie más. A partir de hoy seguiré tus pasos. Me iré de casa, si es necesario. Pero no dejaré que me intenten manipular más.

—Me alegro mucho por ti.

Miró a Yago antes de irse.

—Cuídalo, que es el mejor hombre del mundo y se merece que lo quieran mucho.

—Te garantizo que eso es lo que haré con él hasta el día en que me muera. Cuidarlo y amarlo con locura.

—Bien. —Se dirigió a la puerta y me dio un beso en la mejilla antes de marcharse—. Cuídate y no dejes que nadie te ningunee. Seguiremos en contacto.

Se marchó sin decirnos nada más.



CAPÍTULO 74

Por encima de todas las cosas

Yago

—¿Con que estás dispuesto a hacer lo que haga falta para mantenerme alejado de los planes de mi padre?

No supe leer lo que había en su tono de voz. ¿Sorpresa, quizás? ¿Diversión?

Pero estaba claro que parecía haberse quitado un peso de encima tras la visita de su amiga… y pensaba celebrarlo. No se lo esperaba para nada, así que lo cogí y me lo eché al hombro, dirigiéndome a nuestra habitación entre risas.

—Bájame, Yago, joder.

Se estaba riendo a carcajadas y, en realidad, eso era lo único importante. Por supuesto que no lo bajé.

—Cerrad la puerta y no hagáis demasiado ruido cuando folléis —soltó Xavier desde el sofá donde seguía sentado—, que algunos llevamos un tiempo a dos velas.

—No te prometo nada —contesté sin mirar atrás—, aquí el señorito es bastante escandaloso cuando se corre.

Se revolvió en mi hombro y, conociéndolo, supe que fue por la vergüenza.

—¡Yago, joder! ¿Qué pasa contigo? ¿Cómo le has podido decir eso?

Lo tiré en la cama y me tumbé sobre él, sujetando su cara con las manos.

—Es la verdad, canijo —dije, antes de besarlo.

Y como nos pasaba siempre cuando uníamos nuestros labios, los besos se convirtieron en un incendio que amenazaba con descontrolarse por completo.

Lo había echado de menos durante todos esos días en los que había estado preocupado y de bajón, así que le tenía muchas ganas.

Llené su cara de besos y bajé por su mandíbula hasta la oreja, que lamí y mordisqueé hasta provocarle el primer gemido.

¡Oh, sí!

Así me gustaba tenerlo.

Lo ayudé a quitarse la camiseta que tiramos en el suelo sin ningún cuidado mientras mi boca bajaba por su pecho para lamer y atormentar sus pequeños pezones.

—Yago…

Su tono ronco me puso más cachondo todavía. Pensaba follármelo durante horas y grabarme

su sabor en mi boca para que nunca se me olvidara.

Desabotoné sus vaqueros y metí mi mano por dentro del calzoncillo para tocar su polla, que ya estaba lista para mí.

James elevó sus caderas en respuesta para darme mejor acceso.

Seguí besando su abdomen mientras bajaba hasta llegar a sus vaqueros, los cuales le ayudé a quitarse con prisa.

—Yago, estás desatado.

Pero gimió de nuevo cuando me lo metí en la boca para lamerlo de punta a punta.

Y gimió de nuevo, esa ves más fuerte.

Sonreí mientras bajaba para lamer sus testículos rasurados. Primero uno y luego el otro.

—Yago…, dame un respiro. Vas muy rápido —gimoteó cuando el placer comenzó a ganarle la partida y empecé a chupar mientras lo acompañaba con la mano, masturbándolo.

Elevó la cadera y me sujetó la cabeza para empezar a bombear en mi boca.

—Yago, si no paras me correré ya. Joder… Joder… Sí...

Se corrió en mi boca con un largo gemido que estaba claro que Xavier debía haber oído, posiblemente también lo oyeron desde la calle.

Cuando acabó de estremecerse subí por su cuerpo y besé sus labios sonrosados por mis anteriores besos.

—Ahora voy a follarte hasta que te corras de nuevo.

Me siguió con los ojos mientras me estiraba para coger el lubricante de la mesita de noche y lo dejaba en la cama. Me desnudé en un tiempo récord y volví de nuevo a sus labios como un sediento.

—Eres mi vida entera —murmuré, mirando sus ojos verdes, brillantes por la pasión—, y no permitiré que nadie nos separe. Haré lo que haga falta para mantenerte siempre conmigo, a salvo y feliz. Nunca lo olvides, Jamie.

—Tú también eres toda mi vida. —Sujetó mi cara para poder besarme con fiereza en la boca hasta hacerme gemir—. Juntos podremos enfrentarnos a quien sea.

—Juntos…, siempre —prometí.

Cogí el bote de lubricante y me mojé bien los dedos para poder dilatarlo. Me moría por estar dentro de él.

—Ya está, ya está… Fóllame ya, amor.

Y eso hice. Me coloqué entre sus piernas y entré en él con suavidad mientras gemía en mi oído.

Follármelo siempre era una experiencia única. Tan caliente, tan estrecho. Me provocaba un placer tan intenso que amenazaba con tener un orgasmo al primer empellón. Apreté los dientes y me obligué a relajarme. Le había dicho que le provocaría otro orgasmo y eso era lo que pensaba hacer.

Comencé a moverme con algo más de rapidez.

—Yago… ¡Oh, joder!

—Quiero que te corras otra vez —le recordé, acelerando el ritmo.

Bajé mi cabeza para besarlo con dulzura mientras seguía empujando entre sus piernas.

—Ay, mierda, Yago…

Lo sentí tensarse y supe que su segundo orgasmo estaba cerca, así que me moví más fuerte y cuando se corrió de nuevo sobre su abdomen, salí de su cuerpo y me masturbé para correrme yo también allí.

Nos quedamos abrazados en la cama disfrutando de ese momento poscoital.

Esa complicidad fue la que había echado tanto de menos estos días. Lo acerqué más a mí para abrazarlo más fuerte. No quería soltarlo nunca.

No tenía dudas de que lo quería por encima de todas las cosas.



CAPÍTULO 75

La hora de la verdad

James

El abogado me citó en su despacho para repasar nuestra ofensiva antes del juicio contra mi padre.

Sánchez Abogados era un bufete de tercera generación. Jacinto Sánchez era fundador del bufete. Su hijo, mi abogado, que también se llamaba Jacinto, era un hombre de unos cincuenta y muchos, más gordo que alto y con pelo oscuro que empezaba a clarearle en la coronilla. Sus mofletes regordetes me recordaban a un bóxer que tenía el vecino de al lado.

Los enfrentamientos entre Jacinto y mi padre eran legendarios en los juzgados, por eso decidió llevar nuestro caso.

—Aunque solo sea por joder a tu padre —me confesó el primer día que me reuní con él.

Aquel día su hijo Alejandro estaba a su lado, y por casualidades de la vida iba a la misma clase de derecho penal que yo. Ahí estaba la tercera generación de abogados.

Quise ir solo, aunque Yago no estaba demasiado contento con la idea, pero necesitaba afrontar esto por mi cuenta. Al fin y al cabo, era un enfrentamiento entre mi padre y yo, y quería hacerlo en solitario.

Me había acostumbrado a apoyarme en Yago para todo. Era mi pilar seguro y, aunque sabía que así debían ser las relaciones, apoyarse en todo lo que nos pasara, en este caso particular quería demostrarme que era capaz de hacerlo solo.

—Bien, tengo noticias que darte respecto a este caso —dijo el abogado nada más estrecharle la mano, antes de sentarme frente a la inmensa mesa de la que debía ser la sala de reuniones.

—¿En serio? —Eso era nuevo. La última vez que hablamos mi padre guardaba silencio y había mandado a mi madre para dejarme el recadito en casa.

Aún me dolían sus palabras cuando las recordaba.

—Sí, quiere llegar a un acuerdo y no ir a juicio.

Parpadeé sorprendido mientras me hacía a la idea de lo que eso significaba.

—¿De qué tipo? —No veía a mi padre echándose atrás en este tema.

—Eso es lo que quería discutir contigo. —Jacinto me estudió sentado frente a mí, esperando mi reacción.

Su hijo, sentado a su lado, me observaba sin decir nada.

—No quiero dinero. —A parte de que dudaba mucho de que lo tuviera.

El abogado se removió en la silla.

—Tú dirás qué acuerdo quieres proponer. De antemano te digo que no podremos llevarlo a juicio por las agresiones porque no podemos demostrar que estaba detrás de ellas. Ya lo hablamos.

Lo sabía, así que asentí con la cabeza mientras pensaba en qué acuerdo quería lograr.

—Quiero su promesa por escrito de que dejará de coaccionar a Yago, a cualquier persona cercana y a mí, y quiero que reconozca que estaba detrás de las agresiones. —Como vi que iba a interrumpirme, añadí—: Una confesión por escrito. A cambio, le garantizaré que no se utilizará esa confesión para llevarlo a juicio. Pero así me aseguro de que en el futuro se mantendrá quietecito.

—Dudo mucho que acepte eso. Lo tendrás cogido por los huevos y ya sabes cómo es tu padre.

Asentí.

Por supuesto que sabía cómo era mi padre. Por eso quería una confesión, para asegurarme de que no lo tendría dando por culo en un futuro.

—Dile que esas son mis condiciones. O las toma o nos veremos en el juzgado. Dudo mucho que quiera ir a juicio y montar un escándalo. Tiene planes inmediatos que tirará por tierra por un juicio y el escándalo mediático que se formará al saber que su hijo lo ha denunciado. Así que, si no me equivoco demasiado, aceptará. Ah, y dile que quiero una disculpa suya hacia Yago y su hermano Teo.

El abogado comenzó a reírse a carcajadas y sonreí a mi vez. Sí, imaginarme a mi padre pidiendo disculpas podía ser bastante chistoso.

—Está claro que eres digno hijo de tu padre. —Se puso serio antes de continuar—. Por otra parte, quería hacerte una oferta laboral para cuando termines la carrera en los próximos meses. —Miró a su hijo—. Alejandro, ¿puedes ir a por dos cafés?

—Claro. ¿Solo o con leche, James?

—Con leche, gracias.

—Para mí, solo —añadió su padre.

Supe que lo hizo salir de la habitación para que pudiésemos hablar a solas.

—Bueno, pues… —Para mi sorpresa, no me había puesto nervioso como me pasaba siempre —, tú dirás. Aún no sé qué haré cuando acabe la carrera, pero quiero oír lo que puedes ofrecerme. Te prometo estudiar la oferta a fondo y darte una respuesta cuanto antes.

—Bien, mi padre se quiere jubilar el año que viene. Ya debería haberlo hecho hace años, pero como bien dice él, este bufete es su vida y le cuesta mucho tomar la decisión. Por mi parte, necesito gente nueva y también quiero ampliar los servicios, pero para ello necesito abogados que traten ramas distintas a la penal, que son las que ofrecemos actualmente.

Me estuvo explicando un poco cuál era su nuevo proyecto del que yo sería parte si me animaba a trabajar con él.

Quería abrir un bufete en Boston.



CAPÍTULO 76

Solo tienes que respirar

James

No sabía por qué últimamente me había dado por recordar los buenos momentos que pasé en mi niñez con mi hermano y mi padre. Pero, sobre todo, recordaba los domingos que pasaba en casa de mi abuelo.

Viéndolo en retrospectiva, él ya sabía que en mi casa no era feliz y que nadie me trataba como se debe tratar a un niño. Me iba los veranos con él a la casa del lago, donde pasábamos las mañanas pescando en el río. Mi abuelo me dedicaba todas las atenciones que nadie más me ofrecía. Jugaba conmigo, me escuchaba cuando le contaba las cosas que me preocupaban, normalmente hablábamos de chicas y curaba mis heridas tanto físicas como mentales. Mi abuela murió de cáncer de pecho cuando yo era pequeño y mi abuelo nunca quiso volver a rehacer su vida, así que siempre éramos él y yo contra el mundo.

Mi padre nos dejó a los dos por imposibles cuando comprobó que siempre formábamos un frente común.

Ahora que volvería a enfrentarme a mi padre, posiblemente por última vez, dudaba mucho de que quisiese seguir manteniendo cualquier tipo de contacto conmigo después de hoy, me acordaba de mi abuelo y de lo mucho que lo echaba de menos desde que murió.

Habíamos quedado en el despacho de mi abogado y Yago me acompañaba en silencio, respetando mis tiempos, como hacía siempre.

Me miraba de reojo de vez en cuando y yo sabía que se moría por preguntarme si me encontraba bien, pero no tenía claro qué podía contestarle.

¿Me encontraba bien?

¿Seguía siendo yo mismo desde que empezó esa guerra contra mi padre?

¿Qué pensaría mi abuelo de mí?

—Yago, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él apartó la mirada del tráfico y me miró curioso. Vi por el espejo retrovisor a Xavier, que nos seguía conduciendo su propio coche.

Ese día necesitaba un poco de intimidad.

—Claro. —Me cogió una mano. La mía estaba fría en contraste con la suya, que siempre estaban cálidas.

—¿Crees que soy buena persona por hacer lo que estoy haciendo? —Respiré hondo y seguí

con lo que quería hacerle ver—. Ya sabes, ¿qué harías si tu padre te pidiera el dinero que te ha dejado tu abuelo?

Se me quedó mirando mientras parecía pensar la respuesta.

—Canijo, mi relación con mi familia no es ni remotamente parecida a la tuya. Pero ante todo te diría que tú no has hecho nada malo. El que ha coaccionado, amenazado y golpeado a las personas para conseguir lo que su legítimo dueño no quería dejarle, es él. Contestando a tu pregunta, Si esto le hubiese pasado a mi familia, mi padre en ningún caso me hubiese tratado como lo ha hecho el tuyo. Me hubiese pedido el dinero que necesitara, pues es lo que hacen las familias; sentarse y hablar sobre los problemas, nunca, nunca lo hubiese querido tomar por la fuerza. Y muchísimo menos hubiese intentado casarme con nadie que no fuera elegida por mí. Que aún ahora, con todo lo que ha pasado, te estés preguntando si lo estás haciendo bien o no, dice mucho del tipo de hombre que eres, James.

—No me quito de la cabeza que todo lo que ha pasado es por no haber querido devolverle el dinero.

—James, tu abuelo quería que ese dinero lo tuvieras tú. Si hubiese querido que lo tuviera tu padre se lo hubiese dado a él y lo sabes.

Claro que lo sabía. Y cuando todo empezó decidí que no iba a cederle dinero alguno después de todo lo que había hecho para obligarme a dárselo. Pero no conseguía quitarme la sensación de culpa que tenía.

Ellos me lo habían dado todo y así se lo pagaba.

No conseguía quitarme de la cabeza las palabras de mi madre.

—Sé lo que estás pensando, Jamie, y sabes que no es verdad. —Me apretó la mano que todavía no me había soltado, para hacerme ver que me equivocaba.

—Ya…

—Pues no le des más vueltas.

Aparcó en el primer sitio que encontró, casi enfrente del edificio donde estaba el bufete de mi abogado. Respiré hondo antes de bajarme del coche.

Esperamos a que Xavier aparcara junto a nosotros y entramos los tres en el edificio.

El despacho estaba en la quinta y última planta. Subimos en el ascensor en silencio, cada uno pensando en sus cosas.

No esperaba encontrarme a mi padre en el recibidor, esperando al abogado. Me miró con cara de mala leche.

«Ya empezamos».

Yago me tomó la mano para darme ánimos y mi padre nos miró con tal cara de repulsión que a punto estuve de soltarme y alejarme de él. Como eso era lo que él esperaba, me erguí y lo miré desafiante. No iba a permitir que me intimidara. Ya no.

—Caballeros, pasemos a la sala de reuniones.

Jacinto nos estrechó la mano a todos y lo seguimos hasta la sala. Una mesa de cristal rectangular donde cabían unas veinte personas presidía la estancia.

Mi padre se sentó frente a mí. Yago a un lado y Xavier al otro. Estaba claro que no iban a dejarme solo en eso.

Jacinto se sentó presidiendo la mesa.

Mi padre se defendía solo, por eso no traía ningún abogado.

—Bien, todos sabemos por qué estamos aquí. —Jacinto nos entregó a mi padre y a mí unos folios para que los leyéramos. Supuse que era la resolución de la denuncia contra él.

La leí por encima mientras oía a mi padre resoplar. Imaginé que no estaba muy contento con

lo que estaba leyendo.

—¿Se supone que voy a firmar un documento donde me hago responsable de dos agresiones que han acabado con un hombre en el hospital? ¿Por qué tipo de idiota me habéis tomado?

—James… —Jacinto se quitó las gafas y se apretó el puente de la nariz con los dedos—, sabemos que fuiste tú el que ordenó esas agresiones.

—No tengo ni idea de lo que me estás acusando.

Si no lo conociera, pensaría que era inocente.

—Si no quieres ir a juicio y montar un escándalo mediático… —le solté con calma—, firma este documento y nos olvidamos de todo lo que ha pasado. Pero si quieres ir a juicio por coacción y que todo el mundo se entere del personaje que eres…, por mí no hay ningún problema.

—La paliza te la tenían que haber dado a ti y no a este… —Miró a Yago con tanto odio que, si había tenido alguna duda de que estaba detrás de todo lo sucedido, se me quitó en ese momento.

—Te aconsejo que firmes esa declaración y *todos* nos olvidaremos de lo que ha pasado.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no se utilizará en mi contra más adelante?

—No puedes —le solté con una fría sonrisa—, por eso nos aseguramos de que, de ahora en adelante, te mantendrás al margen de mi vida y de mi pareja. Este papel te mantendrá tranquilito.

—¡Eres una aberración de la naturaleza! —gritó con odio.

Toda la sangre fría que había tenido hasta ese momento se evaporó con esas palabras.

Me lo quedé mirando sin poder decirle nada. Yago me cogió la mano y me la apretó intentando darme ánimos, pero su desprecio se me clavó como un puñal en el pecho.

Cerré los ojos para intentar calmarme y oí un resuello que no reconocí como el ruido que hicieron mis pulmones intentando coger aire.

—James…

Empezó a dolerme el pecho cuando me di cuenta de que no podía respirar. Mis costillas se cerraron. Un dolor agudo me atravesó el pecho y llevé la mano al corazón, temiendo sufrir un infarto.

Empecé a temblar y un sudor frío me hizo estremecer.

—James, cariño…

No sabía quién me estaba llamando. Oía voces lejanas y me empecé a marear.

¿Qué me estaba pasando?

¿Iba a morir de un infarto?

—James, respira, ¿vale? Solo tienes que respirar.

Abrí los ojos y vi la cara pálida y asustada de Yago frente a mí.

—Eso es, respira conmigo…

Parpadeé desorientado. El dolor de mi pecho no menguaba y apenas podía respirar. Manoteé para quitarme la corbata y me di cuenta de que ya estaba suelta y el botón superior también me lo habían desabotonado.

—¡Yago!

Quería despedirme de él y decirle lo mucho que lo quería.

—Estoy aquí, estás teniendo un ataque de ansiedad. Dime qué día es hoy… ¿Qué día es, James?

Intenté concentrarme en lo que me estaba preguntando. Busqué la fecha entre la neblina que era mi cabeza en ese momento. Por fin encontré lo que estaba buscando.

—Diez de marzo.

—¿Cuánto son quince por tres?

Miraba a Yago inclinado sobre mí mientras me lanzaba una pregunta tras otra. ¿Qué es lo que pretendía? ¿Hacerme un examen de matemáticas allí mismo? Como tenía plena confianza en él, me obligué a pensar el resultado de la operación matemática.

—¿Cuarenta y cinco?

—¿Más quince?

Me concentré en sus preguntas y me di cuenta de que el dolor del pecho comenzaba a menguar. ¿Cómo lo había conseguido?

—Sesenta.

—Muy bien, sigue respirando, ¿vale? —Asentí y cogí una temblorosa bocanada de aire—. Muy bien. ¿Puedes respirar mejor?

—Sí —reconocí en voz baja. Empezaba a sentirme mejor. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que nos habíamos quedado solos en la sala de reuniones. Agradecí que mi padre no estuviese para que pudiera avergonzarme todavía más—. ¿Dónde están todos?

—Jacinto se los ha llevado a tomarse un café.

Me pasé las manos por la cara para despejarme un poco.

—Siento el espectáculo —dije avergonzado.

Yago me sujetó la cara y me miró con ternura.

—Llevas demasiado tiempo bajo mucha presión, es normal que saliera por algún lado. No tienes que disculparte. De hecho, tu padre parecía haberse acojonado porque ha firmado todos los papeles sin quejarse. Al parecer se ha preocupado bastante al verte tan afectado.

—¿En serio? —Eso sí que era raro.

—Te lo juro.

—¿Hemos acabado ya con este lío?

—Tiene que disculparse con mi hermano y conmigo. Mis padres acaban de llegar al despacho hace unos minutos. Cuando se arrastre un poquito más, podrás cerrar esta etapa tan chunga de una vez.



CAPÍTULO 77

El principio del fin

Yago

Aunque anhelaba cerrar esa etapa de mi vida y deseaba que el padre de James se arrastrara un poquito, al verlo disculparse, aunque no parecía mínimamente arrepentido de lo que nos había hecho a mi hermano y a mí, tampoco me causó el placer que esperaba.

Tras su ataque de ansiedad, ya era el segundo que James tenía por su culpa, parecía apagado. Como si hubiese perdido la energía por completo.

Mis padres e incluso mi hermana se empeñaron en que nos fuésemos unos días al pueblo con ellos con tal de poder arroparlo y darle todo el cariño que parecía necesitar en esos momentos. James se negó y no quise llevarle la contraria ni disgustarlo.

Volvimos al piso sin Xavier, del que nos despedimos en casa. No quise investigar sobre lo que mi hermana se traía con el que había sido su guardaespaldas hasta ese momento. Pero conociéndola, me jugaba el cuello a que no había sido solo su guardaespaldas.

—Me han ofrecido un trabajo en Boston —me soltó James cuando llegamos al piso que parecía extrañamente vacío.

Miau salió al encuentro de James y se restregó por sus piernas para que lo cogiera en brazos.

Lo de ese gato con mi novio no era normal.

¿Y decían que los gatos eran animales independientes? Se podían pasar el día juntos esos dos. El gato tumbado sobre el cuerpo de James hiciese lo que hiciese.

—¿En Boston? —Me lo quedé mirando sin entender nada. ¿Quién le había ofrecido un trabajo en Los Estados Unidos?

—Sí, Jacinto me ha ofrecido abrir un bufete allí con su hijo Frank.

—¿Y eso cuándo ha sido? —Yo no tenía ni idea, pero con el humor tan raro que se traía James últimamente, algo me decía que ya tenía tomada esa decisión. Mi corazón comenzó a latir más deprisa.

¡Por favor, no!

—Me lo propuso en la última reunión que tuvimos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —No pude evitar alzar la voz. Algo me decía que, después de todo, iba a perder a mi novio.

—Te lo estoy diciendo ahora.

Esa frialdad en sus palabras, como si lo que estaba diciendo no nos afectara a los dos, me

hacía temerme lo peor.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Aceptarás?

Se encogió de hombros con indiferencia y mi corazón se partió un poquito más.

—Jamie… —Cogí sus manos y me acerqué más a él en el sofá para que nuestras piernas se rozaran—, pensaba que ya lo habíamos hablado. ¿No íbamos a montar juntos tu bufete y mi consulta cuando termináramos la carrera?

—Necesito irme de aquí. —Bajó la mirada sin atreverse a mirarme mientras me seguía enterrando el puñal en el corazón—. No puedo quedarme aquí fungiendo que todo va bien.

—James, lo de tu padre al fin se ha acabado.

Asintió en silencio, pero no quiso mirarme.

—Esto ya no es por mi padre, es por mí.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Con nosotros? —mi voz se rompió y me odié por demostrar el dolor que esta conversación me estaba provocando.

—Iba a pedirte que vinieras conmigo.

Parpadeé sorprendido. ¿Pretendía que me mudara con él a América? ¿A hacer el qué?

—¿A Boston? —Le sujeté la cara para que me mirara—. ¿Qué hago yo allí, James? ¿Esperar que vuelvas a casa del trabajo todos los días?

—Puedes tomarte unas vacaciones y acompañarme.

Me alegraba que no quisiera romper conmigo, pero, de todos modos, los dos sabíamos que era una locura.

—¿Tienes pensado el tiempo que tardarás en volver?

Negó con la cabeza y volvió a mirar al suelo. Fue la primera vez que odié esta timidez suya.

—Mírame, joder, mírame y dime por qué coño quieres irte a Los estados Unidos. ¿Ya no quieres estar conmigo? ¿Es eso? —El dolor que sentía me obligaba a exigirle una puta respuesta clara. No quería que se escudara tras su timidez, quería que me dijera a la cara qué pensaba hacer con nosotros.

—No, claro que no. —Me cogió las manos mientras sus ojos comenzaban a llevarse de lágrimas y me odié por hacerlo llorar. ¿Es que no había sufrido ya lo suficiente?—. Tú eres toda mi vida. No quiero perderte, Yago, pero como no cambie de aires me voy a terminar ahogando. Ya no sé quién soy, todo esto está acabando conmigo y me aterra perderte porque te quiero con todo mi corazón. —Se abrazó a mi como un náufrago a un madero, con desesperación, como si temiese soltarme y pudiera desaparecer de repente—. Pero necesito hacerlo, Yago. Tengo que cambiar de aires y empezar de nuevo.

No le dije nada más porque, si lo pensaba con frialdad, quizás fuese lo mejor.

Él necesitaba alejarse de todos los problemas que había tenido y encontrarse de nuevo a sí mismo, y aunque me jodiese y se me rompiera el corazón en mil pedazos, sabía que tenía que hacerlo solo.



CAPÍTULO 78

El dolor de decir adiós

James

Me abracé a Yago, que dormía acurrucado contra mi cuerpo. Su mano me apretaba la cintura, me sujetaba como si temiera que me esfumara durante la noche. Justo lo que pensaba hacer.

No podía esperar a que amaneciera para despedirme de él, y por eso, sin que él lo supiera, cogí el vuelo que salía de madrugada para Boston y así no tener que decirle adiós.

A veces me preguntaba si estaba obrando bien. Las clases acababan de terminar y ya estábamos oficialmente titulados. Así que ya no había nada que me impidiera marcharme a Estados Unidos y empezar de cero. No sabía por qué pensaba que marcharme era la solución para mi alma rota. Pero llevaba un tiempo que me ahogaba y todo lo que hacía antes de un modo cotidiano había dejado de contentarme y hacerme feliz.

Me acerqué a Yago e inhalé hondo para llenarme de su olor y poder llevarlo siempre conmigo. No me quedaban fuerzas para discutir con él, de nuevo, sobre la decisión de marcharme. Me aterraba que Yago se olvidara de mí o que no quisiese esperarme y se buscase a otro. Yo tenía claro que él había sido y siempre sería lo mejor de mi vida. Y aunque no quería marcharme y dejarlo solo, entendía que él no quisiese seguirme hasta América. Como bien dijo, ¿qué hacía él allí solo? Pero, aunque pensaba que era lo mejor que podía hacer para curar mis heridas, mi corazón lloraba al saber que me marchaba y lo dejaba aquí.

—Te llamaré todos los días, amor —susurré mientras le acariciaba el pelo rubio que llevaba de punta, al habérselo despeinado al pasarle las manos mil veces durante la noche mientras le hacía el amor con todo el cariño y la pena de saber que sería la última vez que lo tendría entre mis brazos durante un tiempo indeterminado.

—Por favor, no te olvides de mí.

Me obligué a separarme de su cuerpo y levantarme en silencio.

Me vestí en el baño sin hacer ruido, porque sabía que si se despertaba no iba a tener fuerzas para marcharme y despedirme, así que prefería irme en la oscuridad y el silencio de la noche.

Me despedí de toda su familia el día anterior, que estuve en casa de ellos mientras Yago pensaba que estaba solucionando otro tipo de temas. Les prometí a todos que no dejaba a su hermano, que solo me marchaba durante un tiempo con la necesidad de curar mi alma rota y que siempre, siempre estaría disponible para todos ellos.

—Por favor, cuida de tu hermano —le pedí a Marga.

Habían decidido que, ya que yo me marchaba por un tiempo, se mudaría al piso para vivir con su hermano, así ganaban los dos. Ella empezaba aeronáutica el curso siguiente y necesitaba un lugar donde vivir, y así acompañaba a Yago para que no me echara tanto de menos.

—Como te olvides de nosotros… —me amenazó su hermana, limpiándose las lágrimas—, iré a buscarte a Boston y te daré una inmensa patada en el culo que te traerá de vuelta a España saltándote el océano y todo.

—Mira que eres bruta. —Su hermano Leo me dio un último abrazo antes de marcharse—. Cuídate, ¿vale?

—Siempre podéis venir a visitarme a la gran manzana. —Ojalá decidieran ir a verme.

—Guay —dijeron los dos hermanos a la vez.

—Guay —coincidí yo. Besé a Marga en la frente para marcharme antes de que me fuera todavía más difícil.

—Prométenos que nos llamarás siempre que lo necesites. —Su padre me abrazó también con fuerza y me limité a asentir, porque ya era imposible hablar por el llanto que estaba intentando contener.

—Lo haré y, por favor, decidle a Yago que me espere… Que no… Que no…

Su madre me abrazó con fuerza y se me escapó el primer sollozo. No quería llorar, de verdad que no, pero con ellos me sentía querido y eso solo me hacía anhelar que mi propia familia me quisiera de manera tan incondicional como me querían ellos.

—Él sabe que lo quieres. Haz lo que necesites hacer y cuando lo hayas logrado vuelve con nosotros, ¿de acuerdo? Te estaremos esperando. Ya sabes que Yago te esperará el tiempo que necesites y nosotros también.

Acabé llorando entre los brazos de su madre, que sería desde entonces una de mis mujeres favoritas del mundo junto a su hermana. Pilar también estaba en esa lista.

Decidí irme antes de que la pena que sentía en esos momentos me hiciera cambiar de opinión. Me despedí de todos y me volví a Madrid en la moto. Le había cogido el gusto a viajar con dos ruedas y como siempre llevaba a Yago abrazado a mi espalda y sus manos en mi cintura o casi siempre más abajo…, no podía quejarme de ese medio de transporte.

Repasé todo lo que necesitaba llevarme y cerré la maleta para marcharme. Había pedido un taxi la noche anterior y quería bajar antes de que llamara al timbre y despertara a Yago. Lo miré una última vez y me obligué a salir de la habitación. Miau me esperaba junto a la puerta de la calle, como si presintiese que me marchaba e iba a tardar tiempo en volver. Si hubiese podido me lo hubiera llevado conmigo, pero, como no era posible, solté la maleta y lo abracé fuerte, ganándome un bufido por apretarlo demasiado. Se alejó moviendo el rabo ofendido y yo me obligué a marcharme y a esperar al taxi en la calle.

Me odié, otra vez, por marcharme sin decirle adiós a Yago, pero me estaba resultando mucho más difícil de lo que esperaba y me negaba a despedirme de él. No podría ver la desilusión en sus ojos.

Sabía que le iba a doler mucho que me marchara así, pero esperaba que el enfado no le durara demasiado y pudiese perdonarme por escabullirme en la noche como los delincuentes.

El taxi fue puntual y le pedí que me llevara al aeropuerto mientras miraba la ventana de nuestro comedor, donde se había encendido la luz, lo cual significaba que Yago se había despertado.

Me obligué a quitarle la voz al móvil mientras comenzaba a llorar en silencio cuando comenzó a vibrar en mis manos.

Si el taxista se extrañó de recoger a un hombre a las cuatro de la mañana que se ponía a llorar

a moco tendido en su coche, no dijo nada. Cosa que le agradecí.



CAPÍTULO 79

La vida sin ti

Yago

Sabía por qué se había marchado sin decirme adiós, pero eso aún me había dolido más.

Intenté estar enfadado con él por hacerme eso. Evitar que le diera mil besos de despedida que tenía guardados para él. Pero cuando me llamó al llegar a Boston no pude seguir enfadado con él y acepté la videollamada para poder verle la cara una vez más.

Lloramos todo el rato.

Ambos.

Sabía que era una tontería, pero cuando nos vimos en la cámara del móvil es cuando nos dimos cuenta de que era real que estábamos a miles de kilómetros.

Yo sabía lo mucho que a James le había costado tomar la decisión y dar ese paso, y como psicólogo sabía que él necesitaba poner distancia y empezar de cero, alejado de su familia y de todo lo que le había pasado, pero eso no significaba que fuera menos doloroso.

—No llores, amor —le pedí, porque mi corazón lloraba al verlo tan hecho polvo.

—Me encantaría que estuvieses aquí conmigo. —Se limpió las lágrimas y se sorbió los mocos, supuse que no tenía un pañuelo a mano. Ese gesto tan poco propio de él me hizo sonreír.

—Lo sé y te prometo que iré a visitarte en cuanto pueda. —Pensé en ponerme a buscar vuelos baratos, aunque en verano era temporada alta y volar a Estados unidos sería de todo menos económico.

—Buscaré vuelos.

Sabía que lo haría y que lo pagaría él. Me buscaría la manera de darle una sorpresa.

—¿Cuándo empiezas a trabajar?

Decidí cambiar de tema o no dejaríamos de llorar durante toda la llamada.

—El lunes.

Contando con que ya era viernes noche, apenas le daría tiempo de habituarse a estar allí.

—¿Ya ha llegado Frank?

El bufete les había buscado un piso compartido en el mejor barrio de la ciudad, muy cerca de donde habían abierto la oficina.

—Sí, ha salido a buscar un supermercado para llenar la nevera.

—¿Y no has ido a acompañarlo? —le pregunté curioso.

—Prefería hablar contigo.

Memoricé el flequillo que ya empezaba a crecerle y le tapaba los ojos de nuevo. Sabía lo suave que era su pelo y le sonreí con ternura, anhelando de nuevo poder estar allí con él.

—¿Por qué sonríes?

Mi sonrisa se amplió.

—Estaba pensando que vuelves a tener el flequillo largo. —Se lo sopló en respuesta y mi sonrisa se hizo más grande.

—Debí cortármelo antes de venir.

—Ahora puedes volver a afeitarte esa barbita tan sexi.

—¿Bromeas? —Me guiñó el ojo—. Mi novio no quiere que me la corte y yo solo vivo para contentarlo. Esta se queda aquí hasta que él me pida que me la corte.

Me dolía el corazón al oírlo decir esas cosas. ¿Por qué era todo tan complicado?

—Qué suerte tiene ese novio tuyo.

—Es lo mejor de mi vida —soltó, poniéndose serio de repente.

Alargué la mano y toqué la pantalla del móvil, imaginándome el tacto de su barba recortada en mis dedos.

—Voy a echarte mucho de menos, canijo.

—Prometo hacerte una videollamada todos los días.

Asentí, porque sabía que los dos la haríamos.

—Voy a estar muy celoso de tu nuevo compañero de piso —le dije, porque de repente quería que lo supiera.

—Es heterosexual y, por si no lo fuera, mi corazón hace tiempo que ya tiene dueño.

—No lo olvides nunca, ¿vale? —le pedí.

Parecía cansado y supuse que iba a tener un *jet lag* horroroso con tantas horas de diferencia horaria.

—Jamás. Te quiero, Yago, y volveré contigo lo más pronto que pueda.

—Y yo te estaré esperando.

—Tengo que colgar y ver adónde ha ido el loco de mi compañero.

—Ten mucho cuidado, por favor. Ya sabes el miedo que me dan las armas y la facilidad con la que aprietan el gatillo por allí.

—No pienses esas cosas, estaré bien.

Sabía que era absurdo tener miedo por eso. Él era adulto, tenía veinte años, casi veintiuno, y sabía cuidarse solo. Tenía que volar y aprender a valerse por sí mismo, no podía estar sobreprotegido por mí toda su vida, pero saber todo eso no lo hacía más fácil.

—Vale. Te quiero. Vete a buscar a tu amigo, anda.

—Yo también te quiero, Yago. Hablamos mañana.

Colgué.

Y el mundo se me vino encima al pensar en lo lejos que estaba y en que no sabría cuándo volvería a verlo.



CAPÍTULO 80

Feliz cumpleaños

Yago
Seis meses después

La vida siguió sin que James hubiese vuelto de Nueva York. Aunque se había ido sin una fecha clara de vuelta, esperaba que su estancia allí no se alargara tanto.

Seguíamos hablando a diario por teléfono, aun con la diferencia horaria que había, siempre, siempre habíamos sacado tiempo para hablar entre nosotros.

Parecía que irse le sentó bien. Estaba más tranquilo y empezaba a hacerse un nombre en la ciudad de Boston que, aunque ese no había sido su objetivo primordial cuando se fue, era algo que indudablemente debía llenarlo de orgullo. Hacerse un nombre en Nueva York no era moco de pavo. Yo estaba tan orgulloso de él y de todo lo que había conseguido desde que lo conocí que deseaba verlo para poderlo celebrar en persona.

No nos habíamos podido ver en Navidad por culpa de una tormenta de nieve que bloqueó los aeropuertos de Estados Unidos, incluido el de Nueva york, así que su larga ausencia me dolía como una herida abierta. Lo echaba tanto de menos que a veces pensaba que no lo soportaría más. Lo necesitaba como el aire que respiraba.

Volvía a ser mi cumpleaños y él no estaba.

Sabía que mis amigos querían que lo celebrara y aunque me había negado en redondo por no tener a James conmigo —le había sido imposible venir por no sé qué problema de trabajo—, se lo habían pasado por el forro y tenía una cena reservada en un restaurante absurdamente caro. Me extrañaba no haber podido hablar con James desde que me levanté por la mañana, así que después de colgarle a toda mi familia, que me tenían enganchado al teléfono por sus felicitaciones, me encontraba vestido y sin ninguna gana de ir a celebrar mi cumpleaños a ninguna parte. Solo deseaba hablar con James, que llevaba unos días de lo más raro.

Volví a llamarlo y su teléfono me dio apagado o fuera de cobertura, y, aunque había una diferencia horaria de seis horas, no entendía que siendo las tres de la mañana en Boston, su teléfono no estuviese operativo.

—¿Qué coño estás haciendo, Jamie?

Me pedí un taxi, ya que pensaba pillarme la borrachera más increíble que nadie había pillado nunca, aunque solo fuera para olvidarme del dolor que su ausencia dejaba en mi vida a cada segundo.

Y como era una persona responsable, no cogí mi coche ni la moto de él, que estaba en mi garaje esperando su regreso.

Llegué al restaurante helado de frío y al dar mi nombre me acompañaron a la mesa donde estaban mis amigos y, para mi sorpresa, mi familia al completo.

—¡Felicidades! —gritaron todos al verme llegar.

Miré a mi alrededor buscando a James, aunque sabía que, por supuesto, no lo iba a encontrar allí. Ya me gustaría.

—Hubiese venido de haber podido —me susurró mi madre en el oído cuando se acercó a besarme.

—Lo hecho tanto de menos que me duele el corazón —confesé, y mi madre me acarició el pelo y la mejilla con una sonrisa.

—Vuelve a llamarlo. —Mi hermana estaba tan contenta que la miré sin entender a qué venía esa excitación. ¿Se habría fumado algo? Mantendría una conversación con ella en cuanto pudiera.

—Su teléfono lleva apagado desde ayer —le dije con pena. No podía aguantar más desilusiones, hoy no.

—Vuelve a intentarlo. —Pili se unió a la petición de las mujeres de mi familia y se quedaron las tres mirándome expectantes.

—Sois muy pesadas. —Saqué mi teléfono y lo llamé, deseando que esta vez me lo cogiera. Para mi sorpresa dio tono de llamada—. Hace un momento estaba apagado —les dije sin quitarme el teléfono de la oreja, deseando que lo cogiera.

Oí un teléfono sonar en algún sitio y me moví un poco para no distraerme por si James descolgaba.

El móvil seguía sonando, esa vez mucho más cerca.

—Cógelo, cógelo —dije en voz alta.

—¿No prefieres hablar conmigo en persona?

Deseaba tanto hablar con él, que ya escuchaba su voz por todas partes. Me removí nervioso temiendo que se cortara la llamada sin que me lo cogiera.

—Vamos, cógelo, amor…

Vi que todas las mujeres miraban emocionadas detrás de mí. ¿Mi hermana estaba llorando? ¿Qué coño…?

—¿Yago?

Esa voz.

Me quedé petrificado con el teléfono en mi oreja.

Su olor…

—Yago, por favor, date la vuelta.

¡No podía ser verdad!

Me daba miedo volverme y darme cuenta de que mis ansias por verlo me estaban jugando una mala pasada. Hasta que me tocaron en el hombro con suavidad.

Me di la vuelta con el corazón en un puño y allí estaba él, con su pelo oscuro más largo y sus ojos verdes emocionados y llenos de lágrimas. Parecía cansado y más maduro… y estaba guapísimo.

Sollocé mientras mis ojos lo recorrían por entero y vuelta a empezar sin poder creerme que de verdad había venido.

Los dos nos abalanzamos hacia el otro y lo abracé con la misma fuerza con la que él me abrazó a mí.

—¡Estás aquí, estás aquí!

—No podía perderme tu cumpleaños.

Sujeté su cara para poder mirarlo y grabarme de nuevo sus rasgos a fuego. Las lágrimas corrían por sus mejillas igual que lo hacían por las mías… y entonces lo besé. Me devolvió el beso con las mismas ansias que tenía yo.

Y por fin las heridas de mi corazón se cerraron.



CAPÍTULO 81

Sí y mil veces sí

James

Podría pasarme el resto de mi vida besando a Yago, así, como estaba en ese instante, llorando mientras me besaba como si el mundo fuera a acabarse de un momento a otro y ya no pudiésemos hacerlo más.

—No vuelvas a marcharte —susurró Yago entre beso y beso—. Dime que no volverás a marcharte.

Las sorpresas no habían terminado todavía, pero no quería adelantarle nada, así que asentí, porque no tenía intención de volver a marcharme de su lado. Había vuelto para quedarme. No sabía si mi alma se había curado por completo, pero lo que sí sabía es que no podía seguir alejado de Yago ni un segundo más.

—Te lo prometo, no volveré a irme a ninguna parte.

Ni aun así dejó de besarme hasta el punto de desear un lugar privado y amarlo hasta que se acabase el mundo.

—Bien, os mataré a todos —murmuró. Miró a su familia para soltar la amenaza y luego volvió a besarme.

Si seguía así me iba a resultar muy vergonzoso saludar a todos los invitados sin dar un espectáculo.

—Luego nos matas —le soltó su hermana, intentando separarnos. Yago se quejó y me abrazó más fuerte todavía. Me reí porque por mucho que me imaginara cómo iba a ser nuestro reencuentro, nada me había preparado para esto. Besar a Yago era aún mejor de lo que recordaba —. Suéltalo ya. Queremos saludarlo.

—No. —Me volvió a besar, pero comenzó a reírse en mi boca hasta separarse por completo—. Hola, amor. —Apareció su sonrisa y su hoyuelo, y yo me derretí por completo.

—Hola. Voy a saludar a los demás, ¿vale?

Asintió, pero no parecía tener intención de soltarme.

—¿No vas a soltarme? —Me reí divertido y los demás comenzaron a quejarse de lo acaparador que era Yago.

—Suéltalo ya, pesado —le dijo Wolf.

—Te quiero de vuelta cuanto antes —me susurró en el oído antes de soltarme—. Todo vuestro.

Me sentía tan eufórico que me pellizqué pensando que todo era un sueño y que despertaría en cualquier momento.

—No sé de quién ha sido la idea —les dijo Yago a todos los allí reunidos—, pero gracias por hacerlo realidad.

Su madre me abrazaba como si fuera su propio hijo, cosa que me hacía inmensamente feliz. Necesitaba a una familia que me quisiera sin condiciones y con mi ausencia temí que había perdido ese cariño que tenían por mí.

—La idea fue suya —contestó su hermana—. Me avisó hace un mes de que volvía a España.

—¿Llevas un mes sabiendo que volvía y no me has dicho nada? —se quejó Yago—. Eres una traidora.

—Era una sorpresa. Me hizo prometerle que no te lo contaría hasta que fuera seguro que volvía de manera permanente.

—No quería darte falsas esperanzas —le aclaré—. Pensaba venir por tu cumpleaños, pero al final decidí que ya había pasado el tiempo suficiente para volver a casa…, contigo.

Nos sentamos y pedimos la comida. Por supuesto, Yago se sentó a mi lado y me tocaba cada vez que podía, quizás para asegurarse de que era real y que estaba allí con él.

—Estás aquí. —Me cogió la mano y la besó con cuidado.

—Estoy aquí —le aseguré—, y no volveré a marcharme.

Cenamos entre risas. Ya no me acordaba de lo divertido que era reunirnos con la panda de locos que eran nuestros amigos… Y la familia de Yago había conseguido emocionarme al sentirme tan querido. Aún les tenía una sorpresa guardada a todos y cuando llegó el camarero con la tarta y la botella de champán, respiré hondo y me levanté cogiendo la mano de Yago para besarla con cariño.

Todos los demás guardaron silencio, expectantes.

—Había escrito lo que quería decirte para que no se me olvidara nada —le dije a Yago, que me miraba como si yo fuese el mayor tesoro del mundo. Deseaba que siempre me mirase de la misma manera—, pero estoy demasiado nervioso para leer nada. —Yago me apretó las manos, intentando darme ánimos. Los demás me sonrieron con el mismo fin—. Sé que hace poco que nos conocemos y tú sabes el bien que me has hecho en este tiempo. Juntos hemos sufrido algunas cosas terribles que la mayoría de las parejas no sufrirán jamás: acoso; coacciones e incluso agresiones, además de una separación de seis meses que, aunque me ha venido bien, no he dejado de echarte de menos ni un solo segundo. Te has convertido en lo mejor de mi vida, Yago, y, aunque nada podrá separarnos nunca más y tenemos toda la vida por delante, yo quiero vivirla contigo. —Solté una mano para meterla en mis pantalones y sacar la cajita que tenía allí. Ante el «oh» general que soltaron en la mesa, al parecer ninguno se imaginaba que mi vuelta había sido para pedirle matrimonio a Yago. Le entregué la caja mientras él se limpiaba las lágrimas que le caían por las mejillas—. Así que solo puedo prometerte que te amaré por encima de todas las cosas, te ayudaré y apoyaré incondicionalmente en todos los golpes que la vida nos tenga reservados, pero quiero que seas tú la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida. ¿Quieres casarte conmigo?

No sabía cómo había pasado, pero en ese momento todas las mesas de nuestro alrededor estaban pendientes de nosotros, incluso los camareros estaban cerca, sin querer perderse nada. Por primera vez no me dio tanta vergüenza ser el centro de atención. Miré a Yago, que sacó la simple alianza de oro blanco que le había comprado y se la puso en el dedo anular. Mi suegra y mi cuñada se limpiaban las lágrimas que no se molestaban en ocultar. Pili se había sentado sobre las piernas de su marido y todos me miraban con diferentes grados de emoción.

—¡Si no te casas con él lo haré yo! —dijo un camarero a nuestra espalda.

—Búscate a tu propio novio —le soltó Yago entre lágrimas—. Este estará casado dentro de poco. Por supuesto que quiero casarme contigo. Sí y mil veces sí.

Se levantó y me besó entre los aplausos y los silbidos de todo el restaurante.

—Estás muy loco, canijo —me susurró para que solo yo lo oyera.

—Estoy loco por ti, ya lo sabes.

—Te quiero, amor. —Volvió a besarme para sellar nuestro compromiso.



EPÍLOGO I

James

Volver a abrazar a Yago tras seis meses sin verlo y sin poder hacerlo, me hacía salivar. Y solo imaginarme lo que le iba a hacer en cuanto llegáramos al piso me tuvo toda la noche muy cachondo

Tanto, que no esperé a llegar al apartamento para abalanzarme sobre él en el ascensor y besarlo de manera salvaje y desesperada. Gimió en mi boca y lo acorralé en la esquina del ascensor para poder pegarme a su cuerpo y acariciar su erección por encima de los vaqueros.

—James…

—Te he echado mucho de menos. —Le llené el cuello de besos hasta llegar a su oreja, que mordisqueé hasta hacerlo gemir más fuerte mientras intentaba meter la mano por dentro del pantalón.

—James, me estás volviendo loco.

Esta vez fue él el que se abalanzó a mi boca mientras me sujetaba por las nalgas y me pegaba más a su cuerpo, restregando nuestras pollas.

Estaba tan duro que mi erección me dolía al estar apretada bajo los pantalones.

El ascensor se paró de repente y las puertas se abrieron.

Llegamos al piso a trompicones por no querer apartar nuestras bocas durante el camino.

Era como si no hubiésemos comido en años y ahora nos pudiésemos dar un banquete de lenguas, saliva y mordiscos. Lamí su cuello después de morderlo sin demasiado cuidado, intentando dejarle una marca para que todo el mundo supiera que Yago era mío. Mi novio, mi prometido, y pronto sería mi marido.

—James, déjame abrir la puerta —me pidió con la respiración acelerada.

—Date prisa, no puedo esperar —susurré, y esperé a que abriera la puerta para entrar los dos juntos, dando tumbos con nuestras bocas enlazadas de nuevo.

—A la habitación —ordenó Yago—. Voy a follarte hasta que no puedas moverte una semana entera.

Nos fuimos quitando la ropa por el camino. No quería apartar mis manos de su cuerpo y tampoco mi boca. Me había hecho mil pajas durante todo ese tiempo que habíamos estado separados, y ahora tenía la intención de follármelo días enteros sin parar.

Le terminé de bajar los pantalones en la habitación y me arrodillé, empujándolo sobre la puerta al cerrarla. Ni siquiera encendimos la luz, nos bastaba con la que entraba por la ventana. Dejé su erección al descubierto y me la metí en la boca, hasta el fondo, sin más preliminares.

Yago soltó un hondo gemido y me sujetó la cabeza con las manos.

—¡Joder, James! Si no me das un respiro voy a acabar rápido… Hacerme pajas no tiene nada que ver con esto.

—Quiero que te corras en mi boca y luego te follaré hasta que te corras una y otra vez.

—¡Oh, joder, sí! James…, estoy a punto.

No me importaba que se corriese tan rápido, así que aceleré el ritmo y lo vi mirarme desde arriba.

El orgasmo le llegó como un sunami que arrasó con nuestros sentidos mientras se vaciaba en mi boca, una y otra vez.

—¡Ay, Jamie, amor, sí, joder!

Entonces lo solté y me levanté para volver a besarlo, esa vez con más suavidad.

—¿El lubricante está donde siempre?

Asintió, porque no le quedaban fuerzas ni para hablar.

—Bien. —Fui a la mesilla para cogerlo—. Ya que te has desfogado un poco, ahora te voy a follar hasta que te desmayes de placer.

Le salió una risita de satisfacción y alegría.

Aún no me creía que estuviese allí conmigo, aunque el brillo del anillo en su dedo me recordó que todo era verdad y que le había provocado un orgasmo a los pocos minutos de haber entrado al piso, después de seis meses viviendo fuera.

—¿No piensas dejarme participar? —preguntó Yago divertido mientras me quitaba los zapatos y me terminaba de desnudar.

Me senté en la cama junto a él, que también se estaba desnudando.

—Vengo generoso, la mamada ha sido un regalo de cumpleaños de mi parte, ahora empieza nuestra noche de reencuentro en serio y pienso darte tanto como sabes que me gusta recibir. Bien... —Me lo acerqué para poder besarlo de nuevo y asolar su boca para darle los mil besos que le tenía guardados mientras me toqué la polla, que volvía a tener erecta y deseando salir a jugar. Porque la noche solo acaba de empezar—. ¿Estás listo para gritar de placer?

Lo tumbé en la cama y me coloqué sobre él para seguir besándolo por todas partes.

—Estoy listo para todo lo que quieras.

Lo besé de nuevo, sabiendo lo mucho que iba a disfrutar de volver a tener a mi novio en mi cama.



EPÍLOGO II

Dos años después

Yago

Llevábamos un año con el tema de la adopción.

Después de nuestra boda, solo dos meses después de su petición de matrimonio, nos habíamos embarcado, de nuevo, en forjar una vida juntos.

Lo primero que hicimos fue buscar un piso más grande. El mío se lo cedimos a mis hermanos, que vinieron a Madrid para estudiar y, por supuesto, decidimos dejarle mi apartamento cuando nosotros compramos un ático en el centro.

James se había ganado un renombre en Boston como abogado, así que decidimos buscar un local juntos y allí montamos su bufete de abogados con Sandra, que decidió asociarse con él, y mi gabinete de psicología, que ya estaba funcionando bien y me busqué una recepcionista que cogiera las llamadas y me organizara la agenda.

Cuando ya estábamos bien asentados fue cuando hablamos de adoptar un niño.

Nos daba igual el sexo y la edad, incluso la nacionalidad, así que nos embarcamos en la aventura de ser padres y tras pasar un sinfín de exámenes y entrevistas personales solos y como pareja, por fin nos avisaron de que había una niña con solo seis meses de vida que habían abandonado en un piso y se largaron, dejándola sola para que se muriera de hambre.

Nunca entendería la crueldad del ser humano con sus propios hijos.

Y ahí estábamos. Nos habían reunido en el hospital donde estuvo ingresada por desnutrición y esperábamos sentados en una sala del ala infantil, hasta que nos trajeran a nuestra hija, a la que ya quería más que a mi propia vida. Solo la habíamos visto en fotos, pero entonces estaba tan delgada que se le podían contar las costillas, y estaba dormida, así que, excepto que era rubita con el pelo rizado, poco más habíamos visto de ella. Así que nos moríamos por volver a verla.

—¿Os la han dado ya?

No entendía cómo mi familia había tardado tan poco en llegar cuando hacía poco más de una hora que los habíamos avisado de que por fin había llegado el día que llevábamos tanto tiempo esperando.

—Aún no —contestó James, besando a todo el mundo.

Cada vez le costaba menos demostrar sus sentimientos, así que le encantaba repartir besos a todos. ¡Menudo besucón estaba hecho! ¡Y eso que se suponía que el cariñoso de la pareja era yo!

—¿Ya habéis decidido el nombre? —Mi hermana me besó en la mejilla y se sentó junto a

nosotros en una silla diminuta de la sala de espera donde estábamos.

—¿Amor? —pregunté a James, que asintió con la cabeza.

—Se llamará Carlota.

—¡Toma ya! —soltó mi hermano, mirando a Marga—. Me debéis veinte pavos.

—¿Habéis hecho apuestas por el nombre? —James, en vez de estar horrorizado, se rio divertido.

—Ellas dos pensaban que le ibais a poner Marga.

—¿Qué? —pregunté horrorizado—. ¡No!

—Sois lo peor. —Pero el idiota de James seguía riéndose.

—¿Los padres de esta preciosidad?

Todos nos levantamos como un resorte al ver a la asistenta social con la que ya era nuestra hija en brazos.

Llegué primero y la cogí con muchísimo cuidado, dándome cuenta de lo pequeñísima que era y que ya se tenía ganado nuestro corazón… y de toda mi familia.

—¡Oh, mira qué bonita es! —le dije a James, que se situó a mi lado para mirarla embobado.

—Acaban de hacerle el último chequeo —nos dijo la asistenta—, así que ya os la podéis llevar a casa. En la bolsa os he metido la cita para la próxima revisión del mes que viene.

Nos entregó la bolsa de la bebé que le dimos con algo de ropa para que la vistieran.

—¿Nos podemos marchar ya? —James estaba aterrado con la idea de que a última hora pasaría cualquier cosa que nos evitaría poder llevárnosla.

—Cuando queráis. ¿Cómo la vais a llamar? —me preguntó Ángela, que así se llamaba la mujer.

—Carlota —le dije, sin apartar mis ojos de los azules de la niña, que me miraba casi sin parpadear.

—Bonito nombre. Marchaos ya, que le toca comer en un ratito.

Se marchó dejándonos a todos alrededor del nuevo miembro de la familia, que parecía ajena al revuelo que había a su alrededor.

—¿Me la dejáis coger? —Pidió mi hermana.

—Oye, que yo soy su abuela y tampoco la he cogido.

—Y yo su padre y tampoco la he cogido —se quejó James, pidiéndome con la mirada poder cogerla él también.

Todavía no estaba listo para soltarla.

—Déjamela hasta casa y luego te dejaré que le des de comer —intenté negociar.

—Hecho. —Miró a mi familia—. Os quedáis a comer, ¿verdad?

—Creo que no vas a poder separarlas de la niña tan fácilmente —sentenció mi padre—. Por cierto, yo soy su abuelo y tampoco la he cogido.

Y ahí estábamos todos, alrededor de la bebé más pequeña y bonita del universo, y no era amor de padre. De los dos que tenía. Y nunca, jamás, íbamos a dejarla sola. Ya la queríamos más que a nuestra propia vida.

Ahí estábamos los dos, al final de muchas cosas y más unidos que nunca. ¿Quién iba a decirme que ese chico tan tímido que le costaba decir dos palabras seguidas y con la autoestima por los suelos se iba a convertir en el pilar inamovible de mi vida?

Porque James era eso, un pilar inamovible por el que sentía un amor tan inmenso que a veces me mareaba y, por supuesto, siempre había sido mi mejor amigo, y ahora sería el mejor padre del mundo. No tenía ninguna duda de ello.

FIN.

Como siempre os pido, dejadme una reseña en Amazon para ayudarme a seguir creciendo.

Mis redes sociales en Instagram:

@lolatoro_alexiablue
@lola_toro_

AGRADECIMIENTOS

Llevaba mucho tiempo queriendo escribir una novela con temática LGTBIQ+ y ha quedado así, como acabáis de leer.

Espero de corazón que os haya gustado tanto como a mí escribirla.

Agradecer, como siempre, a ediciones Hic Sic por su minucioso trabajo, y a los lectores que me seguís apoyando en cada novela nueva que ve la luz.